

01082



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

CON EL DIABLO ADENTRO  
PANDILLAS, MERCADO Y PANICO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE  
DOCTORADO EN ESTUDIOS  
LATINOAMERICANOS

*P R E S E N T A*

**CARLOS MARIO PEREA RESTREPO**

Asesora: Dra. Larissa Adler Lomnitz

MEXICO, D.F.

FAC. DE FILOSOFIA Y LETRAS



DIVISION DE  
ESTUDIOS DE POSGRADO



2005



0349883.



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi hijo Tomás  
por enseñarme a paternar

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la  
UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el  
contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Carlos Mario Perera

FECHA: Novi 10/2008

FIRMA: Carlos M Perera

# INDICE

|  |    |
|--|----|
| INTRODUCCION   | 1  |
| <b>PRIMERA SECCION</b>                                       |    |
| <b>LOS CATALIZADORES</b>                                     |    |
| Gesto, joven y crimen  | 18 |
| <b>PRIMERA PARTE: EL GESTO Y LO JOVEN</b>                    | 20 |
| <i>En la vida del mundo. Un barranquillero: Aníbal</i>       | 23 |
| I. <i>No muchos pero muchos</i> . La presencia               | 32 |
| 1. La cantidad   | 32 |
| 2. Un fenómeno generalizado                                  | 37 |
| 3. La proporción   | 38 |
| II. <i>Desde la fundación</i> . El gesto pandillero          | 41 |
| 1. Viejas prácticas  | 41 |
| 2. El gesto  | 44 |
| III. <i>Somos su presente</i> . Lo joven                     | 50 |
| 1. El predominio   | 50 |
| 2. La contestación   | 52 |
| 3. La autonomía  | 53 |
| <b>SEGUNDA PARTE: UNIVERSO CRIMINAL</b>                      | 56 |
| IV. <i>Cada cual con su arte</i> . El robo                   | 59 |
| 1. Las modalidades   | 59 |
| 2. Los otros criminales                                      | 64 |
| 3. Otros países  | 69 |
| 4. Pandilla y banda  | 70 |
| V. <i>El que la debe la paga</i> . La violencia              | 73 |
| 1. Un rasgo distintivo                                       | 73 |
| 2. Violencias y armas  | 75 |
| 3. La ciudad   | 79 |
| 4. Jóvenes y adultos   | 81 |
| VI. <i>Antes había un régimen</i> . Tiempo paralelo y crimen | 89 |
| 1. Honor en la pelea   | 89 |
| 2. Del rito al anonimato                                     | 92 |
| 3. Más allá del orden colectivo                              | 96 |

## SEGUNDA SECCION LOS MEDIADORES

Símbolo, vínculo y poder

100

|   |     |
|---|-----|
| <b>TERCERA PARTE: SIMBOLO Y DESEO</b>                       | 102 |
| <i>Ninguno nacimos pa'semilla. Una bogotana: Salomé</i>     | 105 |
| VII. <i>El parche es parche.</i> Parchar el territorio      | 118 |
| 1. De la calle al territorio                                | 118 |
| 2. El parche  | 123 |
| 3. Territorio y mara  | 126 |
| VIII. <i>Se matan por tenerlo.</i> El respeto               | 129 |
| 1. Venganza y ofensa  | 129 |
| 2. Hombre y malo  | 132 |
| 3. Un universal   | 134 |
| IX. <i>Se muere cualquier día.</i> La muerte                | 136 |
| 1. Compañera cercana  | 136 |
| 2. El más allá  | 138 |
| 3. La muerte festiva  | 142 |
| X. <i>El dolor es placer.</i> Deriva y deseo                | 146 |
| 1. Orden versus movimiento                                  | 146 |
| 2. Sujeto de deseo  | 150 |
| 3. Deriva simbólica   |     |
| <br>  |     |
| <b>CUARTA PARTE: VINCULO Y DE SOCIALIZACION</b>             | 161 |
| XI. <i>El parce no tiene corazón.</i> Familia y pareja      | 163 |
| 1. La familia   | 163 |
| 2. Los matices  | 166 |
| 3. Mujeres y vida de pareja                                 | 170 |
| XII. <i>Vuelvo al mal.</i> Escuela y trabajo                | 179 |
| 1. Abandonar el aula  | 179 |
| 2. Laborar esporádicamente                                  | 183 |
| XIII. <i>Probar firura.</i> El grupo                        | 190 |
| 1. Rutinas  | 190 |
| 2. Apertura y jerarquía                                     | 193 |
| 3. La ley por dentro: el <respaldo>                         | 198 |
| 4. Solidaridad versus individuo                             | 201 |
| XIV. <i>Uno se busca el destino.</i> Individuo desvinculado | 206 |
| 1. Fractura profunda  | 206 |
| 2. Un fenómeno estructural                                  | 208 |
| 3. Un dilema universal                                      | 213 |
| 4. Individuo desvinculado                                   | 216 |
| <br>  |     |
| <b>QUINTA PARTE: PODER Y CONFLICTO</b>                      | 220 |

|   |     |
|---|-----|
| <i>Nació para morir</i> . Un neivano: Sonrisa                       | 224 |
| XV. <i>Montarla de terror</i> . Actores locales                     | 231 |
| 1. Guerras pandilleras  | 231 |
| 2. Vecinos y trámites legales                                       | 236 |
| 3. Defensas urbanas   | 240 |
| XVI. <i>Acabar la escoria</i> . Actores mixtos                      | 243 |
| 1. Seguridad pagada   | 243 |
| 2. Operaciones de limpieza  | 245 |
| 3. Sicarios   | 251 |
| XVII. <i>Llevarse las ratas</i> . Actores externos                  | 257 |
| 1. Guerrillas   | 254 |
| 2. Paramilitares  | 261 |
| 3. Crimen organizado  | 268 |
| XVIII. <i>La violencia se causa sola</i> . Conflicto y singularidad | 272 |
| 1. Conflicto violento urbano  | 272 |
| 2. Violencias emergentes  | 279 |
| 3. La violencia: Colombia y Latinoamérica                           | 278 |
| XIX. <i>Parado en la raya</i> . Poder y pánico                      | 289 |
| 1. Una protesta muda  | 289 |
| 2. Degradación de lo público  | 292 |
| 3. El pánico  | 296 |
| <b>A MODO DE CIERRE</b>   | 301 |
| <b>BIBLIOGRAFÍA</b>   | 305 |

## AGRADECIMIENTOS

Estas páginas cierran un largo y sostenido esfuerzo de interrogación sobre la sociedad contemporánea. En el curso de su trayecto han contraído una deuda de gratitud con varias instituciones y más de una persona.

En cuanto a las instituciones el primer reconocimiento a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). La condición de investigador de la que me proveyó hizo posible no sólo el espacio interior para escribir el texto, sino el acercamiento a la realidad de México y la huella que le imprimió a la reflexión. Sin la proximidad con el mundo mexicano este escrito resultaría impensable. En particular agradezco la confianza del Ingeniero Manuel Pérez Rocha.

Mi gratitud también con el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia (IEPRI), centro del que tengo el honor de formar parte. Las muchas conversaciones y diálogos mantenidos con mis colegas a lo largo de los últimos años han moldeado de manera profunda mi trabajo. Del mismo modo, a la Universidad Nacional se debe la oportunidad de mi comisión y por tanto la estancia en México. Mis agradecimientos también al programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), allí también se creó el espacio para elaborar el texto.

Otras entidades apoyaron el proceso en diversos momentos. El DESTIN de la London School of Economics and Political Sciences, mediante el proyecto Crisis State Program, financió una parte de la indagación en las ciudades de Neiva y Barranquilla. En Neiva fue inestimable el apoyo del programa de Comunicación Social de la Universidad Surcolombiana, en particular de William Fernando Torres y Juan Carlos Acebedo. En Barranquilla otro tanto cumplió la Facultad de Sociología de la Universidad del Atlántico. Asimismo la contribución de Colciencias fue decisiva para los primeros pasos en México.

Naturalmente nada de la presente exploración sería realidad sin el esfuerzo tesonero y decidido de las personas con quienes se adelantó el trabajo de campo. En Bogotá Antonio Martínez y Felipe Neira. En Neiva Karla Leandra Ramos y Liza Leonor Roza. En Barranquilla Claudia Helena Beltrán y Mayra Orozco. En Ciudad de México Tahina Trujillo y Rosa Rodríguez. A todos ellos, mujeres y hombres comprometidos con el destino de los barrios populares, mi más enorme gratitud.

La vida en México ha sido placentera y enriquecedora. Por Larissa Adler Lomnitz, quien me ha regalado su afecto, su sabiduría y su apoyo. Por Helena Azaola, con su infinita generosidad y su afable cercanía. Por Sergio Zermeño, de quien he recibido saber y amistad. Por José Antonio Pérez Islas, su proximidad y la confianza que depositó en mí. Ellos son como estrellas en el camino, su luz nos ha guiado a través de la compleja experiencia de aprender a habitar otro país.

Por supuesto el agradecimiento para las personas que me han alimentado con la risa, el comentario y el amor: Eduardo Correa, Carlos Jiménez, Luz Marina María, María Beatriz Uribe y Zenaida Osorio. Mi reconocimiento también a la lectura inteligente y aguda de Ingrid Bolívar, Alvaro Camacho, Maya Aguiluz, Teófilo Rojas y María Victoria Uribe. Y no podía faltar mi gratitud para con Pedro Rojas, nuestro diálogo desató más de un nudo dentro de mí.

Todo mi corazón para mis hijos Tomás y Martín, ellos han tenido la sapiencia de acompañar a un hombre en el trayecto de volverse padre mientras escribe libros. Y claro, mi amor sin límites a mi mujer y compañera Mony, mi ser del alma siempre cómplice y savia.

Finalmente mi eterna gratitud a los muchachos pandilleros de quienes este libro habla. A ellos escribo con la esperanza de que estas palabras contribuyan a la cimentación de otra conciencia sobre este mundo aturdido y extraviado.

Ciudad de México, noviembre de 2005

## INTRODUCCION

La pandilla desconcierta y atemoriza. El espectáculo de muchachos entregados de día entero a la esquina no provoca sino eso, perturbación y miedo. Están ahí todos los días, jalonados por un impulso cuyo magnetismo se resiste a ser descifrado. Regresan una y otra vez, devotos y leales. Tantas veces se les ve animados, arrastrados en la conversación y la risa; tantas otras absortos en un silencio denso, extraviados en el hechizo de quien ha quebrado la madeja del tiempo. Es su rasgo característico. La pandilla se abandona a un tiempo sin límites ni trabas, apenas conectada por débiles hilachas al calendario que apresa en sus ritmos y menesteres al resto de mortales.

Se abandonan, pero lo hacen en medio de la calle. La pandilla es una forma de habitar la ciudad. Crece como hidra entre el pavimento lanzando un desafío cierto a la urbe y sus proyectos de convivencia. Frente a unos seres devorados por la desidia de la esquina, parados más allá de todo precepto pero solazados en su voluntad de hierro, la sociedad vacila y la palabra enmudece. A lo largo de su atormentada historia la humanidad conoce de anomias y violencias, de herejías e insurrecciones. Empero, el fenómeno pandillero se cuece a otro precio. La condición joven de sus miembros abre el abismo de muchachos que muy pronto renunciaron a las imaginerías del orden colectivo para optar, a cambio, por el sometimiento del mundo bajo el yugo de su ingenua pero lacerante ley.

Uno de los protagonistas de estas páginas lo enuncia con elocuencia: *<Había una china con un gomelita. El chino se quedó mirándome. Como uno mantiene ofendido, mantiene con el diablo adentro, le dije: “¿Fue que se enamoró de lo mío pirobo?”. Y le pelé el yerro>*<sup>1</sup>. Fragmentos similares se escuchan

---

<sup>1</sup> Las citas en itálica entre los signos < y > son frases o palabras extraídas de los testimonios pandilleros. La frase título de nuestro trabajo es de Parcerito, Neiva, p. 23. Los nombres originales fueron cambiados por razones de

de un testimonio a otro, el pandillo <mantiene ofendido, mantiene con el diablo adentro>. Ahí palpita un trozo del alma pandillera, en la erupción siempre lista a desbordar una rabia volcánica tantas veces hasta el extremo de sacar <el yerro> por el nimio detalle de una mirada. Si el pandillero es un morador de la ciudad del siglo XXI<sup>2</sup>, una presencia que puebla sus calles y desencaja sus conflictos, ¿cómo leer esa experiencia que lanza a puñados de muchachos populares a permanecer <con el diablo adentro>?

## EL TIEMPO PARALELO

En el intento de hacerle frente al interrogante sale al paso una afirmación: lo propio de la pandilla contemporánea es lo que denominaremos el tiempo paralelo. Puesto en los términos de una imagen que permita iniciar el recorrido, el <parcero> abandona los circuitos que arman la vida corriente. La figura prototípica es el muchacho de quince años parado sin descanso en el sitio de siempre<sup>3</sup>. Las reclamaciones de la vida de todos los días desaparecen, no lo conmueve ni el dolor ajeno ni menos la pobreza, no lo asedian los apuros de la eficiencia ni las urgencias de la productividad. El reloj, la pequeña pero portentosa máquina que disciplinó la modernidad, ve desquiciadas sus manecillas ante el ensimismamiento pandillero: el tiempo es su tiempo, uno puesto al margen de las convenciones sociales y adultas<sup>4</sup>.

Frente a un universo donde el tiempo escasea, entrampado en la aceleración del acontecimiento y la historia, la pandilla se abroga el lujo del tiempo exonerado de fechas y horarios. Las fuerzas que le ordenan son otras. No son las del esfuerzo orientado y causal de la previsión, el <ruedo> despedaza tales coordenadas en medio de un universo donde se asume con religiosidad el día a día. La preciada imagen del joven promesa de futuro ni

---

seguridad. <Pirobo> es un insulto; <pelé el yerro> es sacar el revólver; <gorrelito> es un niño consentido, hijo de papi y mami.

<sup>2</sup> Siguiendo a Hobsbawm (1998) pensamos el siglo XX como el período histórico que corre entre 1914 y 1989, acotado de un lado por el comienzo de la primera guerra mundial y del otro por el final del socialismo. La pandilla contemporánea, según analizaremos, nace en los años 80.

<sup>3</sup> Los pandilleros colombianos se llaman entre sí <parcero> y <parce>, el <parce> es el nombre del grupo.

<sup>4</sup> La mirada sobre el tiempo se nutre en particular de Ricoeur (1995), Castells (1999) y Giddens (1991).

siquiera le preocupa. En su universo no cabe ningún imperativo externo, menos aquel según el cual la generación joven ha de aprestarse para la venidera tarea de conducir el mundo a buen puerto.

Dicho “afuera” se construye sobre el despojo de lo social. El lenguaje de la pandilla es circular, no remite sino a sí mismo; parte de nociones revestidas de consenso (como la comunidad y el respeto) pero las vacía de su contenido para achatarlas en la simbólica del deseo y la muerte. Sus vínculos sociales, igual, se reducen casi en exclusivo al *<parche>*; ninguna actividad de esas que engranan un tiempo productivo les entusiasma, bien pronto abandonan la escuela y desconocen algún oficio estable. Y entretanto, en medio del conflicto de la barriada popular, el pandillero ejerce un cruento poder sobre la esfera local en nombre de nada distinto a la gratificación de sus impulsos. La pandilla quiebra el nexo con el Otro, abomina del orden instituyente y suprime una historia compartida que es tanto experiencia de pasado como perspectiva de futuro. Es la abstracción de lo social<sup>5</sup>.

Dos órdenes de pregunta aparecen. Por una parte, ¿cómo se configura el tiempo paralelo? La respuesta supone dar cuenta de las condiciones que hacen posible el acontecimiento pandillero que, como veremos, es una síntesis de viejas prácticas urbanas, emergencia cultural de lo joven y renovada presencia del crimen. Tales condiciones las denominaremos los catalizadores, objeto de la Primera Sección de nuestro trabajo. De otro lado, ¿en qué arreglo colectivo es factible la abstracción de lo social que atraviesa la pandilla? En este segundo orden de pregunta la respuesta se enfrenta con los procesos de mediación social<sup>6</sup>. Ciertamente la pandilla obliga a revisar los nudos de la sociedad contemporánea, tanto las

---

<sup>5</sup> La pregunta ante lo social toma elementos esenciales de Touraine (1999 y 2000).

<sup>6</sup> La reflexión sobre la sociedad contemporánea se alimenta en especial de Wallerstein (1999), Castells (1998 y 1999), Bauman (1999), Lypovetsky (2005, 1994a y 1994b) y Berman (1999). Lo mismo, tengo una enorme deuda con el pensamiento y el diálogo con Sergio Zermeño (2005) y su tesis de la desmodernidad, así como con Jesús Martín Barbero (1995, 1996 y 1997) y sus numerosas formulaciones sobre las relaciones entre medios, cultura y sociedad.

fracturas sobre las que se constituye como los contenidos que vienen a llenar el afuera del tiempo paralelo, los temas de la Segunda Sección<sup>7</sup>.

## LOS CATALIZADORES

El primer orden de pregunta –como germina el tiempo paralelo– nos llevó a la identificación de tres catalizadores: el gesto pandillero, lo joven y el crimen. El primero tiene antecedentes, nace con los procesos de urbanización hacia mediados del siglo XX; en él ya están contenidos los rasgos que prefiguran la pandilla, mas las realidades emergentes en los años 80 los recogen y los llevan a la trasgresión: los nexos con las mediaciones sociales, los capitales simbólicos y la naturaleza del crimen se transforman abriendo el camino a la singularidad de la pandilla actual. Lo miraremos en el capítulo 2<sup>8</sup>.

Luego el segundo catalizador aporta la inversión cultural gestada por lo joven<sup>9</sup>. También está cargado de historia, hace su aparición hacia los años 50 cuando la condición joven dejó de ser una simple etapa intermedia entre la infancia y la adultez, para comenzar a revestirse de rebeldía y contestación. Tres décadas después, sobre el rastro de renovadas circulaciones simbólicas, lo joven hace el tránsito de la rebelión a la autonomización: ser joven supone hoy el derecho incontestado de construir un estilo de vida personal y diferenciado, más allá de cualquier precepto de la sociedad y la tradición. Los pandilleros lo comprenden a cabalidad, el tiempo paralelo se va hasta el autismo. Lo abordaremos en el capítulo 3.

Por último el tercer catalizador, la criminalidad<sup>10</sup>, ingresa en la “regulación” de la vida colectiva del barrio y sus alrededores. Lo hace puesto que opera sobre la droga y el emblema que la marca, el lenguaje del deseo. Las implicaciones son enormes. La pandilla se dota de

---

<sup>7</sup> El texto se divide entonces en dos grandes Secciones. La Primera se ocupa de los catalizadores, la Segunda de los mediadores.

<sup>8</sup> El capítulo 1, previo a cualquier avance concreto, contempla la realidad de la presencia pandillera.

<sup>9</sup> El abordaje de lo joven tiene deudas en especial con Rosana Reguillo (2000 y 1991).

<sup>10</sup> La pregunta por el papel del crimen en la sociedad actual le debe a los escritos y el diálogo con Helena Azaola (2003 y 1996).

un mundo alterno en donde hallar sentido, poder y, por supuesto, el dinero que sostenga las ansias de consumo. Mediante la criminalidad el tiempo paralelo tiene un soporte material, ya no hay nada que pedirle a la sociedad. Será el tema de la Segunda Parte: el robo en el capítulo 4, la violencia en el 5 y una reflexión sobre los catalizadores en el 6<sup>11</sup>.

La emergencia de la pandilla está pues catalizada por el gesto pandillero, el valor de lo joven y la criminalidad. Cada uno tiene viejos antecedentes. Mas el orden naciente hacia el fin del siglo XX les inyecta renovadas dinámicas donde la pandilla encontrará la simiente del <desmadre>. el gesto se endurece, la autonomía deriva en afuera y el crimen llega a la esquina portando consigo el descifrador de los nuevos tiempos.

## LOS MEDIADORES

El segundo orden de pregunta –en qué sociedad se vuelve factible la abstracción de lo social-, remite a los mediadores sobre los que pensamos se constituye lo social: el símbolo, el vínculo y el poder. Frente al símbolo se trata de mirar desde dónde hablan los pandillos. El tiempo paralelo y las fracturas que le son propias redundan, por fuerza, en el empobrecimiento del lenguaje. No se trata de simple precariedad cultural. La pandilla es una forma de articulación simbólica, su precariedad discursiva no significa ausencia de palabra: el pandillo abreva significado del gesto pandillero signado por el <territorio>, el <parche> y el <respeto> (objeto de los capítulos 7 y 8), los resignifica desde los significantes de la <muerte> y el deseo (temas de los capítulos 9 y 10)<sup>12</sup>.

El siguiente mediador explora el vínculo social<sup>13</sup>, arrancando con las instancias clásicas de socialización (en el capítulo 11 se mira la familia, en el siguiente la escuela y el trabajo). El panorama es desolador, el pandillo quiebra amarras con unas y otras. El grupo pandillero

---

<sup>11</sup> El gesto y lo joven son el contenido de la Primera Parte. El tercer catalizador amerita un amplio tratamiento, por eso se le trata en una Parte independiente.

<sup>12</sup> El símbolo es el problema de la Tercera Parte.

<sup>13</sup> El interrogante por el vínculo tiene una enorme deuda con la obra y la conversación con Larissa Adler Lomnitz (2001 y 1998).

pareciera ser el nexo social capaz de socorrer el desamparo; no obstante la mirada atenta de su mundo interno deja entrever que allí no pervive sin más el reino del afecto y la solidaridad (según se considera en el capítulo 13). El drama de la soledad del individuo contemporáneo, en medio de la fractura generalizada de sus vínculos, se impone incluso sobre el mundo gregario de la pandilla<sup>14</sup>.

Por último el tercer mediador refiere las formas de construcción del poder<sup>15</sup>. La trasgresión violenta le confiere a la pandilla un dominio sobre la esfera pública local, la contundencia de su mando propicia la confrontación con una multiforme escala de adversarios. En Colombia las guerras de pavimento adquieren una virulencia sin parangón: las pandillas se enfrentan a otras pandillas y los vecinos organizados para contenerles (el capítulo 15), las seguridades pagadas y las operaciones de limpieza (el 16), los actores armados y el crimen organizado (el capítulo 17). El conflicto se transforma, la pandilla se alimenta de un poderío cuyos resortes no conocen nada distinto a la propalación del pánico en el intento de granjearse *<respeto>*<sup>16</sup>.

## AFUERA Y ADENTRO

Hasta aquí está expuesta la arquitectura de nuestro trabajo. Con todo, ¿desde qué matriz teórica se desplegará la interpretación? El primer vistazo sobre los mediadores remarca la pérdida de densidad que les aqueja. El símbolo se empobrece, el vínculo se resquebraja, lo público se degrada. La pandilla ejemplifica la agonía de la sociedad, por su “autismo” habla la imposibilidad del proyecto cultural de la ciudad en su oficio de integrar en alguna malla de sentido a los jóvenes de la miseria. El *<parce>*, pues, muestra la grieta por donde se resquebrajó el pacto que rigió la sociedad durante largo tiempo: al mundo contemporáneo

---

<sup>14</sup> El vínculo ocupa la Cuarta Parte. El capítulo 14 recoge el cuadro compuesto y aborda las temáticas de la desocialización y el individuo desvinculado.

<sup>15</sup> Un decisivo viraje político se debe en mucho a Saxe-Fernández (1999) y Gilly (1998 y 2002).

<sup>16</sup> La Quinta y última Parte entra en el poder. El capítulo 18 se ocupa del conflicto violento en la ciudad y el final, el 19, cierra la discusión en torno a la degradación de lo público.

ya no le preside la ficción de un arreglo colectivo donde habría un lugar para cada uno de sus ciudadanos.

Sin embargo ese es apenas uno de los rostros. Un paso más allá se visualiza una racionalidad. La era del consumo demanda un individuo auto centrado, exonerado de pertenencias como la nación y la clase social<sup>17</sup>. El vínculo social se adelgaza. El pandillo lo evidencia, se consume en la esquina lejos de la familia, la escuela y todo aquello que suponga convivencia. Frente al marasmo de lo social el muchacho solo y aislado halla en el <parche> la alternativa de inclusión, allí encuentra la pertenencia que no le ofrece ningún otro espacio. Mas la pandilla no es simplemente un grupo más, es una opción preñada de conflicto. ¿Por qué seguirla entonces?

El magnetismo emana de la promesa de deseo y poder. Mientras la vivencia de los sensorios erizados no para un instante, disparada por el consumo de droga y el acecho de más de un adversario, la búsqueda de reconocimiento se impone difundiendo el pánico en el barrio<sup>18</sup>. Lo <chimba> y el <respeto>, sus hablas localizadas, condensan los signos desde donde gesticulan los muchachos que nos ocupan. La producción del individuo desvinculado -ese que desesperado encuentra asilo en la pandilla-, requiere de renovadas formas de disposición simbólica. Los símbolos, como los vínculos, pierden densidad y arraigo. Ante la deriva, esto es el flujo perpetuo de símbolos marcados por su precariedad para comunicar, se erige el deseo como alfa y omega de la subjetividad. Frente a las cenizas del vínculo social el individuo gana un nuevo desciframiento -ya no el de la razón y la búsqueda política-, sino el de la gratificación y la experiencia sensible sin fronteras, impuesto entre la gente mediante estrategias del terror. De tal suerte la fractura no es mera desagregación, frente a la crisis la sociedad de mercado introduce un contenido en cada

---

<sup>17</sup> La consideración sobre la relación individuo y sociedad ha tenido como centro a Horkheimer (1973 y 2000), Taylor (1996, 1997a y 1997b) y Dumont (1987).

<sup>18</sup> Las evocaciones del pánico se emparentan con la sociedad de riesgo de Beck (1993 y 1999).

mediador: en el símbolo instala el deseo, en el vínculo el individuo desvinculado, en el poder el pánico<sup>19</sup>.

Desde aquí el tiempo paralelo no es mero vacío. La pandilla no está sólo afuera, está también adentro. La vida reglada por un vector de futuro expira, mas en su lugar se implanta el goce signado por el imperativo de la satisfacción perenne y su despliegue violento. El tiempo se deshace de topografías, le colma la temporalidad del deseo custodiada en su estallido por el pánico. La sociedad contemporánea instituye un sujeto, el individuo desvinculado auto contenido en el deseo y el miedo.

## EL PRINCIPIO GENERATRIZ

El movimiento paradójico del afuera y a la vez del adentro hace del pandillero un digno representante del mundo actual. Como el ejecutivo globalizado, viviendo aquí y allá del desarraigo, el <parche> refleja desde la pobreza las dinámicas hoy en marcha. La precariedad de sus simbólicas son muestra de la deriva de los signos: encaramados en las tecnologías de la información se escinden de las prácticas sociales que les dieran origen. Igual, el afuera pandillero es una ramificación de la desocialización: desde el estado hasta la escuela, pasando por la clase social y el partido político, el vínculo social pierde espesor. Y lo mismo, su delirante poder es otro lunar de la degradación de lo público: ante la ausencia de juntas de cohesión colectiva el pánico se erige en pegamento de una ciudadanía desorientada y asustada. En cada mediador hay pues un proceso donde la sociedad de mercado introduce su respectivo contenido alternativo. La deriva se conjura con el deseo, la desocialización se repone con el individuo desvinculado, la degradación de lo público se exorciza con el pánico.

---

<sup>19</sup> El capítulo final de cada una de las tres Partes de la Segunda Sección mira el proceso: en el 10 el deseo, en el 14 el individuo desvinculado, en el 19 el pánico.

Es el imperio de la era del consumo, esa donde los procesos mercantiles lograron no sólo la autonomía respecto del conjunto de la institucionalidad, sino también la primacía sobre la determinación del rumbo de los fenómenos estratégicos en las armazones colectivas. El mercadeo es un componente de toda formación social, tan antiguo como la misma humanidad. Su lugar dentro de la arquitectura social, no obstante, no ha sido siempre el mismo. Hasta el siglo XVIII operó como otro componente del acontecer institucional. El proceso de industrialización alteró la situación, redirigió el desarrollo capitalista hacia su autonomía bajo el entendido de su funcionamiento por las leyes autónomas de la oferta y la demanda: se trata del mercado autorregulado<sup>20</sup>. Desde ese entonces hasta el presente la relación entre economía y sociedad desemboca en la tensión que supone la coexistencia, de un lado de una economía ansiando soltar amarras, y de otro de una sociedad buscando los mecanismos que le protejan del capitalismo descarnado. El itinerario atraviesa diversos momentos, del liberalismo del siglo XIX al estado de bienestar del XX, desembocando en la primacía hoy impuesta por la globalización neoliberal<sup>21</sup>.

Frente a ese proceso nuestro empeño tiene cometido específico. Busca develar, desde la entraña de la pandilla, el proyecto cultural impuesto por el orden vigente<sup>22</sup>. El desarrollo de las tecnologías de la información puso al alcance de la mano un nivel de autorregulación del mercado antes imposible de imaginar: la sociedad se regla por el principio generatriz de la movilidad –un principio en cuyo nombre se puso de cabeza la sociedad–, disolviendo la referencia a algún orden distinto al poder estólido del capital. Ante la nueva fe de la movilidad deja de ser posible un orden anterior al individuo. Nos proponemos así indagar los modos como dicho principio generatriz provoca deriva simbólica, desocialización y degradación de lo público, todo bajo el entendido de imponer el deseo, el individuo desvinculado y el pánico como nuevos dispositivos de mediación social.

---

<sup>20</sup> La reflexión sobre el mercado se inspira en Polanyi (2004) y en Thompson (1989 y 2000), quien llama economía moral a un proceso productivo no separado de lo social.

<sup>21</sup> En adelante se hablará de sociedad de mercado, mercado autorregulado y mercado como sinónimos de un momento: la era del consumo.

<sup>22</sup> El nexo entre política y cultura debe mucho a Lechner (1995 y 1996).

La pandilla nos lleva de la mano. Ella reproduce en el barrio la disociación de lo social, la misma que instauro el mercado cuando decide funcionar por encima de la sociedad y su derecho a una economía de cara al interés general. Al igual que la maquila la pandilla edifica un poder haciendo abstracción de lo social, la primera engeguada por la inversión al margen de los trabajadores y la sociedad donde se implanta, la segunda embriagada en el mito de lo sensible que domina el proyecto discursivo de la contemporaneidad. La pandilla es heredera legítima de la era del consumo. Como en el sector financiero, la más refinada expresión de la prepotente globalización neoliberal<sup>23</sup>, el <parcero> vive el tiempo del flujo y la velocidad: su piel abierta no cesa en la búsqueda de la otra sensación, esa donde, al fin, aguarda la promesa del éxtasis y la autenticidad.

Dicho esto se hace comprensible tanto la perspectiva de nuestra mirada como aquello que nos distancia respecto de la literatura sobre el tema pandillero. Mientras el fenómeno se viene considerando tan sólo como producto de la fractura y la marginación –analítica dentro de la que caben un sinnúmero de variantes, que van de la crisis económica a la familia en disolución<sup>24</sup>–, proponemos interpretarle, de manera alterna, como hijo de la armadura cultural donde la sociedad de mercado funda el proyecto de una subjetividad. La pandilla no es tan sólo exclusión, es también inclusión. Mejor aún, ella patentiza el doble rostro implicado en aquello que se destruye ante la imposición de otro orden de sentido. El primer rostro muestra el sin sentido y la fractura, el segundo el nuevo orden de sentido y las fanfarras de su dominación. En realidad, el ensamble pandillero evidencia las operaciones que introduce el imperio del mercado en la vida cotidiana de la pobreza. El <parcero> recoge el ofrecimiento, lo hace suyo, desde las sombras de la miseria lo radicaliza. La pandilla es una ventana privilegiada a la tragedia de nuestro tiempo.

---

<sup>23</sup> En medio de la amplia discusión sobre la globalización resultaron indicativos Helleiner (2000), Nair (2003) y desde un punto de vista cultural García Canclini (1995, 1999 y 2004).

<sup>24</sup> Casi sin excepción la literatura sobre pandillas asume esta óptica, el sentido común la confirma en su esquema más simple (su versión más extendida es la pandilla producida por la familia desecha). Un buen ejemplo de esta analítica se encuentra en el interesante estudio de Centroamérica en torno a las pandillas y el capital social. ERIC (2004).

## UNIVERSAL Y NACIONAL

Durante los últimos años es notable su vertiginosa capacidad de poblar el planeta, por eso también habla con suficiencia de nuestra época. No es un producto más del conflicto armado. Es cierto que prospera en naciones donde recientemente se puso término a la guerra civil, El Salvador, Guatemala y Perú lo ejemplifican<sup>25</sup>; igual en Colombia se riega, un lugar donde no cesa la confrontación armada. Sin embargo prolifera igual en países sin guerra interna, bien en Centroamérica como lo muestra Honduras bien en Suramérica como sucede en Ecuador<sup>26</sup>. El fenómeno se extiende por Latinoamérica, se tiene noticia de su presencia en México, Nicaragua, Panamá, Bolivia, Brasil y Chile<sup>27</sup>.

Más tampoco es otra herencia de la condición periférica y subordinada de la región. Se le cuenta por miles en Estados Unidos, nada menos que en una cantidad de 21.500 pandillas aglutinando algo más de 700 mil miembros<sup>28</sup>. El fenómeno constituye una verdadera preocupación de la sociedad norteamericana<sup>29</sup>. La oleada llega al otro lado del océano. En España inquietan los desmanes de las pandillas latinas, en Francia las de inmigrantes norte africanos, en Alemania adoptan la forma de organizaciones neonazis<sup>30</sup>. El continente africano no se exime, en Sudáfrica pululan desafiando el orden emergente tras la muerte del

---

<sup>25</sup> En las dos naciones centroamericanas se insiste en el punto de la génesis pandillera sobre el trasfondo del conflicto armado. El Salvador en Santacruz y Cruz (2001), Guatemala en Merino (2001). Perú en Lazo (2002). Otros textos sobre El Salvador Hornies Unidos y colaboradores (1998), Santacruz y Concha (2001)

<sup>26</sup> Honduras en Castro y Carranza (2001). Ecuador en Cervino (2004) y Andrade (1994).

<sup>27</sup> En México Castillo (2004) y Fajardo (2004); en Nicaragua Sosa (2001), Rodgers (2002 y 2000) y Liebel (2002); en Panamá Policía Técnica Judicial (2004); en Chile Escuela de Antropología Social (1999). En Brasil la película *Ciudad de Dios* es un retrato vivo del conflicto urbano y el papel pandillero. Textos sobre varios países en Birkbeck (2003), Liebel (2004 y 2002), Saraví (2004) y Azaola (2004).

<sup>28</sup> Egley y Aline (2003).

<sup>29</sup> Como evidencia del interés que suscita abundan los volantes instruyendo a padres y vecinos, producidos por instituciones no gubernamentales y destacamentos policiales especializados. Entre otros en Arlington, Chicago, Los Angeles, Nueva York y Phoenix. Mirar Departamento de Policía (2004), Chicagos's Bilingual Newspaper (2004), Clarín (junio 17 de 2002), Murillo (2004) y Cruz (2004).

<sup>30</sup> En España Feixa y Muñoz (2005); en Francia la bella película *El Ocio* retrata la situación de los suburbios parisinos; en Alemania Funke (2000). Las antiguas bandas francesas en el clásico de Monod (2002).

*apartheid*<sup>31</sup>. El último informe mundial sobre la violencia lo dice, “se encuentran pandillas de jóvenes en todas las regiones del mundo”<sup>32</sup>.

De la nación de aquí a la de lejos allá, por encima de las diferencias en los arreglos políticos y los niveles de riqueza, resurge portando su carga de turbulencia y malestar. El título de pandilla se adquiere mediante la asunción del tiempo paralelo. Desde esta universalidad cada país, según los dictados de su propia historia, le imprime una singularidad<sup>33</sup>. El conflicto colombiano la torna insignificante, su violencia localizada poco cuenta junto a la capacidad desestabilizadora del narcotráfico y los actores armados. No obstante no deja de ser un centro de reciclamiento del conflicto urbano, a diferencia de otras naciones los vecinos las enfrentan, enganchan agentes de vigilancia y exterminio, mientras los actores armados traban complejo vínculo con ella<sup>34</sup>. El panorama de Centroamérica es otro, El Salvador lo enseña. Poco después de alcanzada la paz, las maras ganan en ascendencia y presencia. A mediados del 2003 el presidente anuncia el Plan Mano Dura, una severa estrategia encaminada a perseguirlas e imponerles un castigo ejemplar<sup>35</sup>. El problema se internacionaliza, los mareros huyen hacia otros países creando alarma entre sus autoridades. En México se habla de una invasión, se presume su presencia en al menos quince estados<sup>36</sup>. Ellas son responsables, se afirma, del ascenso de la criminalidad y el homicidio<sup>37</sup>.

Como sucede siempre ante un “peligro inminente” los agentes institucionales no ahorran calificativos, los pandilleros son acusados de “flagelo”, “mal de la humanidad” y “atentado a la seguridad nacional”. Los epítetos se multiplican. Los presidentes salvadoreños, a tono con el dictamen norteamericano sobre el nuevo adversario planetario, aseveran que sus

---

<sup>31</sup> Chabedi (2002).

<sup>32</sup> Krug y colaboradores (2003, p. 39).

<sup>33</sup> En los países industrializados adopta la forma de conflictos étnicos. No sucede lo mismo en Latinoamérica.

<sup>34</sup> Dentro de un mismo país, lo mismo, se impone las diferencias de una ciudad a otra. Dista mucho la situación de Medellín –donde el narcotráfico entró en negocio directo con las pandillas–, a la de Bogotá o Barranquilla, donde no sucedió nada parecido: la trasgresión de las dos últimas es en todo sentido menor.

<sup>35</sup> Esmas (julio 24 de 2003); La Opinión (marzo 18 de 2004). El nuevo presidente ratifica el programa bajo el nombre de Plan Super Mano Dura.

<sup>36</sup> Radio Nederland (agosto 22 de 2003). “Pandillas centroamericanas”.

<sup>37</sup> Secretaría de Seguridad Pública de Chiapas (2005).

medidas de fuerza ponen punto final al “terrorismo delincuencial” que encarna la pandilla<sup>38</sup>. El delirio no tiene diques. Un periódico afirma que, de acuerdo con pruebas irrefutables, se tiene conocimiento de la reunión de jefes de la mara Salvatrucha con líderes de Al Qaeda, la organización árabe temida y buscada en el mundo entero<sup>39</sup>.

## UN ESTUDIO DE CASO: COLOMBIA

La pandilla tiene, así las cosas, tanto de universal como de particular. Esta doble condición plantea un franco desafío. De una parte porque intentamos encarar su condición universal, por supuesto circunscritos al caso latinoamericano: en cada tema se refieren países de la región, en particular de México<sup>40</sup>, donde se posee un trabajo de campo<sup>41</sup>. De la otra porque buscamos conservar la particularidad de un estudio de caso, los <parches> colombianos son el punto de apoyo.

Nos pegamos entonces de la realidad pandillera de tres ciudades colombianas, Barranquilla, Neiva y Bogotá<sup>42</sup>. Neiva es una ciudad que apenas si llega a los trescientos mil habitantes. Su importancia estratégica es notable, no sólo por su condición de centro cultural y económico de la región suroriental sino por su ubicación respecto a la zona de los llanos y la selva, enclave donde se libra una decisiva batalla del conflicto armado. Con razón la llaman “la puerta del sur”. Por su parte Barranquilla, con un millón doscientos mil personas, posee el título de cuarta ciudad nacional y primera de la costa Caribe. Pese a su postrada economía no abandona su papel de polo de atracción para las migraciones internas del área costera. Por último Bogotá, capital y centro de la actividad nacional, poblada con algo más

---

<sup>38</sup> Esmas (julio 24 de 2004). La frase es del presidente Flórez. El nuevo presidente Saca, en reciente visita a la Unión Europea, vuelve y tilda a los pandilleros de terroristas cada vez que se le interpela por su plan Super Mano Dura.

<sup>39</sup> Radio Cooperativa (noviembre 29 de 2004).

<sup>40</sup> Literatura de los primeros chavos banda en León (1984), Gomezjara y otros (1987), Subdelegación de Desarrollo Social (1987), Castillo, Zermeño y Ziccardi (1988), Encinas (1994), Villafuerte y colaboradores (1984); de los más recientes Urteaga (2000) y Fajardo (2003). Asimismo está el trabajo sobre comunicación de Reguillo (1991) y el de los pachuchos y cholos de Valenzuela (1988).

<sup>41</sup> Esta investigación en marcha se cita *Poder, conflicto e identidad*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

<sup>42</sup> Las notas de las citas textuales de los testimonios identifican la ciudad: N para Neiva, BQ para Barranquilla y BG para Bogotá.

de seis millones de almas, continúa en la espiral de concentración de los recursos nacionales dando al traste con el singular crecimiento de varias ciudades que caracterizó al país<sup>43</sup>. En cada caso se seleccionó un sector popular, escogido por sus condiciones de alta pobreza y elevada conflictividad –según se desarrolla en el capítulo 1-.

La investigación se desarrolló mediante tres estrategias de captura de información. Primero la historia de vida y la entrevista; segundo la observación etnográfica; tercero el procesamiento de archivos e información estadística. La herramienta pivote fue la historia de vida, desarrollada como una conversación en profundidad siguiendo tres capítulos. El primero, la *trayectoria personal*, pone en juego la historia individual de una manera abierta, practicando evocaciones desde los recuerdos más tempranos de la infancia hasta la reconstrucción de la biografía en el presente. Después, el capítulo *recorridos* explora el universo pandillero por dentro, indagando las formas de pertenencia, las actividades y códigos, los vínculos con otros actores. El capítulo final, lo *colectivo*, averigua la vivencia individual y grupal en esferas como las mediaciones políticas, la nación y sus conflictos, la relación con la muerte y la religiosidad.

De su lado la entrevista, el otro componente de la primera estrategia, se dirigió a personas vitales por su papel y conocimiento de la vida local: el maestro en la escuela, el policía en la seguridad, el líder comunal en la organización barrial, el promotor en la animación cultural, el vecino en la convivencia; pero también, más allá del barrio, el industrial, el político y el miembro de la organización no gubernamental en la ciudad. La entrevista no rastrea la trayectoria personal en sí misma –como si lo hace la historia de vida-, más bien captura la mirada de una persona desde su experiencia en un ámbito de la vivencia colectiva.

---

<sup>43</sup> Colombia es el país latinoamericano que gozó de un desarrollo paralelo de cuatro ciudades, en contraste con el agigantado crecimiento de una sola como lo lleva al extremo Ciudad de México. La tendencia se viene revirtiendo desde los años 70, lo muestra la crisis en Medellín, Cali y Barranquilla. Una rica discusión al respecto en Goueset (1998).

La segunda estrategia metodológica, la observación etnográfica, es una vía de acceso a los mapas donde los jóvenes pandillos arman una trayectoria inteligible del mundo<sup>44</sup>. Mapas específicos en tanto son el precipitado de múltiples experiencias, de clase social y recorrido cultural, de comunidad y ciudad, tal como se condensan en el cosmos del barrio popular. Si la comprensión cultural interpreta los códigos mediante los cuales un grupo humano significa su experiencia, la lectura etnográfica pone las palabras en el contexto del gesto y la acción. Desde ahí el símbolo abandona la abstracción, se convierte en instrumento de la agencia social. La mirada etnográfica entra al espacio donde se negocia el sentido, sea en la vida cotidiana o en las esferas de la dominación: ahí identifica el hábito penetrando la confabulación de la mirada y el secreto en la intimidad<sup>45</sup>.

Por último la tercera estrategia pasó por el procesamiento de archivos diversos. Su suerte fue variable de ciudad a ciudad. Las estadísticas de violencia a nivel nacional, desagregadas en homicidios y lesiones personales, se encuentran disponibles en una rica información que va de fuentes primarias a numerosos estudios ocupados de la temática<sup>46</sup>. Por el contrario el panorama varía regionalmente. Sobre Bogotá existe una larga serie temporal, información que la policía de Barranquilla y Neiva no tiene sino desde mediados de los años 90. El vacío se llenó en Barranquilla mediante la consulta y sistematización de los protocolos de Medicina Legal de la ciudad, construyendo una curva del homicidio a partir de 1977<sup>47</sup>. En la

---

<sup>44</sup> El trabajo de campo se desarrolló, en Barranquilla y Neiva entre junio del 2001 y agosto del 2002; en Bogotá se aprovechó una averiguación previa avanzada en distintos momentos entre 1999 y 2001, puntualizando numerosas informaciones en los mismos meses de las otras dos ciudades.

<sup>45</sup> La información etnográfica se recogió mediante tres procedimientos. Uno, talleres con las investigadoras de cada ciudad. Dos, consignación de información numérica mediante dos instrumentos: una ficha personal de los pandillos entrevistados tendiente a establecer edad, escolaridad, vida de pareja e hijos, personas con quines convive; y una ficha de las pandillas dirigida a recoger número, género, edad y ocupación de los integrantes de las pandillas identificadas, así como la actividad delictiva y el contacto con otros actores. Tres, elaboración de diarios de campo.

<sup>46</sup> Sobre el homicidio existe una serie temporal desde 1959, momento en que aparece la Revista Criminalidad de la Policía Nacional. A partir del año 1994, también como fuente primaria, está el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Las lesiones personales no tienen la misma sistematicidad. En este trabajo, cuando fue posible, se establecieron series desde 1974 hasta 2000. La bibliografía respectiva se cita en su momento; por lo pronto, para una mirada general del homicidio Cubides, Olaya y Ortiz (1998).

<sup>47</sup> Agradecemos la elaboración de ese arduo trabajo a Blas Zubiía y Asleth Ortega, de la Fundación Foro por Colombia regional Caribe. Naturalmente agradecemos la confianza de Medicina Legal, quien nos abrió con generosidad sus archivos. La base de datos completa fue entregada a la Cámara de Comercio de Barranquilla. En Neiva no fue posible hacer otro tanto.

información de la criminalidad contra el patrimonio sucede lo mismo; Bogotá posee datos de tiempo atrás, las otras ciudades arrancan apenas desde la mitad de los 90<sup>48</sup>.

Con este caudal de información vienen la interpretación y la escritura. El lenguaje se captura en la grabación y luego se transcribe con fidelidad incluyendo sus modismos y exclamaciones. A la palabra enunciada se le rinde tributo por su condición de vehículo primordial de sentido. Por la boca del pandillero, atestada de enunciaciones y silencios, habla la cultura de nuestro tiempo. De testimonio a testimonio se reconstruye el cosmos <parcero>, rastreando los planos de significado donde el pandillero trasmuta el azar en realidad inteligible. El texto se construye entonces como un diálogo, un intercambio armado sobre el cruce de dos voces, la pandillera y la nuestra<sup>49</sup>.

El proyecto cultural del mercado construye un sujeto, el <parte> lo encarna. Lo hace desde el extremo, su impudicia lo muestra sin remordimientos. El sujeto que evocamos, en consecuencia, no es el actor de la conciencia a quien desgarrar el compromiso de una voluntad histórica -el que dominó durante largo tiempo la imaginaria moderna-. Todo lo contrario, asumiendo el sujeto como subjetividad y horizonte de sentido, el proyecto en boga reposa sobre otros mediadores. Nuestra tarea es develarlos, tal la apuesta política del presente texto.

No entendemos entonces al pandillero ni como mero criminal, pero tampoco como un renovado héroe urbano. Frente al crimen hay que encontrar la naturaleza de sus prácticas delictivas. Roban con frecuencia, un buen número como parte de sus rutinas diarias, pero no son empresas del crimen constituidas con el fin último de lucrar. Y frente al héroe es preciso reconocer su potente acto de protesta contra la miseria de la ciudad. Su subversión, con todo, se consume en el exceso, enmudecida por el potencial violento que la atraviesa.

---

<sup>48</sup> Bogotá ha desarrollado un refinado y complejo sistema de información sobre la criminalidad, el Sistema Unificado de violencia y criminalidad, donde unieron esfuerzos la policía y Medicina Legal.

<sup>49</sup> La Primera, Tercera y Quinta partes vienen presididas por el testimonio de un pandillero de cada ciudad. Escuchar de manera directa y sin mediaciones su palabra es el punto de partida. A partir de ellos se deshilvana el texto.

Colombia es pródiga en violencias, su historia se deshilvana entre un mar de ellas como para no visualizar sus efectos disolventes, no importa de donde provengan. De manera que el pandillero no es ni el héroe ni el villano. No es el mero desdoblamiento de la ilegalidad y la fuerza bruta, tampoco el simple producto de las condiciones opresivas de una sociedad injusta. En algún punto, entre lo uno y lo otro, está el rostro endurecido del pandillero, un rostro joven que ha recorrido con largueza los laberintos de la persecución y la muerte.

**PRIMERA SECCION**

**LOS CATALIZADORES**  
**GESTO, JOVEN Y CRIMEN**

Esta Sección se ocupa del primer orden de pregunta: ¿Cómo se configura el tiempo paralelo, es decir, cómo germina la pandilla contemporánea? Señalamos la existencia de tres condiciones facilitadoras, esto es acontecimientos socio culturales que operan como catalizadores de la emergencia: el gesto pandillero, la imaginaria de lo joven y la criminalidad. Una vez cumplido el paso por cada uno estaremos en condiciones de precisar las características que diferencian las pandillas contemporáneas de las anteriores.

La Sección se divide en dos Partes. La Primera se ocupa de los dos primeros catalizadores, el gesto pandillero en el capítulo 2 y el valor de lo joven en el 3. La Segunda Parte, de su lado, se adentra con detalle en el tercer catalizador, el universo de la criminalidad. El capítulo 4 mira las modalidades del robo pandillero y el 5 sus prácticas violentas. El capítulo 6, finalmente, hace un cierre recogiendo la huella de lo expuesto en las páginas precedentes.

**PRIMERA PARTE**  
**EL GESTO Y LO JOVEN**

Arrancamos entonces con los dos primeros catalizadores. De un lado el gesto pandillero, una vieja práctica urbano popular -en el capítulo 2-; de otro el valor de lo joven, una imaginaria tendiente a la autonomía de las nuevas generaciones -en el capítulo 3-. Antes de abordarles, no obstante, se impone una precisión. ¿Qué tan extendido está el fenómeno pandillero? Es el punto de partida. No sólo por la necesidad de delimitar nuestro objeto, sino por los muchos equívocos que rodean la histórica preocupación contemporánea en torno a la inseguridad. Tanto la ciudadanía angustiada por un crimen que experimenta cada momento más amenazante, como los medios de comunicación empeñados en abultar su sintonía, convierten a los jóvenes en general y a los pandilleros en particular en la encarnación viva del crimen urbano. El estigma se endurece una vez se mira hacia los sectores populares, sus jóvenes se tachan sin miramiento de pandilleros y violentos desalmados.

Nada más erróneo. La pandilla es una expresión más de la barriada urbana, una modalidad de agrupación juvenil parada junto a otras tantas desperdigadas entre colectivos musicales y comunitarios, religiosos y deportivos; por demás, la gran masa de jóvenes populares la conforman los cientos de muchachos no integrados a ninguna forma organizativa. De allí que el capítulo 1 se ocupe, por una parte de establecer cuántas pandillas y pandilleros son, y por otra de aproximarse a una proporción de su cantidad respecto al resto de muchachos de las zonas donde viven. La precisión se impone, su singularidad ha de ser dibujada con detenimiento; finalmente no está en juego una simple apuesta conceptual, la visibilidad de la pandilla le echa encima multitud de agresiones incluyendo la persecución y el aniquilamiento. Colombia es ejemplar al respecto, en sus ciudades proliferan defensas

urbanas, seguridades pagadas y operaciones de limpieza, cada una empeñada en no dejar en pie un pandillero.

Sin embargo, antes de entrar en materia nos asomaremos sin intermediarios al lenguaje pandillero. Nos presta su voz Aníbal, un muchacho barranquillero parado a medio camino entre la pertenencia pandillera y la urgencia de abandonarla. Por su palabra habla el mundo que ocupa estas páginas, revelando el embelezo que arrastra a los muchachos a un afuera donde esperan el alucine y el conflicto. Con el testimonio el lector tiene una imagen directa que le acompañará en nuestro recorrido.

## EN LA VIDA DEL MUNDO

Un barranquillero: Aníbal

*Mi papá peleó con mi mamá, nos dejó y se fue. Mi mamá andaba en sus cosas, la veíamos en las noches nada más. Le preguntaba por mi papá y no decía nada, apenas comentaba que era un simergüenza. Uno necesita el calor del padre. Vivía con mi abuela y la tía porque a los nueve años mi mamá decidió ir a trabajar en Curazao, dijo que lo hacía por nosotros, para que tuviéramos casa y viviéramos bien. Las cosas se pusieron feas, mis primos decían que mi mamá se había ido de prostituta. Me resentía oír esas cosas, eso me fue afectando. Mi hermano me maltrataba mucho, desde pequeño me partía la cara. Durante dos años mamá no apareció de lo metida que andaba en Curazao, pensé que nos había abandonado igual que mi papá. Entonces andaba en libertad en la calle, caminaba por ahí sin chandetas, vendía chatarra y recogía basura. Fui creciendo con resentimiento hacia mi madre, se fue acumulando en mi corazón, recuerdo que iba cogiendo ira.*

*Por la casa había una pandilla, su jefe mandaba y a mí no me gustaba. Yo era individual, independiente de todo. Me ordenaba que hiciera esto y no le hacía caso, “no tengo madre ni padre pa’ que tu me estés mandando” le decía. Éramos como quince. Ese tipo menoscababa a los muchachos, los trataba como si fueran sirvientes. Un día no quería devolverme una navaja, discutimos y al rato estábamos peleando. Fue ahí cuando comencé a defenderme, estaba creciendo y tocaba hacerlo. Se fue para Venezuela y empecé a mandar. Un jefe tiene que salir adelante a ver por su pandilla y estar pendiente de las cosas. Andaba con ellos pa’ arriba y pa’ abajo peleando todo el santo día, me iba solo a otros barrios a comprar las peleas gratis. Una vez mi hermano llegó con marihuana a la casa, quedé con la sicosis hasta que mi hermana y su novio me amaron un cigarrillo. Fue la primera vez. Días después vi que metían unas pastillas, empecé a consumirlas, producían sueño y aceleraban el corazón pero quitaban los nervios. Desde entonces se me quitó el miedo de llegar tarde a la casa, ya no me decían nada.*

*En la escuela me iba bien hasta mi primer cuarto, era tímido pero de comportamiento excelente. Un día llegué tarde, me dio miedo entrar y me quedé de vacile. Fue rico, al otro día me eché la leña otra vez y al siguiente lo mismo. Duré así toda la semana hasta que no regresé en dos años. Mi mamá me obligó a volver pero llegaron los problemas, andaba en la pandilla. Un día presté un revolver con tan mala suerte que el profesor lo decomisó. Comenzó a acusarme de pandillero, me humillaba delante de mis compañeros. No volví más, quería estudiar pero no terminé ni quinto elemental. Me ponían tareas y no tenía quien me explicara. En la casa permanecíamos puros muchachos, me encerraba en el cuarto a tirar mente pero no tenía entendimiento de lo que me ponían.*

*Pa' olvidarme de problemas, pa' no estar pensando cosas malas metía mi marihuana. No pienso en nada, me da sueño y mi mente no se turba. La tía me dijo que si quería meter no lo hiciera en las caletas sino en la casa. Le hice caso, compraba mi dosis y me iba pa'l cuarto, ella me atendía. Gracias a Dios ahora es distinto, he conocido al señor y mis resentimientos se han ido. Quizás mamá no me dejó por lastimarme sino por tenerme bien, la perdono. Viví tantas cosas por causa de mis padres pero no hay que juzgarlos, no sé como fueron sus sentimientos al ver a sus hijos al borde del abismo. Ella fue padre y madre, se desesperó porque yo metía vicio y mi hermano era alcohólico, mi hermana andaba en la calle y se embarazó. Ahora la amo.*

*Me fui para Curazao porque iban a matarme. Tenía quince años y había hecho mucho daño, como andaba robando, pegando puñalá y deshaciendo los enemigos fueron creciendo. Me perseguían unos cachacos<sup>1</sup> a los que les había hecho males. Mi mamá me lo propuso y arranqué. Conseguí novia, una paisana de veintidós años. Al principio me decía que me veía como un niño. "Soy un niño con alma de hombre, puedo ver por ti si estoy trabajando", le respondía. A los días fuimos a una fiesta y un tipo comenzó a molestar. Nos agarramos, partí una botella y mandé puñaladas hasta que entre cinco me partieron la cara. Las cosas se calmaron pero de pronto un tipo me pegó una cachetada. Como yo vivía en la vida del mundo y el bandido no se deja pegar de nadie, le grité "te voy a matar, acabas de comprar tu tiquete pa' la muerte". Dormí en el monte. Cuando regresé a la casa el man de la cachetada dormía tranquilo. Encontré un martillo con cabeza de plástico, cerré la puerta y lo agarré a totazos, cuando le venía el golpe de gracia entró mi mamá*

<sup>1</sup> Así se llama en la Costa a las personas del interior.

desesperada diciendo que parara. "Es un hombre y a mi ningún hombre me toca la cara", dije. Contrató a dos dominicanos para que me bajaran. Salí de Curazao anhelando estar de nuevo con mis amigos del barrio.

El día que llegué mataron a un tío, la gente decía que por culpa de mi regreso. Me dañé más porque todo mundo me acusaba, tuve que huir a Cartagena. Después de un tiempo volví porque ya no importaba que me mataran de modo que compré un revolver dispuesto a vengar al tío. Me metía hasta diez pepas de un solo y andaba buscando problema, a cuantos se me enfrentaran me les metía sin miedo. Ya tenía fama de malo, la gente me veía y salía corriendo. Meses después regresé a Curazao con mi mujer embarazada, iba decidido a enderezarme. Mi hermano también fue. Una noche ella me gritó, le pegué mandándola al piso toda embarazada. Mi hermano enfureció, entonces llegó el momento esperado desde hacía tiempo. "Vamos a matarnos" le dije, saltándole con rapidez con una piedra sobre la frente. Quedó en el piso tirado sangrando. Al día siguiente me eché a llorar, le pedí perdón pero no era sincero, lo veía y no podía dejar de recordar las muestras que me daba. Me devolví otra vez a Barranquilla y a la cárcel fui a parar. Busqué la palabra de Dios, tenía que confesarle mis maldades. Un día llegó a visitarme mi hermano con la Biblia bajo el brazo, ambos nos pedimos perdón, nos abrazamos y lloramos. Me escribió, dice que siga buscando a Dios. Después de todo la familia es lo más hermoso. Me apoyaron por encima de mis circunstancias, la familia siempre extiende la mano, sea con rabia o con amor pero no deja de hacerlo.

Mi familia es lo más grande que Dios me ha dado, en especial la que tengo ahora. Cuando empezamos con mi compañera tenía cinco mujeres más, la mayoría viciosas y pandilleras. Les llamaba la atención mi reputación, las mujeres de hoy están con los hombres por la fama. Las maltrataba, les pegaba patá porque a las mujeres que les gustan los bandidos andan de un tipo a otro. No me gustaba, si va ser mía es sólo mía. Al principio traté a mi mujer como a las otras. Recuerdo que un amigo se enamoró de ella y se lo advertí, "aquí en el barrio las mujeres son mías, así que no te metas si no quieres tener severos problemas". Me enamoré y olvidé las demás. Ella tuvo problemas en su casa y pensaba agarrar para Bogotá, le dije que se fuera conmigo, aceptó pero advirtiéndome que lo hacía si yo me ponía a trabajar. Eran tantos mis problemas que me daba miedo salir con ella, la dejaba plantada hasta que se cansó.

Me fui a otro barrio a la casa de una tía, por supuesto a hacer maldades. Estuve dos meses, me fui con una muda y regresé cargado de cosas. Volví porque en un atraco levantaron a tiros a un amigo por culpa mía, entonces otra vez me andaban buscando para matarme. “Este no es el barrio mío, si me buscan que lo hagan en el mío”, me dije y arranqué. Seguía en las mismas hasta que mi mujer me hizo recapacitar, entendí que ella era lo mejor para mí. Comencé a buscar trabajo. Vendíamos fritos, nos levantábamos a las tres de la mañana a prepararlos. Me aparté de la vida que llevaba, camellaba<sup>2</sup> para mostrarle que podía salir adelante. Se fue enamorando más de mí. Lo único era que la maltrataba ... y que seguía metiendo coca. Era muy celoso, un día le pegué en la pierna una puñalá. Ese día le agarré sus nalgas, como la seguía molestando me pegó tremendo empujón y me maldijo metiendo en sus insultos a mi madre. Me dolió, discutimos. Como me reía partió un sartén en mi cabeza, entonces fue cuando le pegué su puñalá. Ella también me ha sacado sangre, tenemos peleas agrias. Ese día lloró diciendo que me abandonaba.

Con mi mujer comencé a trabajar en serio. Pa'imos superando ampliamos el negocio con papas rellenas, pasada la venta de fritos salía hacia las once a ofrecerlas. Era duro, después de robar y meter vicio eso de volverse vendedor de papas no era fácil. Mis amigos me veían y se burlaban, el duro del Camíbal de vendedor ambulante; lo hacía por demostrarle a ella que podía. Nunca falta la gente envidiosa, viendo que quería ser ordenao comenzaron a tirarme brujería hasta que nos echaron la moneda de la ruina. El negocio fue decayendo hasta que no se vendía nada. Dejé los fritos y las papas y empecé con la venta de cosas por ahí. Un día no había vendido ni una, llegué donde un amigo que me dio cinco pepas, me las masqué y cuando estallaron salí vendiendo todo. Esas de repente explotan, se siente la mente liviana y blanca, no se sienten las pisadas. Ya el organismo mío estaba acostumbrado a meter droga pa' poder estar sin pena.

Como en todo hay días buenos y malos, ahora no me desespero como antes. Le vengo demostrando a mi compañera que puedo trabajar honradamente sin quitarle la plata a los que trabajan. Ella no quería que robara. Le decía “quiero cambiar, quiero ser otra persona”. Analizaba los compañeros con quienes me críe, algunos sanos. Los miraba y miraba mi interior, la persona que soy preguntándome que había sucedido. Era igual a ellos cuando empecé a vivir, recordaba cuando jugábamos, ¿por qué no se perdieron ellos y en cambio si me perdí yo?

---

<sup>2</sup> Trabajaba.

*Es una larga historia. La primera banda por la casa se llamaba La Gata, eran como veinte armados de metrallera. Cuando los aniquilaron apareció la banda de Pablo, un sobreviviente que se volvió jefe. Comencé a tener libertad y observaba a los Cobra, una pandilla a la que pertenecía un primo. En la forma de vivir del barrio se veía pura maldad, casi todos los que crecieron conmigo estaban en algo, rara la persona criada aquí que no meta vicio. Cuando se formó en serio mi pandilla, los Archis, tenía once años, iba a cumplir los doce. En ese entonces no metía droga. En el primer enfrentamiento con otra pandilla mis amigos corrieron pero yo cogí piedra, la amarré entre la camisa y la tiré. Era el más pequeño pero iba adelante, sentí que yo soy. Todo el mundo hablaba de mí, decía que esto y lo otro. Sentí que podía hacer todo sin necesidad de nadie, uno se las cree y piensa que nada le produce miedo. Las pandillas ya nos conocían y venían a buscar pelea. Las cosas cambiaron, pasamos de las piedras y los palos al revolver, empezó como un juego de tirar piedra pero iba en serio, a un amigo lo puñalaron. Mi mente fue cambiando, fue madurando, sin asco a dar puñalada. No había de otra. Los otros lo mismo, yo era el que mandaba.*

*No me gustaba ser el jefe que prohibiera esto o aquello, me gustaba que se sintieran libres por sí mismos. El que quisiera venía, cada cual decide por sí mismo. Tenía un segundo al mando, era muy loco, le cogí cariño porque era firme pa' las peleas. Cuando se reunían tres pandillas contra nosotros llegaban hasta cien, se metían por todas partes. Nunca nos dejamos sabotear el territorio, pa' nosotros era sagrado. Era un recorrido como de cinco cuachras. Al principio ninguno robaba pero un día sin plata pa'l ron nos quitamos una gorra. Fue el primero, no sentí temor, al contrario. Decidí que si me iban a matar por pandillero mejor me mataran robando. Me salí de los Archi, los seguía cuidando pero empecé a andar con gente mayor que andaba de revolver, me había dedicado al robo. Comencé con los Babillos, era el menor pero todos tenían más o menos mi edad excepto el mayor que tenía como veintisiete. Éramos quince pero a veces nos reuníamos hasta treinta. Algunos trabajaban en construcción, otros estudiaban, todos metían droga. Al principio no robaban pero luego no paraban de hacerlo. Nos encontrábamos temprano, hasta el almuerzo se metía marihuana muertos de risa de cualquier pendejada. Después cada cual cogía pa'su casa hasta reunimos otra*

vez en la noche, como a las siete y de nuevo arrancar con la metedera<sup>3</sup>. Andábamos en esas todo el día, consumíamos pepas, hasta treinta en un día compitiendo por el que más metiera.

Entré a los Alacrancitos, mis antiguos enemigos. Tenía quince años, eran como cincuenta pero los fueron matando, tenían mucho enemigo. El jefe era un negro como de treinta pero el resto era puro pelao, el menor tendría catorce. Salíamos a atracar y buscar pelea, era una banda sangrienta que le gustaba hacer correr sangre. Tenían la mente dañada, el jefe los obligaba porque era un psicópata, contaban que los ponía a matar burros para después tomarse un vaso de sangre. A mi ingreso el jefe ya había sido asesinado. Ahí conocí a mi amigo, el man era firme y nos fuimos a robar. No le importaba nada, le caía al que fuera. Tenía la edad mía. Empezaron los problemas, me fui dando a conocer, ya no me llamaban Anibal sino me decían Canibal. Mi amigo había cometido varios asesinatos, un día en un atraco le soltó la escopeta a un man volándole los sesos. Hacía las cosas sin pensar, le debía a todo mundo. La banda de los Arrancarrostros que andaban en carro encapuchados dándole a las bandas de pelaos nos levantaron a tiros en varias oportunidades.

Un día después de un robo me invitó a tomar, empezó a abrazarme diciéndome “tu eres mi vale”<sup>4</sup>. Lo saqué, le dije “el bandido no tiene amigos, no me joda”. A los pocos días estando con los Perros Ñatos comenzaron a tirarnos, uno me mandó varias puñaladas sin suerte pero en cambio a él le dararon como veinte. Tenía los ojos voltiacos, estaba más allá que acá. Comencé a llorar, le rompí la ropa para meterle los dedos en las heridas, le chupaba la sangre y le pegaba trompá para que revuiera. “No me dejes morir”, repetía y repetía. Lo abracé y lo besé. A los días salió del hospital todo flaco y feo, ese mismo día le dararon otra puñalá. Le dije que se desapareciera porque lo andaban persiguiendo, los Encapuchados se metían hasta de día a buscarlo. Se esfumó un tiempo pero volvió. Me contó que tenía un negocio, bajar un pelado de un barrio cercano por el que pagaban trescientos mil y un revolver. No fui, él lo hizo, le pegó un tiro en la cabeza. Desde el principio le advertí que la persona que lo contrató no era de fiar, “a los dos nos lleva la mala” le comenté. No creyó y así fue, un día que me tute que volver a fugar el tipo ese lo mandó matar, un sicario le daró siete tiros en la cabeza. Dos personas distintas estaban pagando medio millón por su cabeza.

<sup>3</sup> Consumir droga seguido.

<sup>4</sup> El gran amigo y socio, el “cuate” en mexicano.

*El pelado que lo mató vivía a una cuadra de mi casa, días después lo busqué, iba con otro amigo sicario pero cuando lo encontramos estaba con unos policías, tocó dejarlo sano. Al fin lo bajaron, lo pagó un cachaco al que atracó sin saber que era paraco<sup>5</sup>, mal negocio.*

*Cuando el entierro de mi amigo estaba escondido lejos. De camino a la funeraria los pies se me pusieron pesados, no podía caminar. Estaba al frente pero no echaba ni pa'lante ni pa'tras, como si presintiera que me fueran a matar también. Fumaba desesperado, sentía el miedo como un dolor punzante de corazón. Cuando al fin entré y lo vi se me salieron las lágrimas. Se lo había advertido, lo acaricié y salí enseguida porque no aguantaba. No podía ir a mi casa pero no importó, saqué a la mujer para el entierro. Estaban los amigos todos armados, uno me contó que también los buscaban, celebraban como si fuera una fiesta, tomaban con recochó<sup>6</sup>. Lloré con la hermana cuando contó que el finadito le dijo que la única persona que le tendía la mano era yo.*

*¡Qué dolor!! Hay reglas que respetar. Hasta en la banda no se puede faltonear al compañero, nada de abusar cuando se sale a robar. También hay que respetar las compañeras de los muchachos. Nos reuníamos en una esquina a fumar ricio y hablar, "robé tal día, ese me corrió, levanté a puñalá a fulano, maté a sutano". A veces la reunión era temprano para planear asaltos, se miraban las armas y se abrían grupitos de a dos acordando por donde salía cada uno para no cruzarnos. Después volvíamos al mismo sitio a beber y meter, comprábamos un garrafón y drogados agarrábamos para donde una culebra a levantarlo a puñalá. En el robo que más gané fue con una cadena de oro de 25 gramos. Se le caía a lo que fuera, un carro de papa frita, de gaseosa o lo que se atravesara en el camino. Un día hicimos los quinientos mil, fue lo máximo porque la mayoría de veces robaba cadenas y cosas así. También tumbábamos puertas pero ahí se lleva las de perder porque ni el combo completo, cada cual coge sus cosas y luego se reparte. Es mucho pueblo para lo que se consigue. Se escogía una casa donde hubiera televisor, nevera, equipo de sonido. Nos metíamos tipo doce de la noche, íbamos armados. Primero se veía donde estaban las tranças, se tiraba una piedra en el medio y después venía corriendo el pateador a tumbar la puerta. A la gente se le obligaba a echarse contra la pared, se hacían unos tiros y todo el mundo quieto. Escogíamos casas pa'La Manga y el Valle, nunca en*

---

<sup>5</sup> Paramilitar, una organización armada.

<sup>6</sup> Molestar con impertinencia.

nuestro barrio porque cómo se va a meter uno con el mismo pueblo, si alguien nos viene correteando ellos nos pueden esconder.

A veces salíamos a robar en la mañana y volvíamos a hacerlo en la tarde. La plata recogida en la tarde era para invertir en uisó y ron pa' amanecer. El que quiere consumir va a los robos, el que no se queda sano. También atracábamos buses. Luego me encontré un cachaco que me invitó a participar en un negocio, era apartamentero. No me enredé más con esa gente, era una banda más elegante dedicada a negocios de casinos y compra ventas. Tenían camiones, usaban metralletas y granadas, eran de alto nivel. A veces hacíamos cosas con ellos, cuando nos decidíamos a correr el riesgo y meterle a un robo grande. También era jibaro, vendía coca en la calle, con eso me rebuscaba los fines de semana. Uno de esos días me sentí inquieto. Por la noche salí con un primo, nos cruzamos con tres tipos y se armó la trifulca. A uno le daré una puñalada haciéndole una corredera hasta el estómago; otro me puyó haciendo que le enterrara tres; y el último, ya puñaleado por mi amigo, se estrelló conmigo con tan mala suerte que le daré otras dos. Puñalicé a los tres. Al día siguiente todo mundo me miraba culpándome de la muerte de uno de los tipos, al que le daré dos pero mi amigo le había metido quién sabe cuántas. El pelado resultó ser ahijado de un cachaco que desde entonces me la sentenció. La verdad uno peleaba por nada, simplemente quería pelear, no sabía por qué. De pronto por el territorio.

Me metí en las bandas porque me gustaba la maldad, me encantaba la droga y que todo mundo me conociera de renombre, que la gente me tuviera miedo. Quería ser una persona reconocida. También quería que supieran que era firme para hacer respetar el barrio, a los ajenos que vinieran a robar aquí los agarraba y les daba tieso. Cuando hacía la maldad me satisfacía, para qué. Ahora aspiro a ser otra persona, a darle crianza a mi hija para que no digan que su papá es un delincuente.

Los Meza<sup>7</sup> a mí no me persiguieron, pero son muchos los pelados que esa gente se ha bajada. Aparecieron por este lado hace unos años, como cuatro o cinco. Nacieron en la Chinita haciendo limpieza contra los Malembe y los Patrulla 15, dos pandillas duras. Son sicarios que vienen de Medellín a limpiar las calles contratados por cachacos pa' que caíden buses, tiendas y barrios. Matan pelados y ladrones en llave con la

---

<sup>7</sup> Una seguridad pagada: los vecinos pagan a personas que custodian armados el barrio.

policía, entre ellos hay uniformados retirados. La hacen pagados, cada víctima tiene un precio. Tiempo atrás los cachacos se organizaron en los Arrancarostros, los teníamos asediados de atracar sus tiendas; de seguro uno cayó varias veces hasta que se cansaron. Salían de noche, pelado mal parquiado lo iban matando fuera bueno o malo. Hicieron varias matanzas, iban en un carro levantando a cuanto chino se toparan. En esos días me cuidé de andar por ahí tarde, hacíamos la maldad temprano, se sabía que entre las siete y la una nada se podía porque andaban rondando. A veces bandas como la de Pablo también hacían limpieza, mataban un poco de bandiditos por ahí. Nadie les pagaba, lo hacían por sanear el barrio.

También por la casa había un paramilitar, un día anunció un reclutamiento de jóvenes. La cita era en Soundís, iba el que quería con la condición de permanecer en filas dos años, venía de vacaciones un mes y luego regresaba otra vez. Ofrecían un sueldo, nada más había que dar la dirección y el nombre de familiares. No me gustó, no faltó quienes arrancaron y no se supo más de ellos. No me gustaba que nadie me mandara y allá voy a tener mando prácticamente encerrado como esclavo. Los guerrillos lo mismo, como si fueran paramilitares. Le meten bombas a las estaciones de policía y también hacen limpieza en las calles, no les gustan los bandidos. Hacia arriba hacen eso, al bandido que entra lo matan. Es la guerrilla urbana, no se de que grupo.

Tanta maldad y persecuciones, estaba cansado de estar huyendo. Eso no es vida. Si uno está libre y en paz puede andar donde quiera, de lo contrario está esclavizado. Con la muerte de tanta gente pensaba que el próximo iba a ser yo, me imaginaba en el cajón con mi familia alrededor llorando. Estando en las bandas no pensaba, simplemente me muero y se acabó. Ahí no se piensa en nada, la política no me interesa, tampoco he tenido actividades comunitarias. En las pandillas nunca hablamos de eso, ni de política, ni del gobierno o la comunidad. Sólo estamos pendientes de la maldad, de la calle que nos regala libertad pero también nos enseña el mal camino. Para mí fue la perdición.

Ahora que quiero cambiar lucharía por este país hablando desde la palabra de Dios, eso ayuda porque su propósito no es la guerra sino la paz. Dios dice que se puede vivir bien sin importar lo que nos hayan hecho, sin necesidad de guardarle rencor al vecino. Lo mejor es dejarle la justicia en sus manos. Para mí ha sido difícil pero... creo que al fin voy aprendiendo la lección.

## CAPITULO 1

### *NO MUCHOS PERO MACHOS*

La presencia

Aníbal perteneció a la pandilla de los Archis, luego a los Babillos y después a los Alacrancitos. Además, en una de las ocasiones en que se vio obligado a huir se fue a un barrio cercano en donde, con otra pandilla, se dedicó <a hacer maldades>. En diversas oportunidades menciona varias pandillas más, los Cobra, los Perro Ñatos, los Nazis. Parece que abundan, ¿cuál es la realidad de su presencia?

#### 1. La cantidad

Cada ciudad vive de sus imaginarios, esos pactos colectivos destinados a ensamblar la conciencia y asegurar la convivencia. En *Barranquilla*, centro de la Costa Caribe, se cultiva con particular celo la condición pacífica del costeño. Ella es sustrato de su jovialidad y piedra de toque de su diferencia ante las gentes del interior, estas sí violentas. Frente a una nación cuya historia discurre bajo la intrincada mezcla de la violencia y la política, la Costa reivindica como rasgo capital de su cultura política la resolución pacífica del conflicto<sup>8</sup>. Tal visión recorre la academia y la burocracia, pero también la mente del ciudadano corriente; su afianzamiento no es un mero ardid de las élites, se apoya en el aislamiento de la guerra entre los partidos liberal y conservador, mantenido por la región desde las guerras civiles del siglo XIX hasta la violencia de mediados del XX<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Alvarez (2000). Mirar también Fundación Social Barranquilla (1998).

<sup>9</sup> Posada (1994).

En el presente, con todo, el antiguo distanciamiento del conflicto violento está quebrado. Desde la década de los años 80 crece la presencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), del Ejército de Liberación Nacional (ELN), de los paramilitares y el narcotráfico, convirtiendo municipios de la región costeña en centros de elevada intensidad violenta<sup>10</sup>. Ya durante los años 90 cuatro departamentos de la región tuvieron tasas de homicidio por encima de 30<sup>11</sup>, mientras en lo que va corrido de la presente década el avance paramilitar hace de la Costa su epicentro de dominio. Era inevitable. La zona Caribe con su ubicación respecto al mar, las riquezas naturales que contiene y la gama de empresas que alberga, constituye una geografía de inestimable valor estratégico en el curso y definición de la guerra.

Sus ciudades no se eximen del cuadro violento. Entre los años de 1995 y 2002 todas promediaron una tasa de homicidio por encima de 30<sup>12</sup>. Barranquilla, nuestro foco de trabajo en la región, alcanza en los mismos años una tasa media de 54. El imaginario pacífico del costeño quedó atrás mientras sucede todo lo contrario con la terca creencia en él; pese al crecimiento del homicidio se sigue pensando la violencia como resultado de las migraciones a la región, gente de otros lados que llegan a imponer sus hábitos sangrientos. La creencia se extiende por supuesto hasta las pandillas, durante largo tiempo se pensó Barranquilla como una urbe liberada de ellas. El cura Bernardo Hoyos, alcalde de la ciudad en dos ocasiones, sostuvo con vehemencia que la ciudad no era tierra de pandillas propagando una afirmación sostenida por funcionarios, intelectuales y personas de estratos medios y altos<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> Caracterizaciones del desarrollo del conflicto armado en Echandía (1999), Cubides, Olaya y Ortiz (1998), Gómez (2003) y Pécaut (2003).

<sup>11</sup> Córdoba con 38 homicidios por 100 mil habitantes, Magdalena con 50, Cesar con 63 y Guajira con 71. Los otros tres departamentos costeños, Bolívar, Sucre y Atlántico tuvieron tasas de 21, 27 y 29 respectivamente. En adelante la tasa de homicidio se refiere siempre a su proporción por cada 100 mil habitantes. Fuente cálculos nuestros sobre Echandía (1999).

<sup>12</sup> Rioacha con una tasa de 89, Valledupar con 75, Santa Marta con 68, Montería con 43, Sincelejo con 37 y hasta la pacífica Cartagena con 31. Fuente cálculos nuestros sobre Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

<sup>13</sup> Así sucedió durante el trabajo de campo. Por supuesto la afirmación era otra en los barrios populares, ahí conviven con su presencia.

Los datos dicen lo contrario. En la indagación de la zona sur occidental de la ciudad, en las comunas 1, 3 y 5 y algunos barrios de las comunas 2 y 4<sup>14</sup>, se estableció la existencia de 44 pandillas activas. El sector es estratégico, aglomera el 40% de la población barranquillera que vive en condiciones de extrema pobreza: entre sus casas se concentra el 60% de las personas con necesidades básicas insatisfechas<sup>15</sup>. El dato de 44 pandillas, al lado de otras 22 inactivas en el momento de la contabilización, pone bien en claro la fuerza de la presencia pandillera en la capital Caribe. Sólo un barrio estratégico por su antigüedad y tamaño, habitado por 48 mil personas, registró 11 pandillas. Como en Aníbal los testimonios abundan en nombres: Patacones, Chaquetas, Sayayines, Escorpiones y Melembes entre otros.

La situación de Neiva es similar en algunos sentidos. Una secular visión de ciudad tranquila se resiste a mirar la extensión de las pandillas, incluso entre animadores culturales insertos en los barrios. A diferencia de Barranquilla su conciencia de tranquilidad no proviene de la marginación de los trámites de la guerra. El departamento ha sido escenario del conflicto violento desde mediados del siglo XX, lo es todavía en razón de su privilegiada ubicación geográfica. Desde los años 70 la guerrilla hace presencia en más de uno de sus municipios, impartiendo justicia e intermediando el conflicto<sup>16</sup>. De muchas maneras es un territorio “liberado” de la guerrilla de las FARC, sólo hasta hace relativamente poco se inicia el avance paramilitar sobre algunos municipios del sur<sup>17</sup>. Su configuración montañosa, flanqueado a lado y lado por las cordilleras, le convirtió en destino privilegiado de los cultivos de amapola haciendo del departamento un destacado productor a nivel nacional<sup>18</sup>.

---

<sup>14</sup> En las comunas 1, 3 y 5 se tomaron como ejes de observación los barrios El Bosque, Santo Domingo, 7 de Abril, las Américas y Carrizal. De las comunas 2 y 4 se incluyeron Malvinas, Evaristo Sourdis, el Valle, Lipaya, la Esmeralda y La Paz.

<sup>15</sup> DANE (1993). Fundación Social Barranquilla (1998, p. 96).

<sup>16</sup> Entre 1987 y 1998 el Huila presenció 342 acciones armadas ocupando el 10º puesto entre 27 departamentos. El departamento del Atlántico –Barranquilla su capital-, tuvo 51 ubicado en el 26º lugar. Echandía (1999, p. 234).

<sup>17</sup> El ELN tuvo un frente en el departamento pero desapareció hacia mediados de los años 70.

<sup>18</sup> Perea (1997).

El departamento del Huila es pues un teatro de la guerra. Pese a ello sus tasas de violencia no son elevadas, en mucho por la hegemonía indiscutida de las FARC. Entre 1987 y 1998 tuvo una tasa promedio de 45, varios puntos por debajo de la media nacional. Su capital, Neiva, se mantiene en la misma línea. Entre los años de 1995 y 2002 su tasa media de homicidio fue de 38. El imaginario del opita guerrero, alimentado en ciertas coyunturas, no hizo carrera<sup>19</sup>. Más bien se entronizó la visión de la región pacífica ligada al aislamiento y el atraso de la región, condiciones que le granjearon al huilense la pernicioso imagen de perezoso y poco emprendedor, aunque amable y hospitalario. La tradición de región ganadera y pastoril, alimentada desde el siglo XVII hasta la primera mitad del XX, impuso el imaginario de lo rural ajeno a las turbulencias de la modernidad<sup>20</sup>: la proximidad del conflicto no diluyó la visión de Neiva como “la pequeña y apacible ciudad soleada y hospitalaria” donde las pandillas no tienen cabida<sup>21</sup>.

De nuevo los datos desdican la creencia. En Neiva la observación se extendió sobre la comuna 8, integrada por 27 barrios y 7 asentamientos, incorporando además los barrios colindantes por el norte, pertenecientes a otras comunas pero integrados por el permanente intercambio entre sus pandillas<sup>22</sup>. El área, correspondiente al sur oriente de la ciudad con 42 mil habitantes en condiciones de extrema pobreza<sup>23</sup>, contabiliza un total de 25 <parques>. Pese a no ser tan afectos a los nombres como los barranquilleros los testimonios huilenses también pasan por apelativos como Pastusos, Cobras, los de Jáquima, Camiceros y Pirañitos.

Si a Barranquilla y Neiva las cohesionan seculares imaginerías, Bogotá por el contrario tiene tropiezos en el intento de fundir un relato articulador. Su condición de capital y metrópoli la

---

<sup>19</sup> Tovar (1996).

<sup>20</sup> La tradición ganadera la señala Tovar (1996), lo cual no significa que en tiempos recientes no existan industrias importantes como la petrolera y la producción mecanizada del arroz.

<sup>21</sup> La frase es de Torres (2002).

<sup>22</sup> Se incluyeron los barrios Pozo Azul, Sinaí, Galán, Bogotá, San Martín, Ventilador, Gaitán y Obrero, todos del mismo estrato social.

<sup>23</sup> Del total de 42.000 personas de la comuna el 37% se encuentra en edad de trabajar, de los cuales sólo el 6% tiene un empleo formal, el 60% pertenece al sector informal y el resto está desempleada. Asociación Comunal de Juntas (2001). Primer Cabildo Abierto (1999).

sometió a la abigarrada colcha de retazos armada por los inmigrantes venidos de todos los rincones del país, resistidos a olvidar su identidad regional. Un alcalde bogotano, en una viva representación de la ciudad decía que sus habitantes “*están repartidos en comunidades diversas y heterogéneas que tienen, cada una, su propia identidad social, política, histórica, cultural y económica*”<sup>24</sup>. Tal carencia de rostro se ha modificado durante la gestión de sus últimas cinco administraciones locales. La consigna de la cultura ciudadana y la visible inversión en infraestructura urbana fundaron una renovada visión de la ciudad extendida sin distinciones entre las clases sociales<sup>25</sup>.

La transformación es visible. No sólo es notable el brillo que impregna una aglomeración urbana antes reputada de sucia y desorganizada; también resalta la presencia de un renovado espacio público, visible tanto en el trato de los bienes de uso colectivo como en una extendida participación política. En contra vía de lo esperado no es la ciudad más violenta. Entre los años de 1995 y 2002 alcanza el promedio de 44, mientras destaca la intensa disminución de su curva de homicidio: de 1991 a 1997 estaba en 67 cuando entre 1998 y 2002 descendió a 36. No por casualidad la ciudad recibe, en medio de un país en guerra, el premio internacional a la gobernabilidad<sup>26</sup>.

La averiguación del área sur oriental de la ciudad, circunscrita al cordón de barrios extendidos entre Villa de los Alpes y Ciudad Londres siguiendo la antigua carretera que conduce a Villavicencio, identificó 45 pandillas. Como en las otras ciudades sus identidades se desdoblan en títulos como Cucos, Chaparros, Máximos, Tinto Frío, Turcos, mientras tantas otras se quedan con el nombre del barrio donde pelechan. A diferencia de Barranquilla y Neiva los bogotanos reconocen la existencia de las pandillas, la conciencia de la capital como un centro del drama nacional impregna su sentido común. El problema con Bogotá es entonces otro, la positiva mutación impide ver la guerra y la desigualdad<sup>27</sup>: la

---

<sup>24</sup> Castro (1997, p. 3)

<sup>25</sup> Pizano (2003).

<sup>26</sup> Lo recibió de Naciones Unidas en el año 2002.

<sup>27</sup> Un estudio habla de un % de la población debajo de la línea de pobreza. Dato.

transformación opaca el potencial de conflicto patente en la presencia de actores en armas y funestas prácticas violentas.

En las tres ciudades las pandillas tienen presencia, en Barranquilla suman 44, en Neiva 25 y en Bogotá 45. En las zonas conflictivas bajo observación, puestas en el contexto de sus respectivas áreas, dicho número las constituye en un fenómeno social. La alternativa del <parche> abunda embriajando en su juego de artificio a cantidad de gentes. En la Costa 13 pandillas agrupan 283 muchachos, en Neiva 19 <parches> congregan 375 <parceros> y en Bogotá 45 agrupaciones reúnen 924 jóvenes<sup>28</sup>.

## 2. Un fenómeno generalizado

Las pandillas se diseminan, no sólo en Colombia, hacen otro tanto en cientos de lugares. En Centroamérica como el que más. Los cálculos varían de manera considerable de una fuente a la siguiente, estimaciones conservadoras fijan su número en 50 mil y algunas en el otro extremo hablan de 100 mil. En la mitad del espectro un estudio afirma un número de 69 mil miembros agrupados en 920 pandillas<sup>29</sup>; mientras tanto el Instituto Interamericano de Derechos Humanos asevera la existencia de 10 mil mareros en Guatemala, 20 mil en El Salvador y 30 mil en Honduras<sup>30</sup>. En El Salvador, donde se han aplicado encuestas desde hace más tiempo, unos reportan la presencia de 10 a 12 mil mareros y otros de 30 a 35 mil<sup>31</sup>. No es posible mediar con certeza entre las disparidades, en cualquier caso la magnitud del fenómeno es notable. La aplicación de la ley Antimaras salvadoreña apresó, entre julio

---

<sup>28</sup> En Barranquilla de las 44 pandillas identificadas se tienen información sobre el número de sus miembros en 13; en Neiva de las 25 detectadas se tiene información de 19; en Bogotá de las 45. Los datos son etnográficos, se recopilan en el trabajo de campo mediante la observación directa, las historias de vida y las entrevistas.

<sup>29</sup> Cruz (2004), Trabajador Católico (2004).

<sup>30</sup> La Prensa (2004).

<sup>31</sup> Santacruz y Concha (2001) y Liebel (2002). En Managua, donde el problema pandillero es menor, la Policía Nacional registra la presencia de 88 pandillas con 4500 jóvenes, cuando otros informes hablan de 110 con 8500 miembros. La Prensa (2003) y Trabajador Católico (2004).

de 2003 y marzo del año siguiente, 10.962 muchachos acusados de pertenecer a organizaciones pandilleras<sup>32</sup>.

Brotan no sólo en Centroamérica. En Bolivia la Policía Técnica Judicial identifica 65 pandillas activas en la ciudad de Oruro; en Panamá se reportan 130 repartidas en distintas zonas; y en Perú se habla de 390 grupos con 12.795 muchachos asentados en Lima y Callao<sup>33</sup>. El desafío pandillero no sólo se desborda en los países de la periferia latinoamericana, se anotó; lo mismo e incluso con mayor intensidad acontece en los Estados Unidos. La encuesta del National Youth Gang Association del año 2002 establece la presencia de 731.500 jóvenes congregados en torno a 21.5000 pandillas. En las ciudades grandes el fenómeno es en extremo visible, en especial en Chicago y Los Angeles, donde se les adjudica la comisión de la mitad de los 1.300 homicidios ocurridos ese año<sup>34</sup>. La pandilla es un fenómeno generalizado en el continente americano.

## 2. La Proporción

El episodio pandillero está a la orden del día, la cantidad de pandillas y miembros es abrumador. Sin embargo es preciso evitar el equívoco de reafirmar, sin más, el estigma pandillero. ¿Cuál es la proporción de los pandillos con respecto a los muchachos de las zonas donde nacen? La pandilla convoca, no cabe duda. No obstante no es la única agregación colectiva de los jóvenes en el barrio popular, es necesario repetirlo. En abierta contradicción con el prejuicio clasista que convierte a todo joven de las barriadas en pandillero, la incursión entre sus calles evidencia que otras expresiones, y no la pandilla, son quienes poseen la mayor capacidad de convocatoria. Multitud de otros intereses los mueven, abundan los comprometidos en búsquedas culturales de la más diversa laya, del rap al rock; proliferan los metidos en la participación comunal, en un contexto donde la

---

<sup>32</sup> La Opinión (2004).

<sup>33</sup> La Prensa (2003a), La Nación (2004) y Mininter (2004).

<sup>34</sup> Egley y Major (2003). Aunque con fluctuaciones el fenómeno pandillero se mantiene parecido en el tiempo. Una síntesis de las encuestas entre 1996 y 2000 en Egley (2001).

organización comunitaria es una práctica de enorme valía. Más aún, pululan los entregados a sus propósitos individuales lejos de la agregación colectiva, sin duda quienes congregan, con exceso, el mayor número de jóvenes.

No contamos con estadísticas precisas para establecer la proporción de los pandillos dentro de sus zonas de habitación. Algunos rodeos nos proveen sin embargo una imagen. Un estudio sobre Bogotá reportó la existencia de 1.024 organizaciones juveniles de las cuales nada más una tercera parte corresponde a grupos pandilleros<sup>35</sup>; el dato, además, no incluye los cientos de jóvenes no interpelados por grupos organizados, dedicados más bien a sus asuntos personales. Otros números apoyan la afirmación, la proporción de pandilleros es pequeña. En Bogotá, en 21 barrios de la zona en estudio hay un total de 17.086 jóvenes entre 15 y 24 años; puestos en relación con los 802 pandilleros de la misma edad contabilizados en la información etnográfica aparece que las pandillas juntan un reducido 5% de los jóvenes del sector<sup>36</sup>. En Neiva la proporción es similar. De las 42.000 personas que viven en la comuna 8, los 314 <parceros> detectados hacen el 1%<sup>37</sup>. Lo mismo sucede en otros países. En los años en que los chavos banda mexicanos alcanzan una de sus mayores diseminaciones, los grupos de la zona de mayor conflictividad de aquel entonces congregan sólo el 3.7% de la población juvenil<sup>38</sup>. En los Estados Unidos un estudio longitudinal desarrollado en Seattle entre los años de 1985 y 1999, afirma que entre la trayectoria personal de 808 jóvenes nada más un 15.3% de sus muchachos participó en algún momento en grupos de pandilla<sup>39</sup>.

Los pandilleros no son muchos, podemos afirmarlo. Si los datos son precarios la observación etnográfica lo confirma sin titubeos. La marcada notoriedad pandillera no

---

<sup>35</sup> Salazar (1998).

<sup>36</sup> El dato de 802 pandilleros -y no de 924 reportado hace un momento- resulta de la disminución de los que no tienen entre 15 y 24 años. Fuente Alcaldía Mayor de Bogotá.

<sup>37</sup> El dato es problemático, compara pandilleros con la población en general. Sin embargo lo reportamos, a falta de números precisos da una idea del bajo porcentaje pandillero. El dato de 314 pandilleros resulta de la resta de los grupos de los barrios aledaños a la comuna.

<sup>38</sup> Centro de Estudios de Investigación Social (1986, p. 69). Tomamos como indicador sólo las bandas con manifestación pública; no se toman en cuenta las bandas no públicas, las palomillas y los flotantes.

<sup>39</sup> Hill (2000).

proviene entonces de su cantidad, nace de sus formas de dominio. Bien en Bogotá bien en Neiva su proporción es reducida, en la primera el 5% de los jóvenes en la segunda el 1% de la población; mas los 802 en Bogotá y los 314 en Neiva se convierten en un inquietante suceso, no sólo por sus prácticas delictivas sino por el desafío lanzado por jóvenes entregados al *<desmadre>* sin tapujos. Como dice alguno a propósito de las operaciones de limpieza, parafraseando el conocido giro popular, *<las pandillas no somos muchos pero somos muchos >*. No todos los jóvenes son pandilleros, tampoco son demasiados; sin embargo es una realidad que constituye un fenómeno social de preocupante significación.

## CAPÍTULO 2

### *DESDE LA FUNDACION*

#### El gesto pandillero

Una vez considerada la naturaleza de su presencia, resumida en el giro de *<no son muchos pero muchos>*, retomamos el hilo de la pregunta: ¿Cómo se hace posible el tiempo paralelo? El es resultado de mixturas diversas. Uno de sus catalizadores viene del comportamiento característico de grupos marginales urbanos, lo que llamaremos el gesto pandillero: esas viejas prácticas y la impronta que dejan es el empeño de este capítulo.

#### 1. Viejas prácticas

El gesto pandillero no es nuevo, viene de tiempo atrás. En los años 40, en plena segunda guerra mundial, aparecen en las calles de Los Angeles unos extravagantes sujetos de origen mexicano desafiando todo sentido de la pulcritud. Su vestimenta no puede ser más estrafalaria, los pantalones apretados y los brillantes zapatos de suela volada se acompañan de largos sacos y sombreros adornados con plumas de muchos colores. La actitud es desafiante, nada les detiene en la determinación de zanjar su diferencia. Consumen sustancias psicotrópicas, se tatúan el cuerpo y se comunican por un lenguaje cifrado que sólo ellos comprenden. Congregados en grupos que aglutinan vecinos de los barrios chicanos, se mantienen en enfrentamiento constante con grupos de jóvenes de orígenes étnicos distintos asentados en barrios circunvecinos. Son los famosos Pachucos<sup>1</sup>.

Su exceso de afirmación pone sobre el tapete la agria discriminación racial de la que son objeto las minorías étnicas en los Estados Unidos, minorías enfrentadas al dilema de vivir

---

<sup>1</sup> Sobre los pachucos Valenzuela (1988), Feixa (1993), Marcial (1997) y Urteaga (2004).

desgarrados entre una sociedad que no les reconoce y la dificultad de leerse en los códigos culturales de sus progenitores. El conflicto estalla. En el año de 1943 un grupo de pachuchos son severamente violentados por un destacamento de marines, justificados en el supuesto derroche que supone su adornada vestimenta en medio de las restricciones impuestas por la guerra. A partir del episodio, conocido como los Zoot Suits Riots por el nombre del traje pachuco, se recrudece la confrontación con los chicanos y se constituye un símbolo mexicano para la resistencia contra la dominación norteamericana. El estilo se difunde, aparecen grupos en las ciudades de la frontera pero también en el Distrito Federal marcados por la huella de los pachucos originales: se congregan en grupos posesionados de un territorio animados por la consigna de “bailar bien, vestir bien y tirar mucho golpe”<sup>2</sup>.

Por los mismos años brotan en México otras expresiones urbanas del mismo corte. Las palomillas, el nombre que por entonces asumen las pandillas, hacen parte del paisaje natural de los barrios populares. Al igual que los pachucos se entregan a la vigilancia de un territorio, el baile y las confrontaciones callejeras, aunque carecen de la fuerza de la vestimenta<sup>3</sup>. Durante los años siguientes se extienden, algunas acompañadas de reconocido trayectoria como los Chicos Malos de Peralvillo, los Caifanes de Tacuba y los Charros Negros de la Pénsil. El estigma no tarda en perseguirles, se les señala como la “fuente de todos los males” por su propensión a la pelea, la infracción de la ley y la irreverencia<sup>4</sup>. En 1963 la prensa afirma que componen más de medio millar de integrantes, dando origen a una inclemente campaña de persecución en los sitios habituales de encuentro<sup>5</sup>. Las noticias se multiplican, se apoyan en anécdotas tumultuosas como aquella de la batalla campal de más de 300 jóvenes en la Unidad Habitacional Kennedy. Sin embargo desde mediados de

---

<sup>2</sup> La frase es de un testimonio pachuco en Valenzuela (1988, p. 227).

<sup>3</sup> Adler Lomnitz (1998, p. 98), en su conocido estudio de los marginados de una barriada de Ciudad de México de los años 60, menciona la existencia de pandillas. También Oscar Lewis en su difundido texto sobre la cultura de la pobreza hace continuas referencias a las pandillas. En Feixa (1993).

<sup>4</sup> Urteaga (1996 y 2004).

<sup>5</sup> Villafuerte y colaboradores (1984, p. 83 y 84).

los años 60 su despliegue publicitario entra en reflujó, el protagonismo que ganan la protesta estudiantil y el movimiento hippie se roba la escena<sup>6</sup>.

Habrá que aguardar hasta finales de los 70 para que las pandillas, esta vez bajo el nombre de chavos banda, se pongan de nuevo en el centro del interés público. En la zona centro oriente del Distrito Federal adquieren presencia los sostenidos enfrentamientos de jóvenes, en especial la refriega entre las agrupaciones de los Panchitos y los Buk, dos renombradas agrupaciones en torno a las cuales giran otros grupos aliados. Se volvieron frecuentes las historias del choque de doscientos de un lado y otro número parecido del opuesto, desatando verdaderas guerras en las que se boleaban cadenas, chacos y punzones, dejando tendido en el piso a más de uno. La extensión de los combates produjo la proliferación de las bandas, cada una asentada en su propio territorio controlado. Un estudio de la Delegación Alvaro Obregón revela que hacia mediados de los años 80 había 900 bandas con alrededor de 31.500 miembros<sup>7</sup>. Las reyertas, los desplazamientos por la ciudad saqueando negocios y los atracos a transeúntes se volvieron tema corriente de los testimonios<sup>8</sup>.

Similares antecedentes aparecen en otras naciones. En El Salvador surgen durante los años 70 y 80 movilizaciones asociadas a las rivalidades deportivas, al tanto que en Honduras afloran ligadas a las escuelas y los equipos de fbolf<sup>9</sup>. En Colombia sucede lo mismo, siguiendo el trazado de una urbanización acelerada a partir de mediados del siglo XX irrumpen de inmediato las experiencias de jóvenes congregados en la esquina. *<Eso desde la fundación de los barrios aparecen los pelados poniendo problema y pebiando>*, subraya un líder barranquillero metido en lides comunales desde el poblamiento de la zona. Se mencionan sus primeros conatos en los años 60, para los 70 ya son una faceta más de la barriada

---

<sup>6</sup> Gomezjara (1983) hace una periodización de las pandillas en estos años.

<sup>7</sup> Centro de Estudios de Investigación Social (1986, p. 69). Por desfortuna el estudio no se publicó.

<sup>8</sup> León (1984) y García-Robles (1987).

<sup>9</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 24) y Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación y colaboradores (2001, p. 32 y 284).

urbana. Se habla de ellas en Barranquilla y en particular en Bogotá, donde se tiene noticia de agrupaciones juveniles asediando los barrios desde aquel tiempo.

## 2. El gesto

El gesto pandillero es una manera de habitar la ciudad, irrumpe con el proceso urbanizador<sup>10</sup>. Ciertamente los grupos aparecidos desde los 40 en México y desde los 60 en Colombia ya portan consigo el talante que marcará la pandilla contemporánea. Se afianzan sobre un territorio, ejercen la trasgresión violenta, los atraviesa el machismo y son una experiencia popular urbana: sobre estos elementos se arma el gesto pandillero, uno que arrastra pasado e historia.

El territorio y la trasgresión son ingredientes insustituibles de identidad. Ambas son nota característica de los primeros grupos. Desde los pachucos el dominio sobre una geografía protegida con violencia, salpicada de eventuales prácticas de robo, se erige en condición de la vida grupal<sup>11</sup>. El barrio o unas cuantas cuadras se convierten en soporte material. Dentro de ese contorno se impone una voluntad, se le marca y señala anunciando quién podrá transitarlo. El territorio y la trasgresión, hay que aclararlo, no son rasgos obligados de todas las expresiones juveniles, ni los hippies de los 60 ni los punk de los 80 pasaron por la posesión de una localidad defendida a sangre y fuego. En la pandilla, por el contrario, sin territorio y trasgresión no hay nada<sup>12</sup>.

El siguiente elemento del gesto pandillero es la masculinidad brutal y desbordada. Así se “oficializa” desde el comienzo, los hombres gobiernan en primer término en número.

---

<sup>10</sup> La Ciudad de México se urbaniza más rápido, la revolución de la década del 10 congrega gente en la capital. Consejo Nacional de Población (1994).

<sup>11</sup> La ubicación del pachuco dentro de esta genealogía pandillera no resulta fácil. De un lado tiene dos ingredientes que lo separan, uno su resistencia a la discriminación racial y dos la exuberancia de sus trajes. Salvo los punk, ninguna otra expresión juvenil construye una vestimenta tan notable. Mas del otro lado tiene elementos que lo conectan con la pandilla. Con las salvedades del caso lo seguimos evocando.

<sup>12</sup> La persecución de las maras en Centroamérica produjo su dispersión entre México y Estados Unidos. Ello modifica la tradicional relación de la pandilla con el barrio. Sin embargo los mareros, a donde se desplazan, vuelven a introducir el imperativo del territorio creando una tensión entre nomadismo y territorialidad.

Aconteció entre los pachucos y las palomillas mexicanas hasta los 70, las historias refieren en esencia anécdotas masculinas. Igual entre los chavos banda de los 80, en su mejor auge el 72% de las bandas son en exclusivo masculinas<sup>13</sup>. El predominio masculino se muestra refractario al cambio, se mantiene estable hasta nuestros días: entre los 30 grupos registrados en la Delegación Iztapalapa del Distrito Federal el 84% de sus miembros son hombres<sup>14</sup>. Idéntica distribución exhiben las maras centroamericanas, en El Salvador 8 de cada 10 personas son hombres, mientras en Nicaragua asciende al 99% su monto<sup>15</sup>.

El cuadro no se modifica en Colombia. En las tres ciudades los hombres imperan, en la Costa son el 88% de sus miembros, en el Huila el 90% y en Bogotá el 85% (Cuadro No. 1A). Las mujeres no dejan de hacer presencia, en Barranquilla en 4 pandillas, en Neiva en 6 y en Bogotá en 14 (Cuadro No. 1B). Mas dicha participación se cumple mediante varios papeles, todos impregnados de la asimetría que desde siempre cruza el lugar de lo femenino en el orden patriarcal: funciones vitales para la reproducción del grupo pero insignificantes para la adquisición del título <parcero>. Unas veces se limitan a la condición de novias o de encargadas de las funciones de reproducción del grupo, otras se circunscriben al papel de acompañantes del robo o de meros objetos sexuales. El rasgo masculino no proviene entonces sólo de la cantidad, nace de una lógica de operación fundada sobre la brutalidad. Ante ella el papel de las mujeres está condicionado, <las muchachas fumaban bazuco {pero} nada más tres participaban en atracos >.

---

<sup>13</sup> Centro de Estudios de Investigación Social (1986, p. 155).

<sup>14</sup> *Movilización colectiva, crimen y poder*. Investigación en marcha. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Lo mismo se reporta en un trabajo sobre las pandillas en Monterrey, el 85% son hombres. Encinas (1994). Y en otro sobre el Distrito Federal y el área conurbada. Castillo (1999).

<sup>15</sup> Homies Unidos y colaboradores (1998, p. 36), Santacruz y Concha (2001, p. 44) y Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación y colaboradores (2001, p. 393).

Cuadro No. 1A  
**GENERO DE LOS MIEMBROS DE LAS PANDILLAS**

| GENERO  | Barranquilla** |     | Neiva  |     | Bogotá |     |
|---------|----------------|-----|--------|-----|--------|-----|
|         | No. M*         | %   | No. M* | %   | No. M* | %   |
| Mujeres | 20             | 12  | 36     | 10  | 134    | 15  |
| Hombres | 148            | 88  | 339    | 90  | 790    | 85  |
| Total   | 168            | 100 | 375    | 100 | 924    | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

\* Número de miembros

\*\* Se desconoce la relación entre hombres y mujeres en tres pandillas mixtas con un total de 115 miembros

Cuadro No. 1B  
**GENERO DE LAS PANDILLAS**

| GENERO  | Barranquilla |     | Neiva  |     | Bogotá |     |
|---------|--------------|-----|--------|-----|--------|-----|
|         | No. P*       | %   | No. P* | %   | No. P* | %   |
| Mujeres | 0            | 0   | 0      | 0   | 0      | 0   |
| Hombres | 9            | 69  | 14     | 70  | 31     | 69  |
| Mixto   | 4            | 31  | 6      | 30  | 14     | 31  |
| Total   | 13           | 100 | 20     | 100 | 45     | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

Naturalmente existen salvedades, las pocas mujeres que alcanzan el reconocimiento de *<parceras>* lo hacen asumiendo a cabalidad las reglas de la crueldad. Es más, se habla de mujeres convertidas en parte de la leyenda pandillera por su arrojo y capacidad de pelea, como Salomé en Bogotá, y la Cacorrina y la Viruela en Neiva. De Salomé se cuenta que bastaba que apareciera, los pandilleros corrían por temor a ser dañados, y de las opitas se habla de sus escuelas del hampa para novatos en el oficio. Los alias de Cacorrina y Viruela hablan por sí mismos. Como se escuchará comentar a un pequeño opita *<las duras son las mujeres>*<sup>16</sup>. Es la excepción, no la regla. En algunas oportunidades se mencionan pandillas de sólo mujeres: *<Mi hermana andaba con una pandilla de puras mujeres, se decían Patrulla 15, eran como veinte y también andaban peleando con otras mujeres por hombres. Pero no hacían atracos ni nada>*, se dice de Barranquilla. En Bogotá, igual, se hace mención de temidas pandillas femeninas.

<sup>16</sup> Es el testimonio de Sonrisa, un muchacho de apenas 11 años que preside la Quinta Parte.

No obstante en todos los casos su vida es efímera, nacen con fuerza, causan revuelo y asombro pero pronto desaparecen provocando el mismo desconcierto que produjo su aparición. Mientras se desarrolló el trabajo de campo no se identificó ninguna activa, la predominancia masculina es indiscutida<sup>17</sup>.

Viene entonces el cuarto y último elemento del gesto pandillero, su condición de fenómeno urbano popular. La experiencia pandillera aparece desde sus comienzos en la ciudad, no se sabe de algo similar en lo rural<sup>18</sup>. Colombia es un buen ejemplo. Emergen en la urbe con independencia de su tamaño, como lo ponen al corriente la pequeña Neiva y la gran capital Bogotá. Pese a su sostenido conflicto armado, escenificado ante todo en lo rural, las pandillas allí no pelechan; no lo hacen tampoco en las regiones de las siembras ilícitas, donde sus elevados niveles de conflicto podrían darle origen. El narcotráfico llega al campo, trae consigo sus astronómicas sumas de dinero y las riega entre los campesinos ampliando sus circulaciones monetarias y sus experiencias. Como trae siempre el ingreso económico, los muchachos ganan autonomía; se congregan en grupos de pares y pueden llegar a ejercer una ácida violencia. Sin embargo tales grupos se forman en torno al oficio de la coca, conectados a sus rutinas y procedimientos<sup>19</sup>; nada parecido a las pandillas urbanas y su tiempo paralelo, paradas al margen de un orden marcado por alguna actividad productiva. El universo rural, entretejido por los ritmos del trabajo, frena la autonomía de cualquier condición de edad. Pese a que lo joven se convierte en fuente de identidad los muchachos agrarios no crean prácticas diferentes a las de los mayores, ni siquiera poseen un espacio

---

<sup>17</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 12. Lo mismo sucede en otros países. En Honduras se mencionan pandillas femeninas azotando las escuelas y en Guatemala se asegura la existencia de una. En todos los casos la mención es borrosa, se suele acompañar del “se habla de la existencia de”. Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación y colaboradores (2001, p. 190 y 222).

<sup>18</sup> A lo sumo se habla de mareros salvadoreños agrupados en el monte, huyendo de la persecución a la que han sido sometidos. Un informe sobre Honduras menciona la extensión de la maras al campo, pero no vuelve a mencionar el problema.

<sup>19</sup> Los recogedores de la hoja de coca se llaman “raspachines”, trabajadores estacionales como los hay en muchos otros cultivos. Ferro y colaboradores (1999). Se articulan en grupos a partir del oficio, su tiempo se estructuran con los acentos de la vida agrícola.

alternativo para la diversión sino que asisten el día de mercado a las cantinas del casco urbano que sirven a todos de centro de referencia<sup>20</sup>.

Es un fenómeno urbano, pero además popular. La pandilla brota entre la pobreza, no en otra condición social. Como en los elementos anteriores el rasgo de lo popular viene de tiempo atrás. En México los pachucos nacen entre mexicanos discriminados y las demás expresiones entre muchachos del barrio marginal. Es cierto que durante los años 50 afloran agrupaciones de clase media y alta marcadas por el territorio y la trasgresión. Es el caso de los Nazis de Portales y los Azotes de la Narvarte en Ciudad de México, grupos que practicaban sus correrías y asaltos movilizados en motos de alto cilindraje. Lo mismo, el movimiento de los Rebeldes sin Causa fue una expresión no popular –con excepción de Tijuana donde brota en barrios periféricos<sup>21</sup>. En Colombia, durante los años 60, se mencionan igual anécdotas de grupos clasemedios enfrascados en intensa lid.

En ambos países, no obstante, las expresiones de clase media desaparecen con prontitud haciendo de la pandilla un evento propio de lo popular. En las tres ciudades colombianas de nuestro interés no faltan los grupos <calientes> entre sectores medios y altos. <Hay bandas de gomelitos ... Les gusta tomar al piso y meter perica ... sacan los fierros y hacen sus vueltas>, se comenta en Neiva<sup>22</sup>. En Barranquilla y Bogotá también, de cuando en vez suena la noticia de muchachos de estrato tres y cuatro comprometidos en la mezcla de consumos y actividades delictivas. El caso más sonado fue el de una banda barranquillera conformada por jóvenes adinerados dedicados al pillaje hasta cuando las autoridades la desmantelaron. Sobre el caso circulan varias versiones, la más creíble la de algunos jóvenes pudientes entroncados con bandas profesionales. De seguro no faltan ejemplos similares que, con todo, no pasan de brotes aislados; nada parecido al fenómeno social que aflora en la cantidad de <pelados azotando> la zona popular, según revelan los números reportados en el capítulo precedente.

---

<sup>20</sup> Observaciones sobre el municipio de Tello en el departamento del Huila en Perea (1997).

<sup>21</sup> Valenzuela (1988) y Urteaga (2004).

<sup>22</sup> Parcento, Neiva, p.15.

La pandilla contemporánea recoge pues un gesto con historia. La territorialidad y la trasgresión, la masculinidad brutal y lo popular urbano están presentes en formas colectivas que brotan con la urbanización. Así es en latinoamericana, como lo dijo el líder barranquillero las pandillas están <desde la fundación>. Por demás, experiencias marginales presentes en otros continentes, y todavía más atrás en el tiempo, hacen pensar la pandilla como la condensación de elementos culturales de abigarrada procedencia. Los rebeldes de las viejas sociedades tradicionales portan armas y se trajean con vestidos originales y extravagantes, mientras los antiguos criminales urbanos se definen por la fuerza, se separan de su sociedad de origen adoptando lenguajes y costumbres privativas al grupo<sup>23</sup>. La historia de la ciudad en los Estados Unidos está plagada de referencias a las bandas de connotación étnica defendiendo el territorio donde viven<sup>24</sup>; de suyo, los trabajos pioneros sobre las “gangas” norteamericanas en los años 30 del siglo XX describen a muchachos agrupados en la esquina siguiendo su filiación étnica<sup>25</sup>. Elementos propios de las pandillas de nuestros días parecen estar presentes desde tiempo atrás: vidas construidas en el margen en medio de la criminalidad y la búsqueda de diferenciación se traducen en maneras de apropiarse la ciudad y sus recovecos.

Naturalmente las conexiones entre estos fenómenos aguardan una historia de la criminalidad, un propósito fuera de los límites de estas páginas. En el momento, con todo, la presencia temporal del gesto pandillero sirve para poner en suspenso una socorrida enunciación: las pandillas son el resultado de la globalización<sup>26</sup>. La aparición simultánea de experiencias signadas por el gesto en diversas partes del mundo, antes del nacimiento y hegemonía de la globalización, revelan la presencia de delgados pero potentes hilos culturales en torno a los que anuda la vivencia pandillera del barrio popular.

---

<sup>23</sup> Hobsbawm (2003) describe estos viejos personajes de la criminalidad.

<sup>24</sup> La película de Martin Scorsese, *Pandillas en Nueva Cork*, retrata la lucha étnica que entraña la apropiación de la ciudad a comienzos del siglo XIX.

<sup>25</sup> Son los trabajos de la escuela de Chicago, como el notable de Whyte (1971). Una discusión sobre investigaciones en Europa y Estados Unidos en Feixa (1993 y 1998).

<sup>26</sup> Para la muestra un botón, el título de un artículo en un periódico: “Pandillas de la globalización”. Hernández (2004). También en Centroamérica se insiste en el punto.

## CAPITULO 3

### *SOMOS SU PRESENTE*

#### Lo joven

La carga de pasado que porta el gesto no agota la experiencia pandillera. Sin duda el *<parbe>* contemporáneo lo acoge; sin embargo un algo decisivo tiende un mar de diferencia entre la gallada de los años 60 y el pandillero del siglo XXI: este último se consume en el tiempo paralelo, desconectado de todo orden, como no lo hacían las experiencias anteriores. ¿De dónde abrevan la fuerza que supone esta ruptura radical? La fractura cultural proyectada por la imaginería de lo joven arroja una respuesta.

#### 1. El predominio

Una de las facetas más perturbadoras del cuadro pandillero es la corta edad de sus miembros. Es verdad, los jóvenes la dominan. En Colombia los muchachos entre 14 y 25 años son la abrumadora mayoría, en la capital suman el 87% de sus integrantes y en Neiva el 77% (Cuadro No. 2)<sup>1</sup>. En Barranquilla se carece de información desagregada al respecto mas las narraciones lo confirman; como otros curramberos Aníbal, con apenas un poco más de 20 años, cuenta una convulsa historia iniciada a temprana edad. Los jóvenes gobiernan, pero ante todo los muchachos entre 14 y 19 años quienes suman el 57% en Bogotá y el 47% en Neiva. Todo indica que a la edad de los 14 años se produce el más frecuente ingreso a la pandilla. No existen grupos integrados sólo por *<pelados>* entre 7 y 13

---

<sup>1</sup> Asumimos la edad joven entre los 14 y los 25 años. Somos conscientes de la dificultad que entraña la definición de lo joven. Por debajo la edad disminuye para incluir muchachos a edades más tempranas, cualquier averiguación etnográfica lo confirma; lo mismo, hacia arriba se prolonga en una época donde lo joven arrastra un valor cultural de enorme significación. En todo caso preferimos no abusar de la noción. Poco tiene que ver un muchacho de 13 años con un adulto joven de 27. De allí nuestro límite entre los 14 y los 25. Para una discusión sobre la noción de joven Solís (1981) y Guillén (1985).

años, como tampoco por adultos entre 26 y 35. Es notable, más bien, la mezcla de edades. La provincia alberga con mayor facilidad adultos mayores, en especial el Huila. Como dice uno de sus pandilleros, *«hay parches de treinta manes, el más viejo es por ahí de unos 35 pero también hay pelados de 12 años, hay de todo»*. Por debajo tampoco faltan los menores. *«Cuando se formó en serio mi pandilla, los Archis, tenía once años, iba a cumplir los doce»*, contó Aníbal. Como él, muchos pandillos de las tres ciudades comienzan su carrera siendo todavía unos niños.

Cuadro No. 2  
**EDAD DE LOS PANDILLEROS**

| RANGO DE EDAD | Neiva              |     | Bogotá             |     |
|---------------|--------------------|-----|--------------------|-----|
|               | No. M <sup>*</sup> | %   | No. M <sup>*</sup> | %   |
| 7 a 13        | 25                 | 7   | 77                 | 8   |
| 14 a 19       | 176                | 47  | 525                | 57  |
| 20 a 25       | 114                | 30  | 277                | 30  |
| 26 a 35       | 60                 | 16  | 45                 | 5   |
| Total         | 375                | 100 | 924                | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

\* Número de miembros

En Centroamérica la condición juvenil también se cumple. En un estudio de El Salvador el 72% tiene entre 16 y 21 años y en otro el 63% cae en el mismo rango de edad<sup>2</sup>. En Honduras y Nicaragua las edades oscilan entre los 12 y los 25, se dice que no es fácil encontrar a mayores de 26 años. Como en Colombia predominan los integrantes entre los 15 y los 19<sup>3</sup>. En México la proliferación de los chavos banda durante la década de los 80 confirma el panorama. En el estudio de la Delegación Alvaro Obregón el 86% de los muchachos tiene entre 10 y 20 años, mientras otros dos trabajos señalan la predominancia entre los 12 y los 24<sup>4</sup>. En la actualidad, según revela nuestro estudio en la Delegación Iztapalapa del Distrito Federal, los jóvenes son mayoría aunque es común la presencia de personas mayores, en especial cuando se trata de bandas de reconocida trayectoria criminal.

<sup>2</sup> Homies Unidos y colaboradores (1998, p. 36) y Santacruz y Concha (2001, p. 44).

<sup>3</sup> Castro (2001, p. 222) y Sosa y Rocha (2001, p. 380).

<sup>4</sup> Centro de Estudios de Investigación Social (1986, p. 46), Villafuerte y colaboradores (1985) y Castillo (1999).

De las 20 bandas con información sobre la edad el 64% de sus miembros tiene menos de 25 años; mas en 8 bandas los mayores de 25 años agregan más del 40% de sus integrantes<sup>5</sup>. En otras 10 bandas donde la edad no se pudo desagregar sólo dos poseen miembros por encima de los 25<sup>6</sup>. Son los jóvenes quienes componen el grueso de las pandillas, los anima la irrupción colectiva del joven y los signos que le descifran.

## 2. La contestación

La juventud es un valor universal de la cultura, un código portador de sentidos como el amor, la violencia o el poder. Desde antiguo se le asocia con la vitalidad y la fuerza, la búsqueda y la renovación. Más su conversión en actor público cohesionado por prácticas capaces de interrogar el orden social se verifica tan sólo hasta mediados del siglo XX<sup>7</sup>. Desde ese entonces dos ciclos le configuran, uno marcado por la contestación y la afirmación de la singularidad ante el mundo adulto, otro signado por la autonomización frente a la tradición y lo instituido<sup>8</sup>.

La década de los 50 es el momento de una verdadera ebullición contestataria. En los Estados Unidos surgen los Black Panthers y la Beat Generation, en Alemania nacen los Halbstarcken-Kravalle y en Inglaterra los Teddy Boys, en Francia los Blousoun Noirs y en Polonia los Hooligans, en Rusia los Stiliague y en Holanda los Nozen<sup>9</sup>. Pocos años después brota el movimiento hippie, una expresión cuyas consignas en torno a la paz, la conciencia expandida y la libertad le dan la vuelta al mundo entero. En todos los casos, con sus muchos matices, el común denominador vino a ser la respuesta contestataria de los jóvenes

---

<sup>5</sup> En los 8 casos se trata de bandas cuya sede de operación se haya en sectores de reconocida peligrosidad, como Ejército de Oriente, Chinanpac y Leyes de Reforma.

<sup>6</sup> *Moultización colectiva, crimen y poder*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Lo mismo pasa con los cholos, una expresión no incluida aquí en razón de sus especificidades: a diferencia de la pandilla derivan en la búsqueda de expresiones culturales. Encinas (1994) reporta que en Monterrey todos los cholos del estudio tienen entre 14 y 17 años; Valenzuela (1988) dice que al norte la mayoría tiene entre 18 y 21; y Reguillo (1991) en su bello estudio de Guadalajara señala que sus cholos tienen entre 17 y 23 años.

<sup>7</sup> Sugerentes miradas sobre lo joven en el tiempo en Feixa (1993 y 1998). También Levy y Schmitt (1995).

<sup>8</sup> La presencia y significado de lo joven es motivo de amplios debates. Los textos más iluminadores en Reguillo (1991 y 2000), Feixa (1998 y) y Martín Barbero (1998).

<sup>9</sup> Marcial (1997) y Villafuerte y colaboradores (1984).

frente a una sociedad cuyos valores se le antojan perniciosos y caducos. La juventud se asume heredera de las vanguardias, hace suyo el discurso crítico y se apropia la actitud de desafío de quien está imbuido de conciencia de protesta.

La fractura se produce, lo joven comienza a ser una identidad en sí misma. Se deshace la visión que le contempla como mero tránsito, como una fracción de la biografía rubricada por la tarea de aprender a ser adulto. Por el contrario se vuelve presente, se hace en el aquí y el ahora, no en lo que vendrá luego cuando llegue la hora de asumir la tarea de conducir la sociedad. *<Los jóvenes no somos el futuro de Colombia, somos su presente, su hoy>*, dice alguno evidenciando la presencia de un sujeto que se concibe a sí mismo como proyecto, como ilusión de realización. Siguiendo a pie juntillas la huella de la modernidad lo joven se hace sujeto bajo la condición de asumir el desafío de auto producirse: debe confrontar su experiencia de cara a la elaboración de una propuesta de vida “propia” donde pueda reconocer su singularidad. Desde ese momento es un universal, un lugar de enunciación que informa un nosotros particular.

## 2. La autonomía

No obstante lo joven recibe un nuevo aire años más tarde, cuando la culminación del siglo XX introduce hondas mutaciones. Del mismo modo que las mujeres encarnaron la explosión de los límites entre lo público y lo privado, lo joven viene a expresar, como nadie más lo hace, las formas de sociabilidad y narración de la identidad. Por su condición de seres forzados a construir su yo singular, los jóvenes se toman depositarios “naturales” de las tensiones que atraviesan la constitución de la subjetividad contemporánea. La tarea se cumple bajo nuevas condiciones, ya no en medio de la pertenencia al estado nación, la clase social y la familia; ahora se cumple en medio de la precariedad de los símbolos y la creciente pérdida de densidad del vínculo social.

Lo joven encarna el nuevo proceso. La socialización se produce, ya no sólo en contravía de

los adultos y la sociedad establecida -como lo fue en el ciclo anterior-, sino en un contexto donde se han quebrado las pertenencias. Hace tiempo desapareció la autoridad depositada en el concejo de ancianos; pero también colapsó el modelo de integración cultural sobre la tradición moderna de la narrativa articuladora, esa capaz de ensoñar la sociedad como un todo donde aguardaba un puesto para todos y cada uno de sus “cristianos”. La moral y el saber ya no vienen incrustadas en la institución y la tradición, brotan de ámbitos de significación que dejaron de ser patrimonio de la ley adulta. En este tránsito se afianza el valor contemporáneo de lo joven, sinónimo de movilidad y apertura, las claves exaltadas de la subjetividad en un mundo donde han naufragado los horizontes de certeza. Lo joven conecta entonces con este tiempo, encarna sus flujos y se presta a sus mitificaciones. Los muchachos que andan y desandan la ciudad viven de sus imaginерías e ilusiones. El mercado ha sido pionero en comprenderlo, con mayor celeridad que nadie. De allí que los jóvenes sean protagonistas estelares de una publicidad fascinada con el consumo globalizado, donde venden lozanía y vitalidad, mercadean expresionismo y búsqueda incesante de la sensación. La juventud encarna la identidad de hoy, ese complejo cruce entre individualidad y goce -la pandilla lo muestra como nadie más lo hace, será de lo que nos ocuparemos-.

A partir de allí lo joven se ha autonomizado, su destino no está trazado en ninguna convención adulta y menos en algún orden instituido: el individuo desvinculado y su desciframiento en los lenguajes del cuerpo y los sensorios, el alfa y omega de la subjetividad contemporánea, no necesitan ni pasado ni saber sedimentado. Por supuesto no todo es pandilla. En cada momento se difunden formas de contestación disímiles, unas consumidas en el gesto pandillero y otras convencidas de la necesidad de resistir la dominación y explorar formas alternas de construcción de una vida buena. Como fenómeno social extendido, incluso entre el barrio popular, quizás ha sido el hipismo la expresión que

encausó con mayor fuerza la rebelión<sup>10</sup>. En él la movilización juvenil aflora también en el margen -como en la pandilla-, pero sus signos rectores son otros: hace rupturas profundas con el establecimiento, pasando incluso por la experimentación de otra vivencia de la sexualidad y el amor, lejos de algo parecido a la territorialidad violenta y el tiempo paralelo. Por demás el movimiento hippie aspiraba a transformar la realidad, su búsqueda la informó la consigna de un mundo alternativo donde el consumo de psicotrópicos aparecía como una mediación encaminada a ampliar la conciencia<sup>11</sup>; nada parecido a la mudez pandillera, donde la droga y sus excesos funcionan como pasajes de la degradación de la racionalidad y lo público<sup>12</sup>. La diferencia es protuberante. Al pandillero no lo mueve ningún afán de contestación ni alguna consigna de subversión, como no sucede ni con el hippie de tiempo atrás, pero tampoco con el rapero y su intento de convertir el conflicto en texto.

Sea cual sea el signo de su orientación, las experiencias juveniles tienen como telón de fondo la progresiva autonomía de lo joven, primero mediante la diferenciación del mundo adulto y después a través del distanciamiento de la institución. Lo joven se autonomiza derivando en sujeto que se piensa auto contenido en la constitución de su identidad y su mundo. Lo dicen, *<somos su presente>*. De esa potente autonomía bebe la pandilla. Como dice alguno, *<nosotros vamos a cualquier lado y armamos la berraca. Todo el mundo se queda sano, nadie se atreve ni a dñistarnos nada>*. El texto pandillero es contundente, la autonomía de lo joven se traduce en trasgresión cínica. Finalmente el tiempo paralelo es la confirmación de unos jóvenes plenos de la conciencia de su particularidad e independencia.

---

<sup>10</sup> En Colombia se carece de estudios sobre las expresiones juveniles de los años 50 a 70. Antes de la primera explosión de estudios hacia mediados de los años 80, a propósito del año internacional de la juventud, son pocos los trabajos que se conocen. Mirar Varios autores (1984). Un balance de Bogotá en Perea (2000).

<sup>11</sup> Uribe (1990).

<sup>12</sup> Lo mismo se diría de los Punk, jóvenes dotados de un discurso y una práctica crítica frente a la sociedad y el capital.

**SEGUNDA PARTE**  
**UNIVERSO CRIMINAL**

El gesto pandillero y la autonomía juvenil, los temas de la Primera Parte, proponen dos rutas de explicación al surgimiento del tiempo paralelo. La primera aporta una forma de apropiación de la ciudad existente de tiempo atrás, la segunda la sentida independencia de la generación joven. Falta no obstante un catalizador adicional, sin su concurso el tiempo paralelo no termina de ser descifrado. El <parce> abandona el orden instituido, lo hace porque al otro lado le espera el universo criminal, uno que le proporciona sentido, soluciones económicas y poder.

El crimen es pieza capital de nuestra reflexión. Aparece en este punto como catalizador, pero desempeña un papel de primer orden en el mediador del poder –tema de la quinta Parte-. A la palabra crimen la acompaña poca sensatez, finalmente sobre ella se vuelca la preocupación ciudadana de nuestros días. El habitante de la calle la experimenta como una amenaza letal, los políticos la ponen en el corazón de sus ejecutorias y los medios de comunicación no cesan de clamar por seguridad frente a una criminalidad que parece coparlo todo. En Colombia, en medio de su intenso conflicto interno, las demandas de seguridad parecen obvias; mas la preocupación domina la esfera pública latinoamericana, nada hace que varios de sus países no hayan experimentado en años recientes una guerra interna. El crimen es un asunto neurálgico de nuestros días, como la pandilla es una ventana abierta a la sociedad contemporánea: cumple la función de bisagra de las estructuras de la dominación.

Lo miramos en primer término en su papel de catalizador. El crimen provee el universo paralelo que soporta el afuera pandillero. No obstante, tal afirmación requiere los matices de más de una precisión. Lo dijimos, ni el héroe ni el villano. Es verdad que la pandilla

vive de más de una práctica ilegal, comete delitos contra el patrimonio y la vida con esmero; sin embargo no se reduce a su faceta criminal y su trasgresión sigue patrones definidos. Así las cosas, lo demostraremos, el <partero> ocupa sólo un rincón dentro del abanico del crimen urbano: su robo y su violencia son localizados. Atracan personas y asaltan casas y comercios pero no practican el delito de alto nivel, el propio de la banda organizada; además no son sino un actor más entre otros en el ejercicio de la violencia. El estigma que acecha al pandillero sufre duro revés, el crimen urbano tiene más de un protagonista.

En este contexto, a partir de este punto de nuestro recorrido se hace indispensable la contemplación detallada y la exposición minuciosa de la pandilla. En el capítulo 4 se mira el robo, las modalidades que adopta y sus particularidades frente a otras formas de criminalidad. En el siguiente, el 5, se hace otro tanto con la violencia, con sus modos y la intensidad en comparación con otros actores. El capítulo 6 reflexiona sobre el tiempo paralelo visualizando la especificidad de la pandilla contemporánea a partir del aporte que hace el crimen.

La trasgresión es actitud propia de los jóvenes hoy día. De muchas maneras se resisten al mandato adulto, con frecuencia acompañados de violencia. Lo hacen mediante variadas estrategias, de la vestimenta estrafalaria a la pinta clandestina en la pared de la ciudad. La trasgresión pandillera se inscribe en esta trayectoria, mas su naturaleza e intensidad la diferencian: la asunción del robo como práctica permanente y el ejercicio de una violencia indiscriminada trastocan la típica trasgresión juvenil en trasgresión violenta. Es su singularidad.

## CAPITULO 4

### CADA CUAL CON SU ARTE

#### El robo

Los delitos contra el patrimonio son uno de los hábitos del *<parche>*, la vida se reparte entre salir a atracar y permanecer en la esquina. *<Los muchachos fuera de robar lo que hacen es parcharse ahí>*, dice un neivano. ¿Cómo son pues esos delitos, esa dedicación vital de la pandilla?

#### 1. Las modalidades

La pandilla prototípica roba, *<en el parche la mayoría son puros ladrones, no estudian, sólo se dedican a eso>*. Se cuentan con la mano los pocos que se abstienen de hacerlo. No en vano el robo enlaza varias facetas. Es una alternativa frente a la pobreza, agravada entre muchachos enfrascados en el conflicto con la familia y el vecindario. El hurto sostiene el tiempo paralelo, genera el dinero para satisfacer los consumos propios de cualquier persona y los costos que supone el vicio perentorio. Su papel es tal que termina por generar identidad, incluso porque se le concibe como un trabajo: *<Robar es la vida de ellos. Cada cual tiene su arte, como la gente sana que tiene su arte de ser doctor, enfermero o ingeniero>*. Como lo enuncia otro, *<tengo un oficio que no me gusta y nunca me ha gustado que es robar>*. Se trata de un verdadero *<oficio>*, tanto porque constituye la actividad que deja dividendos como porque supone una empresa aprendida tras sostenido aprendizaje. Salomé lo dice, *<nosotros llamamos trabajo a robar>*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Solle, Neiva, p. 6; Parcerito, Neiva, p. 4; Oso, Neiva, p.10.

El robo se para así en un cruce de caminos. En un sinnúmero de ocasiones lo fuerza la penuria, *<robo cuando estoy mal, me desespera ver al niño llorando de hambre. Cojo un cuchillo y quito lo que sea>*. En otras es el santo y seña de la pandilla, *<robaba sin necesidad porque mi madre me ha tenido bien, pero lo hacía por demostrarme que podía hacerlo>*. El atraco envuelve una elevada producción de *<adrenalina>* por los peligros que entraña, un factor de enorme significado para el pandillero según veremos; junto a la sensación embriagante de la *<adrenalina>* circulando por el cuerpo está el deslumbramiento del dinero y el consumo: *<Estoy robando seguido y se siente el agite, lo quiero hacer a toda hora. Uno está enseñado a la plata y no se va a quedar pensando que no la tiene>*<sup>2</sup>.

No obstante no practican sin más cualquier asalto sobre la propiedad. El atraco callejero, el *<apartamenteo>* y el asalto a comercios son sus modalidades características. El primero el más frecuente, el rebusque que le caracteriza coincide con la catadura pandillera. Como en todo *<arte>* el lenguaje abunda en la precisión de las sutilezas dando lugar a una extensa gama de nominaciones. La amenaza de la víctima con un arma, conocido en el argot como *<atarzaniada>*, es la técnica típica. No es la única, hay muchas otras como el *<escapeo>* o la distracción de una persona para arrebatarle un objeto; el *<cosquilleo>* o *<soplao>* que supone manos livianas capaces de deslizarse en una cartera; el *<tomaseo>* acompañado de una mujer que seduce a un borracho mientras los otros hacen lo suyo; el *<acompañao>* de un borracho cuya mujer pide caridad al conductor de un taxi, cuerdas más adelante atracado; el *<descuelgue>* de las cosas que lleva un carro en la parte trasera; el *<cocheo>* o *<destuche>* desocupando lo que haya en los carros; el *<bataneo>* haciendo el raponazo de joyas y adornos.

Las técnicas suelen combinarse aunque es frecuente la práctica de una por temporadas, de manera especial cuando se le sofistican hasta sus últimos detalles. La adopción sostenida de alguna depende de un puñado de factores entre los que juega el gusto, la relativa facilidad

---

<sup>2</sup> Mundano, Neiva, p. 49; Omar, Bogotá, p. 8; Pendenciero, Barranquilla, p. 11; Parcerito, Neiva, p. 17.

que ofrece su ejecución y los dividendos que reporta. El espectro es amplio, en oportunidades se trata del atraco a mano armada sin mayor complicación, en otras de actos como el robo de una moto que requiere más decisión: *<Se hace el que está esperando el colectivo con el yerro listo. Pasa uno y se le encaballa atrás >*. Parafraseando el adagio popular “entre gustos no hay disgustos”, cada quien opina sobre las técnicas, sus riesgos y ventajas: *<El raponeo es una cosa muy vulgar >*, dice alguno. Es una actividad que en mucho depende de las circunstancias, del azar de cruzarse con alguien portando el objeto que resarcirá el esfuerzo: *<Estaban en un esquina cuando pasó un campesino con una guadañadora. Le pidieron papeles con la pistola afuera diciendo que eran de la policía >*. De lo contrario, de no contar con la suerte de topar con algo digno de consideración, se atraca a quien tenga la mala suerte de coincidir con las apetencias del momento. En palabras de un maestro del *<oficio >*: *<Los robos salen así no más, no es necesario planiarlos. Se dice vamos a tal lado a ver si encontramos algo >*. Cada pandilla hace sus *<vueltas >*, median reglas cuyo infracción viene cargada de consecuencias fatales: *<Nunca nos hemos unido con pandillas pa hacer vueltas, hacemos las nuestras. Cada uno tiene su modo de vivir >*<sup>3</sup>.

El robo de casas y apartamentos es la segunda modalidad. No todas lo hacen, aparece cuando la pandilla acumula cierta trayectoria. Una cosa es detener a alguien en la calle y despojarlo en una acción rápida, y otra invadir el espacio privado de una casa acrecentando la probabilidad de reacción violenta de los dueños. Algunos no le jalan al asunto, *<en el parche no hay apartamenteo porque no hemos tenido herramientas pa eso >*. Tiene razón, la ejecución demanda previsión y enlaces ausentes del atraco. *<Me decían esta casa queda sola. Hacía el croquis, escogía el día y seleccionaba a los que iban >*, sin embargo el mismo pandillero se arrepiente palabras adelante, *<pero no duré en esa profesión porque era muy riesgosa >*. No obstante en las tres ciudades numerosas pandillas desembocan en su adopción: *<Roban casas, cuando no hay nadie sacan las cosas pero cuando la gente duerme echan un polvito por la puerta para que nadie sienta nada >*, narra Sonrisa; *<vamos a patear puertas de noche. Sacamos lo que*

---

<sup>3</sup> Solle, Neiva, p. 6; Parcerito, Neiva, p. 3; Oso, Neiva, p. 29 y 34.

*tergan*>, se cuenta en Barranquilla; <le dicen a uno "chirio hay una vuelta casada, nos vamos a meter a ese rancho". Uno está con los fierros por si algo>, se comenta en Bogotá<sup>4</sup>.

El asalto de establecimientos comerciales, por último, es la tercera modalidad del robo pandillero. La técnica más corriente es el asalto armado de la tienda de barrio, a la que se le cae cuando entra la noche y los clientes disminuyen. Al operativo lo precede una pequeña labor de inteligencia. Una vez identificada alguna -la mayoría de las tiendas, por no decir todas, han sido objeto de asaltos al menos una vez-, se hacen visitas salteadas para la compra de cualquier cosa con el objeto de mirar el surtido, la distribución de los aparadores y el sitio donde se guarda la plata. Llegada la hora se opera en pequeños grupos, todos armados, unos dentro y otros fuera a la espera de cualquier sorpresa: <A tracábamos las tiendas, no sólo nos íbamos con la plata sino que sacábamos ron y cigarrillos. Nos reuníamos y decidíamos cuál era la de ese día>, cuenta un currambero. Otro tanto se hace en Neiva: <A tracan tiendas y estancos>. El saqueo amparados con armas de fuego no es la única estrategia, también es común el <conejo> o <voladora> consistente en llegar en grupo, hacer un pedido grande y salir corriendo: <En las tiendas a veces hacemos la voladora, se pide un aguardiente y chao>. El cuadro de la tienda popular atiborrada de rejas habla con elocuencia del acoso pandillero. En los casos de mayor trayectoria el blanco viene a ser un supermercado local, mientras que sólo los muy experimentados se atreven a caerle a los almacenes de cadena: <Una vez me quité el millón ochocientos en un supermercado><sup>5</sup>.

Los datos etnográficos confirman lo anotado. El atraco callejero es la actividad delictiva predilecta, dominante en las tres ciudades. En Barranquilla el 83% de las pandillas lo practica, en Neiva todas y en Bogotá el 70% (Cuadro No. 3). Después viene el asalto de comercios seguido del de apartamentos, un poco más alto el primero. Luego siguen la venta de droga y el asalto de buses y colectivos. Aparecen en menor proporción las prácticas que emborronan la frontera de la criminalidad propia de la pandilla, como el robo

<sup>4</sup> Oso, Neiva, p. 27; Pendenciero, Barranquilla, p. 2 y 5; Mechete, Barranquilla, p. 9; Hernando, Bogotá, p. 8.

<sup>5</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 11; Parcerito, Neiva, p. 15; Oso, Neiva, p. 29; Parcerito, Neiva, p. 16.

de carros y taxis, pero otras como el atraco de bancos son casi inexistentes. El universo pandillero vive de la violación de la propiedad, mas sus modalidades características no son el hurto de elevada cuantía y grandes riesgos.

CUADRO No. 3  
MODALIDADES DEL ROBO PANDILLERO

|                    | Porcentaje   |       |        |
|--------------------|--------------|-------|--------|
|                    | Barranquilla | Neiva | Bogotá |
| Atraco callejero   | 83           | 100   | 70     |
| Asalto apartamento | 42           | 60    | 28     |
| Asalto comercio    | 67           | 60    | 30     |
| Venta de droga     | 17           | 5     | 23     |
| Asalto transporte  | 33           | 15    | 14     |
| Jalador carros     | 0            | 0     | 7      |
| Robo motos         | 0            | 30    | 7      |
| Desvalijar carros  | 0            | 0     | 7      |
| Billetes falsos    | 0            | 20    | 2      |
| Cobro impuestos    | 17           | 15    | 5      |
| Robo bancos        | 0            | 0     | 2      |

Fuente: Datos etnográficos

NA: No aplica

Claro, aparecen otras estrategias. El caso más sonado es el de las *<vacunas>*, una especie de tributación impuesta a los carros de transporte público, a los comerciantes o los vecinos. En uno de los bordes de la comuna de Neiva ningún carro de servicio público volvió a circular, *<se hacen vacunas a los colectivos, por eso no hay ni uno que pase, ni los de la leche se volvieron a meter>*. En Barranquilla los comerciantes se convirtieron en objeto de una amenaza que concluyó en el pago de una *<multa>* recogida los fines de semana. Si el comerciante se resistía a la menor oportunidad era robado; si pagaba ganaba una protección que le ponía al abrigo del asalto de pandilleros de otro barrio: *<Los turcos pagaban una multa de quinientos. Lo hacían porque vienen otras bandas a hacer fechorías aquí. El que no paga se deja quieto pero hay que atracarlo>*. En Bogotá se cuenta lo mismo de los colectivos que llegan hasta la parte donde

la ciudad muere, más allá de la última estación de policía: <Le caíamos a los colectivos y los teníamos vacunados. O pagan o no circulan><sup>6</sup>.

## 2. Los otros criminales

El hurto pandillero tiene entonces modalidades características, es en esencia un robo local. Sin embargo la ciudad donde la pandilla habita le imprime una personalidad. El caso extremo es Medellín, donde el delito frecuente es el hurto agravado. Su valor supera con creces los demás, hace el 73% de los delitos de la ciudad durante la década de los 90. La inclemencia de la guerra entre los jóvenes disminuye los atracadores callejeros, quienes hacen sólo el 11% del delito de esos años. El crimen es por lo alto, ligado a bandas organizadas; lo demás son <chichipatos>, como se llama a pequeños ladronzuelos a quienes se hace objeto de violencia generalizada. El caso de Cali es similar, el hurto agravado se lleva el 62% del total de la criminalidad mientras el atraco nada más el 13%<sup>7</sup>. Dada la antigua presencia de mafias del narcotráfico en las dos ciudades, cada una con su cartel, el crimen económico asciende de nivel y se organiza en buena medida en torno al hurto organizado.

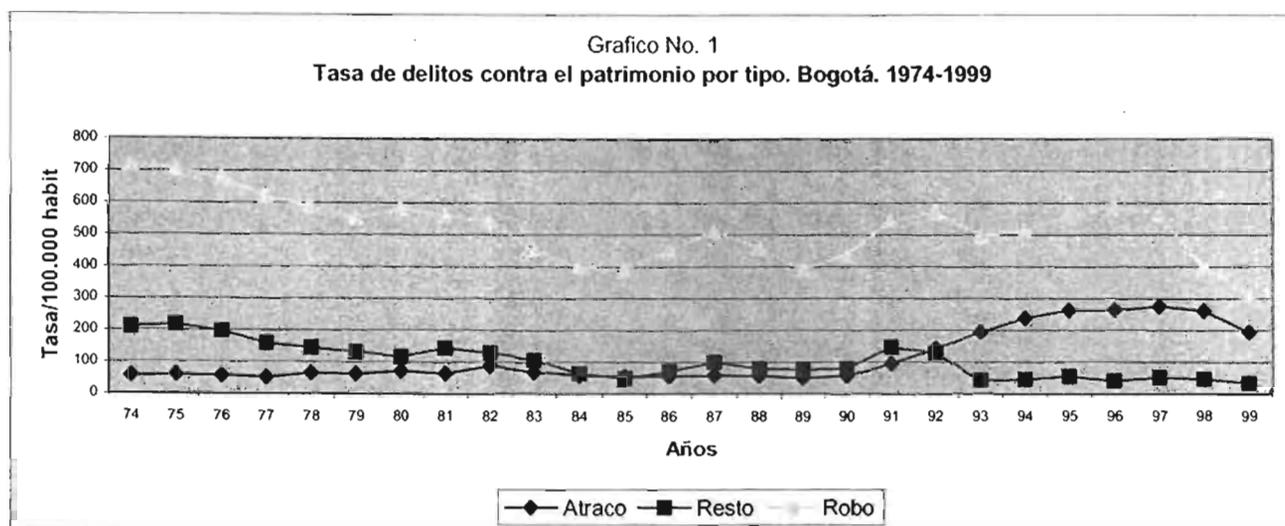
No sucede lo mismo en nuestras tres ciudades, la ausencia de conexiones orgánicas entre la mafia y los grupos juveniles deja a las pandillas ocupadas en el asalto callejero y otros delitos locales. La curva de los crímenes económicos en Bogotá lo muestra. A mediados de los años 80, en coincidencia con la explosión del narcotráfico, el descenso se interrumpe dando paso a un sostenido incremento que, tras oscilaciones, alcanza su pico en 1997. A partir de 1985 el crimen se generaliza en el país, Bogotá no es la excepción; mas la capital no sirve de asiento a un gran cartel de la droga y por tanto su criminalidad se organiza de otra forma. Sus delitos frecuentes son el robo y el hurto, sumados hacen las dos terceras partes del conjunto de la criminalidad. Con todo, el dato con capacidad de visualizar las

---

<sup>6</sup> Caballo, Neiva, p. 9; Mechete, Barranquilla, p. 9; Sopas, Bogotá, p. 12.

<sup>7</sup> Dijin. Policía Nacional.

pandillas, el atraco, exhibe un comportamiento notable: de ser menos del 13% de los delitos durante las décadas del 70 y el 80, a partir de 1992 experimenta un ascenso que le lleva a convertirse en algo cercano a una tercera parte del total. La tasa de delitos muestra con claridad la transformación (Gráfico No. 1): mientras la curva de robo tiene grandes fluctuaciones con una tendencia final a la baja y la de resto se mantiene estable con una pequeña inclinación a la disminución, la curva de atraco sufre un sostenido ascenso desde finales de los 80: pasa de 49 en 1989 a 276 en 1997, nada menos que un incremento del 563%<sup>8</sup>.



Fuente: Policía nacional (1974-1999)

Haciendo uso de una fuente más discriminada se constata lo mismo. Los delitos frecuentes en la capital son en su orden las lesiones personales y el robo de carros, pero a los dos los supera un atraco que por sí sólo hace casi la tercera parte del total de delitos cometidos durante la década (Cuadro No. 4)<sup>9</sup>. Su creciente ascenso queda fuera de duda. Si en 1990 representó el 16% diez años después se trepó al 33%, en todas las localidades como el delito de mayor presencia<sup>10</sup>. La localidad de San Cristóbal, donde adelantamos nuestra indagación, confirma el cuadro anotado: el atraco suma el 30%.

<sup>8</sup> La categoría "resto" incluye todos los delitos económicos menos el robo y el atraco. Poner tabla.

<sup>9</sup> En la década las lesiones tienen el 20% de los delitos, el robo de carros el 19% y el atraco el 31%.

<sup>10</sup> La excepción son las localidades de Ciudad Bolívar, donde el atraco es superado por el homicidio y las lesiones personales, y Usme donde es superado por las lesiones personales.

Cuadro No. 4  
Porcentaje de delitos en Bogotá. 1990-2000

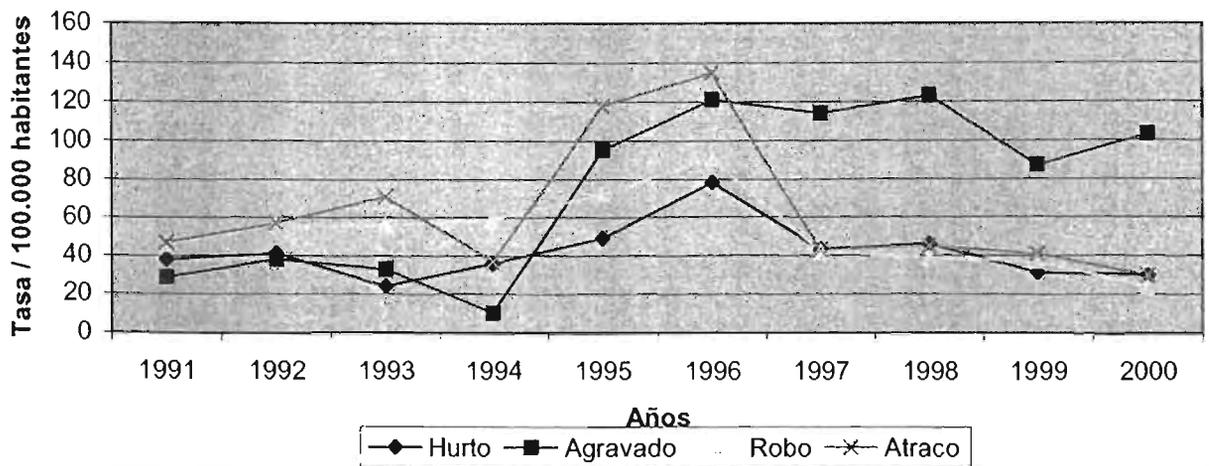
|          | Homicid | Lesione | Carro | Moto | Banco | Comerc | Casa | Atraco | Total |
|----------|---------|---------|-------|------|-------|--------|------|--------|-------|
| 1990     | 16      | 40      | 18    | 2    | 1     | 4      | 3    | 16     | 100   |
| 1991     | 16      | 37      | 13    | 2    | 1     | 4      | 3    | 24     | 100   |
| 1992     | 14      | 30      | 17    | 5    | 0     | 4      | 3    | 27     | 100   |
| 1993     | 17      | 20      | 19    | 6    | 2     | 6      | 3    | 27     | 100   |
| 1994     | 14      | 15      | 17    | 9    | 2     | 6      | 3    | 34     | 100   |
| 1995     | 12      | 14      | 18    | 8    | 1     | 7      | 4    | 36     | 100   |
| 1996     | 10      | 15      | 18    | 8    | 1     | 7      | 4    | 37     | 100   |
| 1997     | 8       | 14      | 19    | 8    | 1     | 8      | 4    | 38     | 100   |
| 1998     | 8       | 13      | 20    | 7    | 1     | 9      | 4    | 38     | 100   |
| 1999     | 10      | 13      | 24    | 6    | 1     | 8      | 4    | 34     | 100   |
| 2000     | 10      | 13      | 27    | 6    | 0     | 7      | 4    | 33     | 100   |
| Promedio | 12      | 20      | 19    | 6    | 1     | 6      | 4    | 31     | 100   |

Fuente: CIC Policía Metropolitana

Diseño: Sistema unificado de información de violencia y delincuencia

Barranquilla exhibe un cuadro singular. Durante el primer quinquenio de la década el crimen dominante es el atraco, con una tasa siempre por encima de las restantes, alcanzando un pico de 135 en el año de 1996 (Gráfico No. 2). A partir de ese momento cae en forma abrupta abriendo la primacía al hurto agravado. La curva del atraco cambió de manera inesperada, su trayectoria es susceptible de explicación. Como describiremos adelante, desde mediados de la década aparecen los grupos de seguridad pagada, destacamentos armados a quienes los vecinos pagan la vigilancia del sector. Se desplazan en motos asesinando a todo aquel que incurra en la más leve infracción. Conocidos con el nombre genérico de los Meza se expandieron en la zona modificando la correlación de fuerzas en el poder local.

Gráfico No. 2  
Tasa de delitos contra el patrimonio. Barranquilla. 1991-2000



De su parte los datos de Neiva son por completo asistemáticos, el registro policial suprime el robo haciendo imposible cualquier afirmación. Mas si los datos enmudecen, la etnografía arroja una imagen paradójica. Como vimos la capital opita es una ciudad de baja violencia<sup>11</sup>, todo lo cual se traduce en una criminalidad económica menos cruenta. Las situaciones peligrosas no se traducen con igual facilidad en historias de sangre, como sí lo hacen en Barranquilla y Bogotá. Como cuenta alguno, *<un día que me metí a una casa me esperaban los vecinos con un machete y un palo. Me amarraron hasta que llegó la patrulla >*. Y como reafirma otro, *<metiéndome a una casa me salieron con un machete. A ranqué a correr perseguido por cuatro manos gritando que agarraran al ladrón. Se me paró un man que me tiró dos piedras pero al fin me volé >*. En las dos circunstancias aflora la personalidad opita. El pandillero está solo y desarmado, no lo acompaña un grupo de muchachos *<enfierrados >* dispuestos a disparar ante el asomo de cualquier tensión. Y de contramano los vecinos tampoco tienen armas, en los dos casos lo amenazan con machetes y palos, lo persiguen e intentan detenerlo con piedras. La anécdota contrasta con tantas otras referidas en Barranquilla y Bogotá, ciudades donde los asaltos terminan con frecuencia en baño de sangre: *<Una señora se puso a gritar y se le soltó un pepazo, otro quería machetarnos y se le soltó un escopetazo >*<sup>12</sup>. Por demás, los

<sup>11</sup> Entre 1995 y 2002 su tasa media de homicidio fue de 38.

<sup>12</sup> Balín, Neiva, p. 3; Caballo, Neiva, p. 8; Mechete, Barranquilla, p. 9.

pandilleros costeños han adoptado el siniestro hábito de salir a *<patear puertas>*, como lo narró Aníbal. En la noche el *<parbe>* se desplaza a una casa que invade después de tirar al suelo la puerta, encañona e intimida a los moradores y después procede a desocuparla ante la mirada aterrorizada de sus dueños. Los asesinatos de la señora gritando y del señor con el machete hacen parte de los desvaríos de esta horrenda práctica.

Por supuesto la situación de Neiva ha de tratarse con precaución. Sus menores dosis de homicidio no suprimen la trasgresión económica. Sus pandillas manifiestan altos indicadores de atraco así como de asalto a casas y comercios<sup>13</sup>, junto a la presencia de robos con cierta dosis de sofisticación: *<Apenas comencé a delinquir conocí amigos expertos con quienes salimos a carretera y nos coronamos en un carro dos millones>*. A diferencia de Barranquilla, donde la piratería terrestre está a cargo de bandas de alto calado, en Neiva circulan los relatos de retenes en las carreteras. Asimismo, pese a que en Bogotá se oye de nexos con bandas internacionales, en Neiva se escucha con frecuencia de pandillas conectadas con el crimen organizado en el exterior: *<En Miami asaltábamos tres o cuatro casinos y nos íbamos pa' otro estado. Pero también he estado en Alemania y en España>*, dice uno; *<tengo más de un amigo que viajan por allá a Puerto Rico y Costa Rica. Les dicen finqueros de banco>*, señala otro. Pero en especial la capital del Huila se caracteriza por una más estrecha vinculación entre el crimen organizado y los *<parbes>*, quizás por la ausencia de una elevada violencia que fuerce la especialización y separación de los dos tipos de agrupaciones. Sonrisa comenta de adultos enredados con los muchachos, *<hay otro que anda en silla de ruedas, se amaña con los chinos, les dice vayan y robe que yo los protejo>*. El personaje es uno entre otros de los ligados a los *<parceros>*, incluso comprometidos en una escuela de formación de ladrones dirigida a muchachos de escasa edad; los *<cudbos>* distribuyen trabajo, les hacen encargos y les compran artículos robados. De uno se cuenta que *<está embalao pagando más de un homicidio porque era mayor de edad y los chinos que mandaba a hurtar eran menores. Decían que mandaba los pelados a matar gente pa' robarsen las motos>*<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Volver al Cuadro No. 4 en este capítulo.

<sup>14</sup> Balín, Neiva, p. 3; Solle, Neiva, p. 3; Parcerito, Neiva, p. 3 y 2.

### 3. Otros países

La literatura de otras naciones, por desgracia, no entra en consideraciones sobre la naturaleza del robo pandillero. Se le señala como rasgo de la condición, en todos los países la pandilla vive del hurto continuado. Fuera de tales referencias poco se avanza, no se especifican las modalidades y menos se establece la ligazón con otros protagonistas del mundo criminal. En medio de la vaguedad es posible entrever una situación similar a la de las tres urbes colombianas, el pandillo típico se dedica al saqueo de personas y comercios de menor cuantía. En Honduras el grueso de la actividad delictiva se reparte entre robos menores y asaltos, los hurtos de mayor calado son esporádicos. Nicaragua igual, la criminalidad económica de la pandilla no reporta altos dividendos sino apenas lo necesario para el pago de la droga y las municiones<sup>15</sup>.

En Ciudad de México, entre los años de 1997 y 2001, el atraco callejero hace el 24% y el asalto a negocio el 14% de las denuncias por robo; el delito más destacado fue sin embargo el robo de vehículos con el 42% del total<sup>16</sup>. El trámite ante el seguro cuando el hurto de un coche exige la denuncia ante las autoridades, de buen grado ello explica su elevado número. No es la única causa, sin embargo. Como se mostró en la Delegación Iztapalapa las bandas más recias se caracterizan por la confluencia de distintas edades, las conforman tanto personas adultas como muchachos jóvenes. Los avezados en el <oficio>, casi siempre de mayor edad, controlan los negocios grandes; el resto se dedica a prácticas de menor valía como el asalto a personas y negocios. Con todo, la conexión estrecha con los mayores involucra con prontitud a los jóvenes en tareas de alto riesgo, como el robo de carros. Las 20 bandas de mayor peligrosidad reportan el ejercicio del atraco callejero, el asalto de residencias y negocios y el robo de autos, incluso aquellas conformadas en su

---

<sup>15</sup> Castro (2001, p. 274) y Sosa y Rocha (2001, p. 418).

<sup>16</sup> Fuente Arango y Lara (2003) sobre Denuncias ante la PGR. La investigación armó una base de datos propia contenida en *La criminalidad en México*. Biblioteca Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

gran proporción por menores de 25 años; de manera distinta entre 10 bandas menos peligrosas, ubicadas en un sector distinto, sólo dos practican el hurto de vehículos<sup>17</sup>. En la capital mexicana se adoptan las prácticas propias de la pandilla; más el contacto con adultos los incorpora pronto al crimen sofisticado.

#### 4. Pandilla y banda

El delito económico del pandillero tiene una fisonomía, no se dedica sin más a cualquier actividad delictiva; más el curso final de sus prácticas mantiene relación estrecha con otros agentes de la criminalidad presentes, tanto en el territorio pandillero como en el contexto ampliado de la ciudad. Se trata en todo caso de dos actores distintos que es preciso reconocer y deslindar, uno es la pandilla y otro la banda.

Todo intento de clasificación de las organizaciones juveniles enfrenta serias dificultades<sup>18</sup>; la diferenciación entre pandilla y banda también las tiene. Por principio choca con los usos regionales de ambos términos. En Barranquilla y Medellín se usa con frecuencia la palabra <banda>, mientras en Bogotá, Neiva y también en Medellín la de <parche>. En cada nación el fenómeno adopta su propia nominación. En El Salvador, Honduras y Guatemala se llaman maras, en México se habla de chavos banda y banda, en Costa Rica de chapulines. El de pandilla, por su parte, circula poco entre sus miembros; la usan más bien sus detractores aglutinados en el estado, los cuerpos de seguridad y los vecinos. Con todo, la empleamos apelando a su valor descriptivo, es el término extendido en el lenguaje internacional.

Pese a sus dificultades es imprescindible introducir la oposición entre pandilla y banda, cada una encarna realidades distintas. Dos elementos les diferencian, la naturaleza de sus delitos de un lado, y los vínculos con el barrio del otro. La banda es una organización

---

<sup>17</sup> *La criminalidad en México*. Biblioteca Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

<sup>18</sup> Mirar las dificultades de la diferenciación en Pérez y Mejía (1996) y en Salazar (1998).

profesional dedicada al hurto de gran cuantía. Sus golpes se planean con meticulosidad mediando una dotación costosa como carros, aparatos de comunicación y armas de largo alcance. El robo pandillero, lo vimos, se circunscribe al hurto de menor importe. La forma de operación estratégica determina el nexo con el barrio, la segunda diferencia. Mientras el miembro de la banda debe permanecer en el anonimato -lo contrario significa su desaparición-, el pandillo se mantiene visible en la calle del barrio, es un ingrediente insustituible de su poder local.

La pandilla deriva del robo un ingreso pero no se define en estricto sobre el interés lucrativo, como si lo hace la banda. En palabras de alguno, *<para mis vueltas diarias robo algo que me alcance para la comida y no me boletee. Cosas simples por ahí de cinco o seis mil pesitos>*, y en la versión de otro, *<nuestras vueltas no son tan grandes, no robamos un apartamento, un almacén o un supermercado. Robamos cidas, cadenas, carteras, celulares>*. Tal es el más frecuente relato pandillero. Naturalmente se trata de todo menos de una situación inocente, la continuidad del hurto de baja intensidad a manos de una respetable cantidad de muchachos se convierte en una pesadilla para la convivencia. *<Atracábamos buses, personas, tenderos, carros de la leche y la gaseosa, el de la carne, los carros que llegaban a la tienda, el del pan, el de las savorisadas y hasta los turcos>*<sup>19</sup>.

En la práctica, en más de una ocasión, las fronteras entre la pandilla y la banda se vuelven borrosas. La acumulación de experiencia en el *<oficio>* suele derivar en robos que requieren cada vez más osadía. Es el consabido resultado de trasegar un mundo, ensanchar el conocimiento y ampliar las conexiones: *<Andaba con gente mayor y usaba revólver, usaba armas más violentas. Me había dedicado al robo>*, dijo Aníbal. Las pandillas más agresivas derivan con rapidez en bandas: *<Dependía del grupo pero no como antes para pelear contra otros, nos organizamos para hacer una banda de atracadores>*, cuenta un antiguo miembro de los Alacranes, la banda que desoló varios barrios de Barranquilla hasta que fuera exterminada.

---

<sup>19</sup> Balín, Neiva, p. 6; Oso, Neiva, p. 34; Mechete, Barranquilla, p. 7.

El destino de la pandilla no está escrito, su rumbo depende de múltiples factores: *<Algunos empiezan por un parchecito pequeño y después crecen; otros se quedan en la calle dedicados a hurtos leves >*. Sucede a veces que algunas bandas tienen asiento en el barrio enrolando en sus acciones a pandilleros conocidos. Todo lo que se necesita es una conexión con el *<duro>* y una reconocida capacidad de *<probón>* en la acción peligrosa: *<Para que lo llamen a vueltas grandes es que lo vean acelerado y sin miedo de nada >*. El testimonio de Sonrisa habla de adultos metidos en robos mayores, *<ese se lleva a los muchachos a otras ciudades >*. Los modos de ingreso y permanencia dependen de la naturaleza de la banda pero en cualquier caso se trata de ir haciendo escuela: *<Iban a piratizar buses de Maicao pero no me llevaron por inexperto. La prueba era cuando veían que uno se defendía, lo preparaban robando en los barrios >*<sup>20</sup>.

Algunos se la pasan entre la banda y la pandilla, sólo los de larga experiencia. También acontece que tras un aprendizaje inicial el pandillero asume su propia carrera delictiva: *<Con ellos no alcancé a hacer atracos duros, pero de parte mía si los hice >*. Es común la trayectoria de quienes después de una larga carrera en el robo terminan convertidos en *<duros >* solitarios, con conexiones de alto nivel haciendo de las suyas por cuenta propia: *<El jefe de esa banda está vivo, anda haciendo sus travesuras pero ya no tiene banda >*. Entre la pandilla y la banda hay pues toda clase de cruces, mas cada una refiere una entidad distinta. Separarlas permite una comprensión justa del crimen en la ciudad, en tanto impide que a la pandilla se achaque el conjunto de la criminalidad urbana.

---

<sup>20</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 5; Parcerito, Neiva, p. 4; Parcerito, Neiva, p. 3; Pendenciero, Barranquilla, p. 10.

## CAPITULO 5

# EL QUE LA DEBE LA PAGA

La violencia

El acto de vulnerar la integridad física del otro, o la eventualidad de hacerlo, permite que muchachos apenas comenzando el ciclo de la vida sojuzguen al vecindario e impongan su deseo. El tiempo paralelo se realiza arrastrando a su paso los más consentidos imaginarios del orden colectivo, incluido el de la vida. Con ello el pandillero asegura su dominio. ¿De qué maneras ejerce la violencia?

### 1. Un rasgo distintivo

La muerte merodea la pandilla, puede hallarse a la vuelta de la esquina o en la puerta de la casa, en el atraco sorpresivo o el ataque inesperado. El *<parcero>* lo tiene en mente, *<pertenecer a un parche tiene sus riesgos, puede que llegue algún ebrio o un sicario, la limpieza, un vecino ofendido>*. Como toda máquina de violencia desata a su alrededor otras tantas violencias, sus agresiones engarzan las violencias de vecinos y otras pandillas, de la policía y las operaciones de limpieza, de los asaltados y maltratados. Parafraseando el argot las *<culebras>* proliferan: *<No faltan las culebras, el man al que se las debo porque lo atraqué, apuñalé a su hermano, le casqué a su parce o lo que sea, y entonces cuando menos pienso tome, me joden>*<sup>1</sup>.

El uso de la fuerza es consigna obligada de quien aspira a mantenerse *<a lo bien>*. *<Me dijo que era una cagalera y saqué el yerro y se lo estallé. Me estaba haciendo quedar mal delante de bandidos, si me quedo callao dicen “a ese lo menosprecian y no dice nada, ese chino no sirve pa l parche”>*. Cualquier afrenta, sea cual sea su naturaleza, ha de ser respondida con el ímpetu capaz de reducir al

---

<sup>1</sup> Solle, Neiva, p. 8; Oso, Neiva, p. 48.

adversario; de lo contrario sobreviene la acusación de *<cagao>* y tras ella el dictamen implacable, *<ese chino no sirve pa'l parde>*. Para provocar el miedo afuera hay que suprimirlo adentro. Nadie que no domine el pánico puede pertenecer a la pandilla, se entrenan con meticulosidad en el arte de flanquear el reino de la muerte: *<Un bandido se identifica por su carrera en el hurto y porque no le duele la mano para dispararle a alguien, lo cogen es por trajín>*. La primera vez se experimenta el terror que por fuerza entraña el acto de arrebatarse la vida de otro, pero una vez vadeado el abismo se experimenta el poder reconfortante del cura, del curandero o del juez: la potestad de manipular el delgado hilo que ata la vida a la muerte. Ya no *<duele la mano>*, todos deben saberlo: *<A nadie le hace meterle un tiro a otro pero se hace porque digan que uno es valiente, que coja cartel y digan ese man es peligroso>*<sup>2</sup>.

La violencia acecha. La pandilla se estructura sobre un código cifrado en la valentía de quien roza la muerte sin espavientos, sin *<arrugársele>* a nada: *<Cuando se va a bajar a alguien es parado, los dos nos paramos con igualdad. Si me lo bajo es a lo bien, el más malo cae>*. La vida al filo del despenadero se vuelve premisa diaria, *<quiero vivir y para vivir tengo que cuidarme y para cuidarme tengo que llevar un arma, eso es así aquí y en cualquier parte del mundo>*. En el acto violento se expresa la resolución sin la que resulta incomprensible el mundo pandillero, ese estar decidido ante el peligro sin importar su precio. La ley es implacable, *<no nos dejamos pegar de nadie ... yo cargo cuchillo para defenderme>*, dirá Sonrisa, pues la norma no admite titubeos: *<El que la debe la paga, eso sí olúcese>*<sup>3</sup>.

La agresión constituye también un rasgo distintivo de la pandilla en los países que venimos persiguiendo. La violencia es “aquello que les confiere ‘sentido’ y legitimación a sus actos y, en muchos casos, a su dinámica como pandilla”, se enuncia en El Salvador<sup>4</sup>. En su capital, en los barrios donde ellas abundan, se incrementan los episodios de heridos y muertos. En Honduras se interrogan por qué la violencia se convierte en el principal modo

<sup>2</sup> Parcerito, Neiva, p. 20; Andrés, Bogotá, p. 4; Gertrudis, Neiva, p. 17; Parcerito, Neiva, p. 7.

<sup>3</sup> Caballo, Neiva, p. 9; Parcerito, Neiva, p. 2; Caballo, Neiva, p. 10.

<sup>4</sup> Santacruz y Cruz (2001, p. 62).

de relación social de la pandilla: “es el distintivo principal de las maras”<sup>5</sup>. Afirmaciones del mismo corte se hacen en Guatemala y Nicaragua.

En Ciudad de México se alimentan igual de prácticas violentas, las 30 pandillas censadas poseen tanto armas blancas como de fuego<sup>6</sup>. Las historias de enfrentamientos invaden los testimonios de las chavos pandilleros, ocasionados por las mismas causas baladíes: “le puse su madriza”, se escucha decir a cada instancia en conexión con cualquier motivo como una muchacha, una vieja rencilla o un mal encuentro. Claro, los niveles de violencia varían de manera considerable de un país a otro -nos ocuparemos del punto en la quinta Parte sobre actores-. México el que menos en comparación a Centroamérica y Colombia, aunque más con respecto al resto del planeta: ocupa el 9º lugar entre los 74 países reportados por el último *Informe Mundial de la Violencia*, mientras Colombia y El Salvador tienen las dos primeras casillas<sup>7</sup>. Las pandillas mexicanas lo confirman. La violencia hace parte de su naturaleza, mas sus niveles de homicidio son menos cruentos que en otros lados.

## 2. Violencias y armas

El ejercicio violento es lo propio de la pandilla. Otra vez, a la agresión pandillera le caben sin embargo varias precisiones. Como se mostró para el robo, su violencia es también local y doméstica. La pandilla no se compromete con ningún proyecto distinto a la realización de sus apetencias, no participa en búsquedas colectivas ni participa en los ejércitos de los actores del conflicto armado –salvo contadas excepciones-<sup>8</sup>. La dinámica del tiempo paralelo riñe con la lógica militante que entraña cualquiera de estas causas. La violencia pandillera es instrumental e inmediata, se la ejerce para dotar de poder al grupo y entonces *<hacer lo que se le pegue la regalada gana >*.

---

<sup>5</sup> Castro (2001, p. 256 y 313).

<sup>6</sup> *El crimen en México*. Base de datos. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

<sup>7</sup> Cálculos nuestros a partir de Krug y colaboradores (2003). México tuvo una tasa de 15.9, El Salvador de 55.6 y Colombia de 61.6.

<sup>8</sup> Cuando ingresan a la guerrilla o al paramilitarismo lo hacen a título individual, no como la decisión de un grupo que pretende mantener su identidad colectiva. Abordaremos el punto con detalle en la Quinta Parte.

Dentro de este contexto general la experiencia violenta varía de ciudad a ciudad, de pandilla a pandilla, a veces de manera considerable. Las historias cambian, unas llegan hasta la piedra y el cuchillo mientras otras alcanzan verdaderos ribetes sangrientos. Sus diferencias se asocian al momento y lugar de aparición de la pandilla, el nivel de criminalidad, los aliados y adversarios, el tiempo de antigüedad. En todo caso al *<parce>* lo signa una violencia cuyo trazo sigue una curva de ascenso con un vértice de diversos picos de intensidad. Como cuenta Aníbal *<pasamos de las piedras y los palos al revolver, nos hacían tiros y nos atacaban a machete ... Mi mente fue machucando>*.

El grado cero es el enfrentamiento a puño limpio, el nivel mínimo de desempeño, en algunos casos prueba de ingreso, pero en todos condición indispensable de pertenencia. No hay excusa, si alguien osa tocar a uno del grupo todos deben *<frentear>*. El *<parce>* se hace en el arrojo para la pelea, quien descolla en el grupo y ante las otras pandillas lo hace buscando *<camorra>* a diestra y siniestra: *<Compraba peleas, me metía y le daba al que fuera>*, dice uno en Neiva; *<compraba las peleas gratis>*, afirma otro en Barranquilla. Los enfrentamientos devoran la energía colectiva, *<cualquier día a toda hora había peleas, cuando uno se daba cuenta venía corriendo ese poco de muchachos a enfrentarse>*. Una vez que el grupo en su conjunto interviene en una confrontación aparecen como mínimo las armas blancas, a veces contundentes como palos y piedras, a veces cortopunzantes como cuchillos, chuzos y otra variedad de artefactos afilados.

El cuchillo aparece con celeridad, es el arma distintiva del *<parcero>*. En Neiva lo utiliza la totalidad de sus pandillas y en Bogotá el 71% (Cuadro No. 5). Hasta las mujeres lo usan, *<en el colegio es a mano limpia, pero cuando una tiene una enemiga cada una lleva su cuchillo porque a veces hay enemigas bandidas>*. Una y otra anécdota desembocan en lances resueltos a punta de *<patecabra>*, la navaja predilecta adornada con una variada gama de tamaños, estilos y colores: *<Le estaba pegando y le dije que no más, me mandó un empujón y entonces saqué la patecabra y le pegué una puñalada>*, se cuenta en un lado; *<me dijo "me la furré y qué va a hacer", me le eché*

*encima y le pegué tres puñaladas en la pierna* >, se narra en otro. Relatos de parecido tenor pululan en el relato pandillero pues como *<el delincuente carga cuchillo a uno también le toca cargar su navaja; de lo contrario uno carga las consecuencias* >. El arma blanca acompaña al grupo. Es socorrido instrumento de paralización del adversario en los atracos, *< cogíamos a la gente y le quitábamos lo que llevaba, al que no llevaba nada se le chuzaba una pierna pa' que se acostumbre a cargar algo* >.

Las armas de fuego, por su parte, por lo general aparecen más tarde dependiendo de la trayectoria de la pandilla, de la experiencia individual del parcero y del nivel de violencia de la ciudad. En la medida en que comienzan a mediar el conflicto cada pandilla se obliga a obtener las suyas si pretende seguir activa en el *<ruedo>*. No hay alternativa, lo ponen de presente los Escorpiones de Barranquilla, quienes terminaron cobrando venganza de viejos conflictos aprovechando el nuevo uso de pistolas: *< Los muchachos con quienes peleaban a piedra y machete cuando comenzó la banda, los mataban después cuando tuvieron armas* >.

Cuadro No. 5  
ARMAS DE LAS PANDILLAS\*

| Tipo            | Arma                             | Neiva <sup>**</sup> |     | Bogotá |    |
|-----------------|----------------------------------|---------------------|-----|--------|----|
|                 |                                  | No. P               | %   | No. P  | %  |
| Blanca          | Cuchillo-navaja-machete          | 19                  | 100 | 32     | 71 |
|                 | Contudente: cadenas-bates-chacos | 0                   | 0   | 5      | 11 |
| Fuego           | Hechizos: changón-revólveres     | 10                  | 53  | 19     | 42 |
|                 | Revólver-pistola                 | 11                  | 58  | 25     | 56 |
|                 | Metralleta                       | 3                   | 16  | 7      | 16 |
|                 | Fusil-escopeta                   | 1                   | 5   | 1      | 2  |
| Explosivos      | Granadas                         | 1                   | 5   | 2      | 4  |
|                 | Explosivos                       | 0                   | 0   | 1      | 2  |
| Total pandillas |                                  | 19                  | NA  | 45     | NA |

Fuente: Datos etnográficos

\* No se incluyó Barranquilla por falta de consistencia de los datos

\*\* No hay información de una pandilla

NA: No aplica

<sup>9</sup> Eleonora, Neiva, p. 6; Jorge, Neiva, p. 2; Mundano, Neiva, p. 7; Andrés, Bogotá, p. 3; Mundano, Neiva, p. 32; Mechete, Barranquilla, p. 14.

Las armas de fuego llegan tras un proceso, incluso entre agrupaciones de reconocida trayectoria: *<A los dos años de haber ingresado me dieron un arma>*. No obstante, una vez se ingresa en el universo del revólver su porte se vuelve ingrediente obligado de sobrevivencia. Aparece en los robos, *<me tuvieron por cómplice de homicidio, he estado presente en varios; nos metemos a un supermercado y si el cucho hace algo pues tenga, su tiro>*. Los acompaña en toda situación. En una verbena en la Costa *<el capo saca su arma y los que tienen escopeta también. Si en ese momento pasan las culebras, o ellos le caminan a uno o uno a ellos>*. Las armas de fuego cruzan la pandilla, *<tenía dos revólveres y le tendió uno al hermano para que matara al que le metió la puñalada>*<sup>10</sup>.

Sin embargo no más que unos *<parches>* llegan a ellas, su adquisición supone un gasto que no todos están en condiciones de sufragar: *<El parche nunca ha tenido revólver. Hemos soñado con tenerlo y lo hemos intentado comprar entre todos pero nadie colabora>*<sup>11</sup>. La actividad corriente de la pandilla, el atraco callejero, no siempre estira el ahorro como para permitir la compra de pistolas: *<Pa'comprar un arma hay que tener plata, vale como 300 o 400 y nunca la he juntao, he tenido hasta 150 pero me la gasto>*. En otros casos, los menos sin duda, existe plena conciencia de los riesgos que entraña el acto de portarlas: *<Tenemos cuchillos mataganado y machetes, así no tenga problemas tengo mi macheta bien afilada. En cambio pistolas no me gusta cargar, eso es pa'embalarse y meterse en problemas>*. Se adquieren pistolas y revólveres, hechizos como el changón o los revólveres improvisados, metralletas, fusiles y escopetas. Las más frecuentes son las dos primeras, las pistolas y los changones. Por lo general el empleo de armas de mayor calibre acompaña la carrera descrita para el robo, quienes emprenden asaltos de mayor envergadura perciben altos ingresos y, por fuerza, derivan en su adquisición. *<Hay parches de respeto, todos andan con revólver, tienen plata y carros bonitos>*, se afirma en Neiva. Con todo, las pistolas no llegan sólo con la profesionalización, lo hacen

---

<sup>10</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 5 y 2; Parcerito, Neiva, p. 5; Mechete, Barranquilla, p. 7.

<sup>11</sup> En Honduras se habla de los mismos ahorros para comprar armas de fuego. Castro (2001, p. 290).

también con la meteórica carrera en el enfrentamiento violento: *<Esos chinos son muy ajisosos, no cargan cuchillos sino hasta el más pequeñito carga una 32 de 5 tiros>*<sup>12</sup>.

En las circunstancias en que resulta imposible la compra se acude a la fabricación de *<hechizos>*, armas de fabricación casera habilitadas para disparar vidrios, puntillas o esquirlas metálicas en una verdadera bocanada mortal, siempre y cuando sean construidas con las especificaciones técnicas del caso: *<Un hechizo es fácil de hacer con un tubo al que se le monta un resorte. Puede hacerse con fósforos, se taca la pólvora y al bajar la varilla con presión el fósforo estalla. O se le echa vidrio, puntillas o lo que quiera>*. Existen lugares especializados en el manejo de *<hechizos>*, sitios a donde acuden los pandillos a comprarlos: *<Mandan a hacer los revólveres, los hace un señor de una calle de allá arriba>*. Sucede asimismo que se alquilan durante algunas horas al cabo de las cuales, después de recogido un dinero *<fierro>* en mano, se paga al dueño un porcentaje<sup>13</sup>. En cualquier caso el arma perfila la presencia del pandillero, le dota del respeto y el miedo que tanto ansía. De allí que se experimente por ella una verdadera idolatría, como lo declara alguno con entero desparpajo: *<Uno no puede estarse quieto con un yerro, a toda hora tiene que estar sacándolo, haciéndolo estallar, limpiándolo, es como un niño que hay que tener bien cuidadito>*<sup>14</sup>.

### 3. La ciudad

La pandilla es territorio y en consecuencia su violencia es local. Algunas acaso si llegan al arma de fuego, otras en cambio se dotan de un peligroso arsenal. En cualquier caso, la violencia pandillera no es inocente y muchos menos insignificante, la confrontación agresiva que por fuerza mantiene el pandillero dinamita la convivencia. La intensidad de su trasgresión violenta depende no obstante de la naturaleza del conflicto del país y la ciudad donde habita. Colombia es el gran ejemplo. Como no acontece en México, Centroamérica

<sup>12</sup> Oso, Neiva, p. 30 y 36; Mundano, Neiva, p. 62 y 63; Parcerito, Neiva, p. 13.

<sup>13</sup> La primera y la tercera frases son de Caballo, Neiva, p. 9; Oso, Neiva, p. 30.

<sup>14</sup> Parcerito, Neiva, p. 24.

y Estados Unidos, la violencia localizada del pandillero entra en pugilato con una panoplia de actores dispuestos a obtener el control local por cualquier medio –lo veremos–.

Aún dentro de Colombia el contexto urbano impone una intensidad en el comportamiento de sus actores violentos. Medellín de nuevo nos ilustra al respecto. Convulsionada por un conflicto cuya intensidad llegó a desbordada tasa de 181 homicidios por cien mil habitantes entre 1995 y 2002, los jóvenes protagonizaron una guerra cuya intensidad no tiene nombre. No siempre se reconoce la violencia juvenil con la importancia que amerita. Lo sucedido en Medellín quedó asociado a la presencia disolvente del narcotráfico y sus carteles, la imagen de Pablo Escobar, sus lugartenientes y la empresa de horror que agenciaron aparecen como el resorte de la pesadilla que sacudió la ciudad<sup>15</sup>. Así es, los niveles de violencia alcanzados jamás hubieran sido posibles sin el desbordamiento provocado por el volumen de dinero puesto en circulación por el narcotráfico. Sin embargo el conflicto en los barrios populares no se hubiera expandido sin la caja de resonancia construida por los grupos de jóvenes trenzados en devastadora sangría. Los datos son elocuentes. Como no sucede en ninguna otra ciudad uno de cada dos muertos es un joven entre 15 y 25 años<sup>16</sup>, atrapados en una lucha que se devoró casi una generación de muchachos populares. Una vez metidos la sangre impone sus razones, nada contiene el asesinato desbocado en los imperativos del dolor y la venganza.

Medellín ha mostrado, y por desfortuna lo sigue haciendo, la destrucción a la que puede llegar la violencia de los jóvenes una vez engarzada en un disparador como lo fue el narcotráfico. Cuando ello sucede, el rictus que marca el rostro del pandillero deja de ser un gesto de desprecio para mutarse en un certero anuncio de la muerte. En las ciudades de nuestro interés no se vive una situación ni de cerca parecida, la crudeza de Medellín por

---

<sup>15</sup> Lo cual no significa que Medellín no sea la ciudad donde se han producido los mejores trabajos sobre jóvenes y violencia. Al respecto ver Salazar (1990), Salazar y Jaramillo (1992), Bedoya y Jaramillo (1991), Jaramillo, Ceballos y Villa (1998).

<sup>16</sup> Entre 1994 y 2000 los jóvenes entre 15 y 24 años sumaron el 47% del total de muertos en Medellín, bastante por encima de las otras ciudades.

fortuna carece de precedentes. No obstante la situación no se semeja a ningún remanso de paz, los nudos del conflicto colombiano descienden sin distinguos sobre las ciudades y convierten las pandillas en uno más de sus eslabones.

No hay alternativa, el ejercicio violento del pandillo germina en un ambiente donde la muerte hace permanente presencia: *<A qué toca así, si uno no está unido con gente lleva del bulto, si está unido queda sano. La violencia es de todos, desde el más viejo hasta el más chiquito porque nadie se aguanta nada>*, dice un bogotano. En medio de las violencias la pandilla nace como la urgencia de juntarse con otros, de lo contrario *<lleva del bulto>*<sup>17</sup>. Es una opción del barrio popular, su conciencia fluye desde temprana edad, *<estábamos comenzando a salir del cascarón y ya no nos la dejamos montar de nadie, todo el que se alzara había que bajarlo>*<sup>18</sup>.

#### 4. Jóvenes y adultos

La violencia recorre la calle de la ciudad de la mano de las pandillas y sus guerras, de corriente se escucha la letanía por los que se han ido: *<Estaban el difunto Breiner, el difunto Javier, el difunto Carlos, el difunto Pulga, el difunto Ratón. Eramos diez y siete pero ya han muerto trece>*<sup>19</sup>. Con todo, desmintiendo el macabro estigma que les persigue, los jóvenes no son ni de lejos los únicos y ni siquiera los principales responsables de la violencia: su práctica sangrienta la comparte con los adultos, inscrita en el arco de una muerte que sacude la sociedad hasta sus cimientos. Lo muestran los datos, tanto de las lesiones no fatales como de los homicidios.

Primero las lesiones, producidas en su gran mayoría por armas blancas, en especial artefactos corto punzantes regados entre cuchillos, navajas, dagas y machetes. La capital opita es la más afectada al enfrentamiento con saldo de lesionados. Durante la segunda mitad

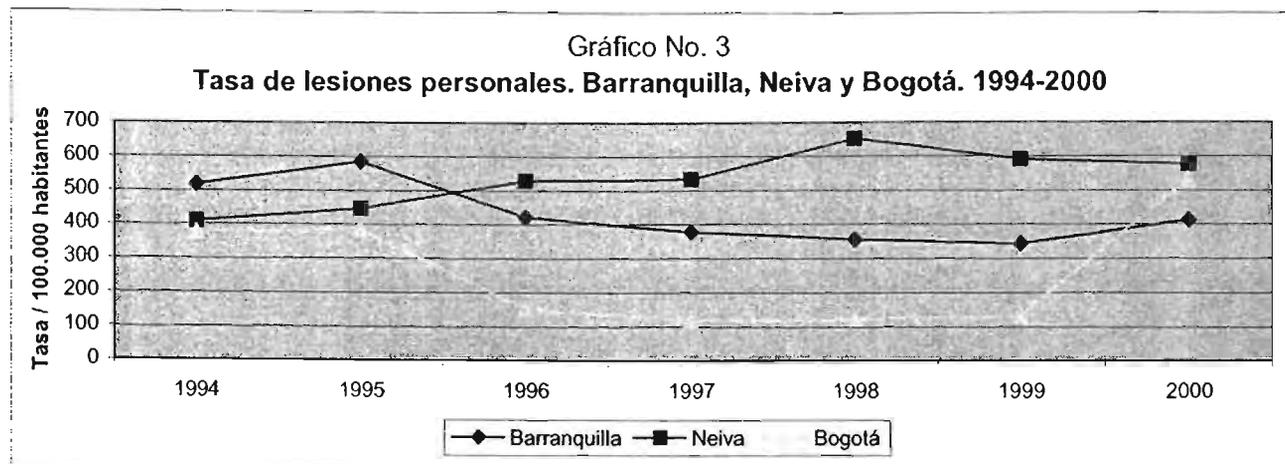
---

<sup>17</sup> El argumento de la protección es común en todas partes. Por ejemplo Santacruz y Cruz (2001, p. 44).

<sup>18</sup> Parcerito, Neiva, p. 2; Caballo, Neiva, p. 9; Omar, Bogotá, p. 32; Tico, Bogotá, p. 26; Mechete, Barranquilla, p. 11.

<sup>19</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 4.

de los años 90 su tasa fue la más elevada de las tres ciudades, alcanzando un promedio de 534 lesiones (Gráfico 3).



Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

Una vez se contemplan los datos por edad se comprueba lo afirmado. Con la intensidad propia de cada ciudad, los jóvenes participan en igual proporción que los adultos: en los tres casos hacen más o menos la tercera parte de las lesiones, apenas un poco por encima de los mayores entre 25 y 34 años (Gráficos No. 4, 5 y 6). Los hombres tienen la mayor participación aunque las mujeres hacen la cuarta parte de las lesiones de Bogotá, un poco menos de la tercera parte de las de Neiva y casi una de cada cuatro de las de Barranquilla. La aportación femenina es notable, muy por encima de su participación en el homicidio - como se verá a continuación-. Hay que remarcarlo, los jóvenes están igual que los adultos, un hecho que comienza a situar la verdadera proporción de la violencia juvenil en general y de las pandillas en particular, sus principales protagonistas<sup>20</sup>: la pelea con saldo de lisiados es un recurso empleado de manera indiscriminada, lo manipulan adultos y mujeres, y no sólo los muchachos hombres como lo quiere la funesta visión que pretende depositar en las nuevas generaciones el resorte de la violencia.

<sup>20</sup> La participación de los jóvenes en las lesiones se mantiene en la misma proporción en cuatro ciudades más, a saber, Medellín, Cali, Cartagena e Ibagué. Medellín y Cali son otras dos grandes ciudades colombianas; Cartagena e Ibagué son ciudades regionales cercanas a Barranquilla la primera y a Neiva la segunda.

Gráfico No. 4  
Participación por edad en las lesiones personales. Bogotá. 1995-2000

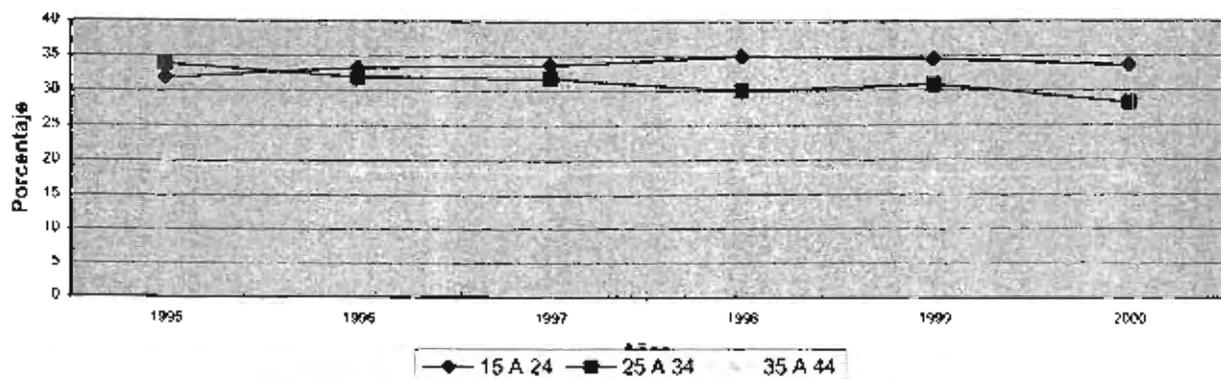


Gráfico No. 5  
Participación por edad en las lesiones personales. Barranquilla. 1995-2000

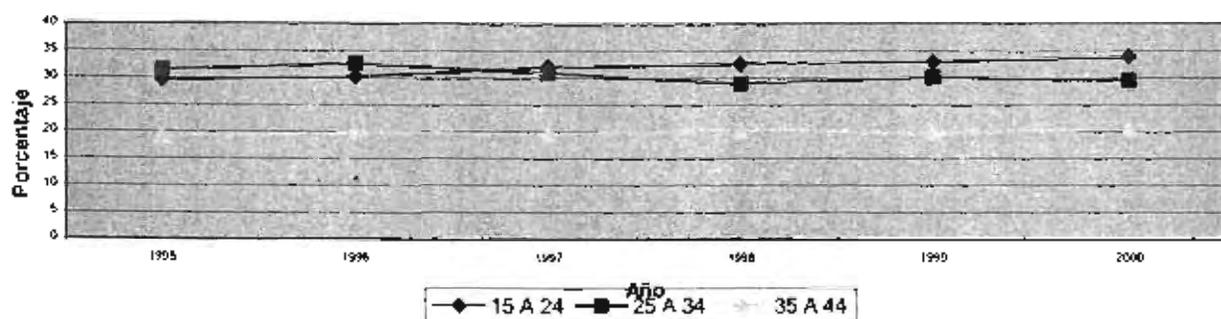
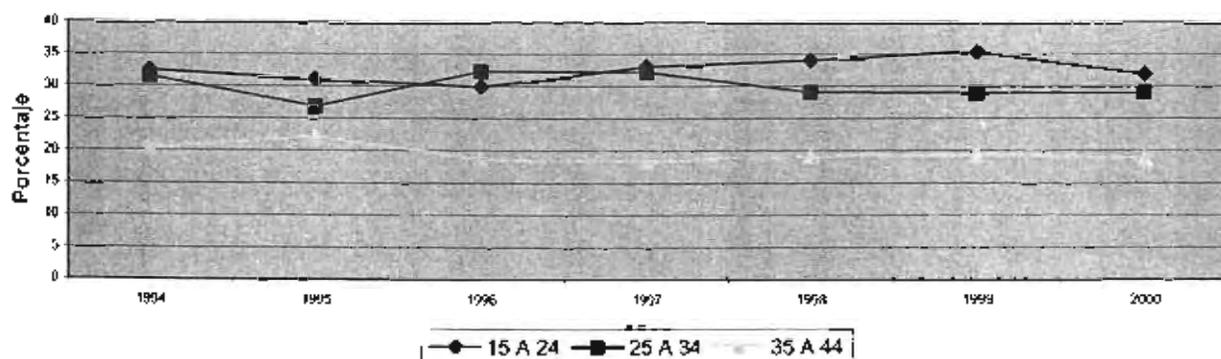


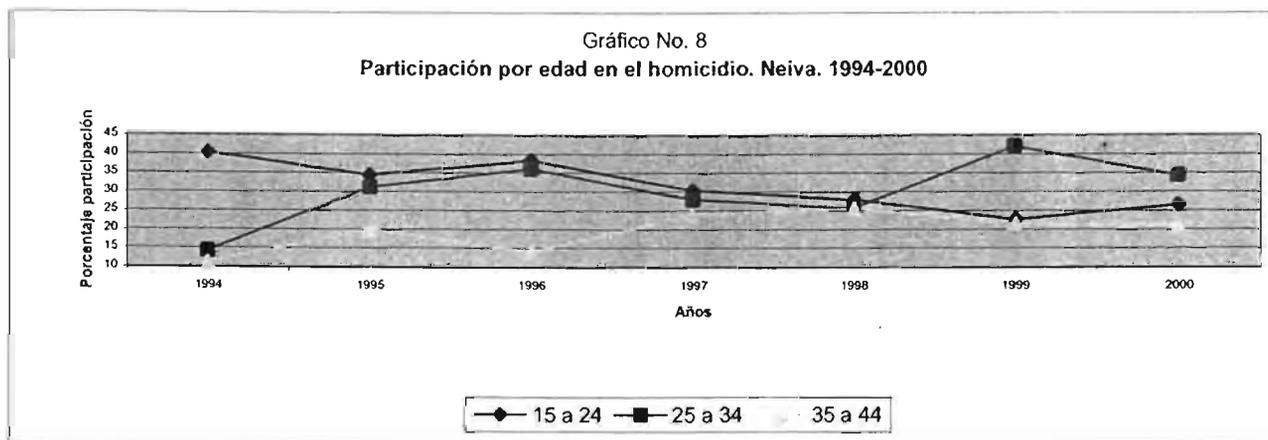
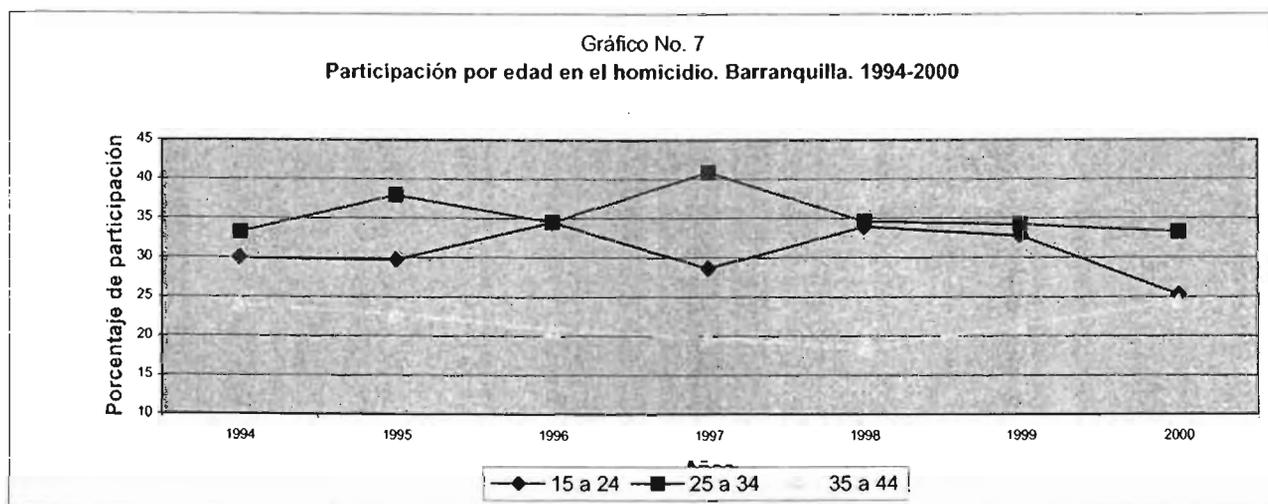
Gráfico No. 6  
Participación por edad en las lesiones personales. Neiva. 1994-2000



Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses

Las lesiones y los homicidios mantienen una relación inversa, mientras las primeras descienden los segundos aumentan. Tal es el comportamiento de Colombia y su capital

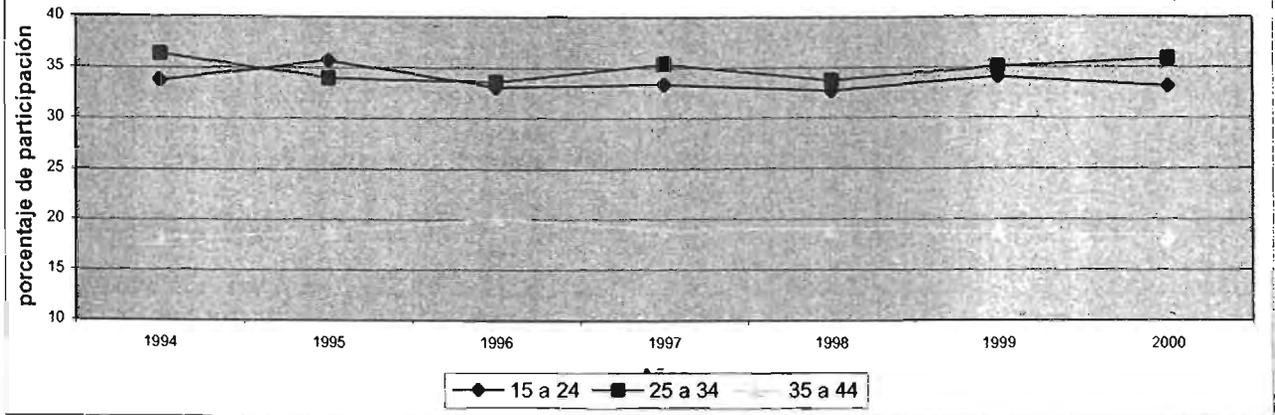
durante un cuarto de siglo, en el lapso comprendido entre los años de 1974 y 1999<sup>21</sup>: el conflicto deja de resolverse a puños para ser tramitado con armas letales. Nada hace el cambio de las lesiones a los homicidios, los jóvenes tienen la misma intensidad de los adultos: otra vez hacen la tercera parte, en Barranquilla y Bogotá un poco por debajo, en Neiva un poco por encima (Gráficos No. 7, 8 y 9). El estigma de los jóvenes violentos sufre duro revés, el desangre urbano lo comparten los jóvenes y sus adultos inmediatos: dos de cada tres personas asesinadas están en el corazón de la edad productiva, la que va entre los 15 y los 34 años<sup>22</sup>.



<sup>21</sup> A nivel nacional entre 1980 y 1991 las lesiones descienden un 43% mientras los homicidios aumentan un 132%; a nivel de la capital entre 1980 y 1994 las lesiones disminuyen un 45% al tanto que sus homicidios se incrementan un 208%.

<sup>22</sup> Los asesinatos se perpetran en su mayoría contra hombres, Neiva tiene el más bajo porcentaje de muertes masculinas que sin embargo ya es del 89%.

Gráfico No. 9  
Participación por edad en el homicidio. Bogotá. 1994-2000



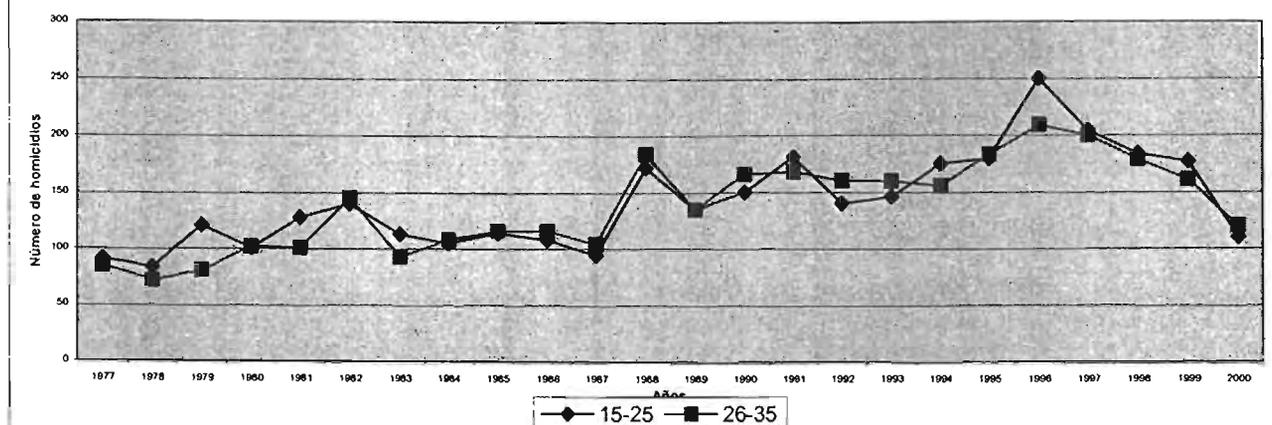
Fuente: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses

Sin la menor duda, a nivel nacional la participación de los jóvenes en el homicidio asciende de manera vertiginosa. En 1975, del total de personas que mueren entre los 15 y los 19 años, sólo el 10% muere asesinado; en 1994 el porcentaje de asesinados sube al 45%. Entre los 20 y los 24 años sucede otro tanto, en 1975 proviene del homicidio el 17%, en 1994 se trepa al 52%<sup>23</sup>. Muchos jóvenes pierden su vida asesinados. Pero ni aún así el estigma se sostiene. Validos de una serie temporal armada mediante los libros del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Barranquilla, se observa cómo los jóvenes ganan protagonismo en la administración de la muerte pero en una proporción simétrica con los adultos<sup>24</sup>. Entre el año de 1977 y el 2000 los jóvenes y los adultos siguen una curva paralela, ciertos momentos están arriba unos y al siguiente otros, con el resultado que los jóvenes aportan el 37% del total de homicidios de aquellos años al tanto que los adultos ponen el 35% (Gráfico No. 10).

<sup>23</sup> Franco (1999).

<sup>24</sup> Debemos esta información al cuidadoso trabajo de Blas Zubiría y Asleth Ortega de la Fundación Foro por Colombia. Regional Caribe.

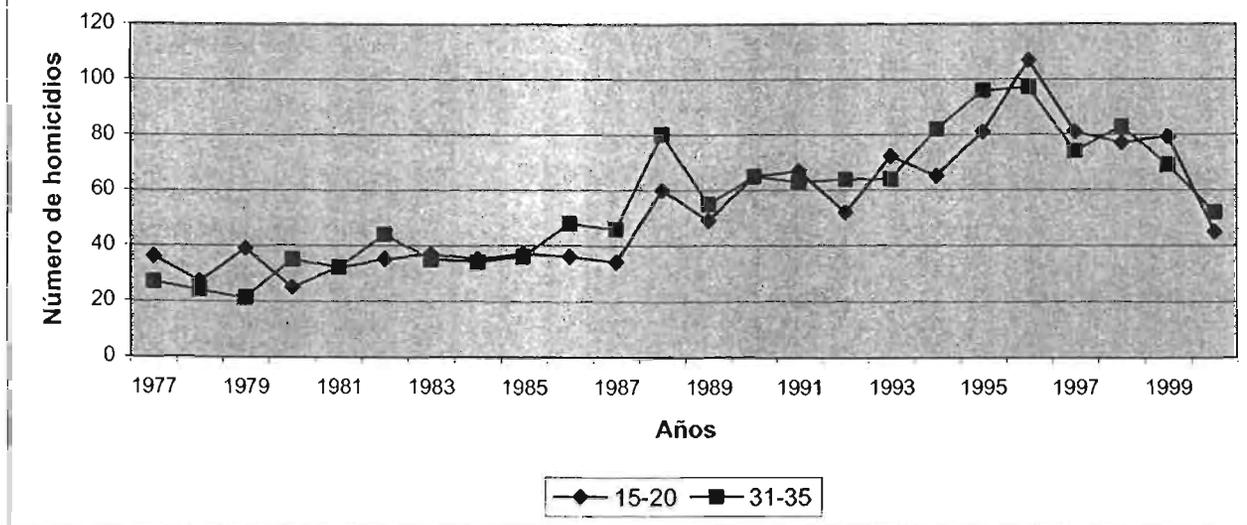
Gráfico No. 10  
Homicidios entre 15-25 y 26-34 años. Barranquilla. 1977-2000



Fuente: Medicina Legal y Ciencias Forenses. Elaboración: Blas Zubiría y Asleth Ortega.

Desagregando los datos aparecen nuevos acontecimientos que ratifican la afirmación. La edad de mayor violencia es la comprendida entre los 21 y los 25 años, con un aporte promedio del 23%, seguida de cerca por los adultos entre 26 y 30, quienes suman el 21%. La década de los 20 es la edad de la actuación violenta, ponen casi el 45% del total de muertos de la ciudad costeña a lo largo de 24 años. Entretanto los homicidios de los 15 a los 19 son menores en cantidad, aportan el 14%, pero experimentan en el tiempo un incremento en su participación. Con todo, un cuadro idéntico se verifica entre los mayores. La participación entre los 26 y los 30 disminuye frente al aumento de los 31 a los 35. En los dos casos se verifica una misma tendencia, la violencia de los años 20 tiende a ser igualada y compartida desde sus dos extremos: los más jóvenes de 15 a 20 y los más adultos de 30 a 35 se encuentran, sus curvas de participación son casi idénticas (Gráfico No. 11).

Gráfico No. 11  
**Homicidios entre 15-20 años y 31-35 años**  
**Barranquilla. 1977-2000**



Fuente: Medicina Legal y Ciencias Forenses. Elaboración: Blas Zubiñá y Asleth Ortega.

Se desmorona el mito de la violencia juvenil, en Colombia como en México. Ciertamente en el país azteca los datos muestran lo mismo. En los años de 1980, 1990 y 2000 los jóvenes de 15 a 24 años tienen en el homicidio su principal y primera causa de muerte; no son los únicos sin embargo, es también la causa número uno entre los adultos jóvenes y la segunda entre los adultos<sup>25</sup>. Hay más, la comparación de las tasas de homicidio entre los años de 1980 y 2000 dice que los jóvenes tienen un promedio de 22, al tanto que los adultos jóvenes de 33 y los adultos de 31. Si tal resulta desde la óptica de las víctimas, un cuadro similar se dibuja desde la orilla opuesta, la de los victimarios. En este caso las estadísticas del Ministerio Público entre los años de 1985 y 2000 registran que los jóvenes puntúan una tasa de 15, los adultos jóvenes una de 17 y los adultos una de 12. Los delitos contra la vida mexicanos no sostienen el pretendido protagonismo de los jóvenes en el ejercicio cruento. No lo tienen en el homicidio como tampoco en las lesiones personales, donde podría esperarse una participación juvenil por encima de los adultos. No es así, los

<sup>25</sup> Se empleó una categorización de la edad en tres niveles: joven de 15 a 24; adulto joven de 25 a 34; adulto de 35 a 44. Perea (2004 y 2005).

grandes matan y propinan golpizas con la misma intensidad de los chavos, en varias oportunidades incluso con intensidad mayor.

El punto es claro, ni en México ni en Colombia los jóvenes son los principales ejecutores del asesinato y la pelea, así como lo hace creer el estigma que les colgó la era de la inseguridad<sup>26</sup>. Ni siquiera lo son en Centroamérica, pese a la amarga campaña en su contra: en Guatemala se les adjudica el 20% de los homicidios, en El Salvador el 40% de los hechos violentos y en Honduras casi todas las muertes de muchachos menores de 23 años<sup>27</sup>. ¿Quién ejecuta el resto de homicidios, el 80% en Guatemala, el 60% en Salvador y las muertes de mayores en Honduras? Es verdad, los jóvenes están ahí; la poderosa voz que viene incrustada en incontables historias de sangre encarna de manera notable en las pandillas: *«Saqué el revólver y le di un tiro en la pierna. Se me olvidó ese cuento y el pelado aguantó hasta el día en que me esperó y me metió dos puñaladas. Pensaba matarme pero logré escapar»*<sup>28</sup>.

Entonces, ¿resulta justificada la imagen de violencia y crimen endosada al pandillero? Sin duda viven *«con el diablo adentro»*, se nutren de prácticas delictivas y son capaces de sevicias sin cuento. No obstante hasta en Colombia, la nación de la ilegalidad y la violencia, y en Centroamérica, la cuna de la mara, la pandilla nace y se alimenta de las violencias de otros tantos actores. El señalamiento que hace del pandillero el emblema de la inseguridad es entonces eso, un estigma encaminado a apaciguar el miedo apoderado de la conciencia ciudadana en la ciudad. La concurrencia de actores diversos perfila más bien la sociedad del crimen, una donde la ilegalidad y el pánico a la inseguridad se instituyen en corazón de la representación colectiva.

---

<sup>26</sup> Sí sucede en los Estados Unidos: entre 1995 y 2003 los jóvenes víctimas tuvieron una tasa de 13 (los adultos jóvenes de 9 y los adultos de 6); y como victimarios tuvieron una tasa de 16 (los adultos jóvenes de 7 y los adultos de 4). Una buena muestra de cómo en Latinoamérica se adoptan los esquemas de mirar la realidad venidos del mundo industrializado. Fuente *El crimen en México*. Universidad Autónoma de la Universidad de la Ciudad de México.

<sup>27</sup> ERIC y colaboradores (2004, p. 16).

<sup>28</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 3.

## CAPITULO 6

### ANTES HABIA UN REGIMEN

Tiempo paralelo y crimen

Cada uno de los catalizadores pone su grano de arena. El gesto provee una forma de habitar lo urbano, lo joven aporta la certeza de una vida independiente de la mirada adulta, el crimen pone al alcance de la mano un mundo al margen de lo instituido. Los tres tienen historia. En consecuencia queda la pregunta: ¿En dónde reside la condición que establece la diferencia entre las pandillas de hoy y sus predecesoras?

#### 1. Honor en la pelea

Lo enunciamos desde un comienzo, lo propio de la pandilla contemporánea es el tiempo paralelo. Ninguna experiencia anterior a los años 80 pasa por algo parecido. Se trata de una diferencia de época, el afuera de la pandilla actual es factible en un arreglo colectivo donde predomina la abstracción de lo social. El crimen es el catalizador determinante, el mundo alterno que supone recoge y extrema el gesto pandillero al tiempo que lleva la autonomía hasta la fractura.

La criminalidad acompaña desde siempre la historia de la humanidad. Vuelve y cumple su rol de compañera durante la modernidad, las economías ilegales desempeñan una función de inestimable valor en la configuración de los estados nacionales<sup>1</sup>. En tiempos recientes sucede otro tanto. El narcotráfico, la más poderosa empresa ilegal de nuestros días, desempeña un papel estratégico en el destino de la globalización neoliberal: nacen al mismo tiempo, la suerte del uno resulta incomprendible sin el concurso de la otra<sup>2</sup>. A nivel económico es evidente. El negocio de la droga produce ingentes volúmenes de

---

<sup>1</sup> El contrabando y la piratería plagan la historia del período de la colonia en los dominios españoles.

<sup>2</sup> Colombia es más que indicativa, el impacto de la droga se deja sentir a mediados de los años 80. Thouni (1994). El papel de la economía ilegal a nivel mundial en Castells (1999).

capital que alimentan la especulación financiera, nutren la titubeante economía del imperio norteamericano y estimulan un abigarrado elenco de iniciativas empresariales, entre otras el jugoso mercado ilegal de armas y pertrechos militares.

No es su única misión. El narcotráfico desempeña oficios tanto en la erosión de la institucionalidad del estado nacional, como en la difusión de una racionalidad del valor dinero desligada de la producción<sup>3</sup>. La una se refuerza en la otra. Los métodos usuales del narcotráfico -la corrupción, la amenaza y el asesinato-, con gradaciones de país a país, postran el estado de derecho y socavan la legitimidad de la que pudiera gozar el aparato instituido. Entretanto la devastación se completa con la difusión de la lógica de un dinero que se consigue, por cientos, nada más que al precio de la resolución ante la muerte. En la tarea de quebrar la tradición y producir el individuo desvinculado, de romper las sujeciones y liberar la mano de obra -un doble proceso sin el que el sueño del mercado autorregulado no se realiza-, el narcotráfico ha cumplido con esmero el trabajo sucio que le correspondía.

No es todo, el impacto del crimen sobre el barrio popular termina de operar sobre dos hechos esenciales. De un lado llega hasta sus calles e ingresa en los modos de organización de la convivencia; del otro arrastra sus ganancias sobre el imaginario del deseo y su traducción en consumo sostenido de droga. Mediante esta doble vía el crimen transforma el gesto pandillero: el robo se vuelve permanente, la violencia se recrudece, el consumo se convierte en adicción y las precarias simbólicas desaparecen.

Las diferencias con la pandilla anterior son notables, tanto en México como en Colombia. En efecto, los pachucos mexicanos se enfrascaban en violencias y actos criminales como parte de la vivencia sobre el territorio, pero lo hacían dentro de unos límites que reconocían un puñado de acuerdos tácitos. La pelea tenía un código de honor celosamente respetado. Se enfrentaban uno a uno fuera a puño limpio o navaja en mano, nunca agarrando a uno solo entre varios a mansalva -como es lo típico en la pandilla actual-. Los

---

<sup>3</sup> Dos temas que atraviesan la literatura colombiana sobre el tema. Entre otros Arrieta y colaboradores (1990) y Vargas (1995).

golpes se producían por cualquier cosa, como sucede ahora, pero “el pachuco era de honor hasta para pelear”. Con el robo sucede lo mismo, no faltaban los asaltos pero su práctica no constituyó un hábito diario. “Que dijéramos que teníamos una ganga para hacer nuestras cosas o atrocidades o saltos y robos no”, asevera el mismo narrador<sup>4</sup>. Evidencias parecidas se perciben en grupos posteriores. Los Chicos Malos de Peralvillo, de triste recordación por su agresividad, se batían en tenaces peleas armados de piedras, cadenas y tubos. La contienda llegó al empleo de mortales instrumentos para chuzar o golpear, pero se libraban entre dos adversarios mientras el resto observaba sin la menor intervención<sup>5</sup>. Los Rebeldes de Tijuana guardaban el cuidado de reglas similares, la violencia se acotaba dentro de normas preservadas por el acuerdo entre contrincantes y la ausencia de armas de fuego<sup>6</sup>.

Los chavos banda de los 80 se paran en la frontera que marca el tránsito de las formas anteriores a las actuales. Frontera difusa sin duda. La norma de respeto entre pandillas enemigas ha desaparecido, quien tiene la desgracia de caer en las garras del enemigo se gana una despiadada paliza colectiva. Los robos con saqueo de almacenes y atraco de personas se vuelven anécdota corriente, al tiempo que empiezan a aparecer las armas de fuego. Sin embargo en otros momentos vuelven y aparecen las viejas armas filosas y contundentes, el robo pierde su perfil y casi no aparecen muertos. Todo indica que se trata de un momento de transición, los testimonios se colocan unas veces del lado de las formas antiguas, otras de las recientes<sup>7</sup>.

La trayectoria se produce no sólo al interior de las pandillas, se genera igual respecto a otras expresiones juveniles. Es el caso de los cholos, un vivo ejemplo de la tensión entre la condición pandillera y las exploraciones culturales. Ciertamente, de una parte se movilizan en torno a la afirmación expresiva, organizan eventos culturales y dedican parte de su energía a la edición de periódicos; de la otra se ocupan de diversas actividades delictivas, se enfrentan en atroces episodios violentos con sus adversarios, practican el robo y en

---

<sup>4</sup> Valenzuela (1988, p. 227).

<sup>5</sup> Villafuerte y colaboradores (1985).

<sup>6</sup> El testimonio de un Rebelde también en Valenzuela (1988, p. 231).

<sup>7</sup> El texto de García-Robles (1987) es indicativo. En algunos testimonios ya aparecen los relatos actuales, engarzados en la pelea y la trasgresión, como el de Boinas y Rodolfo.

consecuencia son objeto de la persecución policial<sup>8</sup>. Asimismo la historia de los Punk de “Nezayork” ilustra la tensión, en este caso con una trayectoria que se desplaza sucesivamente entre la territorialidad y la contestación cultural<sup>9</sup>. En un comienzo se les ve embebidos en el barrio, sometidos a las reglas que supone la custodia territorial. Tiempo después les hipnotiza el contacto con otras construcciones discursivas circulantes en el Chopo, el gran mercado juvenil del Distrito Federal; de allí extraen una mirada crítica y sus multiformes búsquedas expresivas, convirtiéndolos en un grupo contra cultural de ascendencia en la ciudad. Por desfortuna sobreviene la crisis, el grupo pierde su fuerza y se fragmenta; la calle de la barriada con sus códigos trasgresores vuelve y se impone.

Durante los años 90 y hasta hoy la pandilla mexicana es otra, al menos en el contexto del Distrito Federal. Un atento seguidor de los jóvenes de las colonias populares lo señala. Los chavos banda de los 80, poseídos del “desmadre” pero conectados a los flujos de las mediaciones colectivas, van desapareciendo para ser sustituidos por las pandillas, grupos de muchachos dedicados al pillaje y la violencia<sup>10</sup>. La mutación se produce en la dirección señalada, se esfuman los códigos de honor que reglaban la disputa violenta sustituidos por la presencia de letales armas de fuego; el robo deja de ser un aditamento, una condición eventual a la que algunos podían dedicarse, tomándose en rasgo distintivo de la agrupación<sup>11</sup>. La pandilla contemporánea mexicana se caracteriza por el endurecimiento de la criminalidad: la violencia se dispara y el robo se vuelve cotidiano.

## 2. Del rito al anonimato

El mismo periplo acompaña el caso colombiano. La criminalidad se intensifica y, junto al endurecimiento, se modifica la estructura misma de la pandilla. Desde los años 70 y hasta mediados de los años 80 existen grupos cerrados identificados con ritos y jerarquías reconocidas. Poseían claros niveles de estructuración, construidos en torno a procedimientos de ingreso y permanencia cifrados en símbolos emblemáticos. Dominaban

---

<sup>8</sup> Caso ilustrativo es el de Guadalajara analizado con profundidad desde la semiótica por Rosana Reguillo (1991).

<sup>9</sup> El caso de los Punk en Urteaga (1998) y Feixa (1998).

<sup>10</sup> Castillo (1999, p. 123).

<sup>11</sup> *Movilización colectiva, crimen y poder*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

amplias zonas, los nombres de pandillas legendarias como Cobras, Vikingos y Escorpiones lo recuerdan. El ingreso estaba condicionado a un rito donde el aspirante mostraba su capacidad de pelea, comenzando por el miembro de más bajo rango hasta ascender en la escala al puesto que le correspondía. *<Antes existían verdaderas pandillas. El que iba a entrar le tocaba pelear con todos comenzando con los de atrás. Si les cascaba entraba >*, comenta un protagonista de aquellos viejos tiempos<sup>12</sup>.

La autoridad del jefe y sus inmediatos seguidores no tenía discusión. El *<parde>*, el lugar de reunión, se emplazaba con los signos identificatorios. Todavía quedan las huellas del dibujo de un vikingo en el centro del parque del barrio Guacamayas y los colores azules en los postes de la malla. Asimismo el tatuaje de la divisa de la pandilla, fuera una serpiente, un guerrero o un escorpión, se acompañaba del número correspondiente a la posición en la jerarquía de poder. Los *<parceros>* observaban con cuidado la estructura de mando, pero también los vecinos, quienes reconocían los símbolos y sus significados. En palabras de alguno, *<número uno es el líder. El día que maten al uno el dos asciende por ser el más fuerte. Si se está en el veinte y se quiere ser el uno hay que mostrarles a todos >*<sup>13</sup>.

En Barranquilla se mencionan casos similares. La temida pandilla de los Alacranes tenía una vestimenta característica adornada con un tatuaje sobre el brazo derecho: *<Todos tenían tatuado alacranes, también usaban un corte bajito con una cola atrás >*. Vestirse de una manera y llevar el signo distintivo sobre la piel eran seña característica de la pandilla: *<Al que no se vistiera así y no se tatuara no pertenecía, iba pa'fuera >*. La autoridad del jefe, como en Bogotá, pasaba por la mediación sangrienta: *<Cuando había problemas entre dos venía el jefe, traía dos cuchillos iguales y a tirarse puñaladas >*. La jefatura sin disputa llevó al extremo de liquidar muchachos que comenzaron a ganar coraje y, por tanto, a retar la posición de los antiguos líderes: *<Se puso a decir que quería mundo porque afuera se volvió terrible, mutaba al que sea. Hasta que los jefes vieron que se estaba alzando mucho, les podía quitar el puesto y lo mataron >*<sup>14</sup>. Sobre tal manojito de símbolos en movimiento el parcerero poseía un claro sentimiento de inclusión y pertenencia.

<sup>12</sup> Francisco Yepes, Barranquilla, p. 15; Hernando, Bogotá, p. 15.

<sup>13</sup> Armando, Bogotá, p. 18; Robin, Bogotá, p. 20.

<sup>14</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 8.

Tal atado de características desapareció. Se terminaron los ritos de ingreso y paso, se redujeron los tamaños de los grupos y la extensión de los territorios controlados mientras hacía su ingreso un nuevo tipo de trasgresión. El volumen de las pandillas disminuyó. Antes eran grandes, así como se narra de México hasta mediados de los 80: *<Los Vikingos eran tantos que la policía nunca los pudo controlar. Se decía disque eran hasta cuatrocientos >*<sup>15</sup>. Con bastante probabilidad el número es exagerado, producto de la mitología vikinga entre las pandillas; más en todo caso se trataba de cantidades considerables de afiliados, en contraste con los grupos actuales conformados por 30 miembros en promedio<sup>16</sup>. Junto a la reducción numérica se aprieta asimismo el territorio susceptible de dominio. En tiempos anteriores solía extenderse hasta varios barrios aledaños al centro de operaciones; ahora, en general, no pasa de unas pocas cuadras, en multitud de casos apenas una o dos. El grupo y el territorio se comprimen, pero de contramano se incrementa el número de pandillas: hoy se cuentan por docenas, antes eran unas cuantas.

Si algo ha padecido notable transformación es el nivel de agresividad. *<Las pandillas de ahora son muy distintas a las de hace un tiempo. Antes eran pardecitos de barrio que si pasaban por esta esquina los abrían y ellos abrían a los que pasaran por su esquina >*. Se peleaba, de manera especial cuando se provocaban los enfrentamientos entre pandillas, muchos de los cuales podían terminar con un número considerable de heridos y hasta de muertos, como la todavía recordada batalla entre Vikingos y Cobras, famosa por su elevado saldo de lesionados. No era pues ninguna presencia sosegada. No obstante los tiempos actuales han visto recrudescida la violencia de la mano de la sustitución de las armas, antes dominadas por las blancas y ahora por las de fuego. *<En ese tiempo no había el voltaje de borita, si acaso cuchillo, eso era lo más grave >*, afirma uno. *<Antes buscábamos estar bien con el cuento de las pepas pero no desarrollábamos una conducta peligrosa. Las cosas han cambiado, ahora no se le puede decir nada a un chino de trece años porque saca su fierro y hasta ahí >*, confirma otro. Antes

---

<sup>15</sup> Robin, Bogotá, p. 18.

<sup>16</sup> Sólo unas pocas pandillas en Barranquilla y Bogotá tienen más de 40 integrantes. Lo abordaremos adelante en el capítulo sobre el grupo.

también se robaba pero no era el ingrediente distintivo que es hoy día: *<En ese tiempo casi no robaban, era una alternativa y no una prioridad>*<sup>17</sup>.

Lo mismo, se extinguen los ritos y simbólicas, arrinconados ante la amenaza de actores ante quien no es posible ostentar con insolencia una identidad reconocida. Los asesinatos agenciados por seguridades pagadas, operaciones de limpieza y escuadrones de la muerte hacen que los nombres y sus representaciones tiendan a desaparecer, como bien sucedió con los tatuajes: *<Antes se tatuaban pero cuando ingresé al que cogían con eso lo mataban. Muchos se tatuaban en sus partes íntimas o en lugares que no se vieran como la planta del pie. Nunca lo hice, tenía miedo porque muchos amanecían tirados por ahí>*, se dice en Barranquilla lo mismo que en Bogotá. La certeza de las matanzas y la necesidad de encubrirse ante sus realizadores llega hasta Neiva: *<Los tatuajes casi no porque la Sijin o el Das de pronto me confunden, me echan al carro y por allá al monte>*. En otros casos el tatuaje, cada vez más pequeño e íntimo, funciona en el terreno inverso, como garante de identidad ante la desaparición y la muerte. Alguno lo expresa, *<la mayoría tiene uno pequeño y más adentro que afuera, me hice uno por si me pasa algo para que mi familia me reconozca>*<sup>18</sup>.

Los ritos de ingreso también sufren su muda. Desaparecen las historias de sometimiento a los reglamentos de una ley estricta como lo afirma sobre sus tiempos un ex *<parcero>*: *<Para ingresar tenía que apuñalar a un compañero. Esa no la hice porque me pusieron un amigo, pero el resto sí, robar, intimidar personas>*. Ciertamente circulan con frecuencia las anécdotas donde basta la aceptación del *<churo>* o la aprobación pasiva del grupo: *<Uno llega y lo presentan con el más poderosa. No se hace amigo de él porque no es de genio, pero sí de los más recoberos>* dicen en Bogotá; *<me senté un día y seguí yendo, fui al día siguiente y así sucesivamente hasta que me quedé andando con ellos>* aseguran en Barranquilla<sup>19</sup>. Con la excepción de las ceremonias de la muerte –donde los pandillos sufren un proceso de desdoblamiento–, la presencia de otros rituales fue escasa, por no decir inexistente.

---

<sup>17</sup> Omar, Bogotá, p. 29; Bernardo, Bogotá, p. 5.

<sup>18</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 5; Oso, Neiva, p. 23. Sijin y Das son organismos de seguridad del estado.

<sup>19</sup> Robin, Bogotá, p. 13; Mechete, Barranquilla, p. 6; Rigo, Neiva, p. 6.

Las experiencias anteriores se extinguieron, desaparecieron de las dos ciudades grandes y en Neiva no se registró nada parecido. La creciente visibilidad de los <parcos> dentro del conflicto urbano, haciéndolos objeto de persecuciones y limpiezas, recortó sus signos emblemáticos provocando mutaciones en sus órdenes internos. Como dice un <partero> de aquel entonces: <Ahora son grupos de aficionados que eso dentran y salen, no son grupos firmes. Antes había un régimen y se pertenecía>. Sin duda, frente a las antiguas pandillas las actuales parecen no ser <grupos firmes><sup>20</sup>. Desaparecieron los símbolos identificatorios, incluidos hasta los tatuajes; perseverar en ellos suponía cincelar sobre el cuerpo un seguro llamado a la acción macabra de la <limpieza>. Luego perdieron su tamaño, de agrupaciones grandes compuestas por algo así como doscientos integrantes se apretujaron hasta los grupos de dos o tres decenas de miembros. También comprimieron la territorialidad, del dominio sobre sectores completos se recluyeron en el poderío de unas cuantas calles. Después incrementaron la trasgresión violenta, el consumo, el atraco y la violencia de baja intensidad se transformaron en prácticas sostenidas que articulan la vivencia del grupo. El crimen se toma la calle del barrio popular sirviendo de norte a semejante mutación. Las pandillas de los años 80 ingresan en un afuera donde sólo permanecen los circuitos de la criminalidad.

### 3. Más allá del orden colectivo

La transformación es rotunda, la pandilla actual se organiza sobre la gramática del tiempo paralelo. El crimen provee el universo sustituto donde se resignifican los otros catalizadores, el gesto pandillero se endurece y la autonomía juvenil se recicla en desprecio de toda normativa. Como no aconteciera antes, se abre el camino a la destrucción de arraigados ejes de la existencia colectiva. El asalto sostenido socava el sentido del trabajo, esa potente fuente de identidad que nace de la ligazón entre el ser y el hacer: se es lo que se hace, no se “conoce” a alguien hasta cuando se tiene noticia de su dedicación. El pandillero se identifica con su actividad, la convierte en <oficio> pese a que no produce ningún bien, pero si vive de la rapiña de los bienes producidos por otros. Es el axioma de la criminalidad, el disfrute no remite a ninguna actividad

---

<sup>20</sup> Armando, Bogotá, p. 20.

socialmente productiva. En el trance el pandillo desbarata la condición primordial del trabajo al desconocer un principio rector, el de la propiedad privada.

La violencia hace lo mismo, vulnera el sagrado principio de la integridad y la vida. La pandilla desconoce cualquier mediación del conflicto, prescinde de la potestad del estado en la administración de justicia mientras clausura la palabra y la cultura como tentativas de negociación. Sólo sabe que esto o aquello *<me ofendió>*. Como el robo, que arrebató el trabajo, la violencia despoja lo justo. Todo se reduce a la trayectoria de los impulsos, quien ose franquear el camino de su satisfacción pierde su condición de un otro a quien se debe cuidado y consideración. El orden colectivo se desvanece.

El papel del crimen es decisivo. No obstante, otra vez, su función mediadora ha de ser reclusa en el lugar justo que le corresponde. Hay que recordar, el delito pandillero tiene fisonomía definida, su robo y violencia se ejercen ante todo en pequeña escala y sobre una geografía localizada. El crimen organizado es lo propio de otros actores, no de la pandilla. Incluso respecto al narcotráfico, un ingrediente que todavía no hemos conectado con la pandilla. Multitud de aclaraciones se imponen. Sobre el consumo de droga cobra posibilidad cierta el tiempo paralelo, los *<parres>* son *<metedores>* permanentes. Al igual que el robo y la violencia, el consumo de psicoactivos hace parte del gesto pandillero. Viene de tiempo atrás, los pachucos en México consumían alcohol e inhalantes, las galladas colombianas ingerían alcohol, pepas y marihuana. Con todo, otra vez, la singularidad de la pandilla contemporánea se arma en dos direcciones. En primer término se diversifican las sustancias, al lado del alcohol, la marihuana y los inhalantes aparecen una amplia variedad de pepas junto al bazuco, la coca y los sintéticos –los dos últimos de eventual consumo, llegan cuando se corona una *<vuelta>* con un apreciable monto de dinero-. En segundo lugar el consumo se vuelve adictivo, todo el día *<se mete vicio>*. Aníbal lo pone de presente, la droga se evoca a propósito de las situaciones más diversas pues *<andábamos en esas todo el día, consumíamos pepas, hasta treinta en un día compitiendo por el que más metiera >*.

La droga permea el barrio popular. Las <ollas>, el nombre de los sitios donde se vende, pululan en las calles. Los <parteros> se conectan al negocio de diversas maneras. Algunos montan su venta particular comprando en el centro de la ciudad y luego revendiendo al menudeo en la zona. Fue la práctica de Salomé durante algún tiempo: <Uno compraba papeletas de bazuco a doscientos en la novena y las vendía acá arriba a quinientos. O un moño grande de marihuana a quinientos y sacaba hasta cien trabas que se vendía cada una a setecientos>. Con todo, tal estrategia individual es poco frecuente; los expendedores locales detentan un verdadero poder sobre sus áreas de influencia persiguiendo sin compasión a quien invada sus fueros. Otros pandilleros operan entonces como satélites de las ollas, es lo corriente; los <liberos> les entregan cantidades fijas que las venden dentro de las fronteras de su dominio. Es eso y nada más, la pandilla no es un pequeño cartel encargado de algún punto crucial en la cadena de la droga<sup>21</sup>.

Es necesario enfatizarlo. La pandilla no constituye un tipo de crimen organizado. No lo es en el robo, tampoco lo es en el narcotráfico. El nexo del pandillo con la droga se teje fuerte en el consumo, no en la venta y menos en la distribución. Sucede en Colombia, donde el narcotráfico alcanza elevados niveles de implantación. Pero igual acontece en México y Estados Unidos. En Ciudad de México la distribución tiene puntos definidos de circulación. Arranca con los grandes capos ubicados en el centro y desde allí se riega mediante nodos establecidos en puntos estratégicos del resto de la ciudad; en cada nodo el control lo ejerce una banda de reconocida trayectoria, quien se encarga de movilizar la repartición hasta surtir los expendios callejeros<sup>22</sup>.

Una prolija revisión de la literatura de los Estados Unidos en torno a las pandillas afirma otro tanto<sup>23</sup>. De las investigaciones, tanto de los años anteriores como de los actuales, se desprende que las pandillas norteamericanas no funcionan como un pivote del narcotráfico encargado de reproducir el negocio a escalas variadas. Como en Colombia cumplen nada más papeles subsidiarios. En Nueva York, la meca de la droga en el norte, la

---

<sup>21</sup> Veremos también que algunos pandilleros de Neiva funcionaron como “mulas” transportando droga de un sitio a otro.

<sup>22</sup> *Movilización colectiva, crimen y poder*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

<sup>23</sup> Howell y Decker (1999).

comercialización está lejos de ser controlada por las pandillas; su organización y venta sigue más bien la estructura de una empresa familiar<sup>24</sup>. La pandilla es una entidad a la medida del consumo adictivo, no a la operación de una empresa como el narcotráfico donde las astronómicas sumas de dinero en movimiento exigen un rigor que ella, por antonomasia, está lejos de albergar<sup>25</sup>. El consumo del tipo *<andábamos en esas todo el día>*, característico de la pandilla, no es plausible entre la banda criminal<sup>26</sup>.

El crimen, de la mano del narcotráfico, ingresa en la vida diaria de la calle popular, interfiere sus circulaciones e intercambios, golpea sus mediaciones y abre formas de vida dotadas de la capacidad de instaurar perversas formas de poder. La pandilla encarna la sociedad contemporánea, lo hace desde el extremo: embebida en la droga desnuda la exaltación del deseo propagada hasta la locura por la publicidad. El mito se desnuda hecho carne y hueso.

El delito se constituye en privilegiado mecanismo de reproducción social, instalando al *<parero>* en el corazón de las contradicciones contemporáneas. Jamás han faltado grupos y personas normados por prácticas desconectadas de los circuitos simbólicos y productivos; es más, en la actualidad un sinnúmero de individuos deambulan por el desierto sin norte de la dependencia a la droga. El suceso pandillero se cuece, no obstante, a la sazón de otro ingrediente: sólo ahora jovencitos populares hacen del tiempo paralelo, no sólo un estilo de existencia sino una palanca de lanzamiento de un poder localizado y mudo. La pandilla se pare entre las convulsiones que estremecen el globo a lo largo de las últimas décadas, siguiendo una trayectoria jalonada por la mutación en las maneras de estar unos juntos a otros, por la muda en las formas de relación con los símbolos y por el salto en las gramáticas del poder. Ya tales afirmaciones demandan una larga argumentación, es nuestro cometido en la Sección que sigue.

---

<sup>24</sup> Un antropólogo colombiano radicado en México hizo una etnografía del negocio en la ciudad. Cajas (2004).

<sup>25</sup> "... si alguien cae en el 'vicio' inmediatamente es excluido", es la ley entre los narcotraficantes colombianos en Nueva York. Cajas (2004, p. 21)

<sup>26</sup> A las maras centroamericanas, ahora que se expanden hacia el norte pasando por México, se les acusa de ampliar el negocio de la droga. La persecución parece que ha modificado sus prácticas conectándolas al crimen organizado. Están por verse las comprobaciones de dichas afirmaciones, hasta ahora no hay pruebas concluyentes.

## SEGUNDA SECCION

### LOS MEDIADORES SIMBOLO, VINCULO Y PODER

La Sección anterior puso sobre la mesa las condiciones que configuran el tiempo paralelo y como resultado toman viable el acontecimiento pandillero. Encaramos entonces el siguiente orden de pregunta enunciado en la introducción. ¿En qué ensamblaje colectivo se produce la abstracción de lo social que cruza y define la pandilla? La tentativa de respuesta a tal interrogante implica el desplazamiento hacia los mediadores sociales, esto es el símbolo, el vínculo y el poder. Los catalizadores nos acercaron al problema de la germinación de la pandilla; los mediadores, ahora, nos aproximarán a los procesos desde donde la pandilla se convierte en un <parche>, ese grupo solazado en el exceso y la trasgresión.

La Sección se divide en tres Partes, cada una dedicada a un mediador. Así pues el cometido de la Tercera Parte es la arquitectura simbólica de la pandilla, edificada alrededor de los significantes de <territorio>, <parche>, <respeto>, <muerte> y deseo (capítulos 7 a 10). El propósito de la Cuarta es el vínculo, desagregado en los nexos con la familia, la escuela, el trabajo y el mismo grupo (capítulo 11 a 14). Finalmente la Quinta Parte se ocupa del poder y los personajes en torno a quienes se construye el conflicto pandillero, divididos en actores locales, mixtos y externos (capítulos 15 a 19). Cada Parte, en el capítulo final, da cuenta de los procesos de mediación social sobre los que descansa el universo pandillero: la deriva simbólica y su contención en el deseo, la desocialización y el reordenamiento en el individuo desvinculado, la degradación de lo público y el relevo del pánico.

**TERCERA PARTE**  
**SIMBOLO Y DESEO**

Los catalizadores propusieron el “contexto” de emergencia de la pandilla, las corrientes de la sociedad y la cultura que insuflan el tiempo paralelo. Él sería impensable sin el aliento proveído por la amalgama de viejas formas de apropiación de lo urbano popular, la autonomización de lo joven y el espacio alterno del crimen. Cada una, desde su propia trinchera, le abre camino al afuera. Es la primera avanzada. No obstante estamos a medio camino, no sabemos aún qué magnetismo conjura el norte de los tres catalizadores hacia un único punto de convergencia: la abstracción de lo social.

El pandillo se consume en la exclusión. El marero salvadoreño que convirtió su cuerpo entero en un tatuaje se condena de por vida a la discriminación, la piel siempre delatará las oscuridades que pueblan su pasado. Desde el rincón del barrio popular, sin embargo, el <parce> está conectado a las imagerías colectivas. Lo devora el consumo hasta la gratificación sin fin, se entrega al aislamiento del grupo y se nutre del terror entre la gente. Es la paradoja, la exclusión que le caracteriza es a la vez el lugar donde se leen las marcas del mundo ufano de movilidad y conexión planetaria. La pandilla es una franca réplica popular ante el orden de significado edificado por la era del mercado y la globalización, entre el suburbio nada le iguala.

Por ello la pandilla no es una mera anomalía incómoda condenada de antemano a desaparecer. El <parcero> es un alma de este tiempo, un personaje de la ciudad actuando su propio parlamento. Su voz desarticulada y empobrecida es nuestra voz desarticulada y empobrecida. No es el campesino recién llegado a la ciudad, cargado de la nostalgia de un mundo agrario que se va y vapuleado por la dureza de un orden ciudadano que le llega. Es hijo de la urbe, enfrentado al reto de sortear desde el pavimento la estremecedora transformación planetaria que marcó el advenimiento del siglo XXI. En el empeño el

pandillo demuele, pero lo hace informado por las mitologías en boga. En lo que resta de nuestro recorrido pretendemos, pues, poner en escena las conexiones entre pandilla y sociedad. Lo haremos rastreando los tres mediadores del sentido, los articuladores de la convivencia y el conflicto<sup>1</sup>.

Emprendemos la travesía, en esta Tercera Parte, con el símbolo. En medio del desorden, ¿sobre qué trama de sentido se construye la experiencia pandillera? La armadura de los significantes aludidos ofrece la respuesta. Los tres primeros, el <territorio>, el <parabe> y el <respeto> vienen de tiempo atrás, de la herencia caldeada por el gesto pandillero –contenido de los capítulos 7 y 8-. Los otros dos los recogen y le imprimen la lógica del tiempo paralelo: la <muerte> y el deseo<sup>2</sup> -asunto de los capítulos 9 y 10-.

Como en la Primera Parte la reflexión viene presidida por el testimonio de una conocida pandillera, Salomé, una mujer cuya singular condición pone en escena otras facetas del alma pandillera. Es otra palabra directa en la que resuena la voz femenina de una pandilla bogotana.

---

<sup>1</sup> El símbolo, el vínculo y el poder nacen de la analítica de la pandilla misma, no obedecen algún constructo teórico previo. Pudiera objetarse que el símbolo es un tipo de vínculo, entonces no resulta clara su separación. Pero en la pandilla la separación de los símbolos y los vínculos resulta determinante, cada uno refiere un proceso con su propio nivel de realidad.

<sup>2</sup> El deseo se hubiera podido convertir igual en una palabra de los pandilleros como lo <chimba>, el <alucine> o el <viaje>. Optamos por conservar el deseo en tanto nos introduce en directo sobre nuestra problemática.

## NINGUNO NACIMOS PA' SEMILLA

Una bogotana: Salomé

*Desde pequeña empecé a andar por ahí con pandillas, desde cuando tenía como nueve años. A los siete falleció mi papá. A mi mamá le tocó comenzar a trabajar en casas de familia ganándose apenas como setecientos pesos. No era nada, si había de comer para mí no había para mis hermanos. En ese entonces estaba en la primaria. Ante la situación tocó salirme porque los costos eran muy caros, no alcanzaba para mi estudio, mi hermana entraba al bachillerato y mi hermano seguía en su primaria. Tocó salir a rebuscarse la plata, había que ayudarle a mamá. No era mucho lo que se podía pero salía. Tenía un amigo con un carro esferado y nos íbamos juntos a botar basura, pedíamos en las famas y en las casas que nos entregaran su porquería pa' nosotros desaparecía. En principio éramos un grupito de seis, luego llegaron otros, pertenecíamos al parche de los Escorpiones chiquitos. Unos pedían plata por ahí y otros botaban basura hasta que un día empezamos a robar, cogíamos gente y se le quitaba lo que se pudiera. Lo hacíamos, nos daba plata y dero, nos empezó a gustar, salíamos todas las tardes de cacería. De lo recogido se le daba una parte a las mamás y el resto venga pa' cá, para nosotros. En plataados íbamos a jugar billar, bolas o lo que fuera, el todo era estar así en ambiente.*

*Pasado un tiempo comenzamos a robar escapando, dejamos de asaltar gente en la calle y nos dedicamos a sacar ropa de los almacenes. Con mi amigo el Mosco la emprendíamos todos los días. Nos echábamos los treinta, los cuarenta mil, un buen billete. Si se quiere comprar algo toca robar para estrenarse, cómo más, quietos no se consiguen los zapatos, las camisas o lo que sea, esos no llegan solos. Aprendimos desde pequeños a darnos nuestras cosas, por eso decimos que salimos a trabajar cuando vamos a robar. Lo que nos echamos al bolsillo lo partimos por mitades. Cada uno ahorra lo de un día, al otro día llega otra plata y se vuelve a guardar hasta que crezca lo suficiente para comprar antojos grandes. Toca, todo lo que uno se echa encima debe ser de marca pues si los amigos lo ven desarreglado le hacen el feo. Hay que ganársela y guardar porque uno puede ser lo que sea, pero siempre debe estar limpio y arregladito. Tiempo después creció*

*un poco el parche, ya éramos doce chinos juntos. Salíamos a robar, después resultábamos bailando y metiendo vicio, siempre nos ha gustado fumar marihuana y chupar pegante. Yo tenía esa maña, chupaba pegante. No es que sea muy rico, pero esa cosa lo hace sentir a uno sin problemas, la vida deja de acosar y las obligaciones desaparecen.*

*Cada vez que un partero caía a la cárcel o lo agarraba la chota a pagar las veinticuatro lo visitábamos con el mercadito, le hacíamos su comida, le llevábamos cobijas y plata. Si se podía arreglar a los policías pues listo, pasábamos el billete y salíamos felices. Esa autoridad sí es muy difícil el trato con ellos, puede pasar cualquier cosa. A veces lo agarran a uno con un revólver y lo dejan ir sano pero porque se quedan con el arma. Es así, los tombos se hacen los de la vista gorda porque saben que uno les deja platica. Prácticamente el ladrón le da de comer a los tombos. El primer parche se desunió, unos cogieron por un lado y nosotros por otro. Tocó buscar otro rapidito, siempre he estado parchando. Como mujer estar en un parche va en el respeto que uno se logre ganar, si se hace respetar a los tipos les toca respetar. Jugaba lo mismo que ellos, si era bolas jugaba bolas, si era trompo pues trompo. Así me iban incluyendo, parecía un marimacho. La única vez que conseguí una amiga fue a los diecisiete, la que más me ha durado, la pasamos juntas como cuatro años. Es la única mujer con la que he parchado porque la vida entera me ha gustado pasarla con hombres, con ellos aprendo experiencias, me enseñan como joden y como roban, conozco mano de trucos porque los hombres sí que son mañosos. Con ellos se aprenden maldades.*

*Con el Mosco nos íbamos a robar al norte y mientras aparecía cualquier cosa nos quedábamos cuidando carros. Algún tiempo antes había trabajado cuatro años en el paradero de Guacamayas lavando carros. Me hacía pasar por hombre porque los conductores son muy morbosos, me ponía una visca y me portaba como todo un varón. Me distinguían por Oscar, hacía por ahí los seis o siete carros al día cada uno a quinientas rucas. Llegaba con mi platica a la casa hasta que se dieron cuenta que era mujer. Dejé de ir porque pensé que iban a empezar a abusar de mí, una mujer tiene que cuidarse. ¡Tantos problemas a los que enfrenta la calle! Fue una experiencia en la vida, las cosas que suceden por andar de aquí pa'llá robando y loquiando.*

*Cuando el parche se desunió seguíamos firmes con mi amigo el Mosco, siempre estábamos juntos. Recuerdo que por esos días el hombre cayó al Redentor. Como no me dejaban visitarlo le mandaba sus mercaditos y*

las cosas de aseo personal para que nunca se sintiera abandonado. Allá uno se siente desolado, atrapado de su libertad y con ganas de seguir esta vida de la calle. Se extraña, se recuerda la voltiadera y se quiere salir ahí mismo, no para ajuiciarse sino para regresar a las mismas de antes. Era nuestro trabajo, sigue siendo hoy todavía mi trabajo. Ahorita toca improvisar pa' mis hermanos y mi mamá, hay que pagar las pensiones y comprar los cuadernos. Mi mamá gana apenas sus siete mil y con eso tiene que sacar adelante la casa, pero si hoy tiene trabajo mañana pueda que no, de manera que los pinche siete mil debe rendirlos pa' dos o tres días. Así nadie aguanta, los almuerzos son la mera aguita. No fuimos criados con que "tome lo que quiera, usted pidió esto, ahí está". Al contrario, nunca mi mamá me ha dicho "tome, comprese estos zapatos". De manera que si no tengo con que caminar toca dejar a otro descalzo. Con el Mosco nos intercambiamos, primero compra él y después yo. Reuníamos el billete y cuando el chino tenía las zapatillas que le gustan, su buen pantalón y su chaqueta de lujo, entonces ahora me tocaba el turno a mí. Así es que poco a poco tenemos lo que tenemos.

Ya no andamos en pandillas atracando aquí y allá, eso antes era robe y robe todo el día, si se podían meter los quince gales al día estábamos hechos. Uno con las ansias de salir adelante y sin nadie que lo cuide. Tocaba ir a camellar al norte haciendo lo que fuera, hasta vendiendo vicio. En el centro comprábamos las papeletas de bazuco a doscientos y las revendíamos allá en quinientos. A veces montábamos el negocio aquí no más, vendíamos allá arriba. Dejamos de chupar pegante, no fue fácil pero nos esforzamos pensando que hay que salir adelante, ese vicio no es pa' uno. Llevamos ocho meses sin pegantiar, solo metiendo marihuana. Otras veces comprábamos los moños de baretta en quinientos pesos y le podíamos sacar hasta cien trabas, vendíamos sólo dos y listo, teníamos el almuerzo servido. Si no había comida en la casa pues tocaba, se vendía vicio y a robar. La ocasión hace al ladrón, eso es cierto. Pasa alguien con una cadena de ocho gramos y uno aguantando hambre, qué más, toca quitársela.

Con el Mosco aprendí todas las maldades, a robar, a meter vicio, a andar en parches y hacerme respetar. Algún pelado me llegaba a tocar y de una vez me iba encendiendo "Usted no tiene derecho a tocarme, respete a las mujeres o es que nació por una burra", les decía y de una vez les metía el coñazo. Como mujer me respetaban y por eso siempre decían "Salomé es la única mujer del parche". Cuando me tocaba pagar las veinticuatro llegaban con el mercadito, lo habían aprendido. Una vez me encanaron dieciséis días en el Buen Pastor por unas canastas de cerveza que nos echamos en Guacamayas. Hubo un sapo, la policía nos cayó y pal' hueco. No

me metieron en los patios de las regulares porque me mandé como menor de edad, no pueden hacer nada con eso. Al salir me ajuicié un tiempo, me decía una y otra vez que no volvería a robar porque la cárcel me pareció terrible. Aunque no es como la pintan, que uno llega, lo cogen y lo violan de una. Al principio tenía mucho susto pero al momentito ya me distinguían por mis amistades. "Si esta se la pasa con Roberto, con Carlitos y el Mosco hay que llevarla bien", decían. Mis amigos eran reclusos y la gente los conocía. Duré como seis meses así de sana hasta que me volvieron a picar, nos sacamos un televisor que se vendió en sus buenos palcos, nada que hacerle. Ese día hicimos maravillas, compramos ropa, fumamos uicio y nos metimos tremenda borrachera. Nuestros parches no eran tan bandidos, de esos que matan o chuzan a cualquiera porque no se dejó robar, en ese sentido éramos calmados. Pero el que no robara era un cagao, de manera que tocaba mostrar que yo era una bandida. Casi siempre salíamos en grupos de a dos, a veces de tres. Una vez hechas las vueltas y recogida la plata no la echábamos ahí mismo; al día siguiente amanecíamos todos uiciados, sin un peso, tocaba volver a hacerla para conseguir de nuevo el billete. Robábamos por deporte, por comer y por joder.

Al principio no metía marihuana, vine a probarla a los dieciséis. Eso si nunca faltaban las peleas entre pandillas. Los de San Martín decían que los de Malvinas éramos ladrones y bajaban a encendernos a pata, con chacos, chuzos o lo que fuera. Si le pegaban al Mosco eso era como si tocaran un hermano. Me encendía con quien fuera por él, fueran hombres o mujeres. Por eso parchaba conmigo, decía que yo era como su madre. Nos metimos a estudiar y resultamos robando a todo el mundo, eso nadie se salvó, ni las profesoras. Para la despedida de año de quinto los pelados del salón aborran muchos días en una alcancía que terminó en nuestras manos cuando estaba bien llenita. Nos salimos de estudiar, la gente ya nos señalaba como ladrones. Qué pena! Ibamos a la clase de educación física y cuando se medio volteaban estábamos en los salones esculcando. Así fuimos creciendo, a veces nos decíamos que íbamos a dejar de loquiar pero esa era nuestra felicidad, andar bien elegantes. Toditos los días íbamos a robar al centro, al Restrepo, a la décima, a Venecia.

Un día el Mosco me dijo que nos compraríamos un changón, una escopeta de un tiro. Yo decía que no, esa ruina mientras se carga ya nos han metido cinco tiros. Él insistía, decía que pa'cuádamos. Nunca me ha gustado andar con pistola, no tengo corazón para quitarle la vida a otra persona. Pero él no se cansaba, "así podemos estar con más plata y coger un negocio grande", repetía pensando en agarrar buses y meterse a bancos. Estábamos aborrandos pa'la famosa changona, costaba como cincuenta mil, hasta que llegó el día en que

peleamos. La vieja que la vendía decía que con un fierro nos montábamos, robábamos en grande y conseguíamos para otro fierro mejor. Vieja maldita, endulzaba el oído para dañar el corazón. Yo le decía al Mosco que no se dejara envenenar, que matar a alguien significaban veinticinco años de embolso, con una condena de esas yo hasta me quemó con tener. Pero él insistía en que nos podía ir bien, “el que no arriesga un huevo no tiene un pollo” no se cansaba de repetir. Dinamos como año y medio de pelea, ni nos hablábamos. Nunca habló mal de mí o yo de él, nos queríamos como hermanos. Como los dos éramos morenitos la gente nos hermanaba de tanto vernos juntos. Teníamos como catorce años, el Mosco empezó a robar por otro lado. Tiempo después nos volvimos a encontrar, había aprendido mañas nuevas, sin pensarlo me las enseñó. De sólo pensar en comprar lo de uno hoy motivación.

Me había metido a bailar rap, comenzó el soye de aprender a cantar y bailar. Le enseñé al Mosco, en ese momento ya me decían la reina del rap nada menos que en el Veinte de Julio. Tenía entrada libre a toda. Una vez trajeron su mejor rapera, una redura. Nos pusimos a bailar, déle que déle hasta que la quemé. No se aguantó y empezaron los problemas, había quemado a tres o cuatro chicas seguidas y nos encendimos. Eso es lo feo de bailar rap, al otro no le gustó, se ofendió y mete la mano, como uno no se deja tomar también y ahí es cuando las pandillas se agarran. Dejé de bailar, le enseñé a mis amigos de Guacamayas como dos años. Los muchachos no sabían ni merengue mientras yo era una salsómana, me la pasaba en las discotecas. Nos quedábamos bailando en la calle hasta las tres de la mañana, me decían profesora. Pero dejé de bailar, uno se edha encima muchos enemigos.

Recuerdo a mi papá, nunca nos estrojó o maltrató. Nos reprendía, pero el castigo era pararse frente a la pared con las manos arriba y decir cien veces “no lo vuelvo a hacer”. Nos llevaba muchos juguetes porque trabajaba de vendedor ambulante entre pueblos y ciudades. Se movía en una moto donde me subía y agarrábamos pa’ Villao a vender calzada. Cuando llegaba diciembre vendía juguetes, aviones grandes de inflar, abejitas muyas con chillidos, pistolas con pimpones y cosas así. Cuando estubo nunca me faltó nada, por el contrario tenía cantidades de zapatos y vestidos. Un día el paseo era para Melgar, otro para Villao. Mi papá nos fue criando, nos iba enseñando que tenía que estudiar, que no podía ser ninguna desjuiciada. Cuando estaba vivo quién vio a Salomé en la calle, nadie, era una muchacha juiciosa, su estudio marchaba bien y jamás perdí un año. Mi mamá hasta me admiraba.

Pero lo mataron, ¿i cuando murió. Le dispararon porque en el barrio le tenían envidia. Cómo no, había vendido su moto y con la plata empezó a levantar su rancho en ladrillo. Las bases ya estaban fundidas, mucha envidia entre esos ranchos de nada. El viejo era caspita pero tenía su corazón. Una vez trajo un señor aquí a Malvinas al que le regaló una casa. Algo pasó, no me he enterado que fue, pero resultaron de enemigos. Un sábado, exactamente un 19 de abril, mi papá pasó a hacerle un reclamo, subió las escaleras y cuando se paró al frente de una cortina el viejo le disparó con una escopeta de matar patos. Los balines se le metieron en todos lados, en vez de tomar aire lo botaba. Duró como una hora tirado porque nadie ayudaba a llevarlo, mi papá era un hombre muy alto. Apenas lo sostenía y le decía "papito, no se me vaya a morir" y él me agarraba y me decía que no, que no se iba a ir. Nunca lo he podido olvidar. Después de un rato miró al cielo, luego a mí y me dijo "chao mamita", me puso un anillo de plata con un poco de oro en un dedo todo chiquito. Sentí cuando murió, se le blanquearon los labios y se desganzó.

Mi mamá empezó a sufrir. No teníamos gran cosa pero mi papá nos había dejado con el televisor, el equipo, las alcobas. Poco a poco se fueron vendiendo una por una, si faltaba algo se vendía el televisor y luego el equipo hasta que quedamos sin nada. Mi mamá quemó la ropa de papá en un botadero, yo no quería pero no había nada que hacer, era su decisión. Quemó hasta las muñecas que me había regalado, quedaron únicamente las cabezas que ahí las tengo, las adoro porque me traen recuerdos. Mi mamá quería desaparecerlo y lo intentó. El tipo que lo mató tenía todo planeado, al ratico que subí a buscarlo ya se había largado con sus cosas, la casa estaba vacía. Mientras la confusión se voló. Una vez me lo encontré en la veintidós sur. Sentí mucha rabia, una rabia ciega. Lo corrí alistando mi patecabra para hundírsela hasta el final pero al pasar la avenida me ganó y logró subirse a un bus. Esa vez se escapó pero le grité con todas mis fuerzas "algún día será, pero lo que es mi papá se lo cobro enterítico". Se lo he dicho a mi mamá, "si pilló a ese man voy a pegarlo". Ella dice que no se debe pensar en eso, que deje que mi Dios cumpla con sus oficios. Pero qué va, mi Dios sabrá hacer sus cosas pero esta vez nos dejó sin hogar y sin destino. Estábamos muy pequeños y además de todo pobres, mi mamá no podía con tanta responsabilidad. Era buena para el estudio, gané medallas de izada de bandera pero eso acabó para mí. La vida se torció.

A los nueve años ya conseguía lo mío y llevaba a la casa el diario. Comencé así porque en el barrio estaban los Escorpiones. Desde por la mañana estaba en la calle, mi mamá salía a trabajar y quedaba encerrada sola sin televisor ni radio pa'entretenerme. Salía a jugar trompo con los muchachos del parbe, eran más grandes pero ahí por los laditos me fui metiendo. Se desintegró después de que mataron a los finaditos Chucho y Ramiro, que en paz descansen. ¡Qué duro nos dio esa muerte! Prácticamente me crié con los Escorpiones, esos pelados me enseñaron muchas cosas, fue mi primer parbe. Para entrar tocaba ser serio en sus cosas, si uno vio que tal mató a tal tocaba no saber nada, quieto en la ralla. Irse de sapo era grave, era condenarse a la muerte o por lo menos a una trilla dura pasando por la fila india donde todos mandan puños y patadas sin contemplación. Me ayudó que tenía dos amigas, Lucía y Amaranta, y el Ramiro y el Ñañas andaban enamorados de ellas. Yo servía de correo, llevaba saludos de un lado a otro ayudando a que se cuadraran. Era feliz haciéndolo. Los novios nunca para mí, vine a pensar en esas sólo hasta los diecinueve o veinte. Recuerdo cuando mataron a Chucho y Ramiro, esa vez mataron a cinco pelados de por acá. El Mosco se salvó de uinas, quedó hasta untado de sangre pero haciéndose el muerto se salvó. Un milagro. Andábamos tan juntos que a lo último decían que nosotros éramos el parbe de los Escorpiones pequeñitos, yo tenía diez años y El Mosco ocho, Cháfo unos siete y el mayor como doce. Eramos chiquitos.

La integración fue poco a poco pero ya después estaba metida y me llevaban a verlos pelear. En ese tiempo estaban también los Vikingos y otros en la Victoria llamados los Cobras. Se cargaban la mala entre ellos, en una bronca con los Vikingos se tiraron bombas de gasolina. Tenían sus fierros, andaban con dxacos y chuzos. Cuando había grescas los más pequeños teníamos la tarea de no dejar morir ni a los medianos ni a los grandes. Ahí fue cuando empecé a pelear, exigencia para unirse al parbe. Me respetaban, de tocarme nada, me querían como una hermana. Chucho era un hermano, me cuidaba, me enseñaba y me daba órdenes. Jamás olvidaré mi primera pelea, fue con una Sandra con la que nos llevábamos la mala. Le di sopa y seco, me aceptaron, ya era de los Escorpiones. Como a los cuatro días hubo un alegato con los Vikingos, esa vez hubo sangre. Las mujeres cargábamos los fierros por si la tomba llegaba a azarnos. Una amiga muy loquita llevaba las espadas, eran unos chuzos largos como bastones que se zafaban, se les daba media vuelta y salía una punta que traspasaba paredes. Andaban con bastones y cuchillos, eran unos rambos.

Un tiempo dejamos las peleas y no la pasábamos en fiestas a las que íbamos todos, los grandes, los medianos y los pequeños. Yo tenía diez u once años. Escribíamos nuestros nombres en muros y paredes pero tenían que ser distintos a los de los medianos y los grandes. Era la costumbre. Detrás de la escuela había uno de los grandes con los nombres de todos numerados. Los grandes nunca nos enseñaron a robar, hacían sus vueltas sin llevarnos; pero en cambio nos llevaban a pelear para que los viéramos y aprendiéramos. Nos decían que no podíamos ser unos bobos que viniera cualquiera, nos cascara y nos pusiera a llorar porque eso era ser cobardes, niños pelotas que no salían de los pañales. El más bandido era el que más se respetaba. A mí llegaron a respetarme mucho porque me encendía con todo mundo, no importaba si fuera hombre o mujer, iba pa'delante con el que fuera. También tocaba encendernos entre nosotros, nos ponían los guantes y a boxear tieso y parejo con uno y otra. Era el entrenamiento.

Después que mataron a Chucho y Ramiro el parche se desintegró, ya no era la misma armonía. Dejé de parchar en Malvinas, lo hacía en Guacamayas, San Miguel o la Victoria, me la pasaba bailando o me abría pa'l centro sola. No se sabe quien los mató. Era un domingo, los cogieron aquí arriba en media balacera porque los iban a atracar y como se fueron a defender les dieron plomo rentiao. Yo quería mucho a Chucho, era una amistad linda, qué golpe duro fue su muerte. La fiscalía no quería entregar los cuerpos, decían que hasta que se hiciera la autopsia para determinar por qué murieron tan abalados. Duraron como cuatro días en el anfiteatro, qué horror. Al Mosco le entró tremenda loquera, sólo repetía "se murieron mis parceritos, se murieron mis parceritos". Cuánto lloramos, los recordábamos resto. Tantas horas juntos, pasábamos hasta el día siguiente viéndolos jugar naipe y tomar hasta que se pelaban. Todos trabajaban en la rusa. Cuando estaban sin trabajo y uaciados pues paila, unos tenían mujer e hijo. Entonces tocaba responder como fuera. Fue increíble, esa gente me acompañó a crecer, parché resto con ellos, como siete años. Me adoraban.

Luego siguieron los medianos, eran peleones pero poco de meter uicio. Los grandes tampoco metían mucho uicio, eran locos de ir a bailar pero casi no los vi metiendo. Desde que murieron los grandes se acabó el nombre de Escorpiones, pero los que tenían seguían juntos hasta que hace como dos años tuvieron un problema con los de San Martín. Había una sardina que al finado Wilfredo le gustaba resto, mala suerte porque la misma le gustaba a un muchacho de arriba. Vino el pleito, mataron al Wilfre el treinta y uno de diciembre. Días antes me dijeron "Willi huele a formol", esa pinta sabía que lo iban a tumbar porque le tenían montada la cacería.

Le dije "no te pongas de alzado, deja esa vieja que te van a bajar". Tantas mujeres en este cochino mundo y tenía que gustarle esa. El treinta y uno había severa rumba en la cuadra pero yo estaba robando con Alicia, con tan mala suerte que la tomba nos pilló y nos encanó por una patecabra, nos metieron las veinticuatro. Al día siguiente cuando llegué al barrio vi la mamá de Wilfredo llorando. Cuando me contaron empecé a temblar, le había dicho que se cuidara pero no hizo caso, nada más decía que en el barrio confiaba mucho. Según me contaron después, el muy alzado se fue y le buscó problema al muchacho, se dieron bailaos pero ahí terminó la cosa. Sin embargo al rato volvieron los de San Martín enferrados, cogieron al chino a mansalva y lo dejaron tirado en el piso. A la pinta que me dijo que Willi día a formol lo agarré con un primo y le dimos una mano tenaz para que no fuera hijueputa. Donde me hubiera hablado con claridad y donde yo no hubiera estado en la cama por Dios que no lo dejo matar, lo cojo y lo encadena. Qué desgracia, la mamá lo encerró y el pelado se volvió loco, el hijuemadre se voló por una ventana y se fue directo a que lo mataran.

Se murió Wilfredo y en su tumba enterré también el rap, desde su muerte dejé de bailar. Después vinieron muertes tras muertes. A Wilfredo se le rengó con la muerte de un muchacho, los del barrio no se podían quedar con esa porque era un amigo muy apreciado. De modo que pescaron a un pelado de San Martín y lo bajaron. Después Robayo mató a Mahedxa de aquí y se vino venganza tras venganza. Se estaba preparando la cacería de Robayo, un pinta reáspero, pero se les adelantaron porque el muy bendito mató a una muchacha cuando la encontró con otro, le decían La Cromos, de una la bajó. El papá de la pelada se enloqueció y lo mató, quien lo creyera porque el Robayo era de esos gatos con muchas vidas. Lo habían intentado bajar muchas veces y nadie había podido. Esa vez cayó, había matado demasiado feo a la muchacha.

Tengo amigas de dieciséis años con dos o tres hijos. Se aterran de que yo no esté en las mismas, se preguntan cómo hice para loquiar tanto y no tener hijos. He sido loca, mucho y me gusta serlo, pero si voy a traer un hijo es para estarle con él, para darle ternura y no para dejárselo a mi mamá. Tengo claro que el día en que tenga un hijo es porque pienso cambiar, porque gocé mucho la juventud y voy a dedicarle la vida al crío. Ha sido mi pensado y será mi pensado. Cuando llegue el hijo se acabaron los parchecitos y el vicio, llegó la hora de trabajar y ser mamá. Ya no soy la misma de antes que me encendía con uno y otro, que chizaba a raimundo y todo el mundo. Una vez nos iban a atracar unos muchachos y me encendí con cinco, a todos les di parejo y se llevaron

su buena cruzada. Pero basta, dejé ya esa rutina de cascarle a cualquiera, me cansé de azotar porque antes, si alguien me miraba y no me gustaba, las llevaba enteritas.

Con mi familia y mi mamá la voy bien. Hasta hace poco supo que robaba, metía marihuana y era mala. Le llegaron con el chisme. Me creía un angelito porque en la calle era un diablo pero en la casa era otra, una chica decente que nunca decía "qué chimba y tal", sino "mamita está bonito". La verdad, empecé a salir de la casa porque mi mamá me daba muy duro, me castigaba como un caballo, me ponía el pie en la nuca y dele a la manguera hasta que se cansaba. Me cambiaba para que me diera pena salir, pero con una risca resolvía el problema porque no dejaba de salir a mi calle. Prácticamente mi vida la he vivido más en la calle que en la casa, lo máximo que estuve fue cuando pequeña hasta la muerte de mi papá. Desde ese entonces comenzó la loquera, iba de un rancho al otro pero nunca a la casa. En realidad nunca he vivido ahí, lo máximo fueron dos años a los dieciocho cuando me empecé a aplacar. Me castigaba muy feo, tengo resto de cicatrices en el cuerpo no de mis incontables peleas callejeras sino de las trillas de mi mamá. Durante siete años no fui a mi casa pa'nada, hablaba con mis hermanos por fuera, después volví dos meses y otra vez salía volando, me quedaba en la calle con mis amigos y si no en la casa de vecinos.

En Guacamayas y en la localidad me tenían pánico. Me daba pena producir ese miedo, porque me tenían era terror. Había muchachos que me veían y salían corriendo como un hijuemadre dizque porque viene Salomé. No era que yo fuera mala sino que la gente se encarga de decirlo, que mata y chiza sin piedad. La fama. Nunca he matado a alguien, sí he chuzado gente porque me tocaba, no tenía otra que hacerme sentir yo misma para que no me irrespetaran. Tocaba ganarse el respeto, no más, de ahí no pasaba.

Para nosotros un parche es como una reunión de amigos, hay comprensión. Para decidir las cosas toca ponerse de acuerdo hasta que todos estemos haciendo lo mismo. Eso sí, el sapo sale porque si uno hace sus vueltas de seguro le cae la policía. Dejamos la maña de estar robando en el barrio, nos vamos a otro lado. La repartición de los robos es siempre la misma, todos por igual así alguno sólo haya mirado. Si alguien tiene un problema lo cuenta en el parche y la gente le da consejos buenos y malos, porque uno es quien decide qué es bueno y qué es malo. La fuerza del parche es la amistad, me unen mis amigos. Hoy todavía el que llega de trabajar no falta, todos estamos en el parque por la noche. Tantas cosas que se hacen ahí, eso mantiene vivo y en unión, si uno se cae

todos tratamos de ayudarlo. Sinceramente el que lo deje morir a uno no es amigo de uno. Antes la entrada al parche no era fácil. Llegaba un desconocido y no se siente la misma confianza, de pronto viene a ponernos en bandeja. Uno piensa tantas cosas y entonces lo pitea, mira con quién habla y a dónde va a parar. Para entrar hay que ganarse la confianza que se crea en la medida en que el recién llegado pase las pruebas que le se van poniendo. En los ríos no tiene que participar, puede haber chicos sanos. Si uno se traba y el otro quiere probar se le da pero si insiste. Fume o no fume marihuana es la misma amistad.

Un parche se puede acabar por problemas, porque ya no se comprenden. No faltan las peleas entre el mismo parche, alguien hace algo malo y se la dan. Se va creando desintegración porque si este me trató mal pienso "qué va, qué amigo va a ser ese". Empiezan los chismes y vienen las peleas. Pero también puede terminarse porque se muere un amigo, uno le guarda un sentimiento especial y deja de ser la misma persona de antes. A mí se me muere un amigo y yo cambio totalmente, vienen muchos pensamientos y no se sabe para dónde coger. Ahorita el parche se acabó porque ya no queremos compartir, me voy con otra gente y les da rabia. Nunca hubo un jefe. Alguien dice vamos a hacer esto y se habla hasta que todos resultamos incluidos. Jamás que alguien de órdenes, el que quiera hace lo que quiera. Si la gente le tiene voluntad a uno lo llevan a robar, pero no porque nadie lo ordene. Antes sí había jefes impartiendo órdenes, pero hoy uno hace la liga y da lo que quiere. Es la voluntad que uno tenga. Hoy tampoco tenemos nombres, pero la gente los pone. Los tombo nos llamaban los "pipol" porque un día un chico escribió en una pared una P, una O y una L. Le dije que no lo hiciera porque nos boletaba con la tomba, así fue. En la calle me dicen que soy del parche de los Vikingos porque parcho en el parque de Guacamayas, que soy el jefe que manda a los chicos y les presta los fierros. No es así, todos nos mandamos, si alguno piensa algo y yo coincido nos integramos y vamos pa'lante. Antes se usaban los tatuajes pero nunca lo hemos hecho, es una reboletada. Me fascina y me voy a hacer una rosa con colores, pero eso no significa que todos tengan que hacérsela. A mí me nació y no más. Tampoco hacemos pactos de esos que para estar en un parche tiene que cortarse un dedo y unir la sangre. Lo vi en otros parches pero nunca lo hice. También lo hicieron dos amigas de la escuela, un compromiso de respeto y ayuda entre hermanas. Igual, nunca hacemos ritos satánicos. Hay gente que juega a la tabla pero no hemos participado en ritos de matar gatos o cosas por el estilo.

A veces hablamos de cosas del país. Nos tocó el tema de los soldados retenidos por la guerrilla porque tenemos amigos en el ejército. Entonces rezamos en la iglesia del Veinte, es una energía de todo el parche junto. Tenemos cosas malas pero también tenemos nuestras virtudes, por ejemplo un domingo rogamos por una persona que haya caído en desgracia. Nos encontramos en la mañana, vamos y rezamos, salimos de la iglesia y a robar, nos echamos la bendición y que Dios nos perdone porque con todos esos puestos no se puede perder la oportunidad. Uno ya es como deptómano, le hace falta robar. Son momentos ricos que se comparten, luego se recuerdan como una experiencia más en la vida. No es que seamos muy religiosos pero todos buscamos a Dios cuando necesitamos pedirle un favor. Vamos a misa, se pone la velita y se le ruega al Divino Niño con fe y energía. Otras veces se pide por amigos que han caído en el Redentor, o por la mamá y la salud de los hermanos, pueden ser muchas cosas. Yo iba mucho y aguantaba la misa porque muchos no la soportan. Toca tener fuerza de voluntad para escuchar al padre porque siempre empieza a echar vainas y a los muchachos los aburre, dicen que no se habla de Dios sino del vicio y el tatuaje. Entonces nos metemos pa'donde está el Divino Niño, esperamos a que termine la misa y nos quedamos una hora pidiéndole con devoción. No coloco altares y velas en mi casa pero todas las noches rezo la novena del Divino Niño de mi Confianza, me fascina, y también la del Ángel de mi Guarda. Son mis dos oraciones de noche, diariamente pido por la salud de mi mamá y mis hermanos, después por el parche y por último por la mía.

Todos tenemos cosas malas como buenas. Si alguien hace algo malo uno no lo tiene que hacer también, qué saco con ir y matar al presidente porque me nació, así como a él le nace matar indigentes. Uno le coge piedra al gobierno porque si nosotros tuviéramos talleres y trabajo, si me tuvieran todo el día ocupada, de seguro voy a querer estar encerrada compartiendo. Nos hemos esforzado por trabajar, los parceros se burlan de mí pero lo he hecho, estuve cinco meses camellando hasta que me cansé. Los parches igual se interesan en la organización comunitaria, si se ve seriedad uno también es serio. Si me pintan algo que veo que me va a ayudar y también va a favorecer a la gente doy el apoyo con lo poquito que pueda dar, pero lo hago con amor. Uno se encarreta con actividades comunitarias, por ejemplo un viaje o un paseo.

No se porque mi Dios intentó la muerte, desde que empezó con mi papá fue cuando supe que moríamos. Soñaba con él, soñaba que salía de un basurero y me decía "Salomé yo estoy aquí, no estoy muerto". Una noche vi su cara igualita en la pared, lo recordaba muy bien porque sólo tenía una foto suya de espalda y en

la sombra. Mi mamá dice que me parezco a él, en las manos y el cuerpo, en el color y hasta en lo habichuela. Siempre que se cumplen sus años de muerto me pongo algo de negro. La muerte de mi papá me desorganizó mucho, si él existiera quién sabe como sería ya. Pero llegó el día en que mi Diosito se lo quiso llevar, ese día mi vida cambió, cogió otro rumbo, ya no era la misma. La muerte de mi papá me marcó un camino, después la de Chucho y Ramiro también. Cambiaría si mi padre, Ramiro, Chucho y Willi hubieran muerto de muerte natural, creo que sí. No le agradezco a mi Dios que me haiga quitado a mi papá, pero a la vez pues rico, porque aprendí a luchar y salir adelante, aprendí a sobrevivir. Si él estuviera vivo yo lo turciera todo, pero como murió para tener algo he tenido que robar o hacer maldad. Es un esfuerzo que uno hace, sea malo o bueno, pero para mí es un esfuerzo.

El finadito Lalo era uno que veía ataúcks y decía "la nave espacial para ir al otro lado". Pensaba si será verdad que uno cambia de vida, qué pasa después de que uno muere y a dónde va. Para mí la muerte no me duele, me parece normal. Se que ese día tiene que llegar y lo espero con amor. A mí me amenazaban, me decían que me estaba buscando el F-2 o los rallas pa'matarme, que la limpieza me tenía en la mira. Yo andaba fresca, me nombraban la muerte y decía, "bueno, descanso de mis problemas, ninguno nacimos pa' semilla". Pero nunca me causaba miedo. Cuando me decían que me iban a matar me sentía feliz, no pensaba en nada malo sino en cuándo llegará ese día. Eso es lo que uno piensa.

Entonces no le tengo miedo a la muerte, es lo más lindo que manda mi Dios, es el momento en que se descansa de los problemas y el trajín, la mente se pone en blanco y no hay que volver a pensar en comer, en vestirse o en salir adelante. La muerte es algo bello, es como irse a descansar, como un sueño. No le tengo miedo y por eso me he expuesto hasta la locura. Del día en que me muera lo único que le digo a los amigos es que no me lleven ramos de flores sino cada uno una rosa. Me descarrié, cuando mi papá estaba vivo era juiciosa. Se murió y empecé a conocer amigos y a adquirir mañas. Soy una descarriada, no he hecho sino brincar de allí pa'llá. Es la vida, nada que hacer.

## CAPITULO 7

### EL PARCHE ES PARCHE

Parchar el territorio

Las hablas del pandillo son herméticas, se resisten a dejar penetrar cualquier elaboración discursiva ajena al relato de la puñalada y el enfrentamiento. La pobreza cultural les preside, una pobreza inevitable entre muchachos populares entregados al autismo. Ni tan siquiera el televisor les arroba –lo miran tanto como cualquier otro muchacho–, entregados más bien a protagonizar en vivo su propia película. El silencio y la estrechez cultural, con todo, no suprimen la presencia de una simbólica. Sus significantes iniciales son el <territorio> y el <parche>, en este capítulo los miraremos.

#### 1. De la calle al territorio

El pandillo expresa su afuera en la <calle>. En Aníbal está presente, no como una referencia cualquiera sino como un nudo estructurante del relato. Desde el comienzo aparece como espacio alterno frente al conflicto familiar y el abandono de los padres. Cuando su mamá no regresa de Curazao y el narrador imagina que los ha <abandonado igual que mi papá>, se presenta como antídoto contra el desamparo porque <entonces andaba en libertad en la calle>. Es un lugar cargado de tensiones, <la calle nos regala libertad pero también nos enseña el mal camino>. Igual en Salomé, la estadía en el correccional se vuelve insoportable porque <allá uno se siente desolado, atrapado de su libertad y con ganas de seguir esta vida de la calle>. Es la <vida de la calle>, donde es tan probable encontrar como perder, dignificarse como morir.

La pandilla se mimetiza frente a la operación de limpieza, pero ante la gente del barrio se expone ostentando su poderío. Para ello se apodera de la <calle>, allí es amo y señor

indiscutido. Como lo enuncia alguno, *<la calle es una cosa que les toca a los parceros resignarse, si les gusta el destino les gusta la calle>*. Es cierto, la *<calle>* es asunto de resignación y objeto de destino, el pandillo que se respete aprender a habitar ese lugar “vacío”: *<Un parcerero no se preocupa por nada, no más en el día, mañana Dios proveerá, al otro día si amanece bien. Viviendo en la calle uno no piensa en nada>*<sup>3</sup>. Difícil hallar mejores palabras para decirlo, *<un parcerero no se preocupa por nada ... al otro día si amanece bien>*.

La *<calle>* cambia la topología horizontal por otra vertical. No opone el abajo al arriba, como lo hace el *underground* con la imagen de un mundo bajo tierra, sino que polariza el afuera ante el adentro. En oposición al orden del “adentro” institucional, el “afuera” callejero aparece como un orificio suspendido en el espacio y el tiempo. A la pandilla no la hostigan las urgencias del reloj, *<viviendo en la calle uno no piensa en nada>*. Como lo expresa otro, *<estoy como estoy por andar en la calle, por buscar otro mundo, un mundo más artificial, más firme>*. Eso es la *<calle>*, una nata desgarrada entre las tensiones propias de los espacios de fuga, *<más artificial>* pero al mismo tiempo *<más firme>*. Por eso se le reviste de un sinnúmero de significaciones. Para uno en *<la calle se puede hacer lo que a uno le nace>*, para otro es *<la casa, donde aprende, donde da y le quitan. Ahí he tenido todo lo que en ninguna parte he tenido>*. Su importancia queda al abrigo de toda duda una vez asalta la consigna moderna, *<la calle es libertad>*<sup>4</sup>.

La *<calle>* es la parábola del adelgazamiento institucional que recorre la vida contemporánea, semantiza una vida joven hecha por fuera de la institución y sus codificaciones. Sin embargo su papel de referente cultural popular no se agota en el sentido que le da el pandillero. Lejos de ello, aparece también como corazón discursivo del rapero. Uno y otro fraternizan en la intensidad de su ruptura exasperada, pero el rapero la hace animado por la búsqueda de una palabra sobre el conflicto en la pobreza mientras el

---

<sup>3</sup> Sagrado, Neiva, p. 79.

<sup>4</sup> Gomelo, Neiva, p. 7; Rigo, Neiva, p. 15; Eliana, Neiva, p. 14. La misma frase está en Fercho, Neiva, p. 20.

pandillero la hace movido por la simple avidez de *<respeto>*<sup>5</sup>. En ambos casos la *<calle>* metaforiza el afuera, pero en cada uno apuntalada en direcciones opuestas: para el cantor rapero es asiento de injusticia y catapulta de rebelión, para el pandillero cuadrilátero del *<desmadre>* y geografía de la dominación.

En la oposición entre el pandillero y el rapero, en realidad, está en juego la conexión con una preciada significación del acervo cultural de los sectores populares: la *<comunidad>*, esa noción donde se mezclan tradiciones seculares y prácticas institucionales<sup>6</sup>. Pese a la hondura de la fragmentación social la noción de comunidad no desaparece de las hablas de la gran ciudad, se la usa en la barriada periférica en medio de la conversación cotidiana y la acción colectiva. Su importancia realza más todavía una vez se le intercambia de manera indiscriminada con el *<barrio>* pues, como lo formula un líder, *<es la sociedad inmediata>*. El *<barrio>* es, por decirlo así, la traducción urbana de la ancestral idea de *<comunidad>*, de donde ambas derivan en fuente de sentido y pertenencia. Alguno lo recuerda, *<el barrio es el lugar donde vivo, donde nací y me crié, es la gente que conozco y la gente me conoce>*<sup>7</sup>. Dentro del escueto lenguaje pandillero, el vínculo primordial brota del sitio donde se nace, se crece y se gana reconocimiento. Así como la primera identidad del ciudadano es su país de origen, la identidad originaria de la pandilla brota del barrio donde *<parcha>*. Sobre dicho estrato de la conciencia popular anida la porfiada permanencia en el barrio, ahí está el territorio que, por derecho propio, el pandillero se abroga y domina.

No obstante el vínculo del pandillo con la comunidad es problemático. Con frecuencia se le escucha decir que *<no robamos en el barrio, vamos por allá a otro lado>*. En ocasiones la máxima de cuidado con los vecinos se cumple. En tales casos deriva en agente protector, en especial cuando hace de custodio frente a las correrías de las pandillas de otros lados. *<Nosotros*

---

<sup>5</sup> Un testimonio rapero vertebrado por el discurso callejero en Perea (1999). En otro texto se trabajaron estos significados de la calle. Perea (2000a).

<sup>6</sup> Las juntas de acción comunal, una de las más potentes instituciones nacionales dada su extensión y arraigo, muestra bien la mezcla entre acervo cultural popular e intercambio formalizado entre el estado y la sociedad civil popular. El sentido de la *<comunidad>* se trabaja en Perea (2005).

<sup>7</sup> Oscar, Neiva, p.22; Caballo, Neiva, p. 12.

*mismos somos autodefensas porque defendemos el barrio cuando vienen a joderlo otros* >, dice un currambero. Con todo, los conflictos no desaparecen ni siquiera en los casos en que la pandilla hace de gendarme comunal. Puesto que es por definición un <parche>, su permanencia sostenida en la esquina, frente a la casa o la tienda, echa por tierra cualquier tentativa de armonía con las gentes de la vecindad. En este contexto de conflicto la comunidad se vuelve instrumental, <asi no sabotiamos a la gente pa'que no nos cojan la mala, porque hay más de uno que llevan cartas al DAS pa'desaparecer el parche>. Y para completar en la mayoría de los casos se infringe el enunciado de protección al barrio, despojan y violentan a los moradores del sector en particular cuando el <desmadre> se dispara con el <vicio>, por la guerra con otra pandilla o simplemente cegados por el alucine de su poder<sup>8</sup>.

La tensión es compleja. La pertenencia barrial es determinante, para el pandillero y para cualquier otro habitante del sector. En medio de enormes dificultades hasta los vecinos reconocen dicha condición, <cada uno tiene su territorio, si ellos vienen a parchar aquí la gente no los deja porque les echa la policía encima>. Ahí arde la "legitimidad" de la ley pandillera, en el <yo soy de ahí> invocado con frecuencia. La pertenencia a ese rincón del mundo confiere el derecho a habitar el barrio como se les antoje. Alguno lo dice de manera inmejorable, <uno ha vivido toda la vida en su casa y si los vecinos me quieren desplazar la antigüedad manda; entonces si se la quiero montar a un vecino se la monto de alegría. Yo soy de ahí>. La regla es contundente, <si se la quiero montar a un vecino se la monto de alegría>. Es más, no es si <quiero>, la norma pandillera sabe que al vecindario hay que montársela <de alegría>, su aplicación meticulosa provoca el terror, cimienta de su poder<sup>9</sup>.

La <comunidad> ve destruidas las coordenadas de la convivencia, <eran desechos, andaban por ahí de día y de noche. Violaban mujeres y se llevaban lo que sea. Eso produjo un terror enorme>. Lo que para el pandillero arma la justificación de su proceder, el <yo soy de ahí> y por lo tanto se la <monto> al que sea, significa para los vecinos el estallido del pacto sobre el que se funda la

<sup>8</sup> Gomelo, Neiva, p. 13; Sagrado, Neiva, p. 55.

<sup>9</sup> Balín, Neiva, p. 6; Mechete, Barranquilla, p. 14; Caballo, Neiva, p. 5;

vida comunal. Finalmente el <parcero> no es un extraño sino el hijo de un vecino, alguien desde siempre conocido y a quien se reclama lealtad. Un muchacho de Neiva lo enuncia con desparpajo, <nosotros no nos podemos ir del barrio pa' que los hijos de los vecinos no aprendan malos resabios>. En el fatal desencuentro germina el sinnúmero de anécdotas que atiborran el conflicto local: <Un día se metieron a una casa y violaron a una muchacha porque andaban armados. El hermano no dijo nada, se consiguió una escopeta y mató a uno de los tipos>. El <parcero> no deja de resentir el estigma, <nada más veía cuando los vecinos decían que era un vicioso, un no se qué. Me dolía>. Es inevitable, parado entre la gente y la pandilla enfrenta el dilema moral creado, de un lado por la pertenencia al <barrio> y de otro por el poder del grupo. Por lo general el dilema se resuelve con laxitud, el pandillo no renuncia al empeño de ganar <respeto>. <Como uno está en su mundo de la delincuencia más de un vecino se la quiere montar. Con un fierro uno se crece, cualquiera le dice algo, uno lo amenaza y todo el mundo callao><sup>10</sup>.

Como sucedió con la <calle>, el pandillo participa del signo comunal pero desde un horizonte opuesto. Su norte no es alguna imagen de la vida buena –como sucede entre los grupos comunitarios–, sino un territorio delimitado por la materialidad de estas y aquellas cuadras: el grupo manda de esta calle a la de más allá. La <calle> y el <barrio> se resemantizan, reducidos y achatados en el <territorio>. Aníbal lo enuncia, <cuando iba llegando a mi casa los negros estaban ahí, uno me llamó diciéndome 'estoy en tu territorio, si me pisas aquí te mato'>. La pandilla arma su identidad sobre un espacio geográfico circunscrito. El territorio se acota, no hay pandilla que no lo haga. Ahí se vuelve cuerpo su poder, tanto el vecindario como los enemigos conocen sus límites precisos. No hay una pauta fija, cada grupo busca su rincón, <los de allí tienen su plazoleta, los de esa calle en la esquina, los de acá en el billar>. Desde el <parche>, el lugar de encuentro y reunión, el señorío se extiende sobre un puñado de cuadras. Hace un tiempo eran espacios extensos, en ocasiones hasta barrios enteros, se dijo.

---

<sup>10</sup> La primera y la tercera frases son de un líder comunal, Francisco Yepes de Barranquilla, p. 16. La de la mitad y la última de Parcerito, Neiva, p. 22 y 10.

Ahora la fragmentación redujo las áreas susceptibles de control. <El territorio mío era como de cinco cuadras >, dice Aníbal pues, de este lado está otra pandilla y más allá la siguiente<sup>11</sup>.

La pandilla es local, una estructura de sentimiento construida sobre la adscripción a un territorio. La <calle> y la <comunidad>, dos valorados códigos del mundo popular, le sirven de caja de resonancia. La primera le presta su oposición al orden instituido, la segunda su sentido de inclusión y pertenencia. El pandillo, desde su pequeño imperio sobre un manojito de cuadras se posesiona de la <calle> y se abroga las prerrogativas de la <comunidad>. Una y otra, empero, se degradan al <territorio> dominado perdiendo toda conexión con algún espíritu público. La forma de habitar el territorio no deja lugar a nada distinto, la pandilla es un <parche>.

## 2. El parche

Entre la pandilla la noción de <parche> no tiene titubeos. No todos la emplean con igual intensidad, le hace competencia la de <banda>. Para el caso, en Barranquilla sus pandillos se definen mejor con la última. Empero, como se expuso, la banda describe un tipo de crimen y una inserción comunal por completo distintas a lo propio del <parche>. Algo similar ocurre con la <pandilla>, según un bogotano <pandillas no se llama casi acá, se les llama más bien parche><sup>12</sup>. Ciertamente, entre los pandilleros y sus cercanos la palabra <pandilla> es inusual<sup>13</sup>; entretanto acontece lo opuesto entre sus víctimas, siempre dispuestas a señalarlos. De los unos hacia los otros está en juego el poder del estigma, los primeros renuentes a reconocerse en él, los segundos empeñados en emplearlo para tomar revancha y exorcizar el miedo.

---

<sup>11</sup> Aníbal, Barranquilla, p. 8; Oso, Neiva, p. 35.

<sup>12</sup> Omar, Bogotá, p. 22.

<sup>13</sup> El nombre de las pandillas cambia de país a país: en Centroamérica se les llama maras y en México chavos banda. La noción de pandilla, por el contrario, se usa en el contexto internacional para generalizar la agrupación de jóvenes ligada al conflicto y la violencia. Por ello hemos adoptado el término pandilla.

Entretanto el término de <parche> corre con suerte distinta. Como giro nacido de las profundidades del universo pandillero se difunde entre los <parceros> a la manera de nudo de reconocimiento e identificación. No sólo entre ellos, hace parte del vocabulario de la jerga popular, del “parlache” y el “traqueñol”<sup>14</sup>. En Neiva y Bogotá no cabe duda, sus pandillas se designan como <parche>. La palabra ha venido a generalizarse para designar cualquier grupo en reunión. Pese a su difusión, no obstante, nadie la emplea como la pandilla, finalmente es su creación: el <parche> condensa un espíritu, describe un modo de asumir la vida y marca sin titubeos a quien será objeto de complicidad o, por el contrario, de ira y agresión. En labios de un bogotano, < aunque nunca se haya vuelto se lleva el recuerdo que se estuvo en un parche, eso se lleva por dentro >. Y un neivano lo lleva a los mejores términos: < Sí, el parche nunca se olvida, porque el parche es parche ><sup>15</sup>.

<El parche es parche>, es verdad. Denota al grupo mismo, sus integrantes y prácticas; se conjuga en el <parcharse> para referir la actividad de acudir al lugar de siempre y dejarse arrastrar por sus acontecimientos; se trastoca en el <parcero> para distinguir al amigo, al cercano digno de consideración y aprecio. Y por demás nombra el sitio de encuentro, el espacio físico donde se renueva la cita día por día, el corazón del territorio. Cargado de tales significaciones el <parche> no es un lugar cualquiera modificable de un momento para otro, es un punto fijo dotado con la certeza de que tarde o temprano los amigos estarán ahí parados esperando. Es frecuente que sea un lugar abierto escogido justamente por su centralidad; otras veces es un rincón apartado liberado de la mirada incómoda del vecino. Los primeros son los más corrientes siguiendo la norma del desafío, hacerse visible es parte del código pandillero. Empero las operaciones de limpieza moderan el espectáculo forzando el desplazamiento hacia sitios más discretos, al menos durante ciertos períodos de tiempo. En medio de esta variedad de motivos el espacio opera como justificación determinante: <parcharse> en un sitio significa una marca de dominio sobre un terreno cuyos confines, las más de las veces, están en permanente disputa. Desde allí está investido

<sup>14</sup> El parlache en Henao y Castañeda (2002). El traqueñol en Cajas (2004).

<sup>15</sup> Robin, Bogotá, p. 25; Mundano, Neiva, p. 22.

de poderosa fuerza, *<lo que tiene esa esquina para congregar a la gente, no se ... algo extraña. Es una fuerza porque yo sigo yendo y otros también>*<sup>16</sup>.

El *<parche>* designa entonces un modo de habitar la ciudad, es su significado más concluyente. El término pone en escena la pandilla, una vez enunciado todos saben que se pone de inmediato en juego: las cosas por hacer, los personajes al acecho, los enemigos blanco de la agresión sin compasiones. El *<parche>* es la metáfora de la pandilla, ella la imaginó, la enunció y no cesa de recrearla. El edicto es imperativo, quien desee reconocimiento y poder ha de parchar el territorio.

La metáfora es impecable. En efecto, atendiendo a su definición formal el parche es un "trozo de algún material pegado encima de un objeto, generalmente para tapar un agujero o rotura", enuncia el diccionario<sup>17</sup>. Eso es exactamente la pandilla, lo ilustran tres imágenes estrechamente conectadas. La primera, el parche es un "trozo de algún material pegado encima", esto es un pedazo que no hace parte del material original, un fragmento agregado; no obstante está cocido y apelmazado, ya hace parte del tejido al que se ha sobrepuesto. Los *<parceros>* lo mismo, son seres que habitan al margen de las demandas de la familia, la escuela y el trabajo pero sin embargo no abandonan el barrio: no ingresan en las rutinas de la vida corriente, arrastrados por el tiempo paralelo, pero permanecen "adheridos" a la esquina que nunca se abandona. *<Parchar>* significa pegarse, adosarse al pavimento pero habitando el afuera.

En la segunda imagen el parche es un "pegote, cosa que se añade a algo y desentona del resto", informa de nuevo el diccionario. Ciertamente un parche, hasta en la más refinada de sus elaboraciones, no deja de ser un superpuesto tosco imposible de ocultar. Como la pandilla, un "pegote" abandonado a la extravagancia de la desocupación, el conflicto y el goce, visible justo por su exceso. Sólo en tanto se torna notoria, sólo en la medida en que es

---

<sup>16</sup> Bernardo, Bogotá, p. 15; Herando, Bogotá, p. 12.

<sup>17</sup> Moliner (1992).

un parche, desata el pánico sobre el que cimenta su dominio. Para la tercera y última imagen el parche tiene como cometido “tapar un agujero o rotura”, obtura un hueco que de todos modos está ahí debajo, intocado e idéntico a sí mismo. La pandilla otro tanto, su ruptura devela el sin sentido de una época donde se desdibujan los registros del vínculo, el símbolo y el poder; y con todo jamás enuncia palabra alguna sobre su amarga ruptura. El pandillero, al igual que el parche, es hijo de un roto, del abismo que acosa la sociedad de la exclusión; no obstante carece de cualquier simbólica sobre su subversión extrema. Son el perfecto parche, denuncian un hueco que jamás será retejido e intervenido: no hacen nada por el roto de donde surge su rebelión, simplemente lo parasitan. Aparece en todo su realce la paradoja pandillera, su condición de protesta muda. De un lado frente a la urgencia del espacio público enmudecen, tal vínculo es un interrogante esquivo tratándose de sujetos entregados al éxtasis mundano. Con todo, del otro, son la más decidida subversión, los anarquistas de todos los tiempos envidiarían su ruptura sin medida.

La metáfora del <parche> completa el tiempo paralelo, sus tres imágenes lo confirman: se habita un afuera pero sin desconectarse del barrio, se ponen en escena como estrategia de poder, son una protesta muda. La pandilla no puede pasar desapercibida, está hecha para ser vista: <En el parche uno busca que me vieran parado en ésta esquina y tengo que hacer algo pa' que me cojan miedo><sup>18</sup>. De eso vive el pandillero, se alimenta de ser un franco espectáculo puesto que <uno busca que me vieran>. Ahí se congela el gesto <parero>, en la ansiosa necesidad de reconocimiento, de ser aceptado y visto, algo posible por el régimen de visibilidad que supone su macabra puesta en escena.

### 3. Territorio y mara

Desde finales de los años 20 del siglo XX la territorialidad ya se señala como primordio de la vida pandillera. Los estudios de la escuela de Chicago en los Estados Unidos lo observan,

---

<sup>18</sup> Robin, p. 32.

sin el dominio de una geografía circunscrita la *gang* pierde su fisonomía<sup>19</sup>. La historia latinoamericana lo confirma, el territorio es uno de los legados del gesto pandillero. En palabras de un muchacho mexicano “el barrio y la banda representan la unidad contra los de afuera”<sup>20</sup>. Como en Colombia, así las cosas, el territorio personifica una unidad construida mediante una oposición que se resuelve en el terreno de la fuerza. Los otros no son distintos, son igual jóvenes de los sectores populares, pero los distingue y transforma en antagónicos la pertenencia al territorio vecino. Como dice un cholo tapatío “mato por mi barrio y mi bato”. La consigna se repite en El Salvador, “el barrio es la razón por la cual no sólo se encuentra dispuesto a morir, sino también a matar”<sup>21</sup>.

La diáspora de las maras centroamericanas vuelve y comprueba la condición de la territorialidad. La persecución oficial de la que han sido objeto las obliga a migrar, se desplazan al norte asentándose en localidades de ambos lados de la frontera. Un reporte periodístico señala su existencia en cinco municipios de la región norte de Guatemala y en 10 del estado de Chiapas al sur de México<sup>22</sup>. La mitología del barrio se extravía, la movilización a otra ciudad cercena el nexo con el sitio en donde se nació o cuando menos se creció. Incluso, en oportunidades, los cabecillas de algunas maras se reúnen estimulando la identidad que les provee el tronco común de las maras Salvatrucha y 18 nacidas en su origen en la ciudad de Los Angeles. Como no acontece en otras naciones las pandillas de El Salvador, Guatemala y Honduras han creado redes de intercambio siguiendo la pertenencia a una u otra mara. No obstante todo indica que ni la movilidad ni los intercambios transnacionales suprimen el basamento de un territorio, a lo sumo lo moderan y resignifican. Los mareros desplazados a la frontera, una vez lo hacen en grupo, reaniman la imaginaria del territorio; se asientan en un lugar, se adueñan de la calle y de inmediato

---

<sup>19</sup> En 1927 Thrasher aparece como pionero de la relación entre banda y territorio. Reguillo (1991) y Feixa (1993).

<sup>20</sup> Valenzuela (1988, p. 80).

<sup>21</sup> Reguillo (1991, p. 22), Santacruz y Cruz (2001, p. 67).

<sup>22</sup> Reforma (abril 10 de 2005).

aceitan la máquina de terror. Alguno preso, interrogado por su violencia, con toda ingenuidad reclama “pero si se trata de nuestro territorio”<sup>23</sup>.

Algo similar ocurre con el <parche>, no porque se lo utilice en otras partes, es una expresión idiomática colombiana. En Centroamérica se emplea el término mara y en México se estila ahora el de banda. Con todo el término de mara, reconocido y usado por la mayoría de los pandilleros centroamericanos, realiza las mismas operaciones de sentido descritas para el <parche>. Durante los años 60 se proyectó en la región una película que, bajo el sugestivo título de La Marabunta, mostraba la capacidad destructiva de una especie de hormigas brasileñas conocidas con ese nombre. La noción ingresó al habla corriente evocando la acción devastadora de unos seres que se desplazan en masa devorando todo lo comestible que tenga la desfortuna de caer dentro de su campo visual. Como un apócope de la palabra marabunta, la adopción de la noción de mara para nombrar la pandilla resalta justo lo imprevisible de sus asaltos y la peligrosidad de sus ataques<sup>24</sup>. Como las hormigas el marero devora y destruye lo que salga a su paso. En México la banda hace lo mismo, quien pertenece a ella está marcado por la determinación de habitar el límite de la violencia y la criminalidad.

Los significantes de <territorio> y <parche>, con las adecuaciones del caso, parecen marcar un lenguaje de la pandilla en diversas geografías. En ellos el pandillero se reconoce en una forma de habitar un territorio. Su búsqueda desesperada será el respeto, el tema de nuestro siguiente capítulo.

---

<sup>23</sup> Mirar la novela de Ramírez (2004).

<sup>24</sup> Merino (1991, p. 112).

## CAPÍTULO 8

### SE MATAN POR TENERLO

El respeto

Los significantes anteriores aluden al espacio y la manera de habitarlo, apoderarse del <territorio> mediante el acto de convertirse en un <parche>. Pero, ¿que espera construir el pandillo, su logro máspreciado, ese que le da sentido a la operación de <parchearse>? La respuesta es el <respeto>, <por el que me esforzaba y muchos jóvenes de aquí se matan por tenerlo><sup>1</sup>. La carrera para alcanzarlo no conoce de impedimentos, no vacila ni ante el sagrado derecho de cada quien a sortear su propia cita con la muerte. Todo lo contrario, obtendrá pleno <respeto> aquel dispuesto a arrebatar la vida de quién sea. Será nuestro tema en este capítulo.

#### 1. Venganza y ofensa

No es fácil hallar las motivaciones del <parchero>, toca buscarlas como náufragos en el extenso mar de su lenguaje aventurero. Incluso la violencia, un acto que por fuerza compromete la determinación de quien la ejerce, oculta sus móviles tras cientos de razonamientos casuales. Claro, existen móviles con cierta estabilidad, la defensa del territorio una de ellas. No hay que recavar sobre ello, ya se sabe que ni los otros pasan por aquí ni los unos van por allá: <Se arma un parche adueñados de dos cuadras. Pero tiene sus problemas porque no solo ellos son los dueños del barria. Llega otro parche y se enfrentan>. No es el único, la venganza es otro móvil estable productor de violencia. Cualquier agravio propinado a un pandillo o su familia se cobra a buen recaudo, se trate de una humillación pequeña –una burla, un robo, una paliza-, o de la violencia letal de la muerte: <Si matan a algún parchero se

---

<sup>1</sup> Fredy, Bogotá, p. 2.

*venga*>. Lo trabajaremos, la retaliación entre pandillas puede no tener fin en especial cuando clama “reparación” la sangre de un <ocio>. <Se guarda el odio y se paga con muerte><sup>2</sup>.

Entre la territorialidad y la venganza descansa una porción de los propulsores violentos, ellos sintetizan la buena ley del <parbe>. Con todo están lejos de agotar el tema. Con mayor frecuencia el acto sangriento se conecta a circunstancias insignificantes. <La violencia se genera sola, son cuestiones más bien momentáneas, como del momento, lo que se está viviendo>, dice un bogotano. Aníbal lo expuso, <uno peleaba por nada, no se cuidaba de nada sino simplemente quería pelear>. El más nimio pretexto sirve de inductor, <uno está trabado y se ofende porque lo miran mal, entonces viene el problema>. Lo enuncia el fragmento origen de nuestro título, <el diño se quedó mirándome. Como uno mantiene ofendido, mantiene con el diablo adentro ... le pelé el yerro>. El gesto violento se degrada, lo dispara sin más el oscuro sentimiento cifrado en la crítica frase de <el man me ofendió>. La <ofensa>, infringida con tanta facilidad, activa una cadena de reacciones al término de la cual se deslien las palabras, <después del problema uno las piensa y dice "pero yo ni siquiera tenía nada que ver ahí, por qué me levantaron">. Todo parece confirmarlo, <en el barrio la violencia se causa sola><sup>3</sup>.

Hay más todavía. Una vez se sigue la cadena argumental que constituye la violencia en torno al territorio, la venganza y el turbio giro del <man me ofendió> se constata que los tres convergen en un centro de significación, una delgada pero consistente trama de sentido tejida en torno al <respeto>. Nadie mata con entera gratuidad. Hasta el joven sicario de los años 80 cumple su mortífera tarea justificado en el bienestar que recibirá su madre con la paga de su “oficio”. El morirá, nada importa; ella le recordará, razón suficiente para mitigar el sinsentido y la muerte. Lo mismo, los pandillos atizan su crueldad abrevando de la imagen dibujada por la búsqueda del <respeto>. Fue enunciado, <se matan por tenerlo>.

<sup>2</sup> Richard, Bogotá, p. 11; Rigo, Neiva, p. 10.

<sup>3</sup> Tico, Bogotá, p. 67; Omar, Bogotá, p. 27; Rigo, Neiva, p. 8; Tico, Bogotá, p. 67.

Entre los sectores populares el <respeto> es otra de esas nociones portadoras de un valor de enorme significación. Un cantor rapero lo dice, *<la gente hay que respetarla, si uno quiere respeto para sí mismo debe empezar por respetarse uno mismo y a los demás>*. El acto del respeto regla la convivencia comunitaria. Pone a cada individuo frente al Otro, a la necesidad de mirarlo y reconocerlo en su singularidad, al imperativo de no arrebatarse su derecho a la dignidad. En el reconocimiento del otro, además, el individuo se reconoce a sí mismo. De cuando en vez los pandilleros hacen uso de este sentido comunal del respeto, en particular cuando se pone en juego la condición femenina dentro del grupo. *<Como mujer estar en un parche va en el respeto que uno se logre ganar, si se hace respetar a los tipos les toca respetar>*, dijo Salomé; lo mismo se escucha en otros lados, *<primero que todo en el parche hay respeto con las mujeres>*<sup>4</sup>.

No obstante el <respeto> sufre la misma suerte de la <calles> y la <comunidad>, frente a la experiencia pandillera se mancilla y achata. El <respeto> demanda reconocimiento y cuidado a la condición del Otro. El pandillo se inscribe allí mismo, exige ser reconocido; mas la trasgresión invierte los signos hacia la imposición violenta, en sus manos la consideración y el cuidado se degradan en sumisión y sojuzgamiento. *<Somos los que más repartimos cuchillo, entonces no se meten con nosotros. Hemos ganado el respeto. Se va regando la murga y nadie se mete con uno>*. La reciprocidad que entraña el intercambio respetuoso entre iguales, pese a la distinta condición de saber o edad, lo trastocan en intercambio asimétrico y atrofiado: su <respeto> se construye sobre el despojo de los demás, se busca con desespero el reconocimiento pero se le edifica sobre el miedo. El enunciado no tiene grieta alguna, *<la única manera de ganarse el respeto es siendo caspa, si lo ven atracar aquí y estallar un fierro allá. De resto lo tratan como un bobo>*. Las metáforas se reciclan, el <respeto> se gana parchando el territorio y *<por eso surgen los malos, porque quieren ser reyes, reyes de una cuadra>*<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> Calvo, Neiva, p. 19-20.

<sup>5</sup> Sagrado, Neiva, p. 52; Richard, Bogotá, p. 30 y 18.

## 2. Hombre y malo

<... *quieren ser reyes*>, pierde importancia que sea de una cuadra, a fin de cuentas <rey>. Tal la consigna que atraviesa la búsqueda de reconocimiento, quien logra respeto lo hace a punta de trasgresión violenta. Toca esmerarse en el robo y el consumo, <*es buen ladrón, le jala a todo, a carros, casas y apartamentos; y mete bananos, revuelve marihuana con perico y bazuca. Por eso el chino se ha ganado el respeto*>. El brío en estas materias es determinante, pero es más decisivo el arrojo en la determinación violenta: <*A un pelao de esos no le da miedo de nada, ni de meter una puñalada o pegar un tiro. Son personas que se ganan el respeto*>. El <cartel> se construye a lo largo de una trayectoria atiborrada de <vueltas> riesgosas, droga desbordada, sangre derramada, mortíferos atentados ... El edicto es claro, <*para sobresalir en una pandilla toca probar peleando, si toca matar hacerlo, si toca frentearle al mismo compañero hacerlo. Si se gana el respeto puede ser el líder*>. Sobre tal dictamen el relato pandillero se plaga de anécdotas enrutadas todas a granjearse el respeto, <*lo cogí en una pierna y le estalle el fierro. Botaba puros cuajalones de sangre. Así fue que me gane el respeto*>. El corazón se envenena y se transforma el cuerpo, al pandillo lo cruza un rictus siniestro: <*Ver a ese chino es como verle la cara al diablo, por eso se ganó el respeto*<sup>6</sup>.

La tarea de meter <el diablo adentro> se labra con insistencia, en ningún momento se abandona el intento de ser <malo>. Aníbal lo cuenta, <*ya tenía fama de malo, la gente sabía que andaba de revolver haciendo desastres, me veían y salían corriendo*>. La popularidad empieza, es indispensable mantenerla: <*Porque siempre me han tratado como el más malo siempre he sido el malo. Me creo el más dañao, donde voya soy el malo*>. La pandilla vive de su emblema, <*los pelados entran a los parches por demostrarse quién es el más rudo, quién es el que hace más cosas*>. Con este cartabón la vida en el barrio se vuelve difícil de tramitar, <*la fuente principal de muerte y violencia es el pensamiento de ser malo*>. El término circula en lo local instituyendo una entidad reconocida y sancionada, buscada con ansiedad por unos y temida con rabia por otros: <*Lo que más odio del barrio son los malos. No le deseo la muerte a nadie pero por mí que vinieran esos rayas y los tumbaran*>. Los remordimientos ensombrecen la conciencia pero eso poco importa, frente al imperativo

<sup>6</sup> Oso, Neiva, p. 15 y 14; Balín, Neiva, p. 21; Parcerito, Neiva, p. 20; Oso, Neiva, p. 15.

del <respeto> nada cuenta: <Estoy con remordimiento, quitarle la vida a una persona no es normal. Uno lo hace porque sea nombrado y que digan "ese man es peligroso">.<sup>7</sup>

El <respeto> es la búsqueda última del <parcero>, nada diferente a la persecución rabiosa de reconocimiento. <Lo único que busca el parcero es reconocimiento>, dirán en uno y otro lado. Con ello la pandilla se conecta con una sentida necesidad contemporánea, la de ser aceptado y reconocido en una identidad. Como lo desean casi todos los movimientos de la contemporaneidad el <parcero> demanda visibilidad, con la particularidad de que sus medios violentos exigen reverencia y genuflexión. No soportan el anonimato y la indiferencia, saben que para salir de ellas deben convertirse con prontitud en <bombres>. Lo dicen de seguido, <De robado y matado, ya no soy un niño>. La identidad masculina tiene una vía expedita, la experiencia de la muerte confiere el título. Aníbal lo enuncia cuando se encuentra con una mujer mayor, <soy un niño con alma de hombre>. Difícil rebatirlo, un adolescente que avista el vértigo de la muerte abandona su condición, despedaza la candidez y se indigesta de poder<sup>8</sup>.

El pandillo se hace hombre de la mano del terror y la muerte. Un joven comunitario lo resume, los pandillos <se ganan el respeto de la gente no a las buenas sino a las malas. No es que ganen el respeto, se ganan el terror>. La pandilla se hace visible, su notoriedad depende de la capacidad de regar la turbación: <Eso de volverse el chacho tiene todo un significado. A uno le dicen le damos el arma y con ella usted pone la ley, el plomo ante todo>. Ahí se condensa la búsqueda, en el enunciado de <usted pone la ley>. Tal como lo hace el guerrero, el pandillo vive del <respeto> granjeado en la violencia; con la diferencia que el <parcero> no pretende cambiar el rumbo de las cosas, busca nada más manipular la realidad al arbitrio de sus impulsos. Tampoco lo signa alguna ley universal como sí lo persigue el héroe, únicamente ansía la implantación de la ley del parche y sus apetitos. Con esta armadura simbólica el pandillo se para pletórico en

<sup>7</sup> Mechete, Barranquilla, p. 3-4; Omar, Bogotá, p. 23; Richard, Bogotá, p. 33 y 26; Parcento, Neiva, p. 7.

<sup>8</sup> Omar, Bogotá, p. 18.

la esquina seguro de su enunciado primordial, <pertener a un ruedo significa respeto y poder. Es levantarse la reprensencia, que con una mirada un man se erice><sup>9</sup>.

### 3. Un universal

Como en Colombia, la narrativa pandillera mexicana está atravesada por el vector del <respeto>. En una de sus interminables historias de lucha uno dice, “como le di una putiza a ese guey mis compañeros me respetaban”. El reconocimiento tiene el mismo precio, el desfogue de la acción violenta y la capacidad de reducir al otro: “Para ellos era su ídolo, al darle en la madre al jefe de la banda es el respeto de todos”<sup>10</sup>. En Centroamérica aparecen con exactitud los mismos textos. Un hondureño afirma que “dentro de la mara he encontrado lo que quería y en el barrio he encontrado mucho respeto”. Un testimonio de El Salvador, por su parte, devela la tensión que se juega tras la frenética búsqueda del <respeto>. “... entre más violento, ‘macho’ y agresivo se muestre, más respeto se gana en el grupo. Muchos consideran que es mejor ser reputado como agresivo o violento que ser marginado e ignorado”<sup>11</sup>. La máxima colombiana se cumple en otras latitudes, los pandilleros viven enfrascados en el intento de tener reconocimiento. La pandilla lo pone a la mano, para alcanzarlo hay que ser violentos y <hombres>.

Todo indica que el <respeto> goza de amplia universalidad, por lo menos entre los parados al margen de la ley. La identidad que provee la reclaman grupos conflictivos de distinto corte. Lo describe el sugerente título de “En busca de respeto”, un texto sobre la vida de las barriadas marginadas en Los Angeles<sup>12</sup>. Los mafiosos de la droga neoyorkina tampoco prescinden de su evocación, “uno se va de panel al teléfono, y deja que le vean al fierrito. Si es una Browning de 18 tiros, uffff ... inspira respeto”<sup>13</sup>. La referencia parece tener larga historia. Un tipo potencial de bandido, por allá en el siglo XVIII y XIX, “consiste en los

<sup>9</sup> Rigo, Neiva, p. 4; Shacra, Bogotá, p. 6; Fredy, Bogotá, p. 45.

<sup>10</sup> Negro, Ciudad de México, p. 8 y 20. *Poder, conflicto e identidad*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

<sup>11</sup> Castro (2001, p. 278) y Santacruz y Cruz (2001, p. 66).

<sup>12</sup> Bourgois (1995). El título en inglés es *In search of respect. Selling crack in el barrio*.

<sup>13</sup> Cajas (2004, p. 22).

hombres que se niegan a asumir el papel social manso y pasivo del campesino sometido; los testarudos y recalcitrantes, los rebeldes individuales. Son, según frase familiar a los campesinos, ‘los que se hacen respetar’<sup>14</sup>.

El <respeto> cifra el sentido entre la pandilla, por eso <se matan por tenerlo>. Encarna la identidad de quien asume su individualidad plena, por encima de la adversidad, al parecer como precipitado de una vieja tradición incubada entre reductos contestatarios y criminales. En nuestro caso sus descifradores no tienen titubeo, el <parcero> a quien se prodiga respeto es aquel <hombre> dotado de la resolución de ser el <malo>. Un código de tal naturaleza se impone en un mundo donde la muerte se apoltrona en el corazón de la convivencia, es el punto que viene.

---

<sup>14</sup> Hobsbawm (2003, p. 51).

## CAPITULO 9

### SE MUERE CUALQUIER DIA

La muerte

Referentes seminales de la convivencia popular, en manos de la pandilla, se degradan en cruda gramática violenta: el <territorio> falsea la comunidad y el <respeto> se despoja de reciprocidad trasmutado en espanto y miedo. Con ello el pandillo justifica su parasitismo sobre el barrio. La trasgresión, no obstante, parece detenerse un instante toda vez que se aproxima la propia muerte; ante ella retorna al rito, lánguido y vacilante. Un momento después le echa encima el exceso –el entierro es un fiesta-, convirtiendo el acto en otra muestra de dominio. La <muerte> cruza la pandilla, la vertebra y organiza, es la única realidad donde la pandilla se desmorona y ritualiza.

#### 1. Compañera cercana

<Uno ve la muerte en varias partes, cualquier pirobo que me lleve la mala me estalla el fierro o me daría una puñalada><sup>1</sup>. Así es, entre estos muchachos <uno ve la muerte>. Se cuentan en más de un puñado los adversarios, casi todos letales. El <pirobo que me lleve la mala> puede venir del vecindario, de una rencilla con otra pandilla o de un vecino empeñado en cobrarse una <ofensa>, es posible que salte de la inquina de las operaciones de limpieza o del afán de orden de algún actor armado; es plausible, en fin, que provenga de la reyerta espontánea, la que se arma por costumbre en la fiesta o en un mal cruce de miradas. La <muerte> les camina próxima, mucho más cerca que al resto de mortales<sup>2</sup>. Los hábitos la arriman, en el robo tras la eventual reacción de los despojados, en el vicio con su erizado cóctel de ansia y

---

<sup>1</sup> Parcerito, Neiva, p. 23.

<sup>2</sup> Un sugerente texto sobre la muerte y la violencia en Blair (2004).

extravío de la conciencia. En la pandilla *<uno ve la muerte>*, el victimario y su arma asesina están en *<varias partes>*.

Está en juego la vida del *<partero>*, pero también el arrebató homicida de otro cualquiera. El adagio es sólido, *<si han de llorar en una casa que no sea en la mía, que sea en la de mis enerrigos>*. Con frecuencia se escucha decir, como lo hace Salomé, *<no tengo corazón para quitarle la vida a otra persona>*. En ocasiones el principio opera inhibiendo decisiones fatales como el porte de armas; sin embargo una vez adentro el régimen pandillero adelgaza más el frágil hilo que ata la vida a la muerte. En el mejor de los casos toca *<chuzar a más de uno>*, en el peor se empieza la macabra contabilidad de las veces que la mano firme degrada un cuerpo en cadáver. La primera vez se experimenta el terror propio del salto al imperio de la muerte. Es tan sólo esa vez, la primera; quien vuelve a apretar el gatillo comienza, por el contrario, a experimentar la sensación reconfortante que entraña el poder de manipular el sagrado principio de permanecer caminando en el mundo de los vivos. La mirada cambia. Quien mata ya no carga sólo su espectro, lleva a cuestas el de sus inmolados.

La muerte acecha, nunca cesa de hacerlo. Está invitada a la intimidad del *<parbe>*, convocada por la hazaña que cada quien tiene para contar. Los fragmentos circulan, *<quedé en medio de tremenda balacera. Mientras corría rezaba, los tiros sonaban, cada vez estaban más cerca. Lo último que recuerdo es que me caí sintiendo la muerte. El policía llegó, hizo dos tiros y luego salió corriendo. Cuando desperté habían pasado dos horas. No me vieron no se por qué, no sé si el mismo Dios me ayudó>*<sup>3</sup>. Relatos similares se escuchan de una a otra localidad en boca de los sobrevivientes, fugitivos de sus garras gracias a un milagro que *<el mismo Dios>* intercedió. Mientras más cercana se le tenga tanto mejor, la aventura palpando el frío de la muerte es digna de *<respeto>* y admiración. Se le manipula con desparpajo, llegando incluso hasta el rebusque económico del infame negocio del sicario. Sonrisa lo cuenta de Neiva, *<en la comuna hay gente que se presta para bajar gente>*.

---

<sup>3</sup> Moss, Bogotá, p. 36.

*<He visto matar a muchos, he visto matar amigos míos >*, la última exhalación los ronda cercana y vigilante. A diferencia del médico, quien por oficio también tienta la muerte, el pandillo carece del enmascaramiento de la enfermedad y la ciencia que protege al hospital. Está solo, acompañado apenas del grupo, forzado a convertirla en objeto de conversa y chiste. Cómo no hacerlo, la muerte con su enigmática carga se impone. Hablan con entera naturalidad del morir deseable por oposición a la mala muerte. Los espanta el sufrimiento, una emoción apenas natural. Con una particularidad, el miedo del pandillero no es la abstracta referencia a una enfermedad penosa sino la angustia de quien ha sufrido heridas y conoce el final de más de un cercano. A Sonrisa lo estremece la idea de quedar tirado exánime en la calle, atrapado en el más cruel de los desamparos: *<A veces pienso en mi muerte, por ahí anda la mano negra en pura moto y quedaría ahí tirado. Mejor uno morir muerto en la casa, no en la calle >*. Tienen sueños de situaciones riesgosas, adelantando el estremecimiento de una muerte próxima: *<Me he visto muerto ya. Estoy en un brinco y están dando bala, me van siguiendo y veo que el que me persigue viene encarnizado a darme bala >*. Aníbal lo expresa, *<a veces me imaginaba en el cajón, veía a mi familia alrededor llorando >*. La escena de pesadilla se cuenta en las tres ciudades. Se ansía entonces una muerte fulminante, liberada de una larga agonía. El arma de fuego la más segura vía, *<la muerte a bala casi no duele, duele más a cuchillo. A bala es un instantáneo, uno va corriendo y siente los quemones en la espalda, se le van las luces y cae. Así es la muerte >*. La peor de las muertes, la más estigmatizada socialmente, es para el *<parcero >* la alternativa deseable, *<el día que me muera que sea de un tiro en la cabeza, un solo dolor >*. Y como es lo propio del pandillero frente a todo acontecimiento, ni ante el último suspiro renuncia al envite sensualista: *<Me gustaría morir de un chuzonazo bien puesto o de un pepazo bien metido. Ojalá esté trabado, vería todo mejor. Uno debe pensar que está en un sueño, que está volando >*<sup>4</sup>.

## 2. El más allá

Luego del instante en que la vida cesa vienen los ritos de despedida, enterramiento y duelo. Presos de una familiaridad que debiera permanecer reservada sólo para quienes llegan a la

---

<sup>4</sup> Parcero, Neiva, p. 23; Furtivo, Barranquilla, p. 14; Mundano, Neiva, p. 77; Caballo, Neiva, p. 15.

vez o sufren los estragos de la enfermedad, los pandillos disponen un orden en sus exequias, manifiestan como desean su velorio y el cortejo fúnebre. En ciertos casos se limitan a reclamar un gesto dejando los demás trámites al gusto de familiares y *<parceros>*. Es el caso de Salomé, *<del día en que me muera lo único que le digo a los amigos es que no me lleven ramos de flores sino cada uno una rosa>*. Otros en cambio imaginan cada paso de la ceremonia. Para ellos piden la compañía de preciados objetos de valor personal, para los amigos reclaman la embriaguez hasta la locura: *<Como me gusta el fútbol quiero que todo el parche escriba los nombres en un balón y lo echen al ataúd, que hagan una rumba, metan marihuana y roben para que compren flores pa'dejármelas>*. La práctica de nombrar la muerte es un hábito, hasta los reacios no dejan de manifestar alguna intención: *<El velorio y el entierro es lo de menos porque uno se muere y ya. Siempre utilizo la gorra, quiero que me echen con ella>*. Y los recalcitrantes, pese a sus resistencias, le ponen palabra al innombrable de la muerte mediante advertencias hechas por adelantado: *<No le pongo misterio a como me entierren, le dije a mi mamá que hagan lo que quieran. Entiérrenme en una bolsa, en el patio o quémenme>*. El rito parece perder significado –para él, pues lo deja en manos de la mamá-, mas pese a su corta edad verbaliza lo que será una última voluntad<sup>5</sup>.

Tal trato cotidiano y natural con la muerte es tributario de corrientes en marcha, una que viene de antiguo entre los pobres y otra que surge entre los jóvenes actuales. Frente a la primera, la muerte mantiene una singular manera entre los sectores populares. A su gente la arrastra la falacia de la vida eterna prometida por el aparato médico, en últimas esa es una de las promesas altisonantes de la modernidad; pero, a un mismo tiempo, viven imbuidos de la conciencia de una muerte que acecha y asalta de repente, de seguro porque entre la pobreza el morir está más integrado a la vida. Entre una posición y la otra conservan algunas de las antiguas prácticas funerarias –extintas en otros segmentos sociales-, como el velorio de varios días en casa del difunto y el enterramiento de cuerpo entero en el cementerio. A la muerte la rodea una costosa burocracia que los sectores populares no pueden sufragar. Por ello un deceso convoca todavía a la comunidad, no sólo en el velorio y el duelo, también en

---

<sup>5</sup> Caballo, Neiva, p. 15; Mundano, Neiva, p. 77; Oso, Neiva, p. 46.

el pago de los gastos que por fuerza supone el enterramiento. La mezcla de tales solidaridades mantiene viva una parte de la condición pública que tuvo el morir en la antigüedad<sup>6</sup>.

Frente a la segunda corriente, la muerte se convirtió en tema privilegiado de expresiones de identidad juvenil como rockeros y góticos. Ambos la elevan a centro de enunciación de su estilo de vida, unos a través de la música y el gesto, otros mediante su ubicación en el corazón de las prácticas discursivas y el vestuario. Los pandilleros participan del éxtasis mortuario, pero entre unos y otros existen abismales diferencias. Los rockeros y los góticos la expresan plástica y ritualmente, los pandillos la manosean y desafían; los primeros le hablan, los segundos la vivencian como un conjuro real que produce una larga lista de *<finados>*.

Su visión es entonces descarnada. Sonrisa, un muchacho de apenas once años lo patentiza: *<No le tengo miedo a la muerte porque uno nació para morir, ¿o para qué más?>*. Otro lo acompasa, *<para morir nacimos>*. La frase hace parte de una ancestral sabiduría popular; con todo, de labios de un joven que ha trasegado el abismo de la sangre adquiere otro matiz. La muerte gana el estatuto de principio de realidad asumido como destino. El *<parte>* no ansía su muerte, todo lo contrario: *<En los parches más que el sentimiento de muerte es el sentimiento de matar. El pensamiento es matar para ser el malo, pero no para morir>*<sup>7</sup>. Sin embargo lo invade la certeza de la amenaza que se cierne sobre el grupo, caer asesinado es un evento más que probable. *<Estando en las bandas no pensaba, simplemente me muero y se acabó>*, sentenció Salomé. La muerte parece perder su carga, se convierte en un acontecimiento más de los tantos que arruma la vida. Otra vez Salomé lo refresca, *<se que ese día tiene que llegar y lo espero con amor. A mi me amenazaban, me decían que me estaban buscando los rallas pa'mutarre ... Yo andaba fresca, me nombraban la muerte y decía, "bueno, descanso de mis problemas, ninguno nacimos pa'semilla">*.

---

<sup>6</sup> Ariès (1992) denomina "la muerte invertida" al modo como se le asume en tiempos actuales: la muerte está suprimida bajo la máscara de la enfermedad, el cuerpo médico se la ha tomado y se le niega toda expresión pública (el velorio se hace fuera de la casa con asistencia de tan sólo los familiares y allegados, reprimiendo el duelo).

<sup>7</sup> Chapeto, p. 19; Richard, Bogotá, p. 25.

El terror con el que se arropó la muerte a partir del siglo XIX –más radicalizado aún en el XX con los prodigios científicos-<sup>8</sup>, pierde su densidad entre estos jóvenes. <No le tengo miedo a la muerte> se les escucha alegar a cada momento. Puede suceder en cualquier momento, el instante de su visita queda en manos de <mi Dios>. <La muerte de repente es algo que está ... no se, escrita Es como si Dios mandara ante eso>. Otro lo confirma no exento de nostalgia, <que lo maten a uno es lo más chanda, pero si Diosito quiere que uno se vaya joven pa'l otro lado pues listo><sup>9</sup>. El argumento expresa la racionalidad religiosa que intercede entre los designios divinos y la voluntad humana, exculpando la responsabilidad de cada quien sobre sus actos; Dios conserva su potestad sobre el destino del <parcero>, nada hace que se trate de un mundo donde el asesinato es tan factible como la risa. Y entonces, como todo lo que Dios toca con su áurea, la muerte adquiere su encanto como lugar de paso: <Cuando me decían que me iban a matar me sentía feliz, no pensaba sino en cuándo llegará ese día ... La muerte es lo más lindo que manda mi Dios ... la mente se pone en blanco y no hay que volver a pensar ... es algo bello, es como irse a descansar, como un sueño>, sentenció Salomé.

La vecindad de la muerte es notable. Detrás anida la conciencia de la pobreza y la tragedia, de la existencia mísera donde un mundo distinto es más que remoto e imposible. <La muerte camina con uno pa'riba y pa'bajo, de modo que es algo normal, para allá vamos todos>. Frente a la crudeza de la vida en el barrio popular flaquea la quimera de una vida prolongada en contra de la potestad de la muerte. No sólo eso, el discurso del más allá ganado a la medida de lo realizado aquí en la tierra, centro de la escatología cristiana, pierde espesor frente a la inclemencia de lo real. Alguno lo asegura categórico, <si acá no he estado en el cielo, qué peor me podrá esperar después de que muera>. Carece entonces de importancia si la muerte está más allá

---

<sup>8</sup> Hasta finales del siglo XVIII la muerte era esperada, “domada” dice Aries (1992): no era un evento inesperado y trágico; la gente la presentía y se preparaba, se despedía de los suyos rodeado de familiares y demás miembros del grupo comunitario. Luego el duelo se asumía como un dolor colectivo, un suceso que vulneraba a la comunidad como totalidad.

<sup>9</sup> Miguel, Bogotá, p. 39; Tico, Bogotá, p. 92.

o más acá, *<para morirse uno se muere cualquier día, entonces si tocó morirse en una pelea pues se muere>*<sup>10</sup>.

Por supuesto ni el pandillo ni el genetista clonador desentrañan el enigma de la muerte, ese innombrable que siempre será el vacío infinito. Finalmente ella es la más férrea disolución de la integridad del individuo<sup>11</sup>, ante su presencia todo queda concluido. Las cosmogonías de todos los tiempos encaran el dilema postulando la trascendencia del espíritu sobre el cuerpo. No obstante, puesto que el pandillo carece de afición sobre cualquier relato por fuera de su universo, no se entrega a tales digresiones metafísicas. En ciertas oportunidades apenas si se le escucha referir algo al respecto, *<hay mucha mitología, que después de la muerte hay otra vida. Creo que es un momento de descanso>*. Todo se reduce pues a eso, a la fantasmática del *<descanso>* y el *<sueño>*, una ancestral concepción del destino en el más allá<sup>12</sup>.

### 3. La muerte festiva

Pese a su breve enunciación sobre la sobre vida la muerte les deshace. El asesinato de *<pareros>* puede poner término al grupo o disuadir a más de uno de su permanencia en él. El *<parche>* de Salomé *<se desintegró después de que mataron a los finaditos Chudbo y Ramiro, que en paz descansan. ¡Qué duro nos dio esa muerte!>*. La caída de un *<parero>* recuerda la devastadora tarea de la muerte y siembra el turbador interrogante de quien será el próximo. Aníbal lo hace ver. Un día, ante la borrachera amorosa de su *<vale>*, le rechaza airado diciendo *<el bandido no tiene amigos>*, pasados unos días, cuando una pandilla enemiga le entierra veinte puñaladas, *<comencé a llorar, le rompí la ropa para meterle los dedos en las heridas, le chupaba la sangre ... Lo abracé y lo besé>*. Poco después la muerte del amigo le deja agonizante con una punzada de corazón: *<De camino a la funeraria no me hallaba ... no podía caminar. Estaba al frente pero no echaba ni pa'lante ni pa'tras, como si presintiera que me fueran a matar también>*.

<sup>10</sup> Gertrudis, Neiva, p. 23; Caballo, Neiva, p. 14; Omar, Bogotá, p. 8.

<sup>11</sup> Morin (1974) desarrolla su reflexión sobre la muerte respecto a la conciencia de la individualidad.

<sup>12</sup> Desde la más antigua visión cristiana los muertos duermen a la espera del juicio final. Aries (1992). Las frases son de Richard, Bogotá, p. 15; Marcela, Neiva, p. 33.

La muerte les convoca, es la única práctica capaz de ritualizarles. Al <parcero> que emprende su viaje sin retorno se le rinde el debido homenaje. Unas exequias fielmente cumplidas -excepto para quien fue un <faltón>, sellan el vínculo que anuda esta vida con la eternidad: mediante ellas se funda la memoria del amigo perdido. El <parce> que permanece vivo refrenda la solidaridad a la espera de que él reciba el mismo cuidado si le llega a tocar el turno. Durante un breve instante, transidos de dolor, los pandillos clausuran el tiempo paralelo. Entran al rito, a la comunión con los demás dolientes adoptando las usanzas funerarias. Con todo, la incorporación ritual se cumple bajo su ley, el <finadito> tiene familia pero ante todo es un <parcero>. la voluntad sobre la ceremonia del entierro en ocasiones se refiere a la familia, en cambio nunca se abstiene de mencionar al grupo: <Quisiera que me lleven serenata, que estén todas las muchachas y muchachos del parche><sup>13</sup>

El exceso se impone, fieles al rigor de la gramática pandillera: <Lo velaron en la esquina, fue bonito el entierro. Hubo parceros al piso, el chino era bien. Hubo ron, perico. A las cuatro lo enterraban, había mariachis y todo el mundo borracho. Cuando lo metieron al hueco se le tiró su baretito diciéndole 'métase su varillo en el cielo'>. Es el espíritu dominante en aquellos momentos. Como sucedía en tiempos pasados la muerte se convierte en acontecimiento público donde se manifestaba un dolor colectivo. <A los entierros vamos los ladrones. Hay gente sana que a veces va porque conoce la mamá>. la visita de la muerte le hace inella a un espíritu de cuerpo, el de la pandilla, el de <los ladrones>. La música suena estridente, desde el velorio hasta el momento en que se cierra la fosa. No faltan las tonadas predilectas del <parcero> y en los casos especiales, cuando es un <chino bien>, los mariachis lo acompañan hasta el cementerio. Todo el tiempo rueda el <vicio> con generosidad, a veces se roba <en honor al pelado> y para sostener el consumo, hacer la lápida, pagar los músicos y traerle flores<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> Eleonora, Neiva, p. 13.

<sup>14</sup> Mundano, Neiva, p. 76; Eleonora, Neiva, p. 13.

En el cementerio la ceremonia tiene mayor realce. Una calle de honor custodia el féretro hasta su último momento. La música reserva sus mejores notas, las flores llueven y se <sopla> duro mientras se le tiran las predilecciones a la fosa: <Si fumaba perico se le llevan tubos, si fumaba marihuana baretos, si fumaba bazuco papeletas, si metía bóxer tarros>. Luego vendrán las visitas al cementerio. Se reúne el <parche> y lo lunes, día de muertos, se limpia la tumba de maleza, se cambian las flores y se adentran en la renovación del pacto de lealtad. <Nos trabajamos en la tumba, ponemos el bareto en la cruz donde está la cabeza, se lo dejamos prendido hasta que se acabe y armamos el nuestra Para no olvidarlo><sup>15</sup>.

Con la muerte el pandillo se ritualiza, frente a ningún otro acontecimiento lo hace. Por un momento se incorpora a los flujos de la vida colectiva, ingresa en la liturgia popular y se ve arrastrado en el duelo que conmueve la comunidad. Pero una vez allí provoca la férrea trasgresión. Se apropia de una de las prácticas más densa y consistente de la cultura<sup>16</sup>, el ceremonial de la muerte, introduciendo los signos del tiempo paralelo. La repugnancia instituida por la ciencia con sus nociones de contaminación de la muerte se rechaza mediante la manipulación del cadáver, extraído del féretro para <tomarse fotos con los parceiros muertos, de recuerdo>. El ataúd se expone, a la vista de todos, desplazado por las calles del barrio en un desfile que hace del sitio de reunión la estación obligada, <Le cantamos cuando pasamos por el parche>. El pudor de una sociedad que separa con minucia la vida de la muerte se quiebra en el desenfreno, en ocasiones hasta <vallando el cajón, lo llenamos de grafitis de los que lo acompañaron en vida><sup>17</sup>. En fin, el recato forzado por la negación del duelo desaparece, trasmutando la muerte en acto festivo marcado por el desafuero.

La muerte es el rito <parero>. La iglesia desaparece, interviene nada más en la misa que tampoco falta. Pero todos saben que se trata de la muerte maldita del apuñaleado o acribillado en la acera de la esquina. Murió en la ley, se le despide en la ley. Toda sociedad designa quienes tramitarán el vínculo entre la vida y la muerte. El cura gestiona el nexos con

<sup>15</sup> Bernardo, Bogotá, p. 6; Mosco, Neiva, p. 32.

<sup>16</sup> Ariés (1992) muestra cómo algunas prácticas permanecen desde la antigüedad hasta el siglo XIX.

<sup>17</sup> Caballo, Neiva, p. 14; Pipo, Bogotá, p. 28.

la sobre vida, el médico alienta la vida, el soldado tiene la potestad de cegarla. Como hace con el almacén global de la cultura, el pandillo abomina de tales mediadores e invade la oscura frontera que parte los linderos de los dos reinos, el de este lado y el del más allá. La pandilla produce terror, la gente sabe que administra la violencia; el señorío sobre el rito funerario confirma su imperio sobre la muerte.

La inversión cultural del pandillo no tiene diques, *<uno se muere cualquier día>*. Lejos quedó el principio según el cual los hijos deben enterrar a sus padres: *<Cuando muera me gustaría tener mis proyectos hechos, proyectar bien mi casa y dejar mis cuchos acomodaditos>*<sup>18</sup>. Ya no son los viejos los que piensan cómo dejar a sus hijos cuando se marchen, son los jóvenes quienes ensueñan el futuro de sus progenitores. La muerte está cerca, siempre produce estremecimiento. *<Cambiaría si mi padre, Ramiro, Chucho y Willi hubieran muerto de muerte natural>*, ha dicho Salomé.

Frente a un orden simbólico donde la muerte ha sido desterrada y silenciada, recluida en evento entregado al hospital y el médico, la pandilla se la adueña maniobrándola como pieza insustituible de su poder. El *<parcero>* carece de palabra sobre su inversión, arrasa el orden colectivo en nombre de nada distinto a su deseo; pero ante el silencio de la muerte impone el alarido de su exceso.

---

<sup>18</sup> Balín, Neiva, p. 10.

## CAPITULO 10

### EL DOLOR ES PLACER

Deriva y deseo

Sobre el texto de la muerte y su entronización en la vida cotidiana los viejos significantes del <territorio>, el <parche> y el <respeto> se resignifican fundando la experiencia del desafuero. Pero también sobre el dominio de la <muerte> se proyecta la renovada trama de los catalizadores. La manipulación de la muerte permite el desborde del gesto, la autonomización de lo joven y la banalidad del crimen. La vida pierde valor a la breve edad de la adolescencia, en realidad se le socava su sentido como experiencia de construcción del mundo desde el horizonte del Otro. Todo ello se vuelve posible por la presencia del deseo, el emblema de la subjetividad contemporánea. Desde ese lugar la pandilla nos pone al tanto de las formas de articulación simbólica típicas del proyecto cultural de mercado. Es el problema en las páginas que vienen.

#### 1. Orden versus movimiento

La sociedad de mercado se realiza sobre la premisa de la revolución tecnológica de la comunicación. La transformación de las formas de procesamiento de información experimentada a lo largo de dos décadas y media, con un decisivo desempeño en la instauración del nuevo orden mundial, caracteriza el momento actual como la sociedad de la información<sup>1</sup>. El salto del mercado, en efecto, viene jalonado por una formidable metamorfosis en los modos de disposición simbólica siguiendo un doble proceso. De un lado generando una concepción distinta del individuo, ahora descifrado como sujeto de deseo. Del otro provocando un nuevo nexo entre los símbolos y las prácticas sociales

---

<sup>1</sup> La última obra de Castells se articula sobre este supuesto (1997 y 1998).

induciendo lo que denominaremos la deriva simbólica. Uno y otro aguardan detrás de la <muerte> pandillera.

Ambos procesos están atados al signo rector del mercado, la movilidad. El movimiento y la innovación hacen parte de los capitales fundadores de la modernidad, se piensa moderno aquello dotado de la capacidad de no permanecer estático y, en virtud del dinamismo, propiciar novedosas síntesis. No obstante, este movimiento y su creación permanecían subsumidas a la acción racional de un agente, fuera la magia inagotable del creador o la voluntad decidida de un pueblo. Ahora, de manera distinta, la movilidad sufre una doble fractura, primero se deslíe la condición teleológica del progreso, y segundo el sujeto motriz desaparece. Como consecuencia la movilidad se hace en la movilidad misma, desprovista de norte y sujeto. Los objetos y los acontecimientos se presentan investidos de movilidad en sí mismos, como si las tecnologías -y no las fuerzas sociales-, se bastaran para explicar el estado de cosas “natural” a la globalización. Se celebra la velocidad y la instantaneidad, los dos correlatos del imaginario de la movilidad, desembocando en la aclamación del fin de la historia y el no lugar, de la imposibilidad de ubicar el traslado planetario de capitales e identificar sus epicentros de poder<sup>2</sup>. El mundo parece destilar nomadismo.

La impronta de la movilidad en la esfera de la economía política es evidente, las mutaciones introducidas por los tres pilares de la globalización neoliberal lo patentizan<sup>3</sup>. En primer lugar respecto de la mano de obra, las reformas se encaminan a su incorporación en un mercado abierto de espaldas a la era de la ocupación estable y protegida del trabajo; las antiguas prerrogativas laborales chocan con la exigencia de una fuerza de trabajo disponible, de ahí el impulso a las reformas laboral y pensional, la flexibilización de los contratos de trabajo y la arremetida contra la organización de los

---

<sup>2</sup> Ianni (1999).

<sup>3</sup> Castells (1997), Saxe (1999), Flores y Mariña (1999).

trabajadores en sindicatos<sup>4</sup>. Después en relación con los capitales, la exigencia de la libertad de desplazamiento demanda el arrasamiento de los mecanismos de regulación monetaria; la supresión de las políticas de intervención económica abre las condiciones propicias a la movilidad de las empresas, como bien lo ejemplifica la maquila con su impredecible traslado de un rincón a otro del planeta. Finalmente en lo atinente al comercio internacional, su apertura definitiva se fija entre el cemento macizo de la erosión del estado nacional combinando medidas de privatización de los recursos estratégicos, imposición de los intereses de las entidades multilaterales y desquiciamiento de los símbolos con la máquina portentosa de las tecnologías de la información. Los términos en boga son indicativos: mercado abierto, fuerza de trabajo disponible, libre desplazamiento, flexibilización, no regulación, apertura. Se trata de estrategias distintas pero conectadas a un mismo nervio, el principio de la movilidad. El trabajo, el dinero y el estado se someten a la ley de la competencia que fija la racionalidad del movimiento de la mercancía.

Tales políticas de ajuste estructural –según las bautizaron sus mentores-, son acompañadas de un efecto decisivo sobre la estructuración de la sociedad, el imaginario de la movilidad reordena el lugar del individuo frente al todo social. El desasimiento que experimenta el ciudadano en relación con el trabajo y el estado nacional halla su encuadre en una matriz única de sentido: el mercado autorregulado despedaza la conexión con un orden colectivo objetivo, un orden que arde más allá del fuero individual pero al que, no obstante, cada ser humano se remite. En el pasado dicho orden permaneció como clave de edificación de los dispositivos colectivos. Desde el mundo griego hasta el liberalismo clásico, pasando por la era cristiana, se realzó la vitalidad del individuo –lo abordaremos más adelante-. En cada caso, por supuesto, bajo particulares enlaces culturales; los griegos lo invistieron de verdad interior, los cristianos de alma y los liberales clásicos de razón. Con todo, en los tres momentos tales “esencias” describen un orden objetivo sin

---

<sup>4</sup> Se hace otro tanto con la tierra, es preciso garantizar su integración en un mercado abierto. Es el caso de la reforma al artículo 27 de la constitución mexicana en la que se prohibía la mercantilización de las tierras ejidales.

el que ellas carecen de posibilidad de realización. La interioridad de los primeros tenía como referente la ciudad mientras el alma de los segundos permanecía coligada al reino divino. El liberalismo clásico, de su lado, concibió la agencia de la razón sobre la igualdad inscrita en la pertenencia a una totalidad incluyente. De un lado la nación sustituyó la fe religiosa instituyendo la nueva fuente de certeza a quien el individuo debe fidelidad y entrega; del otro la clase social, articulada en la esfera de la producción, conectó al ciudadano con la división del trabajo y las mediaciones que en la esfera pública configuran el poder.

En los tres casos el individuo pertenece, le antecede y determina un sujeto colectivo frente al que se debaten sus ímpetus y aspiraciones personales. Dicha condición es deshecha por el mercado. Ya no es factible alguna inclusión, los antiguos abrevaderos de identidad se deshacen: la cohesión en torno a la nación es disputada por numerosas fuentes de lealtad, la clase social no designa una segmentación transversal traducida en actores colectivos, la democracia y el partido político ven minada su capacidad de representación. En medio del naufragio la única certeza incommovible que se impone es el poder estólido del capital, ese que perdió la ligazón con el destino de la sociedad, engegucido como anda por las consignas de la inversión y el crecimiento: ni los efectos disolventes de más de dos décadas de ajuste neoliberal, como lo denuncia con creces Latinoamérica, logran imponer un cambio de rumbo capaz de colocar la sociedad y sus conflictos por encima del mercado y el afán de acumulación.

Las claves imaginarias, asumidas como lugares de producción de sentido, se trastocan: la globalización sustituye el orden por el movimiento, confiriéndole el estatuto de pieza generatriz del mercado. Lo reza un anuncio publicitario, “al llegar a donde quieres, descubrirás que puedes ir más lejos”. El enunciado, que bien puede ambientar una conseja a la inversión financiera, la invitación al consumo de dulces o la seducción para la compra de un vehículo, adquiere el lugar de máxima donde se prescribe el alfa y omega de la nueva subjetividad. Neutralizada la referencia semántica a la inclusión en un orden,

la publicidad -la más portentosa máquina del proyecto cultural en boga-, convoca al individuo del deseo a la aventura reconfortante de la movilidad sin fin.

## 2. Sujeto de deseo

Si en lo político el principio de la movilidad se traduce en las medidas de ajuste estructural, en lo cultural se desdobra en la exaltación del deseo. El sujeto del mercado no es el individuo constituido en el espacio público y la historia, es la persona recluida en el ámbito de lo privado y la esfera de su subjetividad. Dicho cambio opera sobre la inversión de los signos donde el sujeto se auto comprende. El emblema del movimiento sin fin no apela ya al reinado de la razón, debe hacerlo sobre una entidad difusa y deslocalizada: el deseo.

El pandillero es ilustrativo al respecto. El principal motivo de ingreso y permanencia en las maras salvadoreñas -anotan varios estudios-, es lo que sus miembros denominan “el vacil”, término del lenguaje popular que refiere la búsqueda de diversión y entretenimiento<sup>5</sup>. “A mi me gusta el vacil, nos metemos por eso”, dice alguien al igual que una buena parte de los mareros. Un enunciado igual se hace en Nicaragua, “un número significativo de jóvenes expresan haber entrado a las pandillas para divertirse”<sup>6</sup>. La misma justificación aparece en diversas expresiones mexicanas, el interrogante por la fuerza del grupo se traduce en deseo y gozo. “El desmadre me gusta y pus viéndolo bien no está mal”, dice el Boinas; “cualquier día me matan pero no me da miedo. Chale, cómo que me matan si la vida se hizo para cotorrearla”, asevera otro. El “cotorreo”, en el argot mexicano sinónimo de conversación y albureo (broma), aparece como principal motivo de reunión entre la banda<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 60 y 111). Lo mismo se encontró en el estudio cinco años antes de Homies Unidos y colaboradores (1998).

<sup>6</sup> Santacruz y Cruz (2001, p. 42) y Sosa y Rocha (2001, p. 374).

<sup>7</sup> García Robles (1987, p. 59 y 237), Castillo (1999, p. 90).

La consigna de la felicidad como ideal sublime de la vida buena aparece también con la modernidad. Es más, la consecución de los valores egoístas se sanciona como una fuente inalienable del logro del bien común. Asimismo, desde que despunta la condición joven se le asocia con la gratificación; la ausencia de responsabilidades –o por lo menos de su carga menor–, trastocan lo joven en tránsito de la vida sellada por el ansia de bienestar y placidez. No obstante la marca contemporánea del deseo, tal como la muestra desde la incuria el pandillero, ni se reduce a un ideal más, ni se embota en rasgo prototípico de la condición joven. Es más bien el horizonte de subjetivación en la que se aprehende y descifra el sujeto: desposeído de la referencia a un orden, el individuo del consumo se entrega a las coordenadas de la interioridad y el deseo.

El *<bandido>* lo sabe, conoce con minucia su lenguaje, la droga se lo enseña. *<El consumo era activo, todos los días todo el día, cada rato embalándose>*, se oye decir a cualquiera de sus representantes. No falta a la verdad, él *<embale>* se sostiene sin pausa pues *<al parche lo une principalmente la droga, ahí llegan todos a consumir>*. Robar y violentar son ingrediente insustituible de identidad, se dijo atrás; el consumo de droga, el *<vicio>* como se nombra, termina de encajar la trasgresión del *<parcero>*. Ciertamente atracar, agredir y consumir se retroalimentan de uno y mil modos. El consumo es imposible sin el robo, la adicción demanda dinero; y al revés, las *<ueltas>* exigen una estimulación corporal que neutralice el miedo y la torpeza. Como lo expresa uno, *<si no se roba no hay plata, si no hay plata no hay vicio, si no hay vicio no hay nada>*. Igual la violencia, cuando el éxtasis llega o cuando el cuerpo ya no aguanta intoxicado sobreviene lo impensado, *<mete y se vuelve un desastre, anda en problemas. Un día incendió una casa con todo adentro>*. El desvarío propio del robo y la violencia halla una clave en el nudo de sentido abierto por el *<vicio>*. *<Al meter la persona actúa sin pensar que lo van a herir, el dolor es placer>*<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Juan, Bogotá, p. 7; Gertrudis, Neiva, p. 13; Caballo, Neiva, p. 8; Pendenciaro, Barranquilla, p. 4; Marcela, Neiva, p. 15.

Las culturas de todos los tiempos le dan un lugar a la alteración de los estados de conciencia. Los rituales asociados a la celebración y al deshojamiento de la racionalidad renuevan pactos colectivos mediante el desfogue y la exploración de alternas conexiones con la realidad. Mientras la fiesta y el carnaval son desde siempre privilegiados circuitos de articulación cultural con la conciencia alterada y la inversión del orden social<sup>9</sup>, numerosos ritos asociados a la ingesta de sustancias se ligan a la adquisición de poderes curativos y la sabiduría para la conducción de la vida en comunidad. Lo ponen en evidencia rituales indígenas, hoy de nuevo en auge, así como las antiguas ceremonias de iniciación a la ciudadanía y la mayoría de edad entre los griegos<sup>10</sup>. En todos los casos se trata de prácticas tras la búsqueda de energías inaccesibles a los estados normales de conciencia: el psicotrópico conecta en distintas frecuencias el cuerpo, la sensibilidad y el espíritu, de cara a la captura de un poder incidente sobre la vida, sea la cura, la ciudadanía o la vida en comunidad.

El lema de *<si no hay ricio no hay nada>*, recién escuchado, se inserta en un régimen diferente. Toma lugar entre seres arrinconados en el tiempo paralelo, desvinculados de todo andamiaje social. Allí no hay rito alguno, sólo la manía reglada por el ritmo del consumo: *<El que llega prende y va pasando Al mediodía y la noche lo mismo La plata se junta para el fin de semana, se compra la botellita y se mezcla con coca y pepas>*<sup>11</sup>. Los conectores se han escabullido. El pandillo se entrega empujado por un arreglo cultural donde el artificio ritual es sacrificado a manos del consumo y su núcleo primordial, el deseo.

El individuo se llena de contenido, lo colma la gramática de la sensibilidad. El *<chogo>* lo enuncia con sus cientos de giros evocadores de placer. *<El bazuco es rico, se siente un olor deimba que le sube a uno y el pánico, es firme sentirse uno asustao>*, habla uno; *<me daba miedo, pero después me fue gustando y gustando y estoy como estoy>*, apoya otro. El universo de lo

---

<sup>9</sup> Bajtin (1995).

<sup>10</sup> Se le llamaba el rito eleusiano.

<sup>11</sup> Mechete, Barranquilla, p. 9.

sensible, antes sojuzgado por el mandato puritano de la religión y la urbanidad, ahora se desboca sin cauce. Los enunciados de lo <rico> y lo <chimba> trastornan la vida cotidiana, se apoltronan a la manera de preceptos dotados del poder de significar hacia nada distinto que no sean sus propias gramáticas: el raciocinio sobre el sentido de la acción se agota en el giro de <me gusta>. Allí palpita el conflicto de la droga en la sociedad contemporánea, en la millonaria publicidad embebida en convocar las resonancias del individuo y su cuerpo. Un <parcero> recorrido en las artes del extravío enuncia los términos de ese reino: <El pegante es un alucine, la bazuca un susto, la marihuana una alegría y el perico acción porque uno se vuelve ajisoso, sale a lo que sea. La marihuana porque uno esta aburrido, se fuma un baretto y se siente armonioso. Con el pegante uno ve ilusiones, ve que todo se le viene encima. Con la bazuca uno se siente asustao, si alguien se acerca se azara. La pepa es por si uno va a hacer algo hacerlo sin mente><sup>12</sup>.

<. si uno va a hacer algo hacerlo sin mente>. Entre el acto y el pensamiento se abre un abismo, es la disociación sobre la que opera el sujeto del deseo. Cada época crea las suyas, el cristianismo funcionó sobre el hiato entre el alma y el cuerpo, la primera forzada a doblegar la concupiscencia a fin de hallar liberación; el iluminismo opuso la razón a lo sensible, la verdad se construye mediante los dispositivos capaces de domar la subjetividad y la ilusión del sujeto. Hoy día la disociación hace su viraje hacia la mitología en torno al cuerpo y sus sensorios, en ellos descansa la lógica del <. si uno va a hacer algo hacerlo sin mente>. entre la acción y el sujeto conciente hay un mediador, un mundo de sensaciones descompuestas en <alucine>, <susto>, <alegría> y <acción>, cada una capaz de fundar un cosmos ilimitado de experiencia.

La pandilla, por supuesto, se para en el extremo; mas su exabrupto es la caricatura trágica del resorte cultural agenciado por el mercado y sus exegetas. Los términos de ilusión y sentimiento, con los que el pandillero lee su vivencia, ¿no son los mismos resortes que gobiernan el intento de traducir la experiencia en valor dinero? El pandillero cumple a

<sup>12</sup> Mayimbú, Barranquilla, p. 1; Solle, Neiva, p. 5; Parcero, Neiva, p. 7.

cabalidad el mandato lanzado por la valla publicitaria, el programa televisivo y el portal del internet. Se entrega al goce sin cortesía, cierto en que su actuación toma de la mano la perenne invitación al disfrute en que se embota el proyecto discursivo de la contemporaneidad. Desde el instante en que tantos y tantos pandillos cuentan lo mismo - como tantos otros adictos-, *<inicié fumando marihuana y después no me hacía, entonces cogí la perica y cuando no me hacía cogí el bazuco y ahí fue cuando me perdí>*, se impone la imagen de seres reverentes al eslogan maestro de “al llegar a donde quieres, descubrirás que puedes ir más lejos”.

De modo que una vez pulverizada la referencia a algún orden objetivo la movilidad como nueva fe se realiza, en el plano del significado, gracias a la exacerbación del deseo: el sujeto, desposeído de pertenencia, se consume en la volatilidad de la satisfacción y los sentidos. No hay meta posible, cada sensación remite a otra bajo la certeza de que, sin falta, “descubrirás que puedes ir más lejos”. La única vinculación que totaliza es la conexión al consumo, pues la realidad se remite sin cesar a otra realidad virtual. Todas las épocas viven igual de un mundo lejano pero alcanzable mediante la acción del sujeto, en el cristianismo el reino de dios y en el iluminismo una vida pletórica de progreso. La del consumo, entonces, es la sensación de palpar eso en que ahora sí “te sentirás único”, “los demás te admirarán” o “hallarás tu verdad”. Lo real se construye como un calidoscopio de sensaciones por explorar, cada una conectada a la del lado apenas por los lánguidos lazos que la biografía personal del individuo logra establecer. La aventura del sensorio asciende a impronta de la subjetividad.

En la pandilla es contundente, *<estoy en el grupo por la plata, también por la alegría, la mamiadera de gallo y el wicile, ahí tomando y bailando>*. El vicio, el robo y la violencia adquieren una racionalidad, la que propone la gramática del vértigo, un vitoreado operador de sentido del proyecto cultural en marcha: *<Probar el vértigo es sentir la sensación de estar al borde de algo, sentir que lo persigue la tumba, sentir la sensación de peligro. Siempre me ha gustado sentirme al borde de algo pero sin tocar>*. Se trata de morder la manzana prohibida, con desfachatez y frialdad,

provocando la intensa experiencia de pérdida de dominio de sí mismo y de borrachera reconfortante. Lo anuncia uno a propósito de una de sus tantas proximidades con la muerte, *<empezaron a echar bala y todos al suelo, uno siente la muerte encima. Pero uno se siente hasta contento>*. El éxtasis vibra en el cuerpo con la química de la alerta generalizada, *<desde pequeños escuchan hablar de robos y armas, cuando tienen trece años quieren conocer cuál es el cuento de dar una puñalada, de sentir la adrenalina de una pelea>*. No se trata de un episodio casual, por lo contrario la verdad primordial del *<parche>* es el arrebató permanente: *<En cualquier momento llega otro y los mata, si uno está ahí tiene que estar alerta de que no lo vayan a matar>*<sup>13</sup>.

### 3. Deriva simbólica

Naturalmente el encierro del sujeto en el deseo se produce sobre el desquiciamiento de los símbolos, el segundo proceso evocado bajo el nombre de la deriva. El triunfo del mercado es la sociedad sin rito. Cada cual puede emprender los suyos, sin duda. La nota característica, sin embargo, es la disolución de dispositivos culturales encargados de conectar las prácticas y los símbolos con un orden constituido más allá del sujeto, otro que no sea la supremacía del capital y sus inversiones. El mercado no convoca nada distinto de sí mismo, no evoca un horizonte imaginario donde ensoñar una sociedad alternativa de cara a la justicia y la igualdad. Por eso la era del consumo vive sin metarelato y sin rito.

El rito, como lugar de refrendación de energías colectivas, demanda un anclaje de los símbolos, esto es, el sentido puesto en juego por el artificio ritual se mantiene conectado a un conjunto de prácticas de la vida colectiva. El símbolo brota ahí mismo, quienes lo activan ponen la experiencia grupal bajo su cobijo y, como consecuencia, saben que es posible leer una porción de la existencia en él. El potencial de resistencia del Zapatismo mexicano y de los Sin Tierra brasileros dormita ahí, en la renuncia a despojar la vivencia colectiva de sus símbolos y del poder que ellos conectan. Eso los hace una subversión,

<sup>13</sup> Mechete, Barranquilla, p. 10; Iván, Bogotá, p. 7; Richard, Bogotá, p. 29; Omar, Bogotá, p. 23.

deshacen el principio primordial del consumo según el cual los símbolos deben perder su anclaje para encaramarse en las autopistas deslocalizadas de información e intercambio.

La expansión planetaria de los signos no es nueva. Desde hace tiempo circulan de un espacio a otro dando lugar a expansiones y amalgamas, con claridad lo hacen desde cuando comenzó la internacionalización del capital a mediados del milenio pasado. La historia del capitalismo, y el trasfondo colonial sobre el que discurre, caminan sobre la destrucción de las culturas sojuzgadas, de sus idiomas y mitologías. En su lugar imponen las escatologías del catolicismo triunfante, legitimadas en la supuesta superioridad de la civilización europea sobre las colonias de ultramar. El eurocentrismo se riega dando lugar a los más variados sincretismos<sup>14</sup>. El destino de Latinoamérica está marcado por su condición de vasallaje cultural desde el momento mismo en que fue inscrito en los circuitos mercantiles en expansión; se le impone una visión transnacional, la sincronía de sus revoluciones independentistas a comienzos del siglo XIX muestra bien el talante de la articulación global. El ideario de la revolución francesa, una construcción europea, preside la insurrección de la periferia<sup>15</sup>. Las simbólicas circulan, se mueven de un territorio a otro dotadas de la capacidad de subvertir órdenes sociales, mientras el empuje del capital se verifica sobre el trabajo esclavo de las colonias y no sólo sobre la industria y la clase obrera de las naciones desarrolladas -como lo ha hecho ver el relato oficial-<sup>16</sup>.

La situación se prolonga hasta finales del siglo XX. El estado nación fija el contexto de articulación del signo con las prácticas sociales, el símbolo habla desde el territorio y sus sentidos permanecen conectados a una corporeidad social definida. La experiencia del espacio permanece atada al cuerpo y sus masas, a sus interacciones y desplazamientos<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> El texto de Gruzinsky (1991) explora las sinuosidades de este choque en el caso de la civilización azteca en México.

<sup>15</sup> Ya en ese momento un medio de comunicación, la imprenta, desempeñó su papel en la quiebra de fronteras a fin de conectar a seres humanos lejanos en el tiempo y la distancia. Benedic Anderson (1993) lo muestra en la temprana aparición de la nación en el continente americano.

<sup>16</sup> Coronil (2000).

<sup>17</sup> Bauman (1999).

En el territorio el símbolo tiene cuerpo, se instituye en el intercambio con seres cuya referencia se construye sobre una corporalidad. La “comunidad políticamente imaginada” remite a un espacio delimitado dentro del que habitan la nación y su soberanía.

De modo distinto, la reciente explosión de las tecnologías de la comunicación y sus correspondientes agencias de poder crean una situación inédita. El mercado, que ve en la raíz y la densidad un tropiezo para el propulsor de la movilidad, fractura las conexiones entre símbolo y territorio. Las tecnologías de la comunicación crean la condición de posibilidad, el consumo y la ley imperial que le precede traducen la fractura en nueva realidad del poder. Con la hegemonía de la movilidad, hecha trizas toda pertenencia, las masas simbólicas pierden su condición de contigüidad<sup>18</sup> y, como resultado, su referencia al cuerpo social. Subidas a los aparatos de comunicación se trasmutan en información que encuentra su legitimidad en sí mismas, en la simple condición de ser procesamiento de información. La deriva se impone, los símbolos se desarraigan de su inscripción en la historia y el pasado colectivo, las temporalidades se entremezclan ajenas a todo orden sustrayendo al símbolo su densidad. La imagen se mueve sin cesar, se desplaza de una época a la de más allá en el intento de extraer algún valor, leve y errática.

El símbolo pierde su materialidad, la sustituye la movilidad. Salido de sus contextos “naturales” se trepa en la avalancha de significantes de la comunicación mundializada, perdiendo su correspondencia con algún nicho cultural particular. La televisión, el pequeño pero inclemente aparato que implantó la lógica del mercado en la intimidad, funciona sobre la exhibición de símbolos que, movilizados entre la simultaneidad y la ininterrupción, se presentan indiferentes, mezclados de manera caprichosa según las lógicas del programador y la necesidad de producir la sensación en el espectador. Los

---

<sup>18</sup> Castells (1998).

signos, arrancados de la experiencia social donde fueron constituidos se adelgazan y volatilizan.

Puesto que el símbolo no es sino traducción de prácticas sociales, su pérdida de materialidad implica la separación de las relaciones sociales de sus contextos locales para ser estructuradas en relaciones distantes en el tiempo y la distancia. Es el desanclaje<sup>19</sup>. La experiencia de construcción de la identidad deja de producirse entre ámbitos equivalentes ligados entre sí por narrativas totalizadoras, como aconteció con el predominio de un ideario político dotado de la capacidad de articular la economía, la vida familiar y la formación educativa. Sólo así se explica que los jóvenes puedan ser pandilleros en este rincón de aquí o en el de más allá, en la nación industrializada y el país empobrecido. El nexo entre identidad y práctica se adelgaza, su deriva en la cadena global produce un sujeto desarraigado que no termina de ser contenido en ningún lugar. En realidad pertenece a muchos y no es de ninguno, compelido entonces al ensamble del sentido a partir de su travesía por la creciente informatización de la sociedad. El rasgo cultural característico de la contemporaneidad es el individuo entregado a armar sus propias síntesis simbólicas: la fractura entre identidad y práctica ahonda la pérdida del contenido social de la experiencia. Es la deriva simbólica.

Sin embargo el símbolo retorna a un cuerpo. Claro ya no al social, sí al del individuo. Los pandilleros lo muestran, ante la deriva simbólica se encierran en la jaula estrecha de su corporalidad. Es el drama del adicto, el sojuzgamiento de la voluntad y el deseo a las órdenes del sensorio y sus modulaciones. El pandillo y el consumidor simplemente muestran hasta el patetismo cómo las nuevas formas de disposición simbólica le entregan todo al individuo. La importancia que el pandillo le confiere al <respeto> es eso, un radical auto centramiento. La urgencia de sentido carece de algún orden de referencia, el capital afirma soberbio que nada hay por decir en torno a la vida buena: cada quien la hace, el orden político nada más dispone los resortes de su construcción. Los símbolos

---

<sup>19</sup> Giddens (1997, p. 32).

se desquician, el <parcero> tiene razón con su consigna, <el dolor es placer>, de allí que convierta la <muerte> en su pivote terminal de sentido. La vida como proyecto pierde relevancia, nada la vertebra y por tanto el sentido camina en cualquier dirección. El <parce> encuentra una respuesta, la criminalidad y su ofrecimiento de goce a manos llenas están ahí, hasta le permiten la posibilidad de administrar la vida y la muerte.

La deriva se vende como libertad, cada quien decide lo que mejor le convenga. Ganan terreno los lenguajes de la interioridad puestos en marcha sobre la vivencia: si los símbolos se desperdigan el saber se adquiere en el acto mismo de experimentar la vida. Los <parceros> lo dicen, son <hombres maduros> sencillamente por que en el haber de sus anécdotas se cuenta el acto de matar y violentar. Es el reino de la identidad narrativa, cada persona la construye dentro de los límites de la biografía personal<sup>20</sup>. Ello exige una interioridad, un yo mismo construido como un ser singular e irrepetible. La persona se compromete en la exploración de su interioridad, para ello acoge las simbólicas que aparecen en el recorrido de su trayectoria individual. El consumo se erige como matriz colectiva, mercancía e individuo se complementan como dos caras de una misma realidad. Al flujo incesante de las primeras le corresponde el sujeto insaciable del deseo, conectados por la operación de sentido introducida por el individuo libre que decide y compra. Desde su lado sublime tal individuo se convierte en el sujeto comprometido en la auto realización personal<sup>21</sup>, desde su lado prosaico se traduce en la persona que consume gratificando el impulso y la necesidad. La pandilla el más excelso ejemplo de la segunda posibilidad. La publicidad lo repite sin descanso, posesionada de su papel de alma rectora del mercado invita a la gratificación sin medida partiendo de una verdad sencilla: el objeto que se consume y la identidad se funden.

La atadura social tambalea frente a la inagotable búsqueda de satisfacción del ejército de impulsos del individuo, ahora desbocados por la seductora invitación del sensualismo.

---

<sup>20</sup> Ricoeur (1996).

<sup>21</sup> Como lo muestra la explosión de las terapias alternativas y las búsquedas espirituales hoy en boga.

Lo público se degrada, ahogado entre los apetitos privados de individuos cuyas trayectorias se ufanan de prescindir de lo social, reduciendo la sociedad a mera oportunidad abierta a aquel que sepa aprovechar y explotar la oportunidad. Detrás respira, prepotente, el mito del individuo explayado en el deseo, consigna central de la ramplona pero eficiente ideología del mercado. Ahí anida la clave de la dominación actual, en su rapacidad para aprovechar la abstracción de lo social propia de la globalización, trastocándola, en la esfera económica en beneficio del gran capital, en el plano político en desprecio de la sociedad y lo público, en la dimensión cultural en mitologización del individuo sensorial.

Es la paradoja del símbolo que conmueve la sociedad actual, la multiplicidad sin límites de los signos coexiste con el más profundo vacío de sentido. Nunca antes los símbolos tuvieron tal grado de disponibilidad, circulantes por miles en la incesante parafernalia de los medios de comunicación; no obstante, nunca como ahora se vivió una carencia tan pronunciada de proyección y horizonte compartido. Cualquier rumbo vital enfrenta la invasión de la aplastante oferta simbólica lanzada por la publicidad callejera y el televisor. El sentido se devalúa, al signo se le mutila su contexto. Los símbolos corren de un lado para otro, se les adorna y rediseña como muestra con exceso la televisión. En el periplo de su manipulación han perdido la capacidad de comunicar una experiencia colectiva. Es la condición de su existencia mediática y globalizada, reducirse a evocación fragmentaria de una narración instantánea. El pandillo lo encarna, en la deificación del deseo no tiene empacho en volverse un <parabe> que domina el <territorio> sobre los textos del <respeto> y la <muerte>.

**CUARTA PARTE**  
**VINCULO Y DESOCIALIZACION**

El cuadro descrito para el símbolo trae el siguiente interrogante. ¿Cómo es el vínculo social del pandillero? La tentativa de respuesta supone, primero la mirada sobre la conexión de estos jóvenes con las instancias de socialización -ante todo con las básicas de la familia, la escuela y el trabajo-; y segundo la consideración de la vida interna del grupo, sus ritos y jerarquías, sus solidaridades y conflictos. A primera vista la conclusión resulta obvia, el pandillo rompe con las mediaciones y se entrega de bruces al grupo. No obstante la revisión atenta arroja una realidad con matices: en medio de la tenaz pertenencia que entraña el <parche> el pandillero no deja de ser un exponente de la individualidad contemporánea. No cabe duda, el grupo representa identidad e intercambio afectivo; mas la trasgresión, la armadura simbólica del <respeto> y la cercanía de la <muerte> rompen la ilusión de la pandilla como el espacio de la compañía y el afecto.

Es preciso, pues, explorar con detalle el vínculo pandillero. En el capítulo 11 nos ocupamos de la familia, de la que provienen y la que arman una vez hacen vida de pareja. En el que sigue elaboramos la radiografía de la escuela y el trabajo. Luego incursionamos en la vida interna del grupo abriendo la caja de Pandora de sus reglas y comportamientos. Una vez cumplido este desplazamiento el capítulo 14 -lo mismo que en la Parte anterior-, emprende un vuelo explicativo encaminado a dar cuenta del vínculo pandillero en sus conexiones con la sociedad del mercado y el consumo.

## CAPITULO 11

### EL PARCE NO TIENE CORAZON

Familia y pareja

*<Tantos problemas que pasa uno en la calle>*, dice Salomé a propósito de una de sus tantas peripecias. Como en Aníbal la calle ofrece aquello que la casa niega, en el costeño revolviendo el abandono de papá y la ausencia de mamá, en la bogotana mezclando la temprana muerte del padre y la dura violencia de la madre. *<Empecé a salir de la casa porque mi mamá me daba muy duro {pero} no dejaba de salir a mi calle>*. Ambos, en medio de una dolida constelación familiar, terminan arrojados al no dicho callejero. Para nuestra pandillera es concluyente, *<prácticamente me crié con los escorpiones>*, agregando palabras adelante *<esa gente me acompañó a crecer>*. Familia y pandilla se oponen, la una choca con la otra puesto que están en juego lógicas cuyas dinámicas no pueden ser sino antagónicas.

#### 1. La familia

El pandillero revienta el pacto de convivencia con la familia, se tranza en amargo conflicto con parientes y cercanos. Su permanencia en el barrio, nervio de su poder, le impide abandonar la casa. Asumir una vida independiente no es un hábito entre los jóvenes, menos entre los pandilleros. En un comienzo se logra mantener en secreto la vida pandillera, una y otra forma de encubrimiento lo permiten. *<Mi mamá tenía un concepto diferente de mí, como un niño normal que estudiaba y trabajaba, un niño juicioso>*. Salomé narra lo mismo, *<hasta hace poco supo que robaba ... me creía un angelito porque en la calle era un diablo pero en la casa era otra>*. No obstante más tarde o más temprano la situación se vuelve insostenible, la estancia en el *<parche>* desemboca en fricciones insuperables. El consumo de droga deja huellas indelebles, una vez adentrados en el *<vicio>* resulta imposible mantenerlo al encubierto: *<Cuando supieron que consumía droga*

*cambiaron. Andaban pilas conmigo, empezaron los problemas y los regaños* >. El robo, asimismo, genera consumos inocultables como la ropa nueva y costosa, *<mi papá me montaba problemas porque decía que de donde sacaba plata, que como me vestía si no trabajaba* >. Además, la trasgresión produce un rápido efecto de poder sobre el pandillero, poder que no va a tranzar en ninguna parte: *<Cuando comencé hubo un cambio en mi vida, ya no era el niño cariñoso sino grosero y gritón. No hacía caso, quería hacer lo que me viniera en gana* ><sup>1</sup>. Aníbal lo ha dicho, *<me estaba volviendo rebelde* >, añadiendo palabras después, *<se me quitó el miedo de llegar tarde a la casa, ya no me decían nada* >.

El muchacho se transforma, como quedó dicho *<hubo un cambio en mi vida* >. No falta quien lo enuncie crudamente, *<mi mamá no me acepta como soy porque soy el único diferente en la casa, nunca hago sino lo que me nazca* >. La ley pandillera se impone, afuera en la calle pero también dentro de las paredes de la casa. El conflicto estalla, entran en choque el deseo atropellado del pandillero y la familia investida de autoridad para exigir y criticar. *<Las cosas fueron cambiando, se frecuentaban más las discusiones. Entonces me iba aislando y metiendo de lleno con ellos* >. La solución viene a ser el aislamiento del *<parcero* >, *<no me mantenía allá nunca. Me levantaba tipo seis, me iba y llegaba a la madrugada* >.

En otras oportunidades el problema se intensifica forzando el abandono de la casa durante algún tiempo. *<Me fui de la casa hace dos meses. No es la primera vez, cada rato lo hago* >, en la voz de un barranquillero; *<en mi casa no puedo estar por mucho problema, duré un tiempo abierto, como dos meses hasta que el cucho me buscó* >, en la de un neivano. Con el tiempo la evasión se vuelve insostenible provocando medidas desesperadas, a veces hasta la denuncia del hijo ante la autoridad: *<El cucho fue al juzgado, me cayeron y p'al Redentor* ><sup>2</sup>. Los datos lo confirman, sólo un muchacho de Barranquilla vive con amigos y dos de Neiva lo hacen solos (Cuadro No. 6);

<sup>1</sup> Furtivo, Barranquilla, p. 9; Centauro, Barranquilla, p. 2; Parcerito, Neiva, p. 5; Marte, Barranquilla, p. 1.

<sup>2</sup> También se da el caso de jóvenes que engrosan la población de habitantes de la calle, es poco frecuente. Potera, Barranquilla, p. 1; Furtivo, Barranquilla, p. 2; Marte, Barranquilla, p. 7 y 6; Efraín, Bogotá, p. 8; Potera, p. 2; Parcerito, Neiva, p. 16; Niche, p. 4.

son casos coincidentes con los esporádicos abandonos de la casa ante la agudización del desencuentro<sup>3</sup>.

Quadro No.6  
**CONVIVENCIA EN BARRANQUILLA Y NEIVA**

| CONVIVENCIA              | Barranquilla |       | Neiva |       |
|--------------------------|--------------|-------|-------|-------|
|                          | Pandi        | Otros | Pandi | Otros |
| Nuclear                  | 6            | 3     | 2     | 21    |
| Mamá-hermanos            | 0            | 3     | 2     | 6     |
| Papá-hermanos            | 0            | 1     | 1     | 0     |
| Papá o mamá              | 0            | 0     | 1     | 0     |
| Padre-padraastro-hermano | 0            | 0     | 1     | 2     |
| Familia joven            | 0            | 1     | 0     | 2     |
| Nuclear-familia joven    | 0            | 2     | 2     | 2     |
| Familiares               | 2            | 2     | 1     | 2     |
| Amigos                   | 1            | 1     | 0     | 1     |
| Solo                     | 0            | 0     | 2     | 0     |
| Total                    | 9            | 13    | 12    | 36    |

Fuente: Ficha personal de las historias de vida

Pandi: pandilleros; Otros: jóvenes no pandilleros de la misma zona

Nuclear: papá, mamá, hermano (s)

Padre-padraastro-hermano: padre (cualquiera de los dos), padraastro (o madrastra) y hermano (s)

Familia joven: familia formada por el joven, compañera y/o hijo (s)

Nuclear-familia joven: nuclear y familia formada por el joven

Tantas veces el problema con el muchacho no hace sino prolongar un conflicto familiar de vieja data, cuando más lo exacerba. *<Mi mamá me daba muy duro, me castigaba como un caballo>*, contó Salomé. Una buena porción de pandilleros provienen de historias parecidas. El abandono, los adultos perversos y la violencia cruel convierten la pandilla en alternativa frente a la historia familiar. En palabras de un bogotano, *<se meten por problemas familiares, entran porque necesitan que alguien los respalde>*. El *<parche>* se abre como espacio de fuga, *<me inicié por los problemas en la casa, siempre asustado con qué iba a pasar por las noches >*. Las violencias

<sup>3</sup> Es el caso de Mundano (Neiva, p. 30), con una historia traumática con la familia. Del otro neivano no se tiene la información para valorar el significado de su vivienda solitaria.

van y vienen armando un ambiente de hostilidad, con frecuencia dirigido a la madre: *<A mi papá le gustaba pegarle a mi mami, eso peleaban harto>*, con igual intensidad se encamina al pandillero, *<he sido la oveja negra pero es que mi mamá me garrotiaba, me partía los palos en las patas. Mi mamá era jodida>*. No son los únicos propulsores, el abandono se evoca con frecuencia. Aníbal cuenta de la indiferencia de ambos padres, *<no tenía quien estuviera pendiente de mi>*, llegando a la conclusión que parece gobernar el alma de muchos de estos jóvenes: *<Fui creciendo con resentimiento hacia mi madre. Fui acumulando eso en mi corazón, recuerdo que iba cogiendo ira>*. Textos similares aparecen en uno y otro testimonio de las tres ciudades, *<no necesitaba cosas porque las tenía, pero no tenía comprensión ni amor, ni mi madre ni mi padre me los dieron>*, dicen en Barranquilla. El corolario pareciera natural: *<Nos sentimos solos y no somos nada en la vida. Como nos dejan tirados venimos a ser lo que podemos hacer en la vida, lo que nos da la gana porque no tenemos ayuda de nadie>*<sup>4</sup>.

## 2. Los matices

Empero, esta radiografía tiene salvedades. Por una parte no todos salen de ambientes deshechos, por otra la familia es un anclaje primordial para el abandono del *<parche>*. Así es, muchos provienen de familias completas<sup>5</sup>. Entre los barranquilleros entrevistados la mayoría vive en familias nucleares, incluso más que entre los no pandilleros; en Neiva, de forma distinta, los pandilleros se distribuyen entre diversas alternativas en abierto contraste con la predominancia de la familia nuclear entre los no pandilleros (volver al Cuadro No. 9)<sup>6</sup>. De por medio opera la singular sociología de la familia en las regiones<sup>7</sup>, cuyo influjo escapa al alcance de las presentes páginas. Además, no sólo conviven en familias nucleares, muchos provienen de ambientes estables y organizados; en tales casos el choque adquiere mayor vehemencia, las familias no terminan de reponerse de la sorpresa de un hijo arrastrado por

<sup>4</sup> Yeison, Bogotá, p. 37; Bernardo, Bogotá, p. 2; Sonrisa, Neiva, p. 1; Largo, Neiva, p. 7; Marte, Barranquilla, p. 5; Marte, Barranquilla, p. 5.

<sup>5</sup> Por supuesto queda por ver la calidad del vínculo familiar. Pero eso desborda nuestro trabajo.

<sup>6</sup> En Barranquilla se hizo la historia de vida de 13 jóvenes de otras identidades diferentes a la pandilla y en Neiva a 36.

<sup>7</sup> Como lo muestra el trabajo clásico de Gutiérrez (1975).

semejantes circunstancias. No falta la familia típica, los padres cumpliendo a cabalidad su rol y los hermanos sin experiencias problemáticas: *<Vivía con mis hermanos y mis papás, él trabajaba y ella era ama de casa. Mi papá siempre quiso lo mejor para nosotros, nos dio estudio a todos. Menos yo que comencé las malas andanzas>*, cuenta uno de los *<duros>*. Otro lo valida: *<Uno del parbe era de buena familia como yo, que siempre mi familia andaba pendiente de mí>*<sup>8</sup>.

De tal suerte muchas fuerzas conjuran el ingreso. Junto al desamparo familiar también funciona la atracción magnética de los amigos, la promesa de un poder ganado a borbotones, el alucine de una vida liberada de obligaciones: *<Mi mamá tanto que guevonó conmigo con sus principios éticos y morales y le salí rata ... Me degeneré porque me gustaba la plata, pero he sido muy consentido>*<sup>9</sup>. Igual, desde el otro lado, cientos de jóvenes atrapados en difíciles constelaciones familiares no ingresan a la pandilla pese a su extendida oferta entre las calles del barrio popular. No hay nada concluyente. Sin duda, con mayor probabilidad, la pertenencia pandillera está precedida por vínculos familiares turbulentos. Mas la fascinación por la pandilla no se agota ahí, la condición *<parcera>* propone un desdoblamiento de la subjetividad de nuestro tiempo: los muchachos de barriada encuentran allí una manera de resolver la acuciante pregunta por el cómo ser y de qué modo vivir.

En cambio, si no hay nada definitivo sobre el ascendiente familiar del pandillero, sí es una constante su confrontación con los seres de quienes depende, se alimenta y vive. No son por fuerza los padres, frecuentemente sustituidos por abuelos, tías u otro pariente cualquiera. *<Mi abuela era la que estaba pendiente de nosotros pero siempre quería más a los primos>* dijo Aníbal. No hace falta un pasado violento, por definición el acto pandillero entra en colisión con la intimidad y proximidad propias del reducto familiar. La confrontación se produce entonces con mayor o menor prontitud, más o menos intensa, pero no cesa de hacerlo.

<sup>8</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 1; Centauro, Barranquilla, p. 9; Mechete, Barranquilla, p. 1.

<sup>9</sup> Largo, Neiva, p. 5.

La afirmación de la identidad personal entraña conflicto, está inscrito en la búsqueda del yo emprendida con vehemencia cuando se es joven. Poco cuentan la edad y la forma en que cada cultura verifique el proceso, siempre habrá conflicto, las historias de la condición joven en épocas remotas lo sugieren<sup>10</sup>. Para el caso, el bandolero típico de la antigüedad fue el muchacho haciendo el tránsito entre la pubertad y el matrimonio<sup>11</sup>. Con todo, la identidad hoy tiene más urgencia que nunca antes, la imaginería de lo joven la reviste de individualismo irreverente y de interioridad apremiante. La identidad personal dejó de ser un lujo de conciencias esclarecidas y sectores privilegiados para derivar en axioma de la subjetividad, incorporando en sus procesos a los sectores populares. El ansia de identidad estrella a las nuevas generaciones con las convenciones adultas, el conflicto del joven con la familia está a la mano. Sin embargo el pandillero va más lejos, no es el choque natural en el adolescente sino el agrio enfrentamiento que aniquila el intercambio desinteresado que se espera gobierne a la familia. En ocasiones el pandillo asume la responsabilidad de su madre y hermanos menores, lleva dinero y los consiente amparado en la justificación de *<hago lo que hago por mí y por ellos, porque quería que saliéramos adelante>*. Ni siquiera en estos casos el conflicto desaparece, sólo se atenúa, *<si hago una vuelta eso es pa' las bichas o le doy a mi mamá. De resto namba y comprar ropa>*<sup>12</sup>. La pobreza asedia y el hambre acosa; la mamá, presionada por la situación, acepta el dinero sin que por ello culmine la zozobra con los lances del hijo<sup>13</sup>.

El pandillero no admite ni ascendencia ni autoridad, su trasgresión produce un poder que no está dispuesto a negociar ni tan siquiera en el espacio familiar. Como lo enuncia alguno de manera descarnada, *<el parece no tiene corazón, es parado y pa'lante. Uno puede querer mucho la mamá pero llega embalado y puede quitarle lo de lavar la ropa. Uno no respeta nada>*. El tiempo paralelo cuaja, *<la relación con mi familia fue con dificultades, no los apreciaba, quería que se murieran y*

---

<sup>10</sup> Levi y Schmitt (1995).

<sup>11</sup> Hobsbawm (2003, p. 48).

<sup>12</sup> Parcerito, Neiva, p. 8; Rigo, Neiva, p. 6.

<sup>13</sup> Sea el caso de Mosco en Neiva, atento a sus hermanos menores pero con una mamá con quien sostiene periódicos enfrentamientos por sus repetidas entradas a la cárcel y las permanentes amenazas de muerte.

*dejaran mi vida libre*>. Se sale, se abomina de las formas de la vida diaria porque se ansía la <vida libre><sup>14</sup>.

Pero en nombre de la libertad no construyen nada. Por ello, cuando la pandilla se agota y suena la hora de emprender el viaje de retorno, la familia aparece como primer recurso, el segundo matiz señalado arriba. <Pa'mi significa lo más hermoso que he tenido, mi familia es tener un apoyo, es lo más grande que he tenido>, dice Aníbal ahora que pretende dejar atrás ese mundo. Otro currambero acude a una ilustrativa metáfora, <mi familia significa todo, es un apoyo, es como una brújula en medio de un desierto cuando uno está perdido>. En Neiva se escucha decir algo parecido: <La familia es un hogar donde a uno le brindan cariño, amor y respeto. Es puro amor, es estar con los de uno>. Los apelativos no pueden estar más cargados, la familia es lo más <hermoso>, es una <brújula> en medio de la soledad y la incertidumbre, es <estar> con la gente que en verdad es <de uno>. Tales alusiones no aparecen en labios sino de quienes pretenden terminar con su pasado pandillero. La familia, sea la que trae al mundo o la que se forma con la vida de pareja, es una socorrida razón para abandonar el <parche>. <Recuperé mi mujer y mis hijos que es lo que tanto quiero. Entonces pienso dejar todo lo malo>. Pasados los tiempos oscuros se reconoce la mano generosa extendida por los padres: <Si mi mamá no me hubiera jodido tanto hoy sería un chirrete. Cuando uno da un vistazo atrás se da cuenta de lo mucho que significa la familia><sup>15</sup>.

En El Salvador, el país donde se ha trabajado de manera sistemática la familia, se valida el cuadro descrito para Colombia. En palabras de un marero “todos los homeboys tenemos nuestra familia, pero sentimos confianza al estar entre los homeboys ... somos una gran familia”<sup>16</sup>. Los estudios lo confirman, “todos ... tenemos nuestra familia”. En efecto, la tercera parte de los entrevistados viene de convivir con ambos padres, el 29% con la madre y

<sup>14</sup> Caballo, Neiva, p. 6-7; Mechete, Barranquilla, p. 3.

<sup>15</sup> Marte, Barranquilla, p. 8; Parcerito, Neiva, p. 22; Mundano, Neiva, p. 22; Largo, Neiva, p. 10.

<sup>16</sup> Santacruz y Cruz (2001, p. 43).

el 15% con algún pariente; por excepción viven solos o con amigos<sup>17</sup>. Asimismo el índice de violencia marero no encuentra en el pasado familiar una variable significativa, por mucho se afirma la importancia de la calidad del vínculo en que creció el pandillero<sup>18</sup>. En otros países centroamericanos la información no es concluyente, a lo sumo afloran alusiones ocasionales. “Todos nuestros papás estaban aquí y lo que pasaba era que no les importábamos”, dice un testimonio hondureño<sup>19</sup>. Por su parte el trabajo de campo en México figura una situación parecida. En una nación donde la familia tiene un destacado lugar en las articulaciones culturales, los pandilleros permanecen en la convivencia con la familia aunque entren en toda suerte de confrontaciones con ella.

Se debilita la extendida creencia que deposita en los hogares desechos el origen certero de la pandilla. No es un punto menor. La presunción hace parte de la arraigada concepción que ve en la familia el núcleo fundante de la sociedad, la anomia del pandillero debe tener entonces su génesis en ella. Un estudio de Guatemala lo comprueba. Las 122 personas de diversas condiciones interrogadas sobre los factores que propulsan la formación de las maras, señalan en un 71% la desintegración familiar y en un 42% el abandono y descuido de cercanos<sup>20</sup>. Los mismos pandilleros aseveran otro tanto desde la otra cara de la moneda. Tanto en Colombia como en México y Centroamérica se repite, sin descanso, “uno se mete a la pandilla para encontrar una familia”. No parece haber tal, no hay nexo directo entre la explosión de la familia y la pandilla. No todos vienen de familias desestructuradas y no siempre el pandillero abomina del vínculo familiar. Nuestra hipótesis afirma, más bien, que la contemporaneidad ofrece la experiencia de fractura generalizada del vínculo social, la familia una más de ellos.

### 3. Mujeres y vida de pareja

---

<sup>17</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 67). La convivencia es la misma reportada por el estudio de cinco años atrás. Homies Unidos y colaboradores (1998, p. 42).

<sup>18</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 78). Tampoco, por fuerza, provienen de dinámicas violentas. Santacruz y Cruz (2001, p. 40).

<sup>19</sup> Castro (2001, p. 314).

<sup>20</sup> El siguiente factor es la falta de principios morales con el 32%. Merino (2001, p. 126).

Todo lo dicho vale respecto a la familia de la que proviene el pandillero. Pero, ¿qué decir de sus relaciones de pareja y de la familia que arman? Contrariando una tendencia vigente desde los años 60 del siglo XX, las jóvenes han comenzado a invertir la curva de la tasa de fertilidad. Ya no desciende o se mantiene estable, antes bien da muestras de empezar un ascenso. Latinoamérica pierde su puesto de ejemplo internacional en el control de la natalidad, muchas jóvenes optan por la maternidad. En ningún caso se trata de falta de información sobre la anticoncepción, ella es conocida y sus procedimientos experimentados<sup>21</sup>. Los indicios señalan más bien la presencia de una elección encaminada a sembrar raíces en medio de un mundo plagado de incertidumbres, confirmando la importancia capital de la familia en la subjetividad contemporánea.

Los personajes de estas páginas ratifican la práctica, aunque lo hacen con la misma intensidad del resto de jóvenes. De comienzo respecto a la vida de pareja. En Barranquilla un pandillero de cada diez la forma –el único está separado–, menos que entre los otros jóvenes; en Neiva es un poco mayor la proporción de pandillos emparejados, 2 de 12, aunque no mucho más que los restantes jóvenes; y en Bogotá el dato es similar, un <partero> de cada diez emprende convivencia con una mujer (Cuadro No. 7A y 7B)<sup>22</sup>. Unirse a una persona para sortear la vida no es la opción preferida, una compañera supone compromisos y tiempos que han de ser restados a la pandilla.

Cuadro No. 7A  
VIDA DE PAREJA EN BARRANQUILLA Y NEIVA

| VIDA PAREJA | Barranquilla |       | Neiva |       |
|-------------|--------------|-------|-------|-------|
|             | Pandi        | Otros | Pandi | Otros |
| Vida pareja | 0            | 3     | 2     | 4     |
| Soltero     | 8            | 9     | 10    | 32    |
| Separado    | 1            | 1     | 0     | 0     |
| Total       | 9            | 13    | 12    | 36    |

<sup>21</sup> Gaviria (2000).

<sup>22</sup> Acudiendo al dato de una encuesta aplicada en Bogotá en 1998 los pandilleros hacen vida de pareja en un 18% y tienen hijos en un 19%, un dato similar a los otros jóvenes. Perea (2000).

Fuente: Ficha personal de las historias de vida

No. M\*: Número de miembros

Pandi: pandilleros; Otros: jóvenes no pandilleros de la misma zona

Cuadro No. 7B  
**VIDA DE PAREJA EN BOGOTÁ\***

| VIDA PAREJA | No.M* | %   |
|-------------|-------|-----|
| Vida pareja | 77    | 10  |
| Soltero     | 697   | 90  |
| Total       | 774   | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

\* No se tiene información de 9 pandillas con un total de 150 miembros

Sin embargo tienen hijos, más en la Costa y el Huila. En Barranquilla un pandillero de cada tres tiene un hijo, un poco por debajo pero muy cerca de los restantes jóvenes. En Neiva el dato sube pues uno de cada dos pandillos tiene un hijo, una proporción en sí misma elevada, más en comparación con los otros jóvenes. En Bogotá, mientras tanto, todo indica que no hay disparidad entre la vida de pareja y los hijos, sólo uno de cada 10 se ha vuelto padre (Cuadro 8A y 8B)<sup>23</sup>. La vida con la compañera no es la primera opción pero se tienen más hijos de los que se asumen.

Cuadro No. 8A  
**HIJOS EN BARRANQUILLA Y NEIVA**

| HIJOS         | Barranquilla |       | Neiva |       |
|---------------|--------------|-------|-------|-------|
|               | Pandi        | Otros | Pandi | Otros |
| No tiene      | 6            | 8     | 6     | 30    |
| Si tiene      | 3            | 5     | 6     | 6     |
| Tiene 1 hijo  | 3            | 3     | 3     | 6     |
| Tiene 2 hijos | 0            | 0     | 3     | 0     |
| Más de dos    | 0            | 2     | 0     | 0     |
| Total         | 9            | 13    | 12    | 36    |

Fuente: Ficha personal de la historia de vida

No. M\*: Número de miembros

Pandi: pandilleros; Otros: jóvenes no pandilleros de la misma zona

<sup>23</sup> En Barranquilla 3 de 9, en Neiva 6 de 12. En Bogotá se confirma el dato en la encuesta de 1998.

Cuadro No. 8B  
HIJOS EN BOGOTA

| HIJOS    | No.M* | %   |
|----------|-------|-----|
| No tiene | 658   | 92  |
| Si tiene | 61    | 8   |
| Total    | 719   | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

S.I.: Sin información

\* No se tiene información de 13 pandillas con un total de 205 miembros

El <parche> es un micro universo masculino y macho, lo sabemos. En cada una de las tres ciudades los hombres suman más de las cuatro quintas partes de sus miembros. Claro, las mujeres cumplen su función; todo machismo se realiza a condición de asignar un lugar a lo femenino, cómplice y subalterno. Las mujeres aparecen entonces bajo tres modalidades: la madona, es decir la mujer pura no contaminada por el lastre pandillero; la activa pero en la condición de miembro subordinado; y finalmente la <parcera>, exigida y premiada con el mismo rasero aplicado a cualquier muchacho.

La presencia femenina más corriente es como enamorada, una relación trascendente pero vivida al margen de la pandilla: <Si quiero mi novia conmigo puedo hacerlo, pero a la mayoría no le gusta porque en algún boroló la cascan>. Lo femenino, por definición, es ajeno al universo <parcero>. Unos pocos traen su mujer al grupo pero sólo cuando se trata de un <duro>, nadie con alguna fragilidad se atreve por el riesgo de someter a su compañera al abuso de alguno más fuerte. Las novias están allá, en el mundo del que se ha salido, investidas de un estatuto moral distinto: <Mi mujer es sana, ni fuma cigarrillo. Ella me jode porque estoy metido en la pandilla. Tiene razón pero yo ya estoy atado a esa vida>. En el otro lado, la mujer conectada a la pandilla es blanco de sospecha. Aníbal lo comentó, <a las mujeres que les gustan los bandidos andan de un tipo a otro>. La que está cerca es una <mujer de la calle>, la otra, la madona, es la conciencia moral que <me jode>. Como lo dice alguna, <a ellos siempre les gusta tener niñas sanas>. Por eso, con frecuencia, la relación amorosa termina la vida en el <parche>. Para un

neivano es el camino, *<sueño con una familia porque necesito despejar mi mente. Necesito mi chica que me comprenda y me lleve a salir, consiguiéndola puedo olvidar todo>*. Para otros, pareja e hijos son una máxima, *<voy a cambiar mi vida por mi hijo y mi mujer>*. Por supuesto en la práctica se producen toda clase de ires y venires, *<peleé con mi mujer y volví al vicio, dormía en la calle>*. El recuerdo atormentado de la infancia opera como acicate de la búsqueda de una vida distinta: *<No vivo con mi mujer porque tengo tiempos en que el vicio me coge. Le paso pa' los niños. No tuve una infancia con cariño y entonces lo que me faltó a mí no quiero que le falte a ellos >*<sup>24</sup>.

Poco importa la superioridad moral de la madona, nada le salva del rigor *<parcero>*. Se vigila y juzga con vehemencia su comportamiento, *<cada uno tiene su novicita pero nada que hagan lo que quieran, nada de salir, bailar y meter vicio>*. Ellas aceptan la imposición sin el mínimo reparo, *<a él le gusta el vicio pero a mí no me permitiría eso>*. Con la novia fuera del grupo la regla se endurece. Ella, quizás el único alivio moral del pandillero, ha de caracterizarse por su intachable comportamiento: *<A los bandidos les gusta que su novia sea bien, que no tenga mala reputación. No les gusta que esté de boca en boca >*<sup>25</sup>.

Mas como acontece con la familia la vida de pareja se trenza pronto en conflicto intenso. El noviazgo depende del sometimiento de la mujer a la implacable regla, *<uno tiene que portarse bien y si no le dan duro o le dan cuchillo>*. Las escenas de celos aparecen de continuo acompañadas de golpizas y maltrato. Es más, el efecto de la amenaza violenta funciona como argumento, *<los bandidos prefieren la mujer sana porque le hace caso, que tal una bandida que le va a pegar y saque su cuchillo, hasta lo apuñalear a uno>*. En caso de enamoramiento de una *<bandida>* la norma también opera, *<si son tremendas uno las endereza>*. Cuando la relación amorosa se prolonga el pandillo entra en una disyuntiva. Algunas veces abandona el grupo sin regresar nunca más, es lo menos frecuente. Otras se mantiene con un pie en un lado y un pie en el otro, como lo muestra Aníbal en su intento de apartarse *<de la vida que llevaba>*, trabajando hasta el cansancio a fin de mostrarle *<a ella que podía salir adelante>*. Como antes, al vínculo lo

<sup>24</sup> Mechete, Barranquilla, p. 7; Mundano, Neiva, p. 55; Eliana, Neiva, p. 7; Balín, Neiva, p. 16; Parcerito, Neiva, p. 4; Mundano, Neiva, p. 10 y 16.

<sup>25</sup> Calvo, Neiva, p. 20; Eleonora, Neiva, p. 3 y 5.

atraviesa el signo del conflicto. <No peleo con ella siempre y cuando no me descuide al pelaito, le meto una cachetada. Si uno las alcabuetea se vuelven concha>, comentan en Neiva. Aníbal, como tantos otros, apuñalean la compañera. <Nos agarrábamos a pelear, con toda arma que tenía en la mano le quería dar. La apuñalé como unas quince veces>, confirma otro<sup>26</sup>.

La madona no es la única forma de presencia femenina. En las tres ciudades también aparecen como participantes activas engrosando entre el 10 y el 15% de los <parches>. No obstante están allí a condición de desempeñar papeles de menor valía. Se las ve prolongando el rol femenino tradicional, encargadas de los cuidados del grupo: <Hacíamos sancodbo {y} las mujeres eran las que cocinaban>. En ciertas oportunidades hacen parte de la actividad delictiva pero nada más en tareas específicas: <Había hembras ladronas pero sólo cuando se va en grupo, le pican el ojo al man, le echan la pastica al trago y listo>. Ciertas clases de atracos se facilitan con la presencia de una mujer, <uno transa más con ellas, si va sólo se previenen en cambio con una hembra se presta más>. En el peor de los casos asumen la función de simple objeto sexual, <en el parche les gusta hacerlo con parceritas, un trabaco y en cualquier rincón lo hacen>. La condición de lo femenino se impone. No sólo se prolonga la ancestral resistencia de las mujeres frente a la ilegalidad, la violencia y la muerte -recogida en la frase de <a la mujer no le gusta casi el parche>, sino que los hombres cuidan su “fragilidad” ante la brutalidad y la fuerza<sup>27</sup>: <Ellos siempre nos respaldan, si hay algún brinco ellos lo paran pa’que nosotras nos abramos><sup>28</sup>.

Por último las mujeres aparecen integradas como pandilleras plenas, un papel cumplido nada más por unas cuantas. Puesto que la pandilla se descifra en la gramática de la ferocidad masculina pocas mujeres llegan a recibir el trato de iguales. Muchachas como Salomé casi no aparecen, sólo un puñado quiebra la familia y participa a plenitud de la violencia como para

<sup>26</sup> Eleonora, Neiva, p. 5; Gomelo, Neiva, p. 30; Pipo, Bogotá, p. 18; Parcerito, Neiva, p. 28; Pendenciero, Barranquilla, p. 10 y 13.

<sup>27</sup> En Colombia un poco más del 90% de los asesinatos se cometen sobre hombres. En 1999 fueron el 93%. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2000, p. 24). A nivel mundial la proporción de los hombres en el homicidio es menor, el 77%. Krug y colaboradores (2003, p. 11).

<sup>28</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 8; Oso, Neiva, p.27; Sagrado, Neiva, p. 55; Pendenciero, Barranquilla, p. 12; Calvo, Neiva, p. 19; Eleonora, Neiva, p. 12. <Bordó> es una situación peligrosa.

que a los 20 años afirmo, *<ya no soy la misma de antes que me encendía con uno y otro, que chuzaba a raimundo y todo el mundo>*. Las demás *<parchan>*, algunas consumen *<uicio>* y otras participan en ciertos robos, pero no son protagonistas de la trasgresión violenta. *<“Salomé es la única mujer del parche”>* le decían los *<parceros>*. En estos contados casos la mujer no sólo asume el código de la violencia sino que lo radicaliza. De *<la Viruela>* de Neiva circulan numerosas historias, todas plagadas de una agresividad sin precedentes: *<Todo el mundo de ese lado quisiera que mataran a la Viruela, descansarían donde eso pasara porque es la más rata de todos>*. A Salomé le tenían pavor, terminó convertida en leyenda pandillera: *<Llegaron a respetarme mucho porque me encendía con todo mundo, no importaba si fuera hombre o mujer, iba pa’delante con el que fuera>*. Un pandillo lo dice en breve, *<la mujer es más estricta que el hombre en eso de violencia>*<sup>29</sup>.

En estas circunstancias el rostro femenino desaparece, o por lo menos se le entierra. No deja de hacer su atisbo en rasgos propios de la mujer frente al grupo. Salomé mima a los *<parceros>* detenidos, se expone hasta el límite por su amigo y hermano, olvida sus urgencias para atender las de otro, carece de *<corazón para quitarle la vida a otra persona>*. Sin embargo la condición femenina debe ser suprimida. El corazón se endurece, nunca ha matado pero *<de chuzado gente porque me tocaba, no tenía otra que hacerme sentir yo misma para que no me irrespetaran>*. No se permite ninguna sensualidad. Sin duda como mujer tiene que perder en medio de la puja entre varones; la Salomé joven se mimetiza detrás de un disfraz, se hace pasar por *<Oscar>* en el lavadero de carros porque de otro modo *<iban a empezar a abusar de mí>*. Su fuerza, toda de la que es capaz, se desborda ante el más leve asomo de una mirada que deje al descubierto su escondida feminidad. *<Me llegaban a tocar y de una vez me iba encendiendo. “Usted no tiene derecho a tocarme, respete a las mujeres o es que nació por una birra”>*, les gritaba airada. Renunció a los novios, cuando narra su historia apenas ha tenido una breve historia de amor puesto que *<los novios nunca para mí>*, al tiempo que se negó la maternidad despertando envidia entre las muchachas que *<se preguntan cómo hice para loquiar tanto y no tener hijos>*.

---

<sup>29</sup> La frase sobre Viruela es de Sonrisa, el personaje que preside la siguiente Parte. La otra es de Potro, Neiva, p. 3.

Lo femenino no tiene cabida en la pandilla, se escurre como agua entre los dedos. Con la madona está fuera, las novias amadas permanecen lejanas a la vida del *<parche>*; cuando ingresa al grupo lo hace en la condición de actriz subalterna, desprovista de legitimidad; y cuando es la *<parcera>* se cercena la feminidad, es la condición de la conquista de la igualdad. Tal el precio que ha de pagar la mujer dentro de un universo donde se aviva nada más que la faceta brutal de la masculinidad. De ahí que Salomé invoque cada tanto el *<respeto>*, el significante que condensa la lógica de la trasgresión *<parcera>*: el acto violento funda reconocimiento y, en la mujer, preserva su dignidad femenina del arrebató de machos embriagados con la fuerza. *<Como mujer estar en un parche va en el respeto que uno se logre ganar, si se hace respetar a los tipos les toca respetar>*. Otro pandillo también lo formula, *<mujeres casi no se manejan dentro del parche, puede haber si ellas se hacen respetar>*<sup>30</sup>.

La pandilla desnuda todo cuanto caiga entre sus manos. Su código de ferocidad revela como nadie la crisis de la masculinidad hoy en marcha, la mujer entra en el expediente de un objeto más de contabilidad, convertida en blanco de castigo por parte de quien se arroga su propiedad. Aníbal lo cuenta sin ambigüedad, describe las golpizas propinadas a sus mujeres justificado en el argumento de *<si va ser mía es sólo mía>*. La compañera con quien armó la vida ganó su corazón hasta cuando un *<vale>* se atrevió a disputar su amor, pues *<aquí en el barrio las mujeres son mías>*, aunque nada evita que ella, igual, termine apuñaleada. El vínculo con la mujer no es sino una traducción más del vínculo con el Otro que rubrica al pandillero, según lo comprime la fórmula de *<a mí ningún hombre me toca la cara>*. La sentencia es contundente, quien ose desafiar el poder acaba *<de comprar ... tiquete pa'la muerte>*<sup>31</sup>. La fuerza bruta signa la pandilla, la tiranía y la violencia masculinas se exhiben con orgullo, desprovistas de remordimiento, dispuestas a imponer su bando de sangre. Como se escucha decir, *<un líder comienza teniendo un revólver, siendo hombre por parársele a lo que sea>*<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> Rigo, Neiva, p. 7.

<sup>31</sup> Las últimas frases las enuncia Aníbal cuando la pelea en la fiesta de Curazao, rematada en la escena de la golpiza al hombre que se atrevió a pegarle una cachetada.

<sup>32</sup> Balín, Neiva, p. 22.

La pandilla recoge el machismo presente en una cultura patriarcal y violenta, lo hace suyo, lo refuerza y exagera. El macho se eriza, destierra de sus predios cualquier vislumbre de lo femenino. Sus muchas anécdotas de conflicto y sangre en la familia, de vejámenes y palizas a sus compañeras, prolongan una violencia hacia la mujer por doquier extendida<sup>33</sup>. El canon pandillero riñe con el compromiso de amor que gobierna la familia y la pareja. Los vínculos familiares y amorosos siempre entrañan conflicto, mas los pandillos lo llevan a otro plano: sus fricciones no son un desencuentro episódico sino un enfrentamiento pugnaz y cruento. Entre sus discursos aparecen toda clase de referencias nostálgicas al amor filial, no desearían la familia que por suerte les tocó y estarían dispuestos a formar una distinta, ella sí armoniosa y tranquila. No obstante sus relaciones están marcadas con el sello de la trasgresión, violan las normas de la convivencia y desprecian la estética de la sensibilidad sobre la que se instaura el imaginario amoroso. Alguno lo dice sin ninguna molestia, *<uno sometido al yugo de la madre, no entiendo por qué toca deberle tanta lealtad. Si le da la gana le pone la mano y uno no puede defenderse. Mi mamá me tuvo en su yugo hasta que me le salí de las manos, me le paré en la raya>*<sup>34</sup>. La pandilla quiebra el pacto familiar, se sale a la *<calle>* y se apoltrona en el tiempo paralelo. Quedó dicho, *<el parece no tiene corazón>*. Su fuga inicia en la familia y la pareja, se reperfila en la escuela y el trabajo.

---

<sup>33</sup> En 1999 la violencia intrafamiliar alcanzó en Colombia una tasa de 149 por 100.000 habitantes, con un 81% de víctimas mujeres. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2000, p. 76).

<sup>34</sup> Largo, Neiva, p. 12.

## CAPITULO 12

### VUELVO AL MAL

Escuela y trabajo

La escuela apenas si aparece en Salomé. Desde un comienzo sale de sus preocupaciones expulsada por la temprana muerte del padre y la pobreza intempestiva de la madre: *<Estaba en la primaria. Ante la situación tocó salirme porque los costos eran muy altos>*. Luego vuelve, apenas por breve instante. La manía de robar, que la lleva a atracar *<a los compañeros y las profesoras>*, la obliga a dejar de *<estudiar, nos tenían como ladrones y qué pena>*. Aníbal pasa por las mismas. Hasta cuarto elemental es un niño *<aplicado>* pero pronto experimenta el encanto de la *<leña>*. Pasados dos años emprende un nuevo intento frustrado con prontitud, ya integrado a la pandilla lejos queda la disciplina escolar: *<Quería estudiar pero no terminé ni quinto elemental>*. El tiempo paralelo sigue su marcha, lo veremos ahora con la educación y el trabajo.

#### 1. Abandonar el aula

La escuela es fiel compañera de la modernidad. Nacen juntas, la una condicionando a la otra. El proyecto cultural conectado al desarrollo capitalista sería impensable sin el acontecimiento escolar. La cita del aprendiz con el maestro es tan antigua como la humanidad, la modernidad la universaliza y radicaliza: el salón de clase se convierte en depósito del saber de una sociedad que se ve a sí misma como perenne renovación, el aula transmite valor y conocimiento, forja al ciudadano y crea al científico. A tal prospecto se resiste el pandillero, como Salomé y Aníbal suelen abandonar la escuela. En las tres ciudades se ausentan de manera notoria, en Neiva el 97%, en Bogotá el 79% (Cuadro No. 9).

Cuadro No. 9  
**ASISTENCIA A LAS AULAS ESCOLARES  
 NEIVA Y BOGOTÁ**

| ESTUDIO | Neiva** |     | Bogotá*** |     |
|---------|---------|-----|-----------|-----|
|         | No. M*  | %   | No. M*    | %   |
| SI      | 12      | 3   | 167       | 21  |
| NO      | 338     | 97  | 618       | 79  |
| Total   | 350     | 100 | 785       | 100 |

Fuente: Datos etnográficos

\* Número de miembros

\*\* No se tiene información sobre 2 pandillas con 25 miembros

\*\*\* No se tiene información sobre 8 pandillas con 139 miembros

No sólo se alejan en masa, como nuestros dos protagonistas lo hacen a temprana edad. En la Costa seis entrevistados estudiaron hasta octavo grado, al tanto que en Neiva diez llegaron apenas hasta el mismo curso (Cuadro No. 10). La escuela está abatida, lo revelan las crecientes oleadas de deserción escolar<sup>1</sup>; el pandillo hace parte de ellas. Los sentidos por siempre asociados a la escuela dan muestras de agotamiento. Los maestros dejan de ser los depositarios del saber acumulado a lo largo de generaciones; otras mediaciones, del televisor a los aparatos informáticos, les disputan el dominio de las circulaciones simbólicas: *<No desarrollamos el cerebro, todo lo hacemos porque lo vemos en la televisión>*, señala un músico neivano. Asimismo la educación ya no es la segura palanca de movilidad y ascenso social que fuera buen tiempo; distintos mecanismos, lejos de la apremiante asistencia escolar, pueden socorrer las demandas de estatus y dinero. El muchacho popular lo observa en más de un vecino, *<terminó bachillerato pero pa' coger una carrera necesita grasa. Tiene de todo, libreta militar y pase pero ahí está sin hacer nada>*. El dilema halla "fácil" resolución: *<Mi mamá a toda hora quería verlo a uno con los cuadernos. Me degeneré porque me gustaba la plata >*.

Antes que espacio de impartición de conocimiento y formación ciudadana el aula sufre su reducción a oportunidad de encuentro con los amigos: *<Lo mejor de la primaria fue tener*

<sup>1</sup> El Ministerio de Educación de Colombia habla de un escaso 8% de deserción. Más creíble resulta el dato de la OEA según el cual dicho índice asciende al 35%. El Espectador (2000, p. 1A y 2A).

*amigos*><sup>3</sup>. La escuela, todavía estructurada por la racionalidad dualista y causal del racionalismo funcionalista, se torna desueta ante las lógicas en boga en la era de la información<sup>4</sup>. Pese a la prolongada contienda librada por numerosas alternativas pedagógicas desde principios del siglo XX, el proceso formativo continúa ajeno a la vida, sus urgencias y demandas. De nuevo un músico lo enuncia, *<el estudio es muy didáctico y poco práctico, mucha teoría. El estudio es monótono>*<sup>5</sup>.

Cuadro No. 10  
ULTIMO GRADO ALCANZADO  
BARRANQUILLA Y NEIVA

| GRADO          | Barranquilla |       | Neiva |       |
|----------------|--------------|-------|-------|-------|
|                | Pandi        | Otros | Pandi | Otros |
| Hasta quinto   | 0            | 1     | 6     | 2     |
| Hasta octavo   | 6            | 4     | 4     | 4     |
| Hasta undécimo | 3            | 8     | 1     | 14    |
| Universidad    | 0            | 0     | 1     | 16    |
| Total          | 9            | 13    | 12    | 36    |

Fuente: Ficha personal de la historia de vida

No. M\*: Número de miembros

Pandi: pandilleros; Otros: jóvenes no pandilleros de la misma zona

La escuela se debilita, pierde su fuerza aglutinante y los jóvenes acuden con menos premura a ella; el *<parcero>* padece la peste del aburrimiento. El ritmo de lápices y cuadernos choca con los hábitos de seres nocturnos, atrapados en situaciones cuyos desenlaces riñen con la disciplina escolar. La asistencia al aula, competida por el solaz con los amigos, pierde cualquier asomo de interés. *<No seguí estudiando, me dejé llevar de los amigos>*. Los horarios desfasan con los itinerarios académicos, *<nos encontrábamos más que todo de noche, por eso uno iba al colegio y llegaba a dormir>*. La amenaza que ciega sus prácticas conflictivas suele forzar la huida, *< cogimos un policía y le metimos una puñalada alrededor del cuello, túre que dejar mis estudios. Me perseguían para matarme>*. Como acontece en la familia el pandillo se inviste de un poder que

<sup>2</sup> Fercho, Neiva, p. 14; Parcento, Neiva, p. 28; Largo, Neiva, p. 4.

<sup>3</sup> Lo mismo señalan los jóvenes de diversas escuelas a lo largo del país. Varios autores (1995).

<sup>4</sup> Martín Barbero (1996).

no está dispuesto a negociar en la escuela: *<Un profesor me pegó un calvizo con una llave y me puso en cuclillas con dos ladrillos. Cuando vi que chorreaba sangre le puse su ladrillazo. Me echaron, no volví a estudiar>*<sup>6</sup>.

No todos están desescolarizados, como quedó señalado algunos permanecen en la actividad académica. Unos pocos terminan bachillerato -tres en Barranquilla y uno en Neiva-, en todo caso en una proporción por debajo de los restantes jóvenes<sup>7</sup>. Con todo, la presencia escolar del pandillero se teje sobre la prolongación del gesto violento; sus testimonios se plagan de enfrentamientos con compañeros, pero también con profesores, *<ese colegio era otra olla que si le sacan chuzo saque chuzo, hasta nos encendíamos con los profesores>*. La actitud violenta marca al pandillo, *<con todos peliabu, me tenían miedo por gonorrea>*. Los compañeros de clase les tienen pavor mientras los maestros los acorralan: *<Los profesores me la montaban porque todos los días era peliando>*. La agresión se convierte en un modo de vivir la escuela, *<me esmeraba por salir adelante pero siempre por la agresividad, por herir y puñetear mis compañeros>*. Otro tanto acontece con la droga, los compañeros de la escuela enseñan su consumo y alimentan el *<vicio>*, *<comencé malas andanzas, conocí el vicio en el colegio>*. Asistir a clase se puede convertir en otra oportunidad para prolongar el consumo: *<Empecé la droga en el colegio, la vendían adentro. Todo mundo entraba a clase trabao>*. La trasgresión crea un clima de tensión que llega a reproducir adentro el enfrentamiento entre pandillas: *<Había una banda en cuarto A y otra en cuarto B. Todos los días nos encendíamos en la hora de descanso>*<sup>8</sup>. Se escuchan historias de *<parches>* delimitando territorios dentro de las paredes de la escuela, espacios vedados a sus adversarios y otros estudiantes propiciando un ambiente que alimenta espirales de violencia<sup>9</sup>.

---

<sup>5</sup> Iván, Barranquilla, p. 5; Fercho, Neiva, p. 14.

<sup>6</sup> Oso, Neiva, p. 10; Iván, Bogotá, p. 10; Marte, Barranquilla, p. 4; Eusebio, Barranquilla, p. 2; Arroyo, Neiva, p. 3.

<sup>7</sup> Un opita llegó a la universidad, si bien pronto la abandonó.

<sup>8</sup> Tico, Bogotá, p. 23; Caballo, Neiva, p. 2; Chiras, Neiva, p. 3; Marte, Barranquilla, p. 7; Pendenciero, Barranquilla, p. 1; Conde, Barranquilla, p. 2.

<sup>9</sup> Un estudio en El Salvador señala la amenaza violenta como el factor que más promueve las conductas violentas en la escuela. Santacruz y Portillo (1999, p. 69).

Llegan armados a la escuela. Según un testimonio, *<afuera se arreglaban los cuentos, cada quien sacaba su navaja>*. Las autoridades escolares y municipales han emprendido, sin aspaviento, denigrantes requisas escolares como parte de las campañas públicas contra la inseguridad<sup>10</sup>. La escuela y el *<parche>* no se oponen, antes bien obedecen la misma lógica: *<En la escuela me enseñaron mañas, me enseñaron a pelear y a ser así de casta, esos manes eran repeleones>*, señala alguno. En estas circunstancias el aparato escolar refuerza el código callejero, *<en bachillerato el que andara con navaja era el chico malo. En el colegio los tropes eran por hombrías entre parches>*. Y como dice otro, *<hice hasta tercero, ahí empecé a abrir los ojos, me volví malo>*<sup>11</sup>.

Al igual que la familia, el retorno al salón puede dar al traste con la pertenencia pandillera: *<Cuando decidí volver a estudiar se terminó el parche>*. Nada más en estos casos se escucha hablar con entusiasmo de la escuela, *<la educación es lo mejor que hay en la vida, sin estudio uno no es nada, es como un pasto mal sembrado que nació, retoñó y murió>*. De resto, la educación pierde sus blasones para verse reducida a la más elemental función instrumental: *<No me gustó el estudio, basta que uno sepa leer, escribir y sumar pa'saber cuánta plata se ha bajado>*. Otro tanto se asevera en Barranquilla, *<se firmar, leer, más o menos dividir y sumar, con eso me desentuelvo pa'l trabajo que tengo>*. Alguno lo resume en una sola frase, *<tengo parceiros que han estudiado más que uno y eso no sirve pa'un culo>*<sup>12</sup>. El pandillo se niega a estudiar y, con ello, se resiste a su integración en la racionalidad eficiente que porta la escuela. El afuera se ahonda, se completa con el quiebre del trabajo y la actividad productiva.

## 2. Laborar esporádicamente

Enfrentado a la familia y fuera de la escuela, en un doble conflicto combinado de diversas maneras, el *<parcero>* se ve forzado a buscar el ingreso para sus necesidades de consumo. Casi ninguno trabaja, en Neiva y Bogotá no lo hace el 96% de sus miembros (Cuadro No.

<sup>10</sup> Las campañas de desarme escolar se extienden por todas partes. En Bogotá son una estrategia corriente, lo mismo en Barranquilla. En Ciudad de México sucede otro tanto. Un estudio de la jornada matutina de una escuela en Iztapalapa muestra que el 47% de los muchachos reportan el porte de armas entre sus compañeros. Consequ (2001).

<sup>11</sup> Chepe, Neiva, p. 2; Conde, Barranquilla, p. 6; Niche, p. 1; Tico, p. 30; Omar, p. 7; Marte, Barranquilla, p. 1.

11). Unos cuantos ingresan y se mantienen en una actividad formal, *<uno trabajaba en una confección de cuellos, yo con mi papá. Uno en un almacén de ropa y otro en una carpintería. Los demás independientes, vendiendo en el mercado y los buses >*. Ninguno trabaja y estudia al mismo tiempo, el esfuerzo de esta doble jornada no está escrito en el guión pandillero. Claro, siguiendo la tradición de los sectores populares desde bien temprano se emprende una y otra actividad, tantas veces antes de los 10 años: *<Se me perdió la noción de cuando empecé a trabajar, el primer empleo fue vendiendo escobas cuando estaba en cuarto de primaria >*<sup>13</sup>. Aníbal y Salomé han contado lo mismo, enfrentados al aislamiento familiar bien pronto se ocuparon en recoger basura y actividades similares.

Cuadro No. 11  
ACTIVIDAD LABORAL  
NEIVA Y BOGOTA

| Trabajo  | Neiva** |     | Bogotá*** |     |
|----------|---------|-----|-----------|-----|
|          | No. M*  | %   | No. M*    | %   |
| SI       | 11      | 3   | 20        | 4   |
| NO       | 325     | 96  | 460       | 96  |
| Temporal | 4       | 1   | 0         | 0   |
| Total    | 340     | 100 | 480       | 100 |

\* Número de miembros

\*\* No se tiene información sobre 2 pandillas con 35 miembros

\*\*\* No se tiene información sobre 24 pandillas con 444 pandilleros

Con un poco de más edad se emprende, de cuando en vez, alguna actividad laboral. Se le asume casi siempre sin mayor constancia: *<A qué todos trabajan quince días y descansan dos meses, menos yo que trabaja seguido >*. La nota característica suele ser el nomadismo de un trabajo al otro, *<en la pintura duré cuatro meses, en la risa como obo. Después hice vigilancia, luego vendedor, como almacenista en bodegas y como mensajero >*. Las tres ciudades tienen narraciones parecidas, *<he trabajado vendiendo agua, haciendo bloque, en construcción, vendiendo dulce y pescado. En lo que me salga, el todo es rebuscarme >*. En incontables oportunidades no se trata tanto de un trabajo estable como de la realización de tareas esporádicas, *<trabajo no he tenido, de pronto un oficio. A reglo de*

<sup>12</sup> Robin, Bogotá, p. 42; Balín, Neiva, p. 16; Caballo, Neiva, p. 2; Furtivo, Barranquilla, p. 25; Caballo, Neiva, p. 3.

<sup>13</sup> Brayan, Barranquilla, p. 7; Jhon, p. 48.

*una casa, ayudante de una caseta vendiendo cerveza*>. Nada más que en un reducido puñado de casos se verifica el tránsito hacia un oficio estable, como suele hacerse entre los sectores populares con la transmisión de un oficio de una generación a la siguiente: *<Mi cucho era ebanista. A veces me iba para el taller y trataba de inculcarme su forma de trabajar, es el arte del hombre>*<sup>14</sup>.

Por supuesto para los pandilleros como para el resto de los jóvenes resulta difícil encontrar trabajo –por no decir imposible-. Los muchachos entre 15 y 19 años soportan una carga acumulada de carencia de empleo: entre 1987 y 1995 tuvieron un promedio de desempleo equivalente al 22.5, tres veces por encima del promedio general de 8,56<sup>15</sup>. Ha medida que la economía mundial genera mayor miseria se estrechan más las posibles alternativas<sup>16</sup>. Frente a un mercado laboral competido y desigual tienen todas las de perder unos muchachos desprovistos de formación académica y experiencia laboral. Por demás, su trayectoria se delata con facilidad<sup>17</sup>. Los prejuicios clasistas afloran, haciendo oídos sordos a la petición de empleo: *<A la gente pobre no la miran para el trabajo, todos le tienen desconfianza>*<sup>18</sup>.

La economía de la era global se construye sobre un atado de transformaciones en los procesos laborales, arrastrando un deterioro generalizado del entorno laboral y las condiciones de vida de los trabajadores. El trabajo experimenta la caída vertiginosa de sus remuneraciones, disminuye la capacidad adquisitiva del salario, el empleo pierde su antigua estabilidad transformado en contratación temporal sin prestaciones. El cuadro se completa con la postración de las formas organizativas frente a los abusos del capital, ante la deslocalización industrial la movilización sindical pierde capacidad de agregación y respuesta. El trabajo sufre duro revés.

---

<sup>14</sup> Sagrado, Neiva, p. 53; Sopas, Bogotá, p. 16; Sagrado, Neiva, p. 26; Sandra, Neiva, p. 23; Fercho, p. 2.

<sup>15</sup> Perea (1998).

<sup>16</sup> Desde 1991 comenzó una recesión generalizada. Mariña (2003). Desde ese entonces la economía colombiana viene apretando sus rendimientos, alcanzando en la actualidad niveles antes desconocidos en su historia económica – caracterizada por la estabilidad y el lento crecimiento progresivo–: rodea el tope del 20% de desempleo.

<sup>17</sup> Los pandilleros salvadoreños enfrentan, además, el estigma que se revela en sus numerosos tatuajes.

Ante estas penurias universales los pandilleros sufren las limitaciones que padecen por igual los jóvenes subalternos. Su particularidad está entonces en otro lado, en la abierta renuncia a la ocupación laboral pese a su abandono de la escuela. No sólo no buscan emplearse, no les interesa hacerlo, revelando la modificación del lugar cultural del trabajo: pierde peso el sentido celosamente salvaguardado a lo largo de la modernidad, según el cual el ser humano se dignifica en el trabajo, la sociedad y sus poderes se construyen sobre los engranajes de la producción<sup>19</sup>. El *<partero>* y su abdicación a emplearse evidencian la fractura de una ética asentada en la voluntad disciplinante del trabajo. *<Para comprarme algo tenía que trabajar quince días cuando consigo eso en menos de dos días. Por eso uno cambia de mente, si consigo plata fácil vuelvo al mal, uno piensa en lo mejor pa'uno>*. La oferta laboral no satisface las expectativas de remuneración económica. El corolario es sencillo, *<uno cambia de mente>* y sin remordimiento *<vuelvo al mal>*. Otro lo dice con igual claridad, *<qué tal uno tumbando montaña por diez mil pesos, eso me da media hora haciendo el mal. Qué se saca con ser horrado y estar vuelto mierda>*. Por demás la memoria colectiva popular reconoce en el orden económico una secular fuente de explotación y miseria: *<El trabajo es carsón, esa rutina es mamonera porque la gente que paga y tiene plata quiere volverlo a uno un esdaro>*. La experiencia de expropiación se valida en el barrio en su conjunto, *<aquí por cada cien personas en edad de trabajar, tres trabajan en una empresa y cincuenta se rebuscan>*, colocando en la sin salida económica la fuente de todo mal: *<El desempleo es el principio de todo problema, si todo mundo tuviera trabajo no habría violencia. Hay a quienes les gusta robar, les gusta la plata falsa. Pero donde hubiera trabajo no habría tanta delincuencia>*<sup>20</sup>.

La conexión entre pobreza y delincuencia está a la mano, mucho más en muchachos con una corta y empobrecida experiencia cultural. En oportunidades asume la forma cínica presente en el giro del *<dinero fácil>*. En otras se reviste de necesidad y urgencia, *<tocaba conseguir la plata a la mala, que más se puede hacer, uno no se va a dejar morir de hambre. No es que uno*

---

<sup>18</sup> Rigo, Neiva, p. 3.

<sup>19</sup> La primera es la visión liberal, la segunda la marxista, ambas tributarias de una concepción de la vida edificada sobre el trabajo. Entre la visión protestante y el capitalismo, según Max Weber, funciona el operador de una ética del trabajo. Weber (1985).

*robe porque le guste sino que es por necesidad*>. Lo dirá una mujer de su compañero, el hambre acosa y no da espera: *<Por su hija, su mujer y su bogar el hurta. Muchas veces le salen trabajos normales pero cuando escasean tiene su hija y sus necesidades*>. En el *<parcero*>, desposeído de una palabra que no sea el *<respeto*> y la *<muerte*>, se esfuma la conexión con la pobreza; el robo se desnuda de toda legitimación, recluido en la condición de hábito y norma pandillera. *<Uno ya es como deptómamo, le hace falta robar*>, sentenció Salomé. Asaltar y *<probar finura*> son pruebas de ingreso e ingrediente de la trasgresión. Según lo vimos el robo se trastoca en trabajo, *<be trabajado raporiando pues nadie da trabajo*>. O como lo enuncia otro, *<ya que uno no tiene ni estudio ni nada que más arte tiene para conseguir plata*><sup>21</sup>.

Casi no se emplean pero cuando lo hacen, como en las ocasiones en que continúan en la escuela, la lógica pandillera se hace presente. Las actividades del *<parche*> se estrellan con las exigencias que supone el cumplimiento de responsabilidades laborales; los horarios cruzados fuerzan el abandono de trabajos emprendidos de manera esporádica. También el traslado de las prácticas se traduce en conflictos con los empleadores, las más de las veces concluidos en despido cuando no en acres conflictos. *<Nos tirábamos todos borrachos en la carpintería o en la zapatería hasta que nos botaron*>, se cuenta en Neiva; *<nos dio trabajo pero el vicio no nos dejó. Nos echaron porque nos fumamos un poco de plata y eso fue severo tropel*>, se confirma en Bogotá<sup>22</sup>. El abandono de la escuela no supone la adopción de una actividad productiva como sí acontece entre los jóvenes campesinos<sup>23</sup>. Van y vienen entre una y otra actividad, mas el grueso de sus entradas económicas proviene del asalto.

Los ingresos derivados de alguna actividad legal corren con la misma suerte del dinero obtenido por otros medios, se consume de inmediato: *<El vicio me coge, trabajo y cojo mi quincena y fuera. Lo que gane me lo gasto de una*>. Además, tantas veces el hábito permanece: *<Me gusta robar cuando pillo que sale una vuelta firme, mientras tanto trabajo sano*>, dice uno en el

---

<sup>20</sup> Gomelo, Neiva, p. 9; Rigo, Neiva, p. 3; Fercho, p. 3; Franciso, líder comunal barranquillero, p. 23; José, p. 25.

<sup>21</sup> Chiras, Neiva, p. 5; Gertrudis, Neiva, p. 25; Caballo, Neiva, p. 3; Parcerito, Neiva, p. 8.

<sup>22</sup> Mundano, Neiva, p. 3-4; Efraín, Bogotá, p. 8.

<sup>23</sup> Los jóvenes campesinos abandonan seguido la escuela, pero lo hacen para emprender labores productivas.

Huila; *<trabajaba de día en el mármol y en la noche en la delincuencia>*, comenta otro en la Costa. Obvio, al igual que con el retorno a las clases, la adopción de un trabajo puede armar la plataforma de salida de la pandilla, en particular cuando se funda una familia. El testimonio de Aníbal describe con elocuencia el intento, *<sólo con mi mujer comencé a trabajar en serio ... lo hacía por demostrarle a ella que sí podía>*. Los ires y venires no cesan jalonados por el apremio de los viejos hábitos, *<con mi mujer peliamos y me entregué otra vez al vicio>*, impuestos por la precariedad de un excluyente arreglo social, *<hay quienes se han querido ajuiciar y por la situación económica no consiguen trabajo>*<sup>24</sup>.

La disyuntiva está presente, *<me gustaba más la delincuencia que el trabajo, si no había se agarraba un reuñer y se atracaba>*. El *<parche>* valida sus reglas y destierra el trabajo. La sola posibilidad de entregarse a uno deriva en motivo de burla. Salomé lo comentó, *<nos hemos esforzado por trabajar, los parceros se burlan de mí pero lo he hecho, camellé cinco meses hasta que me cansé>*. En el peor de los casos se convierte en desconfianza y conflicto, *<seguí trabajando. Más de uno me dijo que era un ramidoso porque estaba ganando liquita. Me tocó peliar porque conseguí trabajo>*<sup>25</sup>. Por eso, para el pandillero típico, se cumple con reverencia la consigna de *<vuelto al mal>*.

Si con la familia las comparaciones resultan espinosas, la escuela y el trabajo no ofrecen la misma dificultad. El tema de la familia envuelve complejas matrices culturales. Estudiar y trabajar también, naturalmente; pero a diferencia de aquella estas gozan, entre la pandilla, de rechazo generalizado. Lo mostramos en Colombia, idéntico panorama se registra por todos lados. En El Salvador se viene agravando, mientras en el estudio de 1996 el 75% no estudiaba, para el 2000 ha dejado de hacerlo el 93%<sup>26</sup>. Como en Colombia, otra vez, el pandillero no es un analfabeto desprovisto de todo contacto con el aparato educativo. El 25% ha completado algún curso primario, el 40% ha avanzado hasta un nivel entre 7° y 9°

---

<sup>24</sup> Mundano, Neiva, p. 15; Parcerito, Neiva, p. 8; Marte, Barranquilla, p. 7; Mundano, Neiva, p. 16; Gertrudis, Neiva, p. 17.

<sup>25</sup> Marte, Barranquilla, p. 3; Oso, Neiva, p. 8.

<sup>26</sup> Homies Unidos (1998, p. 38) y Santacruz y Concha (2001, p. 44).

grado y otra tercera parte tiene una instrucción todavía más elevada. El trabajo también. El 64.6% no lo hace y entre los ocupados casi la mitad está contratada de manera temporal<sup>27</sup>. En Nicaragua los reportes son los mismos, un 80% no concluyó la primaria y el 98% abandonó la escuela<sup>28</sup>.

El rechazo hacia la educación formal y la ocupación laboral no se modifica en México. Desafortunadamente no fue posible construir una información desagregada que cruzara la ocupación con la edad. En todo caso los números hablan, en unas bandas donde el 40% de sus integrantes son muchachos menores de 20 años sólo el 8% estudia y nada más un 15% tiene una ocupación laboral reconocida<sup>29</sup>. La abominación por las mediaciones de la educación y el trabajo es evidente, en un lado como en otro. Por doquier se escucha exclamar, “desde que entré a la pandilla no quería seguir con mis estudios”. La fractura pandillera está consolidada.

---

<sup>27</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 45 y 63). El porcentaje es más alto cinco años atrás, cuando los desocupados suman el 75%. Homies Unidos (1998, p. 39).

<sup>28</sup> Sosa y Rocha (2001, p. 376).

<sup>29</sup> *Movilización colectiva, crimen y poder*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

## CAPITULO 13

### PROBAR FINURA

El grupo

Han roto con la familia, la escuela y el trabajo, entregados de cuerpo entero a las prácticas conflictivas. Lo único que parece quedar resguardado es la pandilla misma, el grupo de pares a quien se entrega el tiempo y la energía. Pertenecer al *<parche>* se carga de sentido, es el único ámbito digno de consideración. Sin embargo adentro aguardan el desencuentro y el conflicto. El tiempo paralelo une con el sello de la solidaridad recíproca, cómo más podría ser ante el acecho de la muerte; pero simultáneamente el tiempo paralelo se cocina en medio de la batalla y la desconfianza mutua. ¿Qué acontece en realidad dentro del grupo?

#### 1. Las rutinas

La pandilla se agrega en grupos de tamaño variable, en numerosas ocasiones sus miembros van y vienen. Aníbal lo dice, en los Babillos “*éramos quince pero a veces nos reuníamos hasta treinta*”. Sus paisanos lo confirman, *<Los Escorpiones éramos muchos, como 40 o 50>*, mientras en las otras ciudades se escuchan afirmaciones parecidas: *<Hay hartos, quince, veinte y hasta treinta manes parchando>*<sup>1</sup>. La variabilidad, con todo, no suprime el dominio de las pandillas de hasta 30 miembros: todas en Neiva, 77% en Barranquilla y 81% en Bogotá (Cuadro No. 12). En las ciudades grandes tienden a ser más pequeñas, entre 6 y 20, aunque unas pocas llegan a congregarse hasta 60 muchachos.

---

<sup>1</sup> Rigo, Neiva, p. 3.

Quadro No. 12  
PANDILLAS SEGÚN TAMAÑO

| Tamaño       | Barranquilla |            | Neiva     |            | Bogotá    |            |
|--------------|--------------|------------|-----------|------------|-----------|------------|
|              | No. P*       | %          | No. P*    | %          | No. P*    | %          |
| 6 a 10       | 5            | 38         | 6         | 32         | 8         | 19         |
| 11 a 20      | 4            | 31         | 4         | 21         | 23        | 51         |
| 21 a 30      | 1            | 8          | 9         | 47         | 5         | 11         |
| 31 a 40      | 1            | 8          | 0         | 0          | 5         | 11         |
| 41 a 50      | 1            | 8          | 0         | 0          | 2         | 4          |
| 51 a 60      | 1            | 8          | 0         | 0          | 2         | 4          |
| <b>Total</b> | <b>13</b>    | <b>100</b> | <b>19</b> | <b>100</b> | <b>45</b> | <b>100</b> |

Fuente: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

La nota característica es la agregación en grupos dispersos, sin nexos articuladores entre ellos. En ciertas oportunidades se tienden lazos, algunas pandillas llegan a solidarizarse con sus archirivales cuando algún enemigo los fuerza a una causa común. *<Cuando se reunían tres pandillas contra nosotros llegaban hasta cien>* relata Aníbal. Sin embargo tales lazos no suponen una identidad común, como si acontece en El Salvador, Honduras y Guatemala donde la mayoría de sus pandillas se articulan en dos grandes federaciones, la mara Salvatrucha y la Calle 18, enfrentadas entre si en dura confrontación. La fragmentación característica del conflicto colombiano, la que aflora en la enorme multiplicidad de actores, se impone entre las pandillas<sup>2</sup>.

El grupo de amigos hace parte de la condición joven. *<Un grupo significa mucho, algo full de poder contar con otras personas y tener un espacio de expresión>*, afirma un rockero bogotano. La pandilla participa de este rasgo cultural que funde lo joven y la pertenencia a grupos de pares, pero a condición de romper amarras con el mundo instituido. Aníbal lo anunció, *<andábamos en esas todo el día, éramos rugos, no hacíamos nada>*. Basta mirar sus rutinas, constantes en las tres ciudades. Por principio *<todos los días parchamos>*, dice un neivano. La reunión comienza a mediados o finales de la mañana, entre las diez o doce, adobada con la

<sup>2</sup> No en todos los países se produce la confederación de Centroamérica. No se da en Nicaragua, tampoco en Suramérica. En México tampoco existe nada parecido.

primera <traba>. Rato después viene el hambre, forzando el regreso a casa. El inicio de la tarde vuelve y se abre con nueva <traba>, se <recocha> un rato hasta la hora de los robos. Con la caída de la noche el grupo está otra vez reunido. El pandillo tiene especial predilección por lo nocturno, sus secretos y misterios. La vigilia se alarga, mínimo hasta la medianoche, se duerme a pierna suelta hasta bien entrada la mañana y <al día siguiente lo mismo>. En palabras de un barranquillero: <En la mañana llegamos, fumamos droga y pedimos plata para pasá la para. Nos sentamos a mamar gallo hasta tarde que nos vamos a acostar><sup>3</sup>.

En rigor se trata de estar ahí todos los días, embebidos en un encuentro donde se realizan las actividades propias de muchachos populares. Hablar, practicar deportes, caminar, jugar cartas y en fin, actividades de tenor parecido. El cansancio llega a espaldas del agotamiento que sin falta trae el tiempo sin fronteras, dando paso al silencio que suele arrobar al pandillero: observa con una mirada vacía, inmóvil durante horas, ajenos a otro lugar donde ir. Naturalmente varias ocupaciones rompen la usanza diaria. Los paseos intempestivos son permanentes, en Barranquilla a fincas cercanas y en Neiva al río según la vieja costumbre de ciudad ribereña. En Bogotá se repiten los paseos fuera de la ciudad durante varios días, emprendidos sin ninguna preparación; el rebusque de la comida y la dormida prolongan una <maña> habitual de la pandilla. Asimismo pululan actividades ocasionales como bailes y fiestas populares: <Hacemos bailes, bazares, festivales, verbenas, uciles entre nosotros y rifas con el fin de ganar plata pa' no estar mondaos>. Los fines de semana se quiebra la monotonía, de algún modo el tiempo se encamina a la ansiosa espera del viernes y el sábado, momento en que aparecen las buenas <ligas> y llega la fiesta desenfrenada. <Un viernes o un sábado, cuando se ha hecho la liguita, eso es trago y trago>. O lo mismo se puede ir al sitio predilecto, <bailamos de todo, rancheras, vallenato o lo que haya. Vamos a la discoteca, todos los parceros, es barato el trago><sup>4</sup>. Hasta aquí el pandillero no se diferencia de los otros muchachos de la zona, a no ser en la

---

<sup>3</sup> Oso, Neiva, p. 6; Mechete, Barranquilla, p. 7. La <para> es el aburrimiento; <mamar gallo> es molestar, estar contentos.

<sup>4</sup> Marte, Barranquilla, p. 5; Oso, Neiva, p. 17; Caballo, Neiva, p. 6. <Estar mondao> es estar sin dinero; <liga> es robo exitoso.

intensidad con que asume la práctica grupal de tiempo completo. Su singularidad llega más bien con las prácticas conflictivas.

## 2. Rito, apertura y jerarquía

Las reglas que norman la pandilla confirman su naturaleza. Retratan el poder que manipulan, las relaciones entre sus miembros y los conflictos que les atraviesan. El tema ha sido objeto de atención, proponiendo un espectro abierto sobre dos tipos extremos<sup>5</sup>. De un lado el grupo ritualizado y jerarquizado, esto es cerrado; de otro el desprovisto de símbolos y grados fijos, vale decir abierto. En Colombia hasta mediados de los años 80 fueron grupos cerrados, según se vio; por el contrario las pandillas actuales no pertenecen ni a un tipo ni al otro. Una vez se les contempla con detenimiento se revelan como grupos semiabiertos, paradas a mitad de camino en el espectro; desde allí algunas se orientan hacia un extremo, otras hacia el opuesto.

La apertura indiscriminada no resulta cierta. Como lo dice un neivano, *<el chino que de verdad quiere parchar que pruebe finura. Sale con otro parce a hacer una vuelta>*. En realidad, aquel *<que de verdad quiere parchar>* debe pasar por el rasero de la trasgresión: *<Para entrar a uno más duro me hicieron la prueba a ver si era varoncito. Me tocaba echarle mano a un man o si no latearme con cualquiera a puñaladas. Preferí robar>*. En este caso la prueba pasó por el robo y la violencia, en otras se asienta en el vicio: *<La prueba del ingreso es que le guste el vicio, que lo distinguan a uno como marihuanero o ladrón>*<sup>6</sup>. De manera que al *<parche>* no entra cualquiera, se requiere una singular capacidad para ingresar y luego sostener la condición de integrante. Es más, una vez incorporado las pruebas van ganando en dificultad: *<Me exigieron que tenía que probar, mostrar que merecía seguir en el grupo. Me dieron un revolver descargado, simplemente por probarme>*. A los recién entrados se les vigila, se observa con quién hablan, a qué se dedican, se indagan sus amistades y se esculca su vida: *<Si llega una persona se le pregunta de dónde es y qué ha hecho*

<sup>5</sup> Desde los estudios pioneros el tema de los órdenes internos es de obligada discusión. Whyte (1971), Monod (2002).

<sup>6</sup> Balín, Neiva, p. 5; Parcerito, Neiva, p. 5.

*Uno conoce la gente*>. Cuando la pandilla invita a alguien lo hace forzado por la necesidad de restituir integrantes perdidos, a sabiendas de la trayectoria del candidato: *<En un velorio me dijeron que entrara, que querían pelados jóvenes como yo echao pa'lante. No se necesitaba nada, solamente tenía que ir con ellos a sus cuentos>*. El acto de *<probar finura>* se convierte en exigencia sostenida, lo refrendan a cada momento las actividades riesgosas<sup>7</sup>.

Con la excepción de los ritos de la muerte la presencia de otros rituales fue escasa, por no decir inexistente. Aníbal relata un rito entre la antigua pandilla de los Alacranes, *<contaban que el jefe los ponía a matar burros para que después cada uno se tomara su vaso de sangre>*. Tales prácticas, como modo establecido de renovación de la energía colectiva, se extinguieron. Los grupos satánicos, los más prestos a la ceremonia, no fueron identificados con claridad en ninguna de las tres ciudades. En oportunidades se afirma su existencia, *<había unos satánicos, hay parceros que salen con vueltas todas raras. Manes que se ponen a hacer oraciones al revés, que van al cementerio a la medianoche>*. Por el contrario en otras se niega, *<que yo sepa ritos satánicos no hay aquí, de pronto habrá algunas personas que lo hagan pero muy oculto>*, dice un pastor evangélico. Se rumora de cadáveres aparecidos con gatos negros desollados encima, pero en ningún caso se trata de historias confirmadas ni mucho menos repetidas. Entre algunas pandillas se habla, a lo sumo, de pactos de sangre que sellan la hermandad entre *<parceros>*. Pasado algún tiempo y más de una aventura mortal dos *<socios>*, algunas veces con la participación ritualizada del resto de la pandilla, intercambian sus torrentes sanguíneos mediante pequeñas cortadas en las muñecas. Será el único rito de paso de alguna manera extendido<sup>8</sup>.

Con la disolución de los símbolos y los ritos codificados la pandilla pierde su cerramiento. *<Nunca en el parche tenían que estar determinadas personas; ahí se hace el que quiere y listo>*, asevera un bogotano; *<ahí no hay condiciones para los nuevos, quien se quiera acercar allá está con nosotros>*, confirma un barranquillero; *<el parche no es como una escuela donde la gente se matricula. Allá entra*

<sup>7</sup> Jaime, Bogotá, p. 18; Caballo, Neiva, p. 6; Pendenciero, Barranquilla, p. 2.

<sup>8</sup> Rigo, Neiva, p. 14; Edgardo, pastor evangélico, Barranquilla, p. 4.

y sale gente, hay manes que parchan cuando quieren>, ratifica un neivano. Mas la apertura sin restricciones, se dijo, no es posible. Un día y otro pueden llegar muchachos de diversos lugares pero el <parche> posee un núcleo conformado por los miembros permanentes, aquellos que participan en las actividades conflictivas y por ende portan la vivencia del grupo. La apertura a cualquiera es impensable entre agrupaciones atravesadas por el conflicto, son muchos los secretos que deben permanecer sepultos. <Para hacer los trabajos se escogían los más duros. Si el combo era abierto era pa'pelear, pa'que fuera una banda más temerosa. Para los trabajos los duros, los otros estaban abí pa'hacer los mandados>. No faltan los que se desplazan de un grupo a otro, ello es posible para quien posee una larga trayectoria en el mundo pandillero. <Yo parcho acá y parcho allá, lo hago en ambos parches>, enfatiza alguno; <quería sobresalir en todo los parches, es importante mantener las puertas abiertas de todos>, agrega uno más<sup>9</sup>.

Lo mismo sucede con las jerarquías. Las líneas de mando explícitas y formalmente establecidas fueron sustituidas por formas de dominio montadas sobre la trasgresión. Unos grupos se precian de no plegarse a ningún rango, sus miembros hacen lo que les place sin pedir consentimiento alguno. <Nadie manda a nadie, todos en la cama o todos en el suelo>. Empero, el mismo pandillero reconoce renglones más adelante la presencia de una persona investida de poder, entre ellos mismos y hacia fuera: <En las verbenas advertimos que si el capo ve una discusión interviene>. Lo mismo se verifica en otros testimonios, incluido el de Aníbal: <Su jefe mandaba a todo el mundo y a mi no me gustaba que nadie me mandara>, no obstante la disputa por el reconocimiento del mando pronto desaparece cuando él asume la jefatura, <se fue para Venezuela y entonces empecé a mandar><sup>10</sup>.

Todo grupo posee diferenciaciones internas, con mayor razón una agrupación ensamblada sobre prácticas de fuerza. La pelea y el atraco exigen un arrojo que inevitablemente provoca jerarquías. Los <duros> son abiertamente <respetados> en unos casos, tácitamente en otros. Como dice un bogotano <en un parche siempre hay un duro, de lo contrario no sería parche, siempre hay

<sup>9</sup> Bernardo, Bogotá, p. 17; Mechete, Barranquilla, p. 6; Caballo, Neiva, p. 5; Pendenciero, Barranquilla, p. 8; Mosco, Neiva, p. 12; Balín, Neiva, p. 5.

<sup>10</sup> Mechete, Barranquilla, p. 6 y 7.

*un jefe que manda* >, y como lo secunda un currambero <*siempre en una banda tiene que haber un jefe o líder*>. Los apelativos hablan bien de la condición del personaje, <*capo*>, <*padrino*>, <*mandamás*>, <*jefe*>, <*duro*>, construido sobre el respeto que le granjean sus acciones: <*Un jefe tiene que salir adelante a ver por su pandilla y estar pendiente de las cosas*>, dijo Aníbal. Salir <*adelante*> supone un porte de pelea a toda prueba, lo asume quien posee la resolución capaz de enmudecer a cualquiera: <*El capo es el que se enfrenta. Anoche se metió allá donde los manes y apuñalió a dos*>, dicen en Barranquilla; <*a veces él arregla los problemas solo con tres o cuatro manes con machete*>, aseveran en Neiva. Como en cualquier otro universo, se hace líder aquel que detenta aquello considerado unpreciado valor para el grupo. En la versión de alguno <*el capo es el que lo tenga todo*>, lo cual significa dinero y decisión para conseguirlo, armas y vientre helado para usarlas, conexiones con el bajo mundo y conocimiento de sus intrínquilis. <*Capo es el que tenga la plata pa' que mande lo que uno necesita, que tenga su arma que nos da a nosotros pa' cubrimos. El capo se hace trabajando o robando*>. En la versión extrema, bastante corriente, el jefe se hace administrando la muerte: <*Se volvió jefe porque fue uno de los primeros que cometieron asesinatos, torturaba a las víctimas. Era jefe por coger mando y tener más carácter*>. En Neiva se dice otro tanto, <*el es muy buen ladrón y nos ha enseñado muchas cosas. Tiene muchas amistades con paramilitares y todo. Le jala a todo, a motos, carros, casas. Mete de todas las drogas y frentea al que sea*><sup>11</sup>. La gramática es impecable, el <*capo*> domina con suficiencia el arte de la trasgresión porque es <*buen ladrón*>, <*mete de todas*> y <*frentea*>.

De ahí para abajo la línea de mando no resulta siempre clara. Usualmente hay uno o dos cerca del <*mandamás*>, un círculo próximo a quien le prodiga atención especial. <*Siempre el jefe tiene su mano derecha, como se dice su sucesor*>, se argumenta en Bogotá. Lo mismo declara Aníbal, <*tenía un segundo al mando, mandaba con él y un par de hermanos*>. La jerarquía se construye sobre pactos internos y alianzas estratégicas entre los miembros, <*se ganó el respeto y nunca he pensao tumbarla. Además él tiene sus guardaespaldas, sus miembros que lo ayudan*>. En algunos casos se reconocen de manera abierta dos jefes, a condición de que cada uno cumpla con las

<sup>11</sup> Hernando, Bogotá, p. 15; Pendenciero, Barranquilla, p. 6; Mechete, Barranquilla, p. 9; Oso, Neiva, p. 15; Mechete, Barranquilla, p. 8; Pendenciero, Barranquilla, p. 6; Oso, Neiva, p. 15.

exigencias del puesto: *<Eso mandaban dos>*, se comenta en Neiva; *<pueden haber dos pero tienen que ser igual de duros>*, se habla en Barranquilla. Formulado en su expresión más cruda, *<la segunda mano era similar al jefe, cogió su ejemplo y las víctimas las masacraba, les hacía tremendas barbaridades>*<sup>12</sup>.

La superioridad se acepta, su primera prerrogativa es el don de sojuzgar al resto: *<No es el más pesado en mentalidad sino el que casca. Así uno quiera enfrentarlo el man pega, ahí está el respeto>*. Como sucede siempre, las formas de ejercicio del poder varían de pandilla a pandilla. Unas pasan por las peores tiranías, *<uno del parcho se puso abeja y entonces el padrino sacó un destornillador y se lo metió>*. Entretanto otras se acercan a ciertas formas de horizontalidad, como expresa Aníbal: *<No me gustaba ser el jefe que prohibiera esto o aquello. No los obligaba, me gustaba que se sintieran libres por sí mismos>*. En este caso el señorío se desdobra en la protección de los *<parceros>* y la mediación del conflicto: *<Les decía que cuando tuvieran problemas me dijeran para yo estar al tanto y saber cómo hacer>*, dice uno; *<a veces vienen los amigos bronquiacos y él para las broncas>*, replica otro<sup>13</sup>.

Así pues la pandilla actual está en la mitad del espectro. No es cerrada como las de hace un tiempo pues sus ritos, símbolos y jerarquías han desaparecido; pero tampoco es abierta puesto que posee jerarquías y cierres al exterior, hay que *<probar firura>*. Es semicerrada. Carece de códigos ritualmente escenificados pero posee nombres y territorios, tanto como esquemas de acceso de nuevos miembros y de refrendación de permanencia de los antiguos; carece de jerarquías sistémicas, pero el poder se entroniza en medio de la fuerza. Desde el centro unas caminan hacia la codificación y otras hacia la desregulación, en cada caso en relación directa con la intensidad del conflicto en que se enfrasque la pandilla: a mayor trasgresión tiende a tomarse rígida, son mayores los secretos a preservar y más firme la

---

<sup>12</sup> Furtivo, Barranquilla, p. 9; Jipijay, Oso, Neiva, p. 8; Oso, Neiva, p. 15; Potera, Barranquilla, p. 9; Pendenciero, Barranquilla, p. 6.

<sup>13</sup> Richard, Bogotá, p. 4; Oso, Neiva, p. 14; Oso, Neiva, p. 15.

lealtad a exigir. No faltará el <parcero> que lo intuya, <reglas así no, en otros parches que sean más bravos pues lógico que deben tener más reglas ><sup>14</sup>.

Y lo que vale para las pandillas consideradas una frente a otra se cumple asimismo entre las ciudades. Dado el mayor nivel de violencia de Bogotá y Barranquilla sus pandillas, frente a las de Neiva, manifiestan una tendencia más marcada hacia la codificación y el cerramiento. Las de Neiva, de manera distinta, se muestran más abiertas y menos jerarquizadas. Por supuesto, las pandillas opitas <calientes> tienden a cerrarse, a probar con celo a sus cofrades, a definir liderazgos con precisión. Sin embargo en Neiva aún se escuchan alusiones como la de <este parche se llama el hueco. Ahí está escrito: “Bienvenido al parche del Hueco” y allá arriba “Bienvenido al parche La Piedra ><sup>15</sup>. Dichas señales no están presentes en todas las pandillas opitas, pero todavía es posible encontrarlas; mientras tanto tales plásticas desaparecieron de las ciudades grandes, la persecución y el acoso policial las desterraron. El papel del conflicto es entonces paradójico. Elimina las ritualizaciones pero endurece las jerarquías, suprime los símbolos pero realza la fuerza. Las pandillas semicerradas, como las nuestras, pierden su conexión con alguna simbólica pública. El pandillero grita, su acto resuena como un alarido del que, pese a su fuerza, sólo se ve el gesto indescifrable de quien vive más allá del afuera.

### 3. La ley por dentro, el <respaldo >

Los símbolos se escabullen. Se desafía a cada instante la vida, desprovistos de causa pero ciegamente conducidos por la voz del <respeto ><sup>16</sup>. Para ello el grupo ha de ser compacto, se deben observar una reglas y atenerse sin fisuras a una ley interna. Los miembros lo saben, la supervivencia pasa por la capacidad de agregar un poder colectivo capaz de contener el acecho de múltiples adversarios. El dominio imperial del escenario local, su más consentida aspiración, bebe de este juego de fuerzas en pugna: sobreviven a cuenta de mostrarse

---

<sup>14</sup> Oso, Neiva, p. 17.

<sup>15</sup> Mundano, Neiva, p. 52.

<sup>16</sup> La ley pandillera se resume hacia fuera en el <respeto >, hacia dentro en el <respaldo >.

sólidos e inquebrantables en su propósito. Un eficaz, solidario y leal funcionamiento colectivo es la enseña de la pandilla, según lo condensa el principio del *<respaldo>*.

Su primera norma es *<no faltonear>*, mantenerse firme a los secretos y exigencias de las que está preñada la vida pandillera. Cada *<parche>* mantiene una memoria clandestina que demanda silencio sepulcral, *<empecé a saber cosas de otros munes, que habían matado o violado, cosas que la sociedad no sabe>*. La persona más repudiada es el *<sapo>*, el que *<faltonea>* el pacto de silencio. *<En los parches uno aprende a ser sincero porque una persona sapa o descosida lleva del arrume>*, se dice en las tres ciudades. La seguridad del grupo, pero también la de cada uno de sus miembros por aparte, pende de una severa discreción. En un ambiente plagado de tensiones un comentario imprudente puede tener consecuencias fatales, *<si uno traiciona la confianza daña el cuerpo del compañero. De temor a eso uno callado, si cuentan algo uno lo comenta pero con la almohada>*<sup>17</sup>.

Por encima de las jerarquías no se puede *<arivutear>*, segunda norma. Incluso el más despiadado de los *<capos>* se somete a la norma de la repartición de los botines en estrictas partes iguales: *<En el robo siempre se usará esa metodología, todo por mitad>*. Nada importa que unos hayan *<frentiao>* en una oportunidad más que otros; se sabe que en asaltos venideros llegará la oportunidad de invertir los papeles. El cumplimiento de la norma cifra una de las exigencias sin apelación, *<ser serio es que si ganamos diez palos y somos cinco pues de a dos para cada uno, si se intirió medio palo en armas todo mundo paga, ser correcto en las cosas>*. Entre pandillas *<ajisozas>* la regla puede llegar a situaciones extremas, como aquella de desvestirse en el momento de la repartición: *<Todo el mundo tenía que quitarse la ropa, se tiraba la plata en un lugar y las armas en otro. Había mucha desconfianza>*. Como en la violación del silencio, la infracción de la repartición justa genera la retaliación violenta: *<Mató a otro amigo porque se guardó doscientos pesos, lo quemó con cinco tiros en la cabeza>*<sup>18</sup>. El código de reciprocidad en la

<sup>17</sup> Robin, Bogotá, p. 20 y 15; Mechete, Barranquilla, p. 8.

<sup>18</sup> Hernando, Bogotá, p. 2; Omar, Bogotá, p. 29; Pendenciero, Barranquilla, p. 8; Omar, Bogotá, p. 26. *<Ajisazo>* es un término bogotano para describir al más *<chero>* y violento.

distribución se extiende a otros campos, como el vicio, donde se impone la generosidad en especial cuando se celebra un buen golpe.

Asimismo está prohibido <dejar embalado>, sea cual sea la circunstancia y el enemigo por enfrentar -la tercera norma-. Como en los dos casos anteriores el acto de abandonar al <socio> en un momento de peligro es objeto de enjuiciamiento: <Otra cosa es nunca dejar morir a otra persona que lo ha cuidado a uno. En una vuelta a uno de los muchachos le dieron un tiro en la columna y el amigo se devuelve a darle ánimo>. La puntillosa obediencia de esta regla es esencial para la seguridad colectiva, en caso de una confrontación se debe apostar la propia vida: <Un día le cascaron a un parce y yo fui a pedir ayuda, no sabía que había que frentear, así sea un tomba. Me cascaron, es lo peor que le puede pasar a uno><sup>19</sup>.

La norma del <respaldo> sanciona el cuidado del otro y el grupo, la solidaridad irrestricta y la lealtad sin pruebas. Se está aquí, sin ambivalencias, y no en ningún otro lado. Un barranquillero lo dirá con precisión, <no se puede ser de dos caras, andar allá y andar de este lado, en este grupo y en otro. El de dos caras lleva y trae y entonces vienen las culebras><sup>20</sup>. Naturalmente tal imposición se cumple con cierta frecuencia en Bogotá y Barranquilla, en particular entre pandillas de gran violencia. Lo dijimos, el cierre rígido está en proporción directa con la intensidad de la trasgresión, llegando a extremos fatales como la sonada historia de Barranquilla: <No se podía hablar con alguno de las bandas enemigas. Uno de los Alacranes se entregó con una muchacha de los Saraviacos, la muchacha quedó en embarazo. No se volvieron a ver porque ninguno de los jefes se diera cuenta pero llegó la fiesta de San Martín, donde se encontraron las dos bandas. La muchacha llamó al otro y se supo. Comenzaron a darse y a la muchacha la mataron, decían que había que salir de ese saraviacito. Al muchacho lo mataron a los pocos días><sup>21</sup>.

<sup>19</sup> Hernando, Bogotá, p. 34; Richard, Bogotá, p. 12.

<sup>20</sup> Cuando alguno se pasea entre parches, como se anotó atrás, es entre grupos sin enemistad.

<sup>21</sup> Mechete, Barranquilla, p. 6; Pendenciero, Barranquilla, p. 7-8. <Culebra> es enemigo, alguien que busca a otro para matarlo.

Quien se enrola en la pandilla sabe de los riesgos que le rodean; nada les detiene, pesa más la certeza del *<parbe>* y su porte sangriento. Sobre ella, y no más que por ella, lanza sobre el barrio el desafío violento: el *<parce>* sabe que está *<respaldao>*. Seguro de que no habrán *<faltoriadas>* ni *<arivutadas>* ni *<embales>* se entrega a manos llenas al riesgo. Sobre el concierto básico de esta fidelidad recíproca se compacta el grupo: *<Donde había problema iba todo el grupo. Si a alguno lo tocaban en algún barrio iba el grupo y montaba la asquerosa>*, aseveran en Bogotá; *<se que voy a la fija, cualquier gonorrea que me la monte de una vez tengo respaldo>*, confirman en Neiva.

#### 4. Solidaridad versus individuo

El grupo se compacta, la ley del *<respaldo>* lo impone. El muchacho haya en él un lugar de pertenencia y una fuente de identidad, resuelve la demanda de compañía y encuentra solidaridad. La pandilla provee pues un estilo de vida, colma el vacío inscrito en una de las urgencias más apremiantes de la contemporaneidad, la de ser reconocido en una identidad singular<sup>22</sup>. “El amor que no encontramos en la casa lo encontramos en la calle”, expresa un marero salvadoreño<sup>23</sup>. Los amigos llegan a convertirse tantas veces en *<hermanos carnales>* por quienes se apuesta la vida, así como lo expresa un veterano colombiano: *<Para ser un líder hay que conocer lo que es una amistad, lo que es un hermano de sangre>*. El nexos amistoso se describe de mil maneras, siempre informadas de la fraternidad del lazo sanguíneo: *<Quiero al man más que a mi papá, él me cuida, mejor dicho como un pacto con satanás>*, decía un pandillo de su *<socio>*<sup>24</sup>.

Desde una de sus aristas el *<parbe>* es pues grupo. La condición colectiva está cargada de fuerza, frente al desamparo la pandilla se vuelve como maná regado en medio del desierto. Según un *<parcero>* de Neiva *<uno está en el parbe por no estar sólo, por el vicio y por no dejársela montar de otro>*. Es cierto, la pandilla ofrece compañía, proporciona consumo y garantiza

<sup>22</sup> La identidad como alternativa ante el vacío de la globalización en Castells (1998).

<sup>23</sup> Santacruz y Cruz (2001, p. 40).

<sup>24</sup> Robin, Bogotá, p. 36; Caballo, Neiva, p. 11; Omar, Bogotá, p. 28; Bernardo, Bogotá, p. 13; Richard, Bogotá, p. 7.

protección. Desde ahí se convierte en espacio donde es posible restablecer el vínculo extraviado. Por eso muchos la describen como la oportunidad de sortear la soledad y el abandono, el aburrimiento y la ausencia de oportunidades. *<El parche es un grupo de personas que no tienen con quien hablar y distraerse, entonces que hace uno en la casa sin trabajo ni nada>*. Junto a la compañía y el lazo emocional la pandilla es también *<rumba>*, sitio de encuentro con el consumo sin fin. *<Lo que nos une es el vicio>*, se citó atrás. Y a la vez es fuente de poder y protección, la fuerza del grupo genera *<respeto>* y garantiza amparo: *<Si los parches murieran me sentiría solo y desprotegido. Si uno está sólo ya la gente no le come cuento, nadie le tiene miedo>*. El lazo, el consumo y la protección se mezclan, *<el parche es el modo de vivir lo que uno quiere, es la vida de uno>*<sup>25</sup>. Dicho en breve, la vivencia pandillera y su red simbólica son impensables sin la mediación del grupo. Es su cara colectiva.

El *<respaldo>* y la amistad, con todo, encuentran con prontitud una frontera. El peligro al que está siempre expuesta la pandilla crea complicidad, pero a la vez introduce suspicacia y confrontación. En primer lugar en el *<embale>* del vicio, la necesidad compulsiva de consumo suele generar enfrentamiento. De allí la regla de oro, *<cuando estemos chapetos, así tomados, nadie debe azarar a nadie>*. Asimismo la pandilla puede proveer un *<hermano carnal>*, pero también opera sobre el distanciamiento propio de relaciones sembradas en la trasgresión: *<Eramos amigos en las vueltas pero fuera del parche nada más el saluda Nunca los llevé a la casa y tampoco fui a la de ellos, por temor a que si nos faltoniáramos el otro tomara represalias. Amigos pero de momento nada más>*. Un opita lo resume de manera magistral, *<la relación entre el parche es bien pero uno no confía en nadie, uno vive es lo de uno. La vida del delincuente es así, ser solo>*<sup>26</sup>.

La dinámica violenta socava con facilidad el vínculo. El pandillo lo sabe, *<allá nadie quiere a nadie y cada cual por su lado>*. La identidad es precaria, *<ningún bandido dice su propio nombre ni la propia casa porque se llega a pelear con alguno y vienen las represalias. El que lo hace se delata>*. Los *<parches>* son lo único que existe, se permanece con ellos el día entero en medio de una

<sup>25</sup> Caballo, Neiva, p. 10; Oso, Neiva, p. 32; Caballo, Neiva, p. 11.

<sup>26</sup> Furtivo, Barranquilla, p. 12; Robin, Bogotá, p. 35; Parcerito, Neiva, p. 2. *<Sayayín>* es el guerrero y héroe de las tiras cómicas de *Dragon Ball Z*.

aventura signada por la muerte. En esos instantes el sentimiento de pertenencia se impone. Empero el vínculo no salta más allá, *<la relación entre los amigos del parche es bien pero uno no confía en nadie, uno vive es lo de uno. La vida del delincuente es así, ser solo>*. De tal suerte, más que un vínculo afectuoso extendido cada uno encuentra un *<carnal>*, un amigo incondicional con quien se sortean el azar y la muerte. Aníbal lo mencionó, entre sus varios tránsitos por distintas pandillas nada más un muchacho se convirtió en amigo a toda prueba. Salomé muestra lo mismo, sus andanzas se cumplían casi todas con *<el Mōco>*, mientras en Neiva acontece otro tanto: *<He tenido amigos de causa que han estado y caído conmigo. Son los que no me han dejado morir. Del resto uno no confía en ninguno porque ellos se prestan pa'las de uno, pa'armarle el cajón a otro>*. La tensión entre cercanía y distancia, por lo general, se resuelve con la creación de una sólida amistad con un solo *<socio>*, el *<carnal>* con quien se hacen las *<vueltas>*, se enfrentan los *<tropes>* y por el que hay que jugársela toda. De resto, hacia los demás miembros *<fuera del parche nada más el saludo>*.

Por desgracia los estudios de otras naciones le prestan escasa atención al conflicto interno. A lo más, entre los grupos que agraden a los pandilleros la violencia entre los “homeboys”, como se llaman entre sí los *<parceros>* de El Salvador, agrega menos del 10%<sup>27</sup>. Queda entonces el interrogante frente a otras naciones: ¿el fuerte conflicto interno de la pandilla en Colombia será una expresión más de su guerra interna? No se puede contestar con ninguna certeza.

En cualquier caso la pandilla cumple una función colectiva, no cabe duda. Sin embargo cada miembro sabe que en realidad *<cada cual por su lado>*. El rostro del individuo se impone. Está presente en el *<vicio>* que cada cual practica según sus propios gustos: *<Allá cada cual tiene su vicio. Unos de tomar, otros de soplar, de fumar marihuana, meter perica o pegante>*. La libertad del consumo es norma intocable, *<lo bueno de pertenecer a un parche es que uno se viene a consumir lo de uno>*. El atraco pasa por la misma criba, cada quien escoge el compañero de correrías, los lugares de “trabajo” y las técnicas a emplear. La violencia, todavía más, revela

<sup>27</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 64).

la impronta individual: *<Ser violento significa liderazgo, el chico malo es el líder, sentirse individual en su medio, sentirse el único>*, dice uno. La identidad del *<respeto>*, el significante donde anuda el símbolo *<parcero>*, se revela en toda su plenitud con el *<sentirse individual en su medio>*<sup>28</sup>.

La pandilla es en realidad una férrea tensión entre el grupo y el individuo. Lo revela la permanente referencia a la falta de reglas y jefes pese a su extendida presencia –según se vio-. La tensión atraviesa todo acontecimiento, al pandillero le produce tanta lealtad su proyecto personal como su sentido de pertenencia, se trata de la polaridad entre el *<cada cual por lo suyo>* y el *<si joden a un miembro... es como joderle la familia a uno>*. En un lado está la autonomía, donde el individuo y sus resortes son el núcleo de sentido; en otra el enraizamiento a la manera de una búsqueda de pertenencia donde echar un vínculo y obtener reconocimiento. Ambos rostros están dotados de extraordinaria fuerza, es la autonomía dependiente.

La tensión, sin embargo, termina por inclinarse hacia el lado individual. La pandilla, desposeída de un nexos que la conecte con algo más allá de ella misma, remite su poder a los individuos aislados que la componen. Cuando lanza su agresión grupal la gente tiembla; mas todos saben, tanto *<parceros>* como vecinos, quienes son en verdad los de *<respeto>*; el resto es bulto, pura agregación de fuerza. El pacto parcero potencia el individualismo. Desconectados de cualquier reclamo colectivo, ajenos a la sociedad y al barrio, terminan solazados en el culto de la persona y sus ocurrencias. El lema es categórico, *<cada uno tiene su modo de vivir allá>*. Rápidamente el *<parcero>* sabe que está solo, en el mejor de los casos convencido de que *<la vida del delincuente es [...] ser solo>*. El individuo y sus simbólicas se imponen. Quizás lo hacen siempre, incluso desde el momento del ingreso: *<Si uno se quiere parchar allá es uno mismo, nadie lo está obligando>*. Es el individuo el que busca compañía, el que necesita cómplices para el consumo, el que demanda protección<sup>29</sup>.

---

<sup>28</sup> Parcerito, Neiva, p. 8; Solle, Neiva, p. 8; Potera, Barranquilla, p. 6.

<sup>29</sup> Oso, Neiva, p. 25; Marte, Barranquilla, p. 13; Mundano, Neiva, p. 25.

<El bandido no tiene amigos> sentenció Aníbal. Es verdad, mas la condición de <amigos pero de momento nada más> no suprime el magnetismo en torno al que se congregan muchachos más allá de los flujos de la vida corriente. No los une una amistad a toda prueba, hay demasiado conflicto diseminado por todos lados, adentro y afuera. De tal modo la identidad y la solidaridad que tanto invoca el pandillero tienen límites precarios. No los aglutina tanto el afecto, lo hace más el código del <respaldo> en tanto la sobrevivencia del grupo depende de cada <parcero> y la vida de cada <parce> depende de los demás. La vigilia de la muerte hermana, ahí está su cohesión.

## CAPITULO 14

### UNO SE BUSCA EL DESTINO

#### Individuo desvinculado

El vínculo se resquebraja. El pandillo rompe con la familia al tiempo que abandona la escuela y el trabajo. Las mediaciones que acompañaran el proceso de socialización a lo largo de la modernidad sufren duro revés. La fractura no se detiene allí, compromete el conjunto de la institucionalidad –lo miraremos enseguida-. Y para completar, el colectivo pandillero, el espacio que vendría a socorrer el desamparo, se trenza en compleja polaridad con la presencia abrumadora del individuo. La individuación se impone, tanto en las tramas culturales que empujan el ingreso a la pandilla como en la vivencia interna del grupo. ¿Qué acontece entonces con el vínculo de la contemporaneidad?

#### 1. Fractura profunda

El afuera pandillero es radical. Como con la familia, la escuela y el trabajo las restantes mediaciones institucionales sufren su estropeo. El cura y sus oficios con el más allá no les dice nada. Salomé y su grupo se acercan de cuando en vez a la iglesia del Veinte de Julio, un santuario del sur de la ciudad donde cada domingo acude una romería de gentes a encomendar sus urgencias: *<No es que seamos muy religiosos pero todos buscamos a Dios cuando necesitamos pedirle un favor. Vamos a misa, se pone la velita y se le ruega al Divino Niño>*. Con cierta facilidad el redescubrimiento de lo religioso pone fin a las correrías pandilleras, tal como Aníbal lo hace saber: *<Ahora gracias a Dios es distinto, he conocido al señor y mis resentimientos se han ido>*. De resto, cuando se pertenece sin problema al *<parde>* las profesiones de fe no son sino actos episódicos que no calan al grupo. Claro, como

dignos representantes de la barriada periférica los *<parceros>* no abandonan una rudimentaria fe, sin que ello signifique nada parecido a un mundo de sentido por fuera o al lado de la pandilla. Dios está presente, evocado nada más ante cada situación en que *<necesitamos pedirle un favor>*.

La actividad participativa en el barrio, una práctica trascendente en la cultura popular, corre con igual suerte. La Junta de Acción Comunal, la institución que hace de bisagra entre la vida local y el estado, deriva en enemiga de la pandilla; con frecuencia, los vecinos que la integran se alían con las operaciones de limpieza y las redadas policiales. Por su parte las organizaciones comunitarias no les despiertan interés alguno. *<Nunca he tenido actividades comunales, tampoco he estado en grupos barriales, juveniles o en asociaciones>*, dice Aníbal. No es siempre el caso. *<Uno se encarreta con actividades comunitarias, por ejemplo un viaje o un paseo>*, comenta Salomé. No falta a la verdad, algunas veces los pandillos merodean grupos comunales pero cuando los entusiasma alguna actividad como *<un viaje o un paseo>*. De lo contrario, la disciplina que implica la creación y desarrollo de una colectividad riñe con la ansiosa búsqueda de placidez característica del pandillero.

Si tal acontece con la religiosidad y los espacios locales, nada diferente se puede esperar de procesos cuya práctica toma cuerpo fuera de las fronteras zonales. El estado se experimenta como un ente ajeno a la vida real y sus demandas. Ninguna institución les mueve alguna inquietud; el congreso, las cortes de justicia, los partidos políticos, todos pasan por la misma criba de apatía. Ven en la policía el gendarme de un orden ajeno y distante, reconocen su poder pero nada más allá del agente de carne y hueso a quien se burla con astucia y se lidia con dinero. Nada por fuera de sus apetitos les interpela. Los procesos electorales y políticos, los actos colectivos y las convocatorias a lo público nos les suscitan interés, según lo sentencia con desenfado Aníbal: *<En las pandillas nunca hablamos de eso, ni de política, ni del gobierno o la comunidad. Sólo estamos pendientes de la maldad>*.

El vínculo se deshace. Lanzados a la deriva llegan al *<parche>* pretendiendo hallar lo que afuera les es negado. “Cuando entré a la pandilla lo hice buscando cosas que no tenía en el hogar ni en la escuela; por ejemplo, libertad”, dice un marero centroamericano<sup>1</sup>. La ilusión se estrella rápidamente con la verdad dura de la vida adentro. Sin embargo se permanece, no importa el precio: la pandilla ofrece poder, cada uno espera construir el *<respeto>* capaz de hacer que el individuo pueda *<sentirse individual en su medio, sentirse el único>*. Los grupos de pertenencia localizados como la pandilla confirman el drama contemporáneo del individuo desvinculado transido por la necesidad de un nosotros. La pandilla es ejemplo sin par de la individualización lacerante, pero también de la ansiosa búsqueda de inclusión y pertenencia. La realidad cultural que palpita detrás de la pandilla es pues la del individuo aislado en búsqueda desesperada de raíz. El *<parche>* es una forma de pertenencia radical ofrecida por el barrio popular, llama al otro lado susurrando que todo está perdido, enrostrando la soledad y la incertidumbre para ofrecer, a cambio, sentido e inclusión. Desde ahí la pandilla muestra al extremo la desocialización que aqueja la sociedad del siglo XXI: como un desmentido del multiculturalismo ingenuo, embebido en la celebración de la movilidad y el desanclaje, el *<parcero>* patentiza la amarga consecuencia de un orden empeñado en sustituir el vínculo de lo social por la conexión del mercado y sus sirenas.

## 2. Un fenómeno estructural

La pandilla, sin embargo, no está sola. La desocialización no es un hecho privativo de ella, es un acontecimiento que conmueve el edificio social desde sus cimientos. En efecto, la oleada envuelve desde el trabajo hasta el intercambio cara a cara, nada se libra de sus vientos huracanados. Es por lo tanto un fenómeno estructural, compromete desde la dimensión económica hasta la mediación política.

---

<sup>1</sup> Santacruz y Cruz (2001, p. 90).

En primer lugar, el proceso de desvinculación atraviesa la esfera económica alterando las estructuras productivas y las relaciones salariales. La modernidad se ordenó, hasta hace no mucho, sobre la preeminencia del trabajo. La fábrica era el lugar donde se realizaban las dos fuerzas dinamizadoras de lo social, el capital y el trabajo. La producción generaba no sólo riqueza, proyectaba la acción política en tanto en su interior se fundaban las clases sociales siguiendo su posición respecto a la propiedad y el trabajo. Así lo comprendió el marxismo, también el liberalismo con el estado de bienestar de cara a la justa distribución de los bienes y beneficios producidos<sup>2</sup>.

La economía globalizada se para en otro lado, relega la gestión político social de la producción al sobre dimensionar el cometido de la ampliación de la riqueza. Los signos rectores dejan de ser la producción y el desarrollo, empequeñecidos ante la inversión y la acumulación. El emblema de la movilidad de la mercancía –lo mismo que los símbolos-, demanda nuevos nexos del trabajador con la empresa y el trabajo. Por principio cambia el modo de operación de la fábrica, el paradigma tecnológico de la información y el modo de desarrollo que origina son el sustento<sup>3</sup>. El prototipo de la producción de la era industrial, el control oligopólico del mercado, es sustituido por la producción flexible de las tecnologías y los mercados. Para ello resulta indispensable una renovada gestión empresarial: hacia dentro las firmas propician modos descentralizados de operación bajo el modelo de la jerarquía plana, en reemplazo del modelo vertical antes vigente; y hacia fuera ingresan en redes empresariales de diversos tamaños -bajo la hegemonía de la multinacional-, propiciando el surgimiento de la empresa red.

La empresa deja de ser el centro de la actividad económica, ahora son los proyectos particulares en mercados específicos. La flexibilización se impone como lógica de un sistema transnacional que fragmenta el proceso de la producción en diversos puntos del planeta, siguiendo un mapa que integra de manera desigual tanto los componentes de las

---

<sup>2</sup> El proyecto keynesiano tenía como mira el pleno empleo y la redistribución de los bienes. Mariña (2003).

<sup>3</sup> Castells (1998) y Mariña (2003).

mercancías como la geografía donde opera. El trabajador pierde control sobre un proceso productivo que se le presenta impredecible en su gestión y disperso en el espacio. No es todo, su nueva posición viene acompañada de la mutación en las relaciones laborales bajo el esquema de la flexibilización de los contratos de trabajo. El enganche de tiempo completo asumido como carrera a lo largo de la vida –la conquista de un siglo de luchas laborales–, es sustituido por el trabajador temporal, integrado por tiempos limitados según lo dictamine la conveniencia del proyecto en marcha. Se derrumban entonces tanto la salarización del trabajo como la socialización de la producción, los dos rasgos característicos de la era industrial. Es la abstracción económica de lo social.

El resultado es contundente, el trabajador colectivo cohesionado por la concatenación lineal de la producción es reemplazado por el trabajador individual vinculado de tiempo parcial a la empresa. Al sindicato de trabajadores lo sustituye el individuo meritocrático. El rasgo crucial del capitalismo informático es la individualización del trabajo, quien en lo personal queda sometido a la competencia que suponen las trayectorias inestables de los proyectos y en lo colectivo se ve abocado a la pérdida de las organizaciones que otrora le permitieran reunir fuerzas ante el despotismo del capital. El trabajo y la producción toman ajenos sus procesos, dependientes de unos centros de decisión extraños y lejanos. La movilidad se impone en la esfera de la producción erosionando el vínculo del trabajo y, por esa vía, deshaciendo la pertenencia clasista.

La desocialización se impone también en el vínculo con el estado, antiguo centro de la integración nacional<sup>4</sup>. Las relaciones entre el estado nación y el territorio sufren profunda muda<sup>5</sup>. La idea de soberanía, eje de la construcción moderna del poder, hizo converger la ciudadanía y la identidad dentro del trazado territorial delimitado por la potestad jurídica del estado. Empero, el isomorfismo entre territorio, nación y soberanía se adelgaza ante

---

<sup>4</sup> El punto se trabajó en Perea (2005).

<sup>5</sup> Appadurai (1999).

los embates propinados por nuevas fuentes de poder globalizado, materializadas en la empresa transnacional y el centro de decisión imperial<sup>6</sup>. El territorio soberano se desdibuja, amojonado dentro de fronteras porosas, arrancando al estado su antiguo monopolio sobre los relatos colectivos<sup>7</sup>. El resultado viene a ser la disociación del estado y la nación, dando paso a la diversificación de las lealtades. El estado continua pegado a la soberanía imbuido de su papel de garante de derechos homogéneos para todos, conservando su función de interlocutor primero de la ciudadanía; la nación, entretanto, se fragmenta en espacios disímiles, inoculada con una movilidad donde el discurso de la historia patria ha perdido densidad, convirtiendo la identidad en una experiencia desanclada.

Se abren paso nuevas formas de armazón del vínculo. Unas provienen desde “abajo” empujadas por la emergencia de lo local como mundo existencial, esto es como horizonte de pertenencia cuyos apegos entran en colisión con la necesidad estatal de una escena pública regulada; otras vienen desde “arriba” animadas por la constitución de translocalidades, espacios de movilidad humana y cultural que desafían las prerrogativas de inclusión del estado. Ante este panorama las correas de articulación entre unos seres y otros se transforman, el conector del estado nación pierde su hegemonía. El estado soberano ya no suelda el nexo entre política y clase social, antiguo garante del vínculo de cada individuo con los otros y con la totalidad social. Todo lo contrario, se resquebraja su centralidad, antes garantizada por la simbiosis entre identidad y narrativa unificadora: la forma de identidad por excelencia era la ciudadanía, ligada a un metarrelato colectivo tejido desde el estado. El territorio pierde su estatuto, dando al traste con la vieja asociación entre lugar físico y relaciones sociales. Lo local, lo nacional y lo global constituyen planos de articulación, cada uno gobernado por sus lógicas pero, a un mismo

---

<sup>6</sup> Nair (2003) diferencia entre imperio, el sistema mercantil mundialmente dominante, e imperialismo, la hegemonía estructural de los Estados Unidos.

<sup>7</sup> Por supuesto, agregamos nosotros, estos procesos se tejen en el contexto de la pérdida de poder efectivo del estado frente a poderes construidos en el escenario globalizado. El poder de la banca multilateral y las empresas transnacionales son el ejemplo.

tiempo, en interacción constante entre ellos<sup>8</sup>. El individuo vuelve a encontrarse solo, fragmentado entre planos diversos y enfrentados.

Similar fenómeno se verifica en las mediaciones políticas, núcleo primordial de la agregación colectiva, en una crisis que envuelve desde la colectividad partidista hasta la organización sindical. La última se retrae en el contexto de las nuevas condiciones laborales, se señaló hace un momento. La colectividad partidista, por su lado, deriva más en aparato profesionalizado para la gestión gubernamental y menos en polo de atracción social fundado en las pertenencias clasistas y las utopías políticas. La enseña de la representación política como forma de delegación de una voluntad colectiva pierde su fuerza, las gentes se ligan al partido como resultado de una opción individual ligada a motivaciones estratégicas. El vínculo entre orden social y movilización partisana está fracturado, dejó de expresar el enlace necesario entre condición de clase y construcción de poder. Al igual que ante el trabajo y el estado el individuo está aislado, la conexión con el espacio público se achata en las iniciativas individuales y sectoriales que cada quien considera conveniente emprender.

La agonía de la institución se radicaliza, su adelgazamiento llega al barrio popular cargado de indiferencia y miseria lanzando a cientos de muchachos a la desidia. El panorama de desasimiento del vínculo es generalizado. En la calle de la barriada periférica la pandilla lo muestra hasta el exceso, mas el desafuero pandillero no es sino una evidencia del fenómeno estructural que recorre por igual la política, la economía y el último resquicio de la sociedad. En medio de la desocialización, extendida por doquier, el muchacho popular inquiera un espacio donde hallar un nosotros inclusivo: la pandilla se aparece como alternativa radical. Con todo el individuo viene atrás, la pandilla le permite *<sentirse el único>*. Frente al individuo la pandilla es una desviación, un “purulencia” de la pobreza. El enunciado gana fuerza, frente a la degradación del vínculo el proyecto cultural del mercado instituye una renovada individualidad.

---

<sup>8</sup> Ortiz (1998, p. 34).

### 3. Un dilema universal

La discusión sobre el individuo ha de ser transportada más allá del extendido concepto que sin más le echa sobre la espalda el malestar contemporáneo<sup>9</sup>. Como lo fue en tiempos pasados y como lo es ahora, el individuo se perfila como fenómeno complejo que pone en suspenso el destino de lo público. Siendo un nudo estratégico de la cultura pierde sentido el intento de borrarlo mediante el expediente fácil de verlo como simple empequeñecimiento, renunciando a contemplar las maneras como se construye, los poderes que agencia y los desafíos que introduce a la constelación colectiva.

De buena cuenta el tema no es nuevo. La tensión entre el individuo y los arreglos colectivos es un dilema que cruza desde antiguo el acontecer de la humanidad, no es una preocupación exclusiva de la modernidad. En la historia de occidente la filosofía ubica su origen en la cultura griega, la invitación de Sócrates a ocuparse de sí mismos es el punto de partida<sup>10</sup>. Tal principio, una vez se le conecta a la construcción de lo público, pone de presente que la armonía no depende en exclusivo de los dispositivos colectivos sino de una verdad inscrita en el interior del sujeto: detrás de esta interiorización emerge la individualidad como entidad autónoma, diferenciada del orden social y natural.

La relación entre lo universal y lo particular enfrenta entonces una nueva tensión, aquella proveniente del individuo que ha tomado certeza de una existencia que le pertenece, no sólo porque se experimenta facultado con unos contenidos que le resultan propios, sino también porque su destino, y por ese camino el de los demás, pende de una determinación que sólo él lleva a término mediante el acto de “tomarse a sí mismo como

---

<sup>9</sup> Taylor (1997).

<sup>10</sup> Max Horkheimer (2002) verá en Sócrates el nacimiento de la conciencia individual. Michel Foucault (2002), por su parte, señala que la noción del “ocuparse de sí mismo” era una vieja sentencia griega pero que en Sócrates se liga al ejercicio del poder adquiriendo su verdadero estatuto: Sócrates lanzó su consigna a todo el mundo, pero en especial a los regentes de la ciudad.

objeto de desvelos”<sup>11</sup>. La virtud, la conexión imaginaria que ataba los individuos al todo social, no se agota en la realización de lo justo; más allá, la conducción de la vida demanda la entrega a unos procesos encaminados a develar la verdad del yo profundo. El individuo aparece, su asomo desafía lo establecido: Sócrates es juzgado y condenado a morir por el envenenamiento de la cicuta.

El dilema del individuo no desaparece en el cristianismo, pese a toda creencia. Ni la grandeza trascendente de dios frente a la que el ser humano no es nada, ni la amarga renuncia al mundo requerida para liberar el alma, suprimen al sujeto moral desgarrado ante la disyuntiva del bien y del mal. Antes bien, la cosmogonía cristiana enaltece la individualidad en cuanto hace de cada ser humano el depositario de un alma, morada de lo divino hecha a imagen y semejanza del supremo. El camino hacia el reino celestial se allana domesticando los impulsos de cara a la distancia ascética del mundo; en medio de tales embates el individuo empírico no puede menos que empequeñecer. Con todo, la práctica del amor por parte de un ser entendido como luz interior proveyó al individuo de renovada profundidad. En palabras de Horkheimer, “negándose a sí mismo, imitando el sacrificio de Cristo, el individuo alcanza a la vez una nueva dimensión y un nuevo ideal en orden al cual organiza su vida en la tierra”<sup>12</sup>. De tal suerte el cristianismo se movió en la paradoja. De una parte extendió la minusvalía del individuo, la persona no es nada frente al plan celeste; de otra le llevó a su máximo esplendor, el sujeto es reserva del alma, centro de renuncia y amor, y por ende espacio donde se libra la contienda por la salvación.

Así las cosas la tensión del individuo con la sociedad no nace con la modernidad. Los anteriores sistemas religiosos se vieron compelidos a lidiar con un individuo cuya subjetividad debía ser encaminada hacia la rectitud, colocando al sujeto ante el conflicto que supone el espesor de la interioridad. La cruenta guerra contra la herejía de finales del

---

<sup>11</sup> En Foucault (2002, p. 51).

<sup>12</sup> Horkheimer (2002, p. 150).

medievo, cada vez más intensa hasta el punto de crear el adefesio de la inquisición, revela las muchas vacilaciones del poder frente a la conciencia individual<sup>13</sup>.

Naturalmente la modernidad produce su singular desciframiento. Lo hace radicalizando la autonomía individual, ahora convertida en entidad dotada de la capacidad de legitimar el origen y legalidad de las cosas<sup>14</sup>: la fuente de certeza se desplaza al interior del sujeto, a su razón y su capacidad reflexiva. La frase de Descartes “pienso luego existo” condensa el inicio de la época donde el sujeto se vuelve principio fundante<sup>15</sup>. A partir de allí la realidad no precede al sujeto según un orden inmanente -el cosmos en la antigüedad o el arreglo eterno en el cristianismo-, sino se constituye desde las facultades en acto de un ser humano puesto en el mundo. La modernidad nace bajo la enseña de la filosofía individualista de la razón desvinculada<sup>16</sup>. Dios continuará presidiendo la obra humana bajo los designios de su voluntad, pero una vez dotado de razón el ser humano está abocado a la tarea de dominar la naturaleza y edificar el orden político a la medida de su destino. La modernidad inaugura la realidad auto producida<sup>17</sup>.

Resulta comprensible entonces la visión de la modernidad como la era de la individualidad. El liberalismo la sanciona, pone sobre el individuo la piedra de toque de su proyecto social. En el terreno político el ciudadano se entroniza en el poder en cuanto la libertad se instala en el corazón de la ética y la movilización política: el sujeto y su comprensión de la vida deseable son el dato primero de la esfera pública. En la dimensión económica el agente privado compitiendo entre iguales invade el ámbito

---

<sup>13</sup> Foucault (2000) rastrea el principio del ocuparse de sí mismo desde las escuelas pos socráticas hasta los primeros pensadores cristianos del siglo V D.C.

<sup>14</sup> Dumont (1987) ve algunos destellos de la actitud reflexiva propia del individuo moderno en algunos pasajes de San Agustín. No obstante su aparición en cuanto tal debió esperar el surgimiento de condiciones aparecidas tiempo después.

<sup>15</sup> Foucault (2000) diferencia entre el ocuparse de sí mismo y el concóctete a ti mismo, el giro propio de la modernidad: con la mutación en conocimiento el momento moderno renuncia a la experiencia espiritual que supone la transformación del sujeto. El individuo que conoce es él mismo la fuente de una verdad que ya no modifica su interioridad.

<sup>16</sup> La razón desvinculada es la facultad de escrutar racionalmente el mundo, libre de la contingencia divina. Taylor (1996).

<sup>17</sup> Touraine (1992).

material y su simbólica de la perenne producción de riqueza. En la esfera íntima cada persona se ve exigida a formular su visión de la vida que desea acometer y crear las condiciones que hagan posible su realización. La autonomía sobre la vida, la libertad de asociarse y la dignidad moral son la esencia compartida por todos, el pilar sobre el que se funda la sociedad de iguales. En el orden burgués el individuo se erige en premisa de la democracia y el capital, es el hálito del contrato social y la iniciativa económica.

#### 4. Individuo desvinculado

El momento contemporáneo introduce un nuevo desciframiento, el del sujeto del deseo consumado sobre la disolución de toda pertenencia objetiva. La fractura del vínculo es su materialización sociológica. La sociedad de la globalización se exhibe como la realización histórica de la utopía liberal, su proyecto cultural se cumple con el individuo desvinculado. Tal hegemonía se verifica a costa de la destrucción de las mediaciones sobre las que el liberalismo clásico se armó a lo largo de dos siglos. La era del mercado, ciertamente, se impone sustrayendo la vitalidad de las instituciones bajo cuyo cobijo se estructuró la esfera pública del contrato social: la democracia palidece y las organizaciones colectivas se descarnan, ambas reducidas a la condición de instrumentos eficientes para la gestión estatal, pero famélicas hacia la construcción de una ciudadanía conciente de su voluntad histórica. El resultado es terminante, la victoria de la individualidad se cumple deshaciendo los goznes donde el sujeto de la razón halló un equilibrio, siempre inestable, con la existencia y el porvenir de los demás<sup>18</sup>. El individuo desocializado se realza sobre las cenizas de sus vínculos: mientras el <partero> quiebra los dispositivos donde anuda la continuidad social del individuo, relamido en el tiempo paralelo, el ciudadano común y corriente se ve lanzado a la atomización en el trabajo y lo público.

---

<sup>18</sup> Nos hacemos eco del debate que suponen posiciones como la de Wallerstein (1999) con su libro *Después del liberalismo* y Tourain (1999) con su texto *Para salir del liberalismo*.

Como lo enunciara Karl Polanyi el mercado introduce en el acontecimiento humano un cambio tan drástico como lo fuera en su tiempo la aparición de la religión<sup>19</sup>. Antes de la aparición del mercado autorregulado la economía, fundada sobre la reciprocidad y la distribución, permanecía normada por los apremios del conjunto de la institucionalidad. De manera distinta su aparición hacia el siglo XVIII invierte la jerarquía: se presume no sólo que la producción se rige por leyes autónomas, sino que la sociedad se funda sobre los vínculos derivados del funcionamiento óptimo del mercado. Una verdadera utopía. El proyecto neoliberal, el intento de instaurar de nueva cuenta el mercado autorregulado, no es sino la prolongación de una larga duración que ya cumple dos siglos de existencia. Sólo que sus políticas se extreman, fieles a la aseveración de sus artífices: el estado interventor, la regulación del capital y el trabajo, la mediación política y cultural resultaron catastróficas provocando la crisis y el estancamiento. Las políticas públicas del ajuste estructural se imponen, encaminadas todas a desmontar las trabas construidas durante medio siglo de estado de bienestar<sup>20</sup>.

El proyecto de imposición de un orden es total, pasa por transformar las instituciones y alterar las costumbres, trastornar el poder y subvertir el sujeto. Nada parece quedarle al margen. Los embates se dirigen contra aquello que represente vínculo instituyente, los anima el principio de la movilidad incesante: el consumo ha de desconocer fronteras nacionales y barreras culturales, ha de desbaratar conexiones estatales y pegamentos partidistas. Su sueño se realiza en el individuo liberado de inclusión; pues la fractura del vínculo, tal como la revela el pandillo, se efectúa en el propósito de instaurar en el vacío otro vínculo: el del consumidor cuyo nexo se instaura ahora con el mercado. Se impone la agenda, el individuo se desvincula, los símbolos se desanclan y circulan a la deriva. Es el proceso de desocialización, de desestructuración de las mediaciones en un movimiento que compromete desde la producción hasta los símbolos. Frente a la marejada

---

<sup>19</sup> Polanyi (1994).

<sup>20</sup> Desde su franca adopción hacia 1830 pasa por tres momentos. El liberalismo decimonónico, cerrado con la primera guerra mundial estallada en 1914; el estado de bienestar, época de equilibrio, entre los años 30 y finales de los 70 del siglo pasado; y el reciente neoliberalismo hasta el presente. De Sousa Santos (1998), Wallerstein (1999).

desocializadora y la pérdida de densidad de los símbolos la individualización se convierte en “reservorio” donde contener la crisis y el desorden: ante la atomización, el yo y el lenguaje del deseo se perfilan como unidad integradora.

El panorama contemporáneo es entonces el de un individuo existencialmente solo. Está socialmente atado a los universos del trabajo, el lenguaje y el poder que le anteceden introduciéndolo en sus dispositivos instrumentales, simbólicos y hegemónicos. Sin embargo, puesto que ninguna inclusión está garantizada, tales ámbitos se estructuran en una dirección donde el individuo se convierte en su pieza articuladora. El pandillo lo ha dicho, *<uno se busca el destino>*. La tendencia desocializadora arroja al sujeto en una experiencia de profunda individuación: frente al desorden cultural, en un mundo globalizado donde el poder y el sentido resultan cada vez más extraños, el espacio contenido del individuo delimita unas fronteras próximas y susceptibles de poder.

El proyecto colectivo se detiene, vacilante y famélico. Ya no le preside la imaginaria de una sociedad dotada de un lugar para cada uno de sus “cristianos”. El vínculo social, el lazo que ata a unos con otros, pierde espesor aquí y allá. Es la era de la desocialización, en franca oposición a la institucionalización que caracterizó desde sus inicios a la modernidad<sup>21</sup>.

Si tal acontece en la sociedad en su conjunto los efectos llegan sin tropiezos hasta el barrio popular. Sus muchachos deben habérselas con un estrecho margen de alternativas. Ni la familia ni el aula escolar ofrecen la más remota esperanza de *<superación>*, el trabajo escasea y cuando se le halla paga salarios de hambre, mientras en la conciencia popular se entroniza el descreimiento frente a cualquier gestión del estado o el establecimiento político. Entretanto, en la vecindad del frente, abundan ofertas de buena paga por un pequeño riesgo en medio de la promesa del poder y la identidad: tal el embelezo de la pandilla, el artilugio de un lugar seguro ante un mundo atiborrado de pobreza, soledad y

---

<sup>21</sup> Wallerstein (1999).

miedo. Frente a la desocialización se perfila una salida envuelta en la deslumbrante mixtura de placer y <respeto>. Desde el suburbio, ¿qué más pedirle a la vida a la corta edad de catorce años?

¿Qué nos une? En la era del intercambio y la velocidad el interrogante cobra pertinencia. Es la paradoja del vínculo. Cuando por gracia de los medios de comunicación la humanidad está más conectada que nunca antes, los individuos, gran peculiaridad, están sometidos al aislamiento y la incertidumbre. La mayor comunicación planetaria se realiza sobre el individuo desvinculado.

**QUINTA PARTE**  
**PODER Y PANICO**

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

La pandilla habla de la sociedad y sus encrucijadas, nos pone al tanto de la deriva de los signos y del individuo desvinculado. Ahora, en esta Parte, el conflicto local que genera devela las tramas del poder. El dispositivo emocional de la pandilla es precario, o cuando menos no establece los lazos solidarios que se le atribuyen; sin embargo el <pantero> se mantiene leal al grupo, la promesa de respeto y satisfacción del deseo se cumple sobre el poder que confiere provocar el pánico.

La pandilla construye un poder socialmente eficaz. Si asumimos el poder como el dominio que ejerce un actor sobre la circulación de bienes vitales para la vida de un colectivo -sean bienes materiales o simbólicos-, el mando pandillero se afianza en el control que detenta sobre intercambios estratégicos del territorio bajo control. Determinan quién camina por él, desde los vecinos impedidos para llegar a casa después de determinada hora hasta las instituciones del estado, tantas veces forzadas a pactar su ingreso a la zona. No es todo, se abroga el derecho de regulación de ciertos intercambios. Poco se le escapa, ni siquiera las intimidades del corazón. Las chicas del dominio no pueden trabar relación amorosa con cualquiera, se las vigila y se prohíbe la proximidad de quien no cuente con la aprobación del <parbe>. Aníbal lo expone, <aquí en el barrio las mujeres son más, así que no te metas si no quieres tener severos problemas>, le dice a uno que pretende una muchacha de la zona. La mujer es “objeto” intocable, <no se aguantó que mi hermano la mirara, se voltió y lo enbebró con severa puñalada><sup>1</sup>. La amistad entre amigos corre igual suerte, quien no goza de simpatía está impedido para penetrar los confines. En casos extremos dictaminan quienes permanecen en el barrio, numerosas gentes se ven obligadas a abandonar su casa por alguna desavenencia con el grupo. Otro tanto acontece con lo económico, la sola presencia pandillera impide la libre circulación de compradores entre los comercios locales, de allí el interés de tantos

---

<sup>1</sup> Marta, p. 69-70.

tenderos en la financiación de las operaciones de limpieza. Además los cobros de “impuestos” y los asaltos sostenidos se suman a las motivaciones que disuaden a más de uno a la contratación de sicarios y empresas de exterminio. Como se escuchó decir en Barranquilla, *<atracábamos buses, personas, tenderos, carros de la leche y la gaseosa, el de la carne, los carros que llegaban a la tienda, el del pan, el de las savorisadas y hasta los turcos >*. De igual modo las iniciativas institucionales tropiezan con frecuencia con el acoso, en muchos parajes no entra ni tan siquiera la policía.

La pandilla detenta discrecionalidad sobre porciones importantes de los intercambios colectivos. El conflicto sobreviene. El desmán pandillero erosiona la convivencia, un valor enterrado en la vieja tradición popular de la *<comunidad>* todavía existente en la barriada urbana. Nadie permanece al abrigo de la molestia. La violencia, el asalto y la vocinglería emplazan al vecindario: la pandilla ejerce dominio sobre el espacio público local. Lo hace con tal fuerza que distintos actores entran a disputarlo, en la ciudad colombiana con particular saña. En primer término aparecen los actores locales, la pandilla se enfrenta a otras pandillas pero también a los vecinos movilizados bajo diversas modalidades –los rastreamos en el capítulo 15-. Luego se presentan los actores mixtos, personajes que mantienen negociaciones con los moradores del barrio sin perder su condición de agentes venidos de afuera; se reparten entre seguridades pagadas y operaciones de limpieza –el capítulo 16-. Por último acuden los actores externos, aquellos ligados a los aparatos organizados de las guerrilleras, el paramilitarismo y el crimen organizado –los miraremos en el capítulo 17-. La concurrencia de un tan apretado cuadro de actores a la lucha por el control local desencadena lo que llamaremos guerras de pavimento, verdaderas pugnas sangrientas dirimidas en el escenario de la calle popular<sup>2</sup>.

No obstante las guerras de pavimento son una singularidad del conflicto urbano colombiano. Hasta este punto los pandilleros de uno y otro país tienen más semejanzas que

---

<sup>2</sup> Dejamos de lado, por razones de extensión, un actor y un escenario importantes: la policía, con quienes se mantiene un agrio conflicto; y la cárcel, un lugar que a cambio de modificar las prácticas delincuenciales las refuerza.

diferencias. En medio de la particularidad cultural que marca la historia de cada nación, los <parceros> de todos lados aparecen devorados por el tiempo paralelo y las trasgresiones que arrastra. Tal homogeneidad se rompe una vez se entra en la minucia del conflicto, las dinámicas y formas de tramitación propias de cada nación se imponen dibujando panoramas por entero distintos. Un caso extremo lo representa Colombia, sus guerras de pavimento alcanzan singular virulencia al calor de su abigarrado complejo de actores violentos. El contraste con México es marcado. Pese a la intensa proliferación pandillera de sus ciudades no existe registro alguno de la presencia de un actor en armas dedicado a arrasar grupos de jóvenes en las esquinas; su único contrincante es la policía, muchas veces con inusual brutalidad<sup>3</sup>. Nos reservamos entonces la referencia al conflicto de otras naciones hasta el capítulo 18, en él se discute la naturaleza de la violencia colombiana entre otras mediante la comparación con otros países.

Como en la Primera y Tercera Partes la narración de un pandillo nos sirve de brújula. En este caso se trata de un muchacho de Neiva, la ciudad que faltaba. Se escogió pese a ser un hombrecito de apenas 11 años, un verdadero niño. Su relato es deshilvanado, en numerosos momentos salta de una idea a otra, en otros medio rasguña los acontecimientos y sus conexiones. Ni siquiera es un <parcero> a carta cabal, como lo son Aníbal y Salomé; la verdad, a su edad es imposible serlo. Mas el valor del texto reside en la fluidez con que circula entre sus palabras el conflicto de la ciudad, sus muertes y violencias, sus actores y trasgresiones. La historia entrecortada pero reveladora de este joven opita devela el papel trágico que cumple en Colombia la inclemencia de la muerte: su salida no es otra que la de atisbar la ebriedad del tiempo paralelo.

---

<sup>3</sup> En México hay guerras entre pandillas y crimen organizado. Mas el único actor en confrontación expresa con la pandilla es el estado y su policía, no hay nada parecido a vecinos organizados, seguridades pagadas u operaciones de limpieza.

## NACIO PARA MORIRSE

Un neivano: Sonrisa

*Tengo once años pero llevo mi tiempo en estas andanzas. Cuando era pequeñito me gustaba tirarme al Magdalena, tenía unos cinco años. Me recuerdo, vivía con mi tía Mery. Era maloso, hacía maldades por ahí. Cuando iba a la tienda comenzaba a tirar piedras, me subía al techo y tocaba las cuerdas de la luz. Cuando comenzaban a joder mis hermanos les daba duro. Mi tía respondía por todos, ella es una gorda pero jodida. Antes vivíamos en las Vegas, con mi mamá y mi papá. Él trabaja en eso de construcción, le gustaba pegarle a mi mamá, pateaba los asientos y tiraba las cosas al piso. Peleaban harto, cada nada se agarraban y mi mamá se iba. Las peleas comenzaron porque mi papá tenía una novia en Armenia, por eso se encendieron. A nosotros también nos tocaba parejo, mi papá nos daba tieso con el cable de la plancha. Daba juete por nada, ni siquiera se podía salir a la calle porque las tiene. Le pega a todo mundo, mi papá es muy brava. Una vez estaba buscando un juguete y me cogió por los dedos duro, agarró una correa y me encendió con tremenda juetera disque porque no hacía caso. Mi mamá si era buena gente con todos, hasta con los vecinos. En cambio mi papá decía una mano de cosas tenaces de la gente y se agarraba con los del lado. Peleaba con el que fuera.*

*Muchas veces los problemas con el viejo eran porque nos íbamos para el río con mi amigo, un pelado del lado de la casa. Era más grandecito que yo. Nos íbamos pa'quel lado, allá meten y meten, hay marihuaneros y de toda. Mi hermano mayor era cansón, se amañaba tirándole piedras a los taxis, venía la policía y el bendito se les paraba. No quiso estudiar más. La hermana pequeña si se amaña en la casa. Somos muchos, siete hermanos. Empecé a salir con mi amigo. No conocía casi nada, me llevó al centro, me le abrí y quedé todo perdido. Me cogió la policía, me llevó al CAI y me pusieron a hacer oficio. Les decía que quería irme a la casa, comencé a pelear pero los tombo me amenazaron de correa. Les contesté que no estaba haciendo nada, que sólo andaba perdido. Al fin me soltaron, miraba y miraba pero todas las calles eran parecidas. Después de muchas vueltas logré llegar.*

Me acuerdo cuando comencé a estudiar, no me gusta el estudio. Entré a la escuela al pie de las Vegas, las profesoras lo cogían a uno y le daban regla en la espalda. Esos chinos eran alzados, se la echaban a cualquiera y encendían a piedra a los de otras escuelas. Una vez mi amigo llevó una navaja y lo sapiaron, me echaron a mí también por andar pa'todo lado con él. Pasé a otra escuela y tuve problemas con los profesores. No pueden ver a nadie ni tomando agua porque ahí mismo lo tratan mal, "para dentro y si no le doy una juetera" dicen. También me puse a tratarlos mal y el profesor le dijo a mi mamá que yo era un jetón, le dijo un pocotón de cosas. Severa paliza la que me dieron. Entonces no seguí estudiando, no me gustó más, el estudio no está en nada. Eso es una gritadera en el salón, los compañeros saltaban encima de los pupitres y las profesoras nos mandaban a recoger la basura del patio.

Los amigos se volvieron ladrones, eran mariguanoes. Mi amigo vino cogiendo el vicio por su hermano que metía de toda. Después comenzó a robar a la gente de quieto, le quitaba las monedas a los taxis, lo que llamamos hacerle tijeras. Estaba todo flaco por la marihuana. Fue cuando me vine a vivir a la casa de ahora. Pasaban los buses para abastos y les lanzaba piedra. Una vez los choferes nos pillaron y amarraron despelote porque les tirábamos hasta botellas. Ya andaba con un chino de ahí cerquita, un pelado todo caspa. Cada rato sonaban tiros cerca, a veces era la policía jodiendo a los ladrones y la gente de las ollas. Por ese lado hay muchas ollas y ladrones, gente que atraca lo que sea, una vez atracaron y mataron un taxista al pie de donde vivimos. Se lo bajaron y se metieron al roto, la policía no entra allá, hay una olla.

Papá compró el lote y armó la casa. Desde el principio los chinos no hacían sino tirar piedra. Cuando nos pasamos comenzaba a hacer mandaditos pero mi papá no me dejaba salir, me amarraba con una cadena a la pata de una cama. Cada vez que podía andaba con los muchachos grandes de arriba, los de otra cuadra. Con todos me la llevo bien, llevan su escopeta y andan todos borrachos en las motos. En el parche meten vicio y salen a robar por varios lados. Me la lleve con ellos por otro amigo. Al principio no parchaba con ellos ni tampoco intentaba robar, me daba miedo. Mi mamá no me dejaba juntar con mi viejo amigo, como el hermano era tan rata me decía, "no se vuelva a juntar con ese, va y me lo enseña a robar y me lo matan de un tiro o a machete". En ese tiempo pasó que a un chino del lado lo mataron, lo agarraron y le metieron

sus tiros. Entonces mi mamá repetía, “¿si pillas? No estaba diciendo mentiras, si se vuelve como ellos termina muerto”. Le viene teniendo miedo a todo.

Pero no dejo de ir donde ellos. El más duro es uno moreno, vive en la olla del barrio de ese lado. Quienes mandan los parches de este lado son la Viruela y la Cacorrina. Entre ellas no se pueden ver porque se matan, las dos se caen mal. No se por qué, por peleas de maridos y novios. Como la Viruela le dio duro a la Rosa, la Cacorrina la quiere matar porque era su amiga. La tienen cazada. La gente está azarada con la Viruela porque anda amañada robando, a mi primo le bajó el bazo. La Cacorrina se la pasa de este otro lado, tiene puros hermanos ladrones, todos son ratas incluido el papá. Uno de sus hermanos anda en el parche, es un peladito y anda con puros manes, viven robando, asaltan taxis, le quitan los monederos a los colectivos y se los llevan pa'la olla. Una vez cogieron el carro de la policía y les robaron las pistolas, otra vez asaltaron a una policía que vivía en los Alpes, también le quitaron la pistola. El chino anda con revólver y es más bajito que yo, mete marihuana y de todo. Cuando comencé a ir a la olla me lo encontré y resultó ser buena gente. Una vez cogieron a mi tía para raparle el bolso pero él llegó, les dijo “yo la conozco, déjenla quieta”. Lo hizo porque era mi pariente. No se puede pasar por el IPC<sup>4</sup>, cualquiera que llega le caen, son un grupo de pelados que se la pasan ahí robando. La Viruela manda en los parches grandes, por eso quieren matarla, le tienen rabia. Por cualquier cosa ella enciende a puñalada al que sea. En todo lado la conocen, de ella saben en la SIJIN, la policía, el F2. Roban casas, cuando no hay nadie sacan las cosas pero cuando la gente duerme echan un polvito por la puerta para que nadie sienta nada.

Allá arriba hay de todo, lo se porque cerca se pasaron a vivir mis primos. Uno se está juntando con la Viruela, por eso ella me dice que la campanee<sup>5</sup> para que no la pillen. Pero yo no, cuando mi primo va con ella yo le digo “qué le pasa”. Cuando se lo llevó la policía mi tío agarró un palo y le dio, lo cogió contra la pared y lo encendió a pata como si fuera un señor. Lo metieron al Bienestar Familiar y se escapó. Antes mandaba en el parche un señor que tenía una cortada, le ordenaba a las chinas que pidieran plata en el colectivo, pero que si no les daban los robaran. A otro lo mataron, lo faltonearon por la plata de un robo, lo encendieron a tiros en el tomadero de arriba. Lo mató un chino de otro parche que tuvo que irse a vivir a

<sup>4</sup> Instituto Popular de Capacitación. Sijin y F2 son cuerpos de seguridad del estado.

<sup>5</sup> Avisar en los robos sin algún peligro se aproxima.

otra parte. En ese otro barrio también hay un parche, hay una china que me dice que nos vallamos a robar. Yo vendo unos pollos y me dice "eso deje esa vaina, robando le va mejor". Una vez un mariguanoero comenzó a montársela, un chiquito como ya. Entonces le dieron en la jeta y empezó la pelea entre todos. Allá hay otras peladitas, son chinas ratas. Pero más que todo son dos peladitos, roban a cualquiera.

Los de ese barrio se vienen a robar acá a otros barrios. La olla de ese lado es más dura que la de acá porque se dan bala, se matan entre ellos mismos. Se amaña un parchote en un callejón de por ahí, fuman marihuana, meten perica y bazuca. Aquí ya no hay olla, la quitaron. Los chinos de acá van hasta allá a comprar su baretta. La perica vale por ahí veinticinco o cincuenta mil, lo vine sabiendo porque andaba con ellos, aunque yo no he consumido. Los del parche le roban a la gente hasta los zapatos, no le pueden ver nada, roban anillos, cadenas, se pegan hasta de la fantasía y matan por eso. El de la cortada le metió una puñalada a otro que tiene dos revólveres, le vendió uno al hermano para que matara al que le metió la puñalada pero no lo ha visto. Los revólveres se los roban por ahí cuando roban taxistas, una vez estaban robando uno y les dio bala. También se traen revólveres de por allá, lo mismo que la perica, se la camuflan con una cinta en el estómago. A veces consiguen armas cuando asaltan camiones llenos de arroz en el retén de la salida para Bogotá. Del Caguán vienen las FARC, un señor que vivía allí es de ellos, tenían escopetas, metras, revólveres. No se llevaban gente de acá pero sí del otro lado. En estas cuadras no hay guerrilleros pero más allá hay varios, uno es un viejito. Se la van con los pandilleros, las FARC es la que les da revólveres. Cuando llegan los carabineros con sus motos a echar gasolina los chinos les caían y los asaltaban, pero después montaron guardia y no se volvieron a dejar.

La pandilla de arriba agarra a tiros los muñecos de año viejo, lo mismo hicieron con una cruz. Una vez se metió las FARC a ese lado, comenzaron a llevarse a las ratas y a los demás los amenazaron para que se fueran a sus casas. A uno lo mataron y también a su hermano. La mamá se volvió loca, le mataron los dos hijos. La gente le tiene miedo al señor que se le meten los espíritus, uno acuerpado que sale a andar las calles. No es de ninguna pandilla, es sano, pero cuando se le meten los tres espíritus comienza a alzar carnos, coge a la gente del cuello y la mata. Una vez se le mandó la policía y eso saltaban contra la camioneta arriados, casi no pueden dominarlo. De paramilitares se de uno, los otros se fueron. Cerca vivía un soldado que traía pistolas, se retiró y se metió a las FARC, eso habían hartos munes con fusil y

pasamontañas. Para allá arriba se metió la guerrilla hace unos meses, fueron los soldados y se agarraron a bala. Los guerrillos salieron del Azuero hacia arriba a salir al Caguán, pasaron por la Cristalina y se disparaban. Se han llevado algunos sardinos a enseñarles a disparar, me lo contó un amigo que estuvo en esas. Para el otro lado no se puede meter ni las FARC, eso es de puros paramilitares, no pueden ni pasar carros.

Arriba comienzan a matarse cuando les sacan la rabia. Un cucho barbudo es un teniente de las FARC, lo conocí pero no lo volví a ver, está viviendo en el Caguán. Mi amigo de las FARC vive allá, le gusta porque cuando se meten a los pueblitos consigue plata. Antes de irse él sabía disparar, tenía un revólver que se lo había dado la Viruela. Los revólveres los hace un señor de una calle arriba, un día le hicieron allanamiento pero se les voló, agarró para el Caguán. Parece que hay más gente que hace armas, todos esos manes tienen revólver. Cuando no compran de balines y salen a robar. Son capaces de matar. Las duras son las mujeres, la Viruela y la Cacorrina. Hay otro que anda en silla de ruedas, se amaña con los chinos, les dice vayan y robe que yo los protejo. Tiene un hermano igual de ñero. Allá arriba cuando roban nadie llama a la policía porque hay muchas ratas y el que va de sapo lo matan. Aquí han venido los del Gaula a matar gente, cuando estaba el parche lleno le dieron bala, mataron a dos y hubieron heridos. Se bajaron al Patalimpia y al David, uno que andaba con una china robando. A otro lo mató un sicario, pasaron dos manes en la moto y lo quemaron en el Panorama. Al lechero lo mataron los de la olla por quitarle unas monedas, eso es una intusión, no va la policía. Después esos se pasaron para otro lado y en el viejo ahora sí entra la policía. Los ladrones andan con buena plata porque roban bancos en otras ciudades. Había un señor que le estaba enseñando a robar a un sardino, venía de Medellín. Andaba con ocho negros con aretes, luego se fueron para Medellín a que los paisas les enseñaran.

Por acá en la comuna hay gente que se presta para bajar gente, cuando les sacan la rabia o los roban le dan plata a un tipo para que se baje al que se la hizo. Los que matan son gente chirretes, o sea que meten de toda. Hay gente a la que la policía no le dice nada, los cogen por robo, los echan a la camioneta y los sueltan. Hay sitios donde le cobran vacuna a los colectivos y a los que pasan. Abajo hay otro parche del hermano de la Viruela pero lo mataron por faltonearlo. Hay otro que tiene un dibujo en la mano, es como un corazón partido con unos trinchos enterrados. Los parches más duros son los de puro arriba. Unos es de

*puros peladitos, cuando roban la gente no les dice nada porque no se imaginan que pueden hacer esos chinos. A veces los parches roban apartamentos y a veces los contratan para matar, se pueden ganar hasta medio millón por una vuelta grande. En una ocasión se bajaron a un tombo que era vecino; otra vez le metieron una granada a la camioneta y otra mataron dos policías porque llegaban a darles duro.*

*La Viruela me dijo que ingresara a su pandilla, me exigían ser rata. Pero no me metí. Ella tiene armas y hartos muchachos, como veinte. La cogió la policía, se la llevaron a la cárcel pero la volvieron a soltar. La encanaron porque puñalió a una señora. Toda la gente de ese lado quiere que la maten, descansarían si eso pasara porque es la más rata. Mataron a una persona que iba para Corabastos por robarle el reloj y los aretes. Con mi grupo vamos por allá a joder. A veces se roban entre los ladrones, cuando tienen rabia se consiguen un revólver para matarse. No quiero ser como ellos. Hay un cucho que vive en Cali y se lleva mi primo a otra ciudad a robar almacenes de joyas. Ese se lleva a los muchachos pero yo no voy a buscar que me lleven porque eso después lo matan a uno. No quiero seguir estudiando, quisiera viajar y conocer pero no hay plata.*

*Las FARC mandan aquí en los parches, los visitan todos, son los que les dan revólveres a los duros. También traen droga de la zona de despeje, mandan a los niños pequeños a que la carguen. Mi papá ya no me dice nada, está trabajando y no consume drogas. Su mujer de Armeria si vende drogas y cuando se vienen parchan con varias pandillas, se amañan pasando de olla en olla. Yo creo en Dios no más. Una vez en Peñaredonda apareció una virgen al pie de la pesebrera, estaba arriando bestias y vi algo muy blanco sentado en la Peña con puras estrellas al pie. Me tumbó del caballo, eché a correr para abajo. Me puse a rezar, rezaba y no volví a ir a la pesebrera. He ido a misa dos veces porque me convidaron, me gusta pero da pereza. A veces rezo cuando me voy a echar a dormir porque me asustaban cuando dormía, me movían la cama. Creo que me aparecen esas cosas por ser tan malo.*

*Yo no he tenido revólver, en cambio mi primo sí. Le enseñó un chino disparándole a un tarro. Por eso se lo llevan las ratas a los pueblitos. Como es pequeño, de mi misma edad, nadie le hace nada. Mantiene con plata, llega cargado de los robos en Pitalito donde tienen su mercado de tastos. Venden revólveres robados y partes. Yo no voy a aprender a manejar esas armas, un man me partió la mano por disparar mal un*

revólver, le mandé el tiro a una casa. Iba mucho arriba pero ahora voy a otro lado. Mi primo mete mucho boxer, eso lo aflaca y lo pone amarillento pero lo deja todo loco. La primera vez que los acompañé a robar les dije que no me metía en ninguna parte. Me decían "usted es cagado". Yo arisaba desde la esquina y me daban por ahí diez mil pesos. En una vuelta en un supermercado gané lo máximo, cincuenta nada más. Otra vez estaban robando cajeros en el centro y los pillaron. Me metieron severo puño en la cara. La última salí no más porque me obligaron.

No le tengo miedo a la muerte porque uno nació para morirse, ¿o para que más? A veces pienso en mi muerte, por ahí anda la mano negra en pura moto y quedaría ahí tirado. Mejor uno morir muerto en la casa, no en la calle. Los tombos me han dado bolillo por estar me juntando con el parche. Me han llevado a la casa de los niños, llamaron a mi mamá pero me escapé por la tapia. Ya nosotros no nos dejamos pegar de nadie. Un día venía y un chino comenzó con una navaja a azararme; yo cargaba cuchillo, para defenderme. Ahora estoy bien con mi familia, no tengo problemas con mi mamá, me regañaba pero ya no porque no volví a joder. Mis hermanitos si están en la casa, ellos no son así como yo.

## CAPITULO 15

### MONTARLA DE TERROR

Actores locales

Los muchachos neivanos lo dicen, *<los enemigos del parche son la ley, el vecino sapo, los paracos y algunos parches >*<sup>6</sup>. El espectro es amplio, va de la ley a los grupos armados pasando por los vecinos y otras pandillas. El engranaje de estas hostilidades tiene múltiples articulaciones, en parte ligadas al conflicto nacional, en parte remitidas a la vida cotidiana en el barrio. La pandilla *<parcha >* el vecindario, es el lugar donde permanece la mayor parte del tiempo; sus moradores son entonces los primeros con quienes choca. En este capítulo nos ocuparemos de ellos, primero de los otros jóvenes, en particular los articulados en pandillas; después de los vecinos y las tentativas de contener el hostigamiento pandillero.

#### 1. Guerras pandilleras

Las pandillas con quienes se tiene conflicto son los primeros adversarios a mantener a raya. *<Nuestros enemigos son otras bandas, tenemos pleitos con los Babillos, los Nazis, los Patacones, los Chaquetas, los Sayeyines, los Escorpiones. Hay otras bandas con las que no tenemos problema >*. Así es, no con todas se mantienen diferencias; con algunas hay proximidad, ocasionalmente *<trabajamos juntos >* y con algunas hasta se crean complicidades siguiendo la máxima de *<el que se meta con ellos se mete con nosotros >*. Con las demás, en cambio, se entra en agria disputa dependiendo de una geometría proyectada sobre variados motivos, desde el poderío del adversario hasta la casualidad de un encuentro: *<De pronto para un grupo representábamos peligro y para otros éramos insignificantes >*. Los datos lo afirman. En Neiva, la ciudad colombiana de baja violencia, 3 de cada 4 pandillas tiene un muerto para recordar, en el 35% de los casos

---

<sup>6</sup> Caballo, Neiva, p. 9.

ultimado por un miembro de otra pandilla. Por su parte en Barranquilla el 89% ha tenido guerras con otras pandillas mientras en Bogotá el 75% (Cuadros No. 13 y 14).

Cuadro No. 13  
**VICTIMAS Y VICTIMARIOS DE LAS PANDILLAS  
 NEIVA**

| VICTIMAS    |        |            |
|-------------|--------|------------|
|             | No. P* | Porcentaje |
| Si          | 15     | 75         |
| No          | 5      | 15         |
| Total       | 20     | 100        |
| VICTIMARIOS |        |            |
|             | No. P* | Porcentaje |
| Pandillas   | 11     | 35         |
| Limpieza**  | 13     | 42         |
| Guerrilla   | 1      | 3          |
| Robando     | 6      | 19         |
| Total       | 31     | 100        |

FUENTE: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

\*\* Incluye operaciones de limpieza y escuadrones de la muerte

Cuadro No. 14  
**GUERRAS ENTRE PANDILLAS  
 BARRANQUILLA Y BOGOTA**

|       | BARRANQUILLA** |            | BOGOTA** |            |
|-------|----------------|------------|----------|------------|
|       | No. P*         | Porcentaje | No. P*   | Porcentaje |
| Si    | 8              | 89         | 27       | 75         |
| No    | 1              | 11         | 9        | 25         |
| Total | 9              | 100        | 36       | 100        |

FUENTE: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

\*\* En Barranquilla no hay información de 4 pandillas y en Bogotá de 9

Múltiples razones incitan el choque. Una de las principales pasa por el intento de arrebatar la exclusividad del territorio, en Barranquilla el 80% de los casos y en Bogotá el 67%

(Cuadro No. 15). El espacio bajo control es una prolongación corporal de la pandilla, sin él no existe. De allí en adelante el enfrentamiento se produce sobre las < pertenencias >, en particular las mujeres. Es la segunda causa argumentada, en Barranquilla en un 10% y en Bogotá en un 27%: < La pelea de anoche fue porque la novia estaba hablando con otro, no le gustó y le pegó. Comenzó la pelea, después vinieron los demás manes >. Una vez dos pandillas se indisponen es imposible el enamoramiento entre personas de uno y otro lado, < los problemas se forman por las mujeres, si uno de aquella banda vacila con una muchacha de este lado se arma lío >.<sup>7</sup>

Cuadro No. 15  
MOTIVOS DE GUERRA ENTRE PANDILLAS  
BARRANQUILLA Y BOGOTA

|            | BARRANQUILLA |            | BOGOTA |            |
|------------|--------------|------------|--------|------------|
|            | No. P*       | Porcentaje | No. P* | Porcentaje |
| Territorio | 8            | 80         | 20     | 67         |
| Mujeres    | 1            | 10         | 8      | 27         |
| Venganzas  | 1            | 10         | 2      | 7          |
| Total      | 10           | 100        | 30     | 100        |

FUENTE: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

La defensa del territorio frente a otros < parceiros > es ley primera: < No falta el parce que viene a sacarnos y a montárnosla de terror acá. Cuando parchan y roban en el mismo barrio de uno toca sacarlos >. Ante la rivalidad, la defensa del espacio propio es tan importante como la invasión del ajeno. Junto a la protección del dominio el principio del < respaldo > impone el cuidado sobre los compañeros, cualquier afrenta propinada a cualquiera genera más tarde o más temprano la respuesta: < Si joden a uno no nos quedamos con los brazos cruzados porque siguen así y joden a todo el mundo. Los dejamos sanos y después hacemos la igual, al man que jodió al chino lo cogemos solito y le damos duro >. La lógica no tiene duda, la agresión tiene que ser respondida con agresión porque, de lo contrario, vendrán nuevas agresiones. El adagio lo sintetiza, < si hay problema con alguno hay problema con todo el parce ><sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Mechete, Barranquilla, p. 9.

<sup>8</sup> Mechete, Barranquilla, p. 9; Oso, Neiva, p. 32 y 12; Mechete, Barranquilla, p. 10.

Asimismo cualquier agravio propinado a un parcerito, y en muchos casos a cualquier persona estimada por el grupo, dispara la furia pandillera. El más grave el asesinato, capaz de estimular una cadena de retaliaciones sin fin. No es el único, también el atraco, una paliza o un acoso provocan la reacción: *<Si le quitamos la vida a un pinto y resulta que tiene conexiones con un parche al otro lado entonces comienzan los problemas>*. De allí en adelante los enfrentamientos se extravían en la casuística de un comentario, de un chisme, de un encuentro casual, de una mirada. *<Son inquinas que se llevan. El uno comienza a hablar mal del otro, le cae de sorpresa y lo va cascando>*. La presencia de la trasgresión recicla todo acontecimiento bajo su lógica implacable, incluyendo hasta una broma: *<Han habido muertos por ponerse a recordar. Estaban las dos pandillas y uno le pegó una pedrada. Y como el otro se puso a reírse se mataron por eso>*<sup>9</sup>.

Las pugnas adquieren diversas intensidades. En ocasiones se trata de una única pelea, tras de la cual quedan inquinas sin consecuencias fatales; se maneja la distancia sin que la enemistad se traduzca en guerra siempre y cuando se respete el territorio ajeno. En otras, por el contrario, un primer episodio inflama un odio cuyo furor solo se apacigua con la muerte del adversario. La crudeza de las guerras se revela en las duraciones, algunas sostenidas durante un lustro entero. Los datos fluctúan entre menos de un año y cinco años, la mayoría del año hacia adelante. La nota predominante es el asesinato de uno de un bando seguido de un tiempo de espera hasta cuando, aprovechando la sorpresa, sobreviene la venganza: *<Dejamos que se calme la marea un rato, después nos metemos infragante. Por ejemplo el sábado cuando comienzan a embalarse los cogemos descuidaitos y tenga>*. No faltan los enfrentamientos abiertos en medio del barrio, o la sentencia de alguno confinándolo al encierro en su casa en ocasiones durante meses enteros. Aturdidos por la marca que signa toda máquina de muerte, la sevicia no deja de hacerse presente: *<Una vez cogieron una muchacha de los enemigos, la violaron y después la torturaron hasta matarla. Entonces vinieron venganzas, como esa del pelado que apareció muerto con el pere en la boca>*<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Oso, Neiva, p. 17; Parcerito, Neiva, p. 17; Marcela, Neiva, p. 17; Solle, Neiva, p. 8.

<sup>10</sup> Mechete, Barranquilla, p. 9; Pendenciero, Barranquilla, p. 5.

Una vez iniciado el pugilato es difícil detenerlo, en particular si hay muertos o heridos en alguno de los adversarios. *<Esa pelea tiene que seguir porque hay heridos de este lado y heridos de aquel lado>*, dicen en Barranquilla. Ante la sangre es poco plausible la negociación, *<pensar en un pacto de paz nunca, no se puede porque ellos van a pensar que nosotros estamos cagados, que estamos miedosos y no es así>*. En consecuencia el aniquilamiento es la forma de tramitación corriente, como lo muestra Bogotá donde se convierte en el método empleado en la mitad de los casos (Cuadro No. 16). No es el único procedimiento, se dan acuerdos entre los mismos pandilleros sumando el 38% de las circunstancias. Asimismo la alcaldía ha intervenido en varias oportunidades facilitando el proceso de diálogo y la ritualización de la entrega de armas, en dos oportunidades en la localidad, menos que en otras zonas<sup>11</sup>. En estos casos la negociación sobreviene después de intensas confrontaciones, una vez contabilizado un santoral de muertos aceptan suscribir un arreglo que restablece el control territorial o, en el caso extremo, que posibilite vivir a los sobrevivientes. La paz, no obstante, no siempre es respetada, se quiebra a la vuelta de algún tiempo. Fue el caso de Los Máximos, quien elaboró un tratado de no agresión con cuatro pandillas enemigas; pese a que el pacto se redactó por escrito y se protocolizó en un rito, las muertes proliferaron con más fuerza al cabo de un tiempo<sup>12</sup>.

Cuadro No. 16  
FORMAS DE SOLUCION DEL CONFLICTO  
BOGOTÁ

|              | No. P* | Porcentaje |
|--------------|--------|------------|
| Violenta     | 12     | 50         |
| Acuerdo**    | 9      | 38         |
| Mediación*** | 2      | 8          |
| Break        | 1      | 4          |
| Total        | 24     | 100        |

FUENTE: Datos etnográficos

\* Número de pandillas

\*\* Acuerdo de respeto territorial entre los mismos pandilleros

\*\*\* Mediación de la alcaldía mayor en la formulación de un pacto

<sup>11</sup> Mechete, Barranquilla, p. 10; Caballo, Neiva, p. 10. Ciudad Bolívar es la localidad con mayores procesos de paz entre pandillas.

<sup>12</sup> Mechete, Barranquilla, p. 15; Caballo, Neiva, p. 10.

A las pandillas no las enfrenta ninguna creencia o un principio argumentado, no los pone frente a frente alguna ideología o una posición de clase. Tampoco desata su sed de venganza algún confesionalismo, al estilo de una creencia religiosa, étnica o comunitaria. En ocasiones la pandilla defiende el vecindario de los ataques de otras pandillas, pero ello no constituye un principio organizador de su forma de vida. Desde su condición de muchachos pertenecientes al mismo sector de clase, y como consecuencia acosados por idénticas exclusiones, las pandillas chocan movidas por un atado de motivos ligados al curso de la vida cotidiana, disparados, en últimas, por el valor que asigna el afán de señorío territorial. El mapa del conflicto pandillero sigue a pie juntillas su apetencia de poder local, busca exclusividad sobre un espacio con la pretensión de imponer desde allí *<respeto>*.

## 2. Vecinos y trámites legales

La otra pieza local del conflicto es el vecino, blanco del acoso y el terror pandillero. La presencia del *<parche>* es por definición problemática, en su lógica está inscrito el exceso. Un día cualquiera la fiesta con gran algarabía puede prolongarse hasta altas horas de la noche, en especial cuando se corona un buen *<trabajo>*. *<Cuando lo pegamos firme nos hacemos el fiesto en el barrio, porque no nos vamos a ir pa' otro barrio. Se forman los problemas porque hay harto agite>*. La amenaza de la violencia dinamita la convivencia. Los asaltos dificultan el acceso a servicios claves de la vida colectiva como el transporte público o el suministro de bienes de consumo como la leche, las gaseosas, las cervezas: *<Estamos desesperados porque los colectivos no suben hasta acá debido a la delincuencia, cada noche atracan cuatro o cinco>*, dice una edil de Neiva. El conflicto es inevitable, con mayor razón cuando el *<desmuche>* se apodera de la pandilla: *<Se emborrachaban y empezaban a hacer tiros, todos con su revólver lo explotaban a la hora que fuera>*. Las anécdotas de golpizas y asesinatos, de violaciones y acosos abundan, atemorizando a tantos padres que ven con terror el ingreso de sus hijos a la pandilla<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> La primera y tercera frases son de Gomelo, Neiva, p. 13; la segunda de Mechete, Barranquilla, p. 14; Olimpa, Neiva, p. 2; Mundano, Neiva, p. 61.

Algunos vecinos, fastidiados con la bulla, emprenden algún correctivo. Unos lo hacen de manera individual; otros, los más, congregan a los moradores en el intento de exorcizar el conflicto.

Primero las soluciones individuales, no falta quienes pretenden resolver solos el problema. Unos se deciden a quebrar el código espacial del *<parbe>*, *<el cucho los desterró de la esquina, al andén le echaba aceite; otro lo tumbó, donde nos parchábamos a jugar dominó. Era mucha recodcha, los cuchos decían que no podían ni ver un noticiero>*. Aunque poco frecuente, ruedan las historias de moradores que se llenan de arrestos, agarran un arma y salen a liquidar a cuanto *<pelao>* se encuentre en la esquina: *<Un cucho salía sólo con su fierro y al que encontrara metiendo baretta lo tumbaba, un cucho de cincuenta años>*, cuenta uno; *<en el barrio hay persecución de vecinos, uno estaba ahí y le daban plomo>*, agrega otro<sup>14</sup>. Otros pescan en el río revuelto del sórdido mercado de la muerte, vecinos ardidados que, impedidos para emprender una venganza por su propia mano, contratan un sicario que sane la pérdida de un ser querido, la violación o embarazo de una hija o cualquier otra afrenta. Sea cual sea la modalidad estas estrategias individuales no son corrientes, la pandilla administra un terror que pocos están dispuestos a desafiar de manera personal y directa.

Entre los vecinos las prácticas colectivas son pues las más comunes, las adoptan las tres ciudades. Las hay de dos tipos, legales e ilegales. Las primeras pasan por los canales instituidos de tramitación del conflicto, van de la denuncia judicial y la presión sobre las autoridades a fin de que tome cartas en el asunto, a la constitución de destacamentos de vigilancia en coordinación con cuerpos de seguridad del estado. Entretanto las segundas, las ilegales, consisten igual en la conformación de destacamentos pero esta vez para actuar de manera autónoma.

---

<sup>14</sup> Mundano, Neiva, p. 58; Richard, Bogotá, p. 35; Bernardo, Bogotá, p. 17. *<Cucho>* es adulto; *<baretta>* es marihuana, mota.

Por lo general el intento de contención de la pandilla comienza con alguna medida dentro del mismo barrio, como la colocación de una alarma en cada casa a fin de alertar sobre alguna anomalía: *<En el barrio hay alarmas comunitarias. Eso no sirve, cada rato se la escucha y nunca cogen a nadie. Al principio uno le comía, creía que todo el mundo lo va a linchar pero no, puro azare>*. Medidas como estas resultan ineficaces -el pandillo lo dice-, estrelladas contra la realidad de muchachos que conocen el barrio y sus intimidades. Cuando tales iniciativas fracasan se acude al Estado. De continuo, las autoridades de la ciudad y la policía reciben quejas formuladas por los vecinos. Adoptan la forma de memoriales firmados por los habitantes de un sector, generalmente movilizados por los moradores inmediatos al *<parche>*. *<El pueblo no lo quería, tenía denuncias y firmas del barrio>*, se dice de un grupo en dificultades con la gente de la calle donde paraba. El trámite comienza, casi siempre con los funcionarios encargados de la seguridad ciudadana: *<Tuimos varias reuniones con la secretaria de gobierno y con el comandante de la policía comunitaria. Les dijimos que no teníamos nada más que hacer>*<sup>15</sup>.

Ante la continuidad de la situación -con sus variantes el ciclo se puede reproducir de una ciudad a la siguiente-, los vecinos impotentes optan por una medida radical, la realización de un paro cívico contra la inseguridad y sus principales auspiciadores locales, las pandillas. Fue el caso en Neiva, los vecinos de la comuna se tomaron las calles protestando contra la indolencia de las autoridades ante el grave deterioro de la convivencia local. Como acontece casi siempre ante tales reclamos públicos, reconocidos políticos de la ciudad se desplazaron presurosos a firmar un acuerdo con el compromiso de contener la zozobra. Pasado un breve tiempo los habitantes del barrio están de nuevo frustrados, el estado no hizo nada más allá del sostenido asedio policial a las pandillas<sup>16</sup>.

Ante el incesante y venir, con resultados precarios, el vecindario decide convertirse en agente activo del problema. En principio se arma un dispositivo de vigilancia dependiente de la policía; aprovechando la proximidad con algún miembro de las fuerzas de seguridad

---

<sup>15</sup> Caballo, Neiva, p. 16; Olimpa, Neiva, p. 16.

<sup>16</sup> Los informes locales ante el Concejo en Comuna 8 (s.f.).

un grupo de vecinos hace rondas por las calles del barrio, dotadas con un radio en conexión directa con la estación policial más cercana: *<Constituimos un comité de vigilancia privada, ellos tenían armas de fuego y nosotros nada. Un sargento del Bosque nos facilitó unos radios, cuando empezábamos a notar algo llamábamos y venía la patrulla>*. En las tres ciudades se dieron experiencias respaldadas por las oficinas municipales de la policía comunitaria. Los vecinos toman la iniciativa –o los promotores institucionales los animan-, después de lo cual viene el entrenamiento, la organización y dotación de los instrumentos para actuar como apéndices informativos del cuerpo policial.

La policía comunitaria hace parte de los esfuerzos descargados sobre los hombros de los sectores populares. El estado, impedido para encarar nudos primordiales de la vida colectiva, traslada la carga sobre la participación popular. La lista es interminable, pasa por soluciones de vivienda, arreglo de bienes de consumo colectivo, construcción de puestos de salud y escuelas, desarrollo de actividades culturales. En cada caso, con proporciones variables, la comunidad pone una parte y el estado otra. Entre estos acuerdos las policías comunitarias son, no obstante, un caso especial. En todos aflora el conflicto, es natural; mas la vigilancia opera sobre acontecimientos de extremada conflictividad, nada menos que delitos contra el patrimonio y la integridad personal. La policía comunitaria compromete como ningún otro proyecto el imaginario comunal. Por un lado convoca el esfuerzo colectivo, *<nos toca tomar conciencia para formar un movimiento crítico, solos no somos capaces de nada>*, dice una iniciadora de la vigilancia local. Empero, al mismo tiempo, el dilema aparece toda vez que entran en pugna sentimientos familiares y vecinales: *<Hay gente que su hijo es drogadicto. Vienen los problemas porque si mi hijo hace a la sociedad y no lo divulgo estoy siendo cómplice. Eso acabó la policía crítica>*. El traspaso de funciones policivas al interior del barrio enfrenta a los vecinos con la compleja tramitación de hechos violentos. Y de contramano la trasgresión pandillera arrincona al vecindario amenazando a quienes hacen parte de la

policía barrial, *<armaron la policía cívica pero no sirvió. No se meten con nosotros porque saben que tienen hermanos, familiares e hijos >*<sup>17</sup>.

### 3. Defensas urbanas

Ante el fracaso de las opciones legales el trámite violento está a la mano, los desmanes pandilleros crecen y los vecinos se sienten inermes. *<Los daños berían mucho a las familias hasta que hubo gente que dijo “esto no puede ser más, que los maten”. Y los mataron, la inseguridad se acabó>*, cuenta un líder barranquillero<sup>18</sup>. Aunque no siempre se reproduce el ciclo como se acaba de narrar –o se corte en diversos puntos–, el fracaso de la petición ante el estado abre el camino a la organización de escuadrones de defensa local. El término de autodefensa posee en Colombia un largo y atormentado historial. Se remonta a la violencia de mediados del siglo XX, cuando los campesinos se organizaron en grupos armados dispuestos a defender su gente y sus haberes del hostigamiento de diversos adversarios<sup>19</sup>. Incluso el más remoto origen de las FARC se entrelaza con esas movilizaciones<sup>20</sup>. Años después vuelven a tener remarcada presencia, esta vez abanderadas de la protección frente a los desmanes guerrilleros; no en vano el paramilitarismo toma el nombre de Autodefensas Unidas de Colombia<sup>21</sup>. Frente a esta sinuosa trayectoria el estado se comporta de manera ambivalente. Hasta los años 80 les da carta de ciudadanía mediante un reconocimiento legal que sirvió de paraguas al crecimiento paramilitar; pero una vez este creciera hasta labrar una impensada autonomía, se modificó la ley que las amparaba convirtiéndolas en organizaciones ilegales<sup>22</sup>.

El término de autodefensa es pues problemático. No se usa en la ciudad, las experiencias de auto protección se describen con otros nombres. La más reconocida es el proyecto

---

<sup>17</sup> La primera y la tercera son de Olimpa, Neiva, p. 10 y 8; la segunda y la quinta de Gomelo, Neiva, p. 18 y 13; la cuarta de Yepes, Barranquilla, p. 16.

<sup>18</sup> Yepes, Barranquilla, p. 16.

<sup>19</sup> Diversas facciones armadas durante la violencia de mediados de siglo, entre otras las autodefensas, en Ortiz (1985).

<sup>20</sup> Pizarro (1996).

<sup>21</sup> La primera formación de las autodefensas actuales en el Magdalena Medio en Medina (1990). Una historia reciente en Romero (2000 y 2002).

<sup>22</sup> Hasta el día de hoy la ley no ha sufrido modificación legal, pero el tema de su renovada legitimación ha estado siempre presente, más con el proyecto de ciudadanos informantes.

antioqueño de las milicias populares, una organización que hizo pactos con el gobierno y constituyó empresas legales de vigilancia y control local<sup>23</sup>. En las ciudades de nuestro interés adopta nominativos como <comités de vigilancia> y <rondas de seguridad> para sus promotores, de <cuchos> y <encapuchados> para los pandilleros. En este contexto la noción de defensa urbana resulta conveniente, apuntala la acción de vecinos resueltos a defender lo que consideran una trasgresión intolerable. Su accionar ya pisa el terreno ilegal, corta la dependencia con la policía aunque entre sus filas militen agentes del estado: es un destacamento ya no de simple vigilancia sino además de "procuración de justicia" por mano propia. Se arman, se organizan y salen a patrullar el barrio asumiendo la ejecución directa de ajusticiamientos: *<Hay veces que hacen autolimpiezas los mismos del barrio, los cuchos salen con sus máscaras a tumbar hasta los del frente de la casa>*. No obstante su forma más extendida es el hostigamiento a los <parches> mediante la golpiza severa. Sus armas usuales son objetos contundentes como palos o tubos, aunque algunas portan pistolas para protegerse en un medio donde las armas letales circulan con facilidad.

Aparecen de manera esporádica, en las coyunturas de expoliación pandillera; a veces, las menos frecuentes, la justicia vecinal deriva en organizaciones estables empeñadas en "sanear" el barrio. La más memorable de Bogotá, los <encapuchados>, se convirtió en un grupo de vigilancia y castigo dedicada a propinar duras muedas a los jóvenes sorprendidos en caminadas nocturnas<sup>24</sup>. Sus rondas se cumplieron hasta cuando su violencia indiscriminada les quitó el apoyo de la gente, forzando su disolución: *<Entre los encapuchados habían unos policías además de la gente del barrio. Eso caían hasta los sanos, apenas por ir fumando o borrachos>*<sup>25</sup>. Caminaban el vecindario de las diez de la noche en adelante. Constituidos por algo así como sesenta miembros se repartían en grupos asignados a distintos puntos del barrio. Conocedores del vecindario y sus intrincados recovecos arrinconaron a los <parceros>, hasta cuando el embelezo de la justicia los llevó a cometer toda clase de excesos. Aníbal contó de los tenderos

---

<sup>23</sup> Téllez (1995).

<sup>24</sup> En Barranquilla también hubo <encapuchados> hacia finales de los años 80 y principios de los 90. En Neiva, igual, proliferaron durante una época.

<sup>25</sup> Richard, Bogotá, p. 35; Efraín, Bogotá, p. 12. <Tumbar> es matar; <sano> es un joven no metido en nada.

organizados, *<los cachacos se organizaron en los Arrancarostros, los teníamos asoliados de atracar sus tiendas>*. En las otras ciudades lo mismo, luego del paro cívico en Neiva los vecinos se organizaron en destacamentos cumpliendo la misma labor.

El conflicto entre los pandilleros y los vecinos adquiere proporciones dramáticas. Los moradores del barrio reaccionan con una variedad de estrategias, unas individuales y otras colectivas, desperdigadas entre la presión a las autoridades, las vigilancias comunitarias y las defensas en abierto pugilato con los *<parceros>*. En las tres ciudades una y otra modalidad de respuesta vecinal está presente. Sólo en contadas ocasiones el proceso sigue la dirección lineal esbozada, acontece más bien que las distintas respuestas se combinan en el tiempo y la distancia. El conflicto urbano en torno a la pandilla no cesa, el pandillo conoce el secreto: *<montarla de terror>*. Los vecinos, asediados, acuden a nuevas estrategias alrededor de otros actores que denominaremos mixtos. El espectro de la muerte está presente, en Colombia como en ningún otro lado: entran a la escena las seguridades pagadas y las operaciones de limpieza, nos ocupamos de ellas enseguida.

## CAPITULO 16

### ACABAR LA ESCORIA

#### Actores mixtos

Los vecinos se organizan y constituyen policías cívicas y defensas urbanas. Poco hacen, la continuidad y consistencia de las pandillas vuelve inútiles las tentativas. La tramitación sangrienta del conflicto está a la mano, aparecen los actores mixtos representados en seguridades pagadas, operaciones de limpieza y algunas formas de sicariato. En los tres casos se trata de acciones que mezclan iniciativas de gentes de la <comunidad> con la participación de agentes externos a la zona. Cada una, desde su particular perspectiva, devela la intensidad y hondura de las guerras de pavimento en Colombia.

#### 1. Seguridad pagada

Al igual que la defensa urbana, la seguridad pagada se compone de destacamentos practicando rondas por las calles del barrio. Más allá de esta coincidencia la diferencia entre una y otra es marcada. La seguridad funciona como un grupo de personas que cobran su trabajo, no pertenecen ni al barrio ni la zona; los vecinos reducen su papel a la contratación del servicio y el pago de honorarios. No es la única diferencia por resaltar. Si las defensas locales se especializan en la golpiza, la seguridad pagada se caracteriza por la desembozada resolución de matar. Dotados con armas de fuego, no dudan en ultimar a todo aquel sorprendido en la comisión de alguna infracción. Dicho rasgo la diferencia también de las compañías de seguridad privada que pululan en otras clases sociales, la seguridad pagada del barrio popular lleva al extremo la “administración de justicia” que ya se abroga la defensa local. Su expresión acabada toma lugar en Barranquilla, ciudad donde bajo el nombre de “Los Mesa” se desperdiga en los barrios populares.

Aplican la misma norma del terror pandillero, de ahí que los *<parceros>* les guarden respeto: *<No nos gusta boletearnos por ahí porque al que vean los Mesa robando le van dando candela de una>*. Por supuesto, ante la decisión violenta no faltan los enfrentamientos cruzados, *<varias veces nos hemos enfrentado con ellos, uno de nosotros se bajó a uno. Dejaron de meterse por allá>*. Nacieron en La Chinita, un barrio de otra comuna popular de la ciudad, a iniciativa de una familia de apellido Mesa decidida a “limpiar” el barrio de maleantes y pandilleros. Su estilo resultó “eficaz”, la estrategia de sangre y fuego erradicó la criminalidad local; los vecinos lo reconocieron, bien pronto entregaban un pago por la vigilancia permanente del sector. En la zona de nuestro interés –la comuna suroccidental–, la seguridad pagada hizo su primera aparición con la modalidad de vigilancia de los carros de transporte público: *<Los Mesa escoltan los buses, el carro de la leche, la coca cola, al de la carne, al del pan>*. Desde su ingreso los atracos a estos vehículos, antes permanentes, casi desaparecieron. Pasado algún tiempo el servicio se extendió a las calles del barrio, al principio sólo durante las noches y luego a lo largo del día. Hoy casi todos los barrios del sur cuentan con sus Mesa, personajes que se desplazan en una moto pasando a recibir su pago casa por casa el día sábado. Un pastor evangélico lo cuenta, *<Los Mesas son un grupo de limpieza que patrullan a toda hora. Las tiendas les pagan dos mil pesos semanales. En la actualidad es difícil escuchar que atracaron una tienda>*<sup>1</sup>.

Su función es preventiva -una imagen legitimada a costa de un sinnúmero de muertes-, pero también investigativa: *<Impiden los atracos pero si los hacen investigan quienes lo hicieron y si los pillan los matan>*. Su “justicia”, no sólo ilegal sino además arbitraria, les ha creado toda clase de animadversiones; como suele acontecer con estas prácticas abundan las anécdotas de los ejecutados sin justa causa: *<Quien cogen mal puesto lo matan. Con ellos se ha reducido la delincuencia pero han matado pelados que no son rateros. Es una injusticia, antes de matar se debe practicar un proceso>*. Muchos los miran como simples mercenarios, asesinos de oficio por dinero; pero más grave aún, como gentes desprovistas de alguna conciencia sobre la vida del sector y sin embargo dotados de la “legitimidad” para cometer cualquier arbitrariedad: *<Son una cuadrilla*

---

<sup>1</sup> Mechete, Barranquilla, p. 10 y 11; Faustino, Barranquilla, p. 5. *<Boletearse>* es hacerse notorio; *<dar candela>* es disparar.

de extorsionistas porque cuidan los tenderos que les pagan pero no la casa del lado, es una especie de paramilitarismo>. El despojo de la justicia es radical, se investiga y, sin ninguna intervención de las mediaciones instituidas, se acusa y se sentencia. La persecución es implacable, <los Mesas nunca me lograron agarrar. Me perseguían y me les escondía. Cuando supieron donde vivía no salían del peclazo buscándome, no podía salir de la casa>. La presencia de la seguridad pagada, paseando de día entero la calle del barrio bajo el signo de la muerte, replegó a los pandillos forzándolos a desplazar sus actividades: <Ya no nos metemos con nadie, nos vamos a atracar y pelear lejos>. Por supuesto el macabro mercado de la muerte ha llevado a muchos <parceros> a enlistarse en sus filas, la mezcla de salario y violencia no es fácil de resistir. <Muchos han dejado de trabajar pa'irse con los Mesas porque les pagan más>.

## 2. Operaciones de limpieza

Desde finales de los años 70 comenzó a circular la noticia de asesinatos múltiples en las calles de la ciudad. La práctica de masacres horrendas, descuartizando a grupos enteros, es un viejo y conocido procedimiento de “lucha” en Colombia; las matanzas de mediados de siglo con su desbordada sevicia la atestiguan<sup>3</sup>. En tiempos cercanos la práctica halla más de un seguidor, en particular el paramilitarismo con la masacre de civiles argumentada en la necesidad de eliminar las bases sociales del adversario. Las matanzas iniciadas a finales de los 70 se inscriben pues en una modalidad de probada trayectoria; sus ejecutorias, no obstante, participan de una doble condición que les proporciona una singularidad. Por una parte tienen asiento en la ciudad, el escenario es la calle y no la vereda rural; por otra las víctimas están investidas de nueva identidad, se trata de homosexuales, trabajadoras sexuales, habitantes de la calle y ladrones. La enseña política se refunde, reemplazada por la consigna puritana de quienes se sienten llamados a restituir el orden decretando la muerte de aquellos que juzgan “indeseables”. Como sucede siempre con estos agentes privados

---

<sup>2</sup> Faustino, p. 5; Pendenciero, p. 12 y 14; Anónimo por razones de seguridad; Mechete, p. 11; Furtivo, p. 12. Todos son de Barranquilla.

<sup>3</sup> Las masacres de mediados de siglo en Uribe (1990), las de tiempos recientes en Uribe y Vásquez (1998).

reivindicados en el papel mesiánico de ángeles guardianes, estalla en pedazos la frontera entre sujetos diferentes y seres peligrosos, lo uno reducido y aplastado en lo otro.

La práctica se generaliza con prontitud a varias ciudades<sup>4</sup>. Tiempo después los pandilleros entran a formar parte de la panoplia de “indeseables”, una vez fichados comienza un franco posicionamiento que les convierte en objetivo privilegiado. La <limpia>, así se le conoce coloquialmente en los barrios. Su sólo nombre espeluzna. Declara sin ambages la intención de quien se presume dueño del prurito de señalar lo impuro, de aislarlo y neutralizarlo. El dedo acusatorio señala a aquel que estima fuera del curso de la vida y sin más lo arrincona y aniquila. Es la parodia de la cacería urbana, resonancia del más brutal exterminio. El “limpiador” cumple su tarea animado por el sueño inútil de una ciudad liberada de disidencias, cuando en realidad no es sino el lacayo de la extravagancia clasista obsesionada con la supresión de lo “estorboso y feo”. Chata y oscura extravagancia clasista, sus víctimas son sin excepción personas de los sectores populares. Se sabe de qué se trata, <decían que la limpieza era pa' acabar con la escoria de la sociedad><sup>5</sup>.

La <limpieza> mueve terrores profundos. Sus formas de hostigamiento, invitando al sepelio de los sentenciados mediante carteles colgados en los postes de las calles, así como sus fulminantes formas de operación, le granjearon el lugar de enemigo feroz de las pandillas: <Duró un tiempo que uno veía los avisos que invitaban al propio entierro. Cómo así, no me he muerto y están invitando al sepelio mío>. En Bogotá, su incursión es la responsable del cambio operado en las pandillas hacia mediados de los años 80, barriendo de tajo los antiguos <parches> con sus ritos y emblemas. Hoy el <parcero> no se deja identificar con claridad. Aunque su presencia local pasa por el exceso, los tatuajes, los nombres y símbolos distintivos, las grandes agrupaciones y el amplio poder territorial desaparecieron –lo vimos páginas atrás-. No hacerlo implica caer en la necesidad de exponerse a la <limpia>, <las pandillas de antes las tumbó la sociedad cuando decidieron hacer sus famosas limpiezas sociales, mutar jóvenes por estar en un grupo>.

<sup>4</sup> La ciudad donde primero se escuchó de los escuadrones de la muerte fue en Pereira. Rojas (1996).

<sup>5</sup> Robin, Bogotá, p. 18.

Como se cuenta también en Barranquilla, *<conoci un muchacho que se ponía una plancha caliente para borrarse el tatuaje porque lo andaba buscando la limpieza>*<sup>6</sup>.

En las tres ciudades las operaciones funcionan. Lo acabamos de oír en Barranquilla y Bogotá, igual se dan en Neiva. *<Me da miedo venirme de madrugada porque está dando mucho la mano negra, desapareciendo gente>*. Los datos poco aclaran, se dispone tan sólo de la referencia a un 42% de pandillos asesinados por la limpieza en Neiva<sup>7</sup>. A pesar de sus actuaciones desde hace algo más de tres décadas sus acciones permanecen recubiertas de un halo de misterio y un manto de impunidad. Su “invisibilidad” las convierte en suceso del orden de lo innombrable. Los textos sobre la inseguridad ni tan siquiera las mencionan, incluso hacen caso omiso de una de sus estrategias preferidas, la masacre<sup>8</sup>. En Bogotá, entre 1990 y 1996, la policía reportó la existencia de 26 homicidios colectivos con un saldo de 129 víctimas; en la localidad de San Cristóbal en particular, zona de nuestra indagación en la capital, un estudio especializado menciona nada más tres masacres, mientras Medicina Legal habla de cinco<sup>9</sup>. Los datos resultan poco creíbles, reducidos en comparación con las historias desperdigadas entre los barrios. Los recuerdos, por cientos, los desmentirían. Es cierto que la memoria, tan frágil e interesada, está plagada de trampas; más las anécdotas pululan, sería necio no ponerles oído atento. Para fortuna de la circulación pública del fenómeno un acontecimiento reciente media entre la visión de las autoridades y la palabra de los pobladores: las operaciones de limpieza en el municipio de Soacha, en la frontera sur de la deslumbrante Bogotá, no dejan duda alguna sobre la fuerza de las *<limpias>* contra los jóvenes<sup>10</sup>: entre los meses de marzo y septiembre

---

<sup>6</sup> Robin, Bogotá, p. 38 y 18; Faustino, Barranquilla, p. 2.

<sup>7</sup> No se pudo establecer un dato sistemático en Bogotá y Barranquilla.

<sup>8</sup> Observatorio de Cultura Urbana (1997). Lo mismo sucede en la prensa, donde las operaciones casi ni aparecen. Pérez y Mejía (1996:152). La resistencia de la policía de la localidad de Suba a nombrar el hecho aparece en García (1998).

<sup>9</sup> En los registros de la Policía Nacional los datos sobre masacres aparecen discriminados desde 1990. El estudio especializado de Rojas (1996:28) habla a partir de una exploración de la prensa. Segovia (1994) transcribe varios artículos periodísticos al respecto.

<sup>10</sup> Las operaciones de limpieza contra homosexuales, trabajadoras sexuales e indigentes gozan de reconocimiento público; no sucede lo mismo con los jóvenes, casi ni se mencionan las operaciones contra ellos. Su escenario en la calle del barrio popular las invisibiliza.

del año 2003 fueron asesinados 50 muchachos entre 16 y 20 años, abiertamente ejecutados por un grupo contratado por los comerciantes de la zona<sup>11</sup>.

Pese a que narraciones de igual tenor se escuchan en las tres ciudades, en ninguna se conoce el rostro de sus ejecutores<sup>12</sup>. Se cuenta de la participación de estos y los otros, amontonando historias desprovistas de pruebas irrefutables. Con todo, en medio de la incertidumbre, es posible detectar la participación de cuatro tipos de actores: vecinos del barrio, organismos de seguridad del Estado, sicarios contratados para el efecto, y actores armados. En la práctica unos y otros se mezclan en el tiempo y las estrategias. Los actores armados se abordarán en el capítulo que viene, en lo que queda de este se mirarán los otros tres<sup>13</sup>.

La participación de los vecinos, en primer lugar, se produce de varias maneras. La tienen como autores intelectuales en complicidad con escuadrones de seguridad del Estado; su misión consiste en apoyar la elaboración de listas mediante la entrega de información sobre los parches y sus miembros: *<En la limpieza participa la gente del barrio, tiene que hacerlo porque si no los del F2 cómo van a saber a quienes hay que tumbar>*, señala uno; *<la limpieza son la misma comunidad, se organizan en una casa para decidir que acaben este y este "porque nos están dañando la cuadra">*, ratifica otra. Ahí no se agota su papel, funcionan también como autores intelectuales contratando personas dedicadas al oficio, conectadas en sitios especiales de la ciudad que ofrecen el "servicio": *<La comunidad llama gente. Saben qué personas lo hacen y pagan para que maten>*, asevera el primero; *<la comunidad va al centro, cogen a un man propio y le dan tanto por tantos muchachos>*, declara el segundo. Quiénes son las personas de *<la comunidad>* no tiene respuestas inequívocas; casi siempre se señalan miembros de las juntas de acción comunal -a veces a título individual a veces congregando vecinos-, así como comerciantes decididos a extirpar los *<parches>* que ahuyentan sus clientelas. Para un bogotano *<el man de la acción comunal es el que más habla, el más*

---

<sup>11</sup> Semana (2003). Soacha es el municipio con quien colinda Bogotá por el sur –un municipio conurbado, integrado a la malla urbana-.

<sup>12</sup> En Soacha se capturaron 19 personas responsables de los asesinatos, al poco tiempo los homicidios continuaron con la misma intensidad. Semana (2003).

<sup>13</sup> El crimen organizado, en unos contados casos, emprende limpiezas del barrio donde viven sus cabecillas. Un caso se detectó en Barranquilla cuando la poderosa banda de los Pablos impuso orden en la zona.

*sapo como quien dice*>. En Neiva lo mismo, *<la junta de acción comunal del barrio son unos sapos, no son sino gonorreas>*, dice uno; *<se rumora que son los mismos del barrio, los presidentes que contratan matones pa' que limpien>*, certifica otra<sup>14</sup>.

El segundo protagonista de la limpieza son los organismos de seguridad estatales. Su decisivo papel es denunciado sin titubeos pese a la inexistencia de condenados por ello: *<La limpieza la conforman rayas, fuerzas especiales, policías especiales, hasta infiltraos en las pandillas>*. Resulta imposible establecer los vínculos entre unos destacamentos y otros. La policía cumple su misión, sea en la información sea en la ejecución. Se habla de organismos especializados en la tarea, miembros de distintos cuerpos agrupados para el efecto. Se dice en Bogotá, *<hasta donde se tuvo entendido la limpieza era el DAS, los llamados Gatos, el F2 y la misma policía>*. También en Barranquilla *<dicen que la limpieza eran policías disfrazados con otros de la defensa civil>*. Lo mismo en Neiva, *<los que hacen eso son la Sijin. Dicen que la mano negra viene de Medellín, mentiras, son ellos sino que se cambian, se disfrazan y salen tarde la noche a matar>*. Los indicios abundan, las pruebas escasean. Las fuentes informadas provienen tanto de vecinos pertenecientes a los cuerpos de seguridad como de *<parceros>* llamados al *<trabajito>*. Los primeros avisan la proximidad de la *<limpia>*, *<gente dentro del DAS informan cuando van a hacer limpieza, porque hay gente que vive en este ambiente y le duele que les dañen donde ellos viven>*. Los pandillos enrolados, de su parte, hablan de la identidad de sus contratantes: *<Trabajaba con la misma policía en limpieza de otros barrios. Le decían "hay un pelado tremendo, anda matando". Con otros dos de la banda iban y lo mataban>*<sup>15</sup>. Nada hace la contundencia de las matanzas y la evidencia de sus ejecutores, la impunidad se impone. La operación de limpieza no está tipificada como delito, el silencio cómplice de las autoridades revela su participación interesada<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Richard, p. 35; Gladys, p. 12; Hernando, p. 6; Efraín, p. 28, Caballo, Neiva p. 14, Eleonora, Neiva, p. 11.

<sup>15</sup> Yeison, Bogotá, p. 77; Robin, Bogotá, p. 24, Faustino, Barranquilla, p. 2; Parcerito, Neiva, p. 12; Pendenciero, Barranquilla, p. 13. *<Raya>* es detective estatal; las siglas son cuerpos de seguridad del estado.

<sup>16</sup> El otro actor, los sicarios, se abordará en el siguiente apartado.

Existen diversas formas de ejecución. En una, la más mortal, caen unos sujetos en un vehículo <rociando> a los jóvenes parados en la esquina. En Bogotá se le puso el apelativo de <gato> a los vehículos empleados en la faena, <tarde de noche veíamos carros por ahí, los dichosos gatos los veía uno rondando>. En Neiva se emplea el procedimiento, <allá ven un carro y arrancan a correr porque pasan en camioneta y disparan>. Igual se emplean motos, en particular en Neiva, ciudad donde buena parte de su población se desplaza en ellas: <Se escuchaba las motos cuando pasaban y los disparos, pero nadie se asomaba de miedo>. La <fumigación> rápida no discrimina entre culpables e inocentes, <están fichados los que tienen que matar, pero si uno está ahí pasan disparando no importa quién maten>, abundan las historias de <sanos> arrastrados en la letalidad de estas prácticas: <Llegaron dos camionetas. Más nos demoramos en verlas cuando se bajaron un poco de mames de paño, sacan los tubos y nos encienden a plomo, a mansalva al que cayera>. No es el único procedimiento, asimismo se estila la ejecución selectiva buscando la víctima lista en mano, apostándose en un lugar estratégico donde se interroga a cuanto muchacho se atravesase en el camino. <Estaban en la entrada de Guacamayas, preguntan a los chinos como se llaman y que muestre los papeles, si es el que buscan lo bajan de una>, es un caso en Bogotá; <llegó un carro, llamó un partero, disparó y lo dejó ahí; al otro día otro partero y así>, es otro en Neiva. Igual sucede que la identificación selectiva no concluye en asesinato instantáneo, se prolonga en el <paseo> fatal por las afueras de la ciudad: <A veces se los llevan y la montan de alegría, los chuzan, les pegan, los torturan y los matan. Los dejan por allá>. No más que un milagro hace posible la narración de un viaje de aquellos, como lo escuchamos en el capítulo de la muerte: <Nos llevaron pál botadero de Doña Juana. Estaban encapuchados, sacaron los tubos y contaron hasta tres. Corrí y empecé la balacera hasta que me tiré en un montón de basura. Me buscaron pero no me encontraron, yo ahí paralizado hasta las seis de la mañana. Nunca había tenido tanto miedo>. Sólo en contadas ocasiones alguno se le fuga a la muerte, en tantas otras los cadáveres se convierten en testimonios elocuentes de terror: <A veces aparecen los muertos tirados en el paradero de Columnas>, un paraje de populosa concurrencia en el corazón de un barrio en Bogotá<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Robin, Bogotá, p. 32; Mundano, Neiva, p. 74; Eleonora, Neiva, p. 11; Niche, Bogotá, p. 12; Tico, Bogotá, p. 70; Gertrudis, Neiva, p. 16; Caballo, Neiva, p. 13; Niche, Bogotá, p. 33; Jhon, Bogotá, p. 38. <Tubo> es arma de fuego.

Se trata de una muerte sin rostro, hundida en el turbio argumento de *<acabar la escoria de la sociedad>*. A lo más, los escuadrones de la muerte dejan huellas de su identidad mediante un cartel con una frase sobre el cuerpo inerte de la víctima. Entre la operación de limpieza y el escuadrón de la muerte los procedimientos son los mismos, aniquilan sin compasión envueltos en el misterio con el propósito de propalar el terror y el miedo; pero mientras la primera no reivindica identidad ninguna, el segundo, a través de las señas con que marca la víctima, declara la presencia de una voluntad dispuesta a abanderar una cruzada moral. De alguna manera los escuadrones fueron la forma dominante durante los primeros años de aparición de la práctica, visibles en nombres resonantes como Kankil, Cali limpia, Fuera basura; años después la operación se convierte en el procedimiento corriente, aplicada en especial sobre los *<parceros>*. En Neiva se menciona un grupo conocido como Mano Negra, pero no se escuchó nada parecido al comportamiento característico de cegar la vida dejando un rastro. En Bogotá hay narraciones de muchachos con las manos atadas vencidos con un tiro de gracia y coronados con una frase reivindicando la labor de exterminio<sup>18</sup>. En todo caso el escuadrón no es común, lo fue tiempo atrás; hoy lo es más bien la operación de limpieza. El paso de una modalidad a la siguiente habla de una mutación acorde con la degradación de la guerra en Colombia: la muerte se extiende sin autores reconocidos que asuman su responsabilidad. Simplemente se perpetra, gesticula desde la fuerza del asesinato y la mutilación, pero carece de una habla que la conecte a las tensiones de la cultura y la tramitación argumentada del conflicto.

### 3. Sicarios

El sicario, ese joven de corta edad asesinando a cambio de una paga, personifica como nadie más la fractura de la violencia y la política. Sus antecedentes se remontan a los pájaros del Valle del Cauca, matones a sueldo al servicio de terratenientes y políticos conservadores durante la violencia de mediados de siglo<sup>19</sup>; pero será en la figura del sicario de finales del

---

<sup>18</sup> Sonrisa, Neiva, p. 12; Bernardo, Bogotá, p. 35.

<sup>19</sup> Betancur y García (1990).

XX cuando la eliminación del oponente pierda todo nexo con alguna argumentación que la “justifique”. La violencia se despoja de contexto político, contrariando la usanza presente desde las guerras civiles del siglo XIX. El despliegue de la muerte sirvió para toda clase de causas, desde la expropiación de tierras hasta el cobro de viejas revanchas<sup>20</sup>; más siempre permaneció como telón de fondo la confrontación política, telón sobre el que se proyectaban los actores armados y sus estrategias. Tal nexo se rompe con el sicario, quien por igual apunta su arma contra destacados personajes de la vida pública o contra cualquier persona enredada en un revés económico, un conflicto pasional o un insignificante desacuerdo. Al ejecutor nada importa la identidad del <muñeco>, el macabro apelativo con el que se bautizó a las víctimas. La condición de político, empresario o <chichipato> nada más cuenta para fijar un precio.

La práctica tuvo su origen en Medellín, desde cuando comienza la batalla contra el cartel del narcotráfico una vez inicia sus incursiones en la política. La primera figura pública asesinada, el ministro de justicia de la administración Betancur caído en una calle de Bogotá a mediados del año 84, puso en circulación la imagen que de ese momento en adelante se convertiría en el terror por excelencia: la guerra abierta que sostienen los narcos frente al estado, mantenida, entre otros mecanismos, sobre muchachos populares dispuestos a inmolarse por una buena paga. La estrategia hasta se “institucionalizó”, la mafia creó destacamentos de sicarios mediante el enganche de pandilleros contratados en sitios conocidos con el eufemismo de “la oficina”<sup>21</sup>. Como lo narran cercanos observadores, para los jóvenes en armas la conexión se convirtió en la mayor esperanza. No fue el único lugar donde pelechó la práctica, bien pronto se conoció la noticia de jóvenes asesinando a sueldo en otros lugares del país.

Desde luego, en nuestras tres ciudades se relatan historias de pandilleros ligados al sicariaje. La práctica alcanza la capital opita, uno de sus <parceros> habla de los cuidados que entraña

---

<sup>20</sup> Para los arreglos económicos durante la violencia de mediados de siglo mirar Ortiz (1985).

<sup>21</sup> La “oficina” se llamó el lugar donde los sicarios eran contratados por los narcotraficantes. Salazar y Jaramillo (1992).

el ejercicio: *<Para estar trabajando en sicariato hay que estar bien informado y con los ojos abiertos>*. Por razones obvias se trata de un oficio rodeado de misterio, *<conozco parceros que hacen de sicarios. De eso casi no se cuenta, así sea de parceros a parceros no se dice todo>*. En Barranquilla se oyen las mismas historias, como aquella de la temida banda de los Alacranes: *<Cogió otro el mando pero salió peor porque era sicario, le pagaban pa'matá>*, al tiempo que en Bogotá sucede otro tanto: *<Eso muchos dinos están en el cuento del sicariato>*<sup>22</sup>. Los registros etnográficos lo confirman. En Barranquilla cuatro pandillas y en Bogotá cinco hablan de negocios de sicariaje (Cuadro No. 17).

Cuadro No. 17  
VINCULO CON OTROS ACTORES

| CIUDAD       | VINCULO      | Defensa* | Guerrilla | Paramilitares | Sicariaje |
|--------------|--------------|----------|-----------|---------------|-----------|
|              | Si           | 13       | 1         | N.I.**        | 4         |
| BARRANQUILLA | No           | 0        | 9         | N.I.**        | 4         |
|              | Sin informac | 0        | 3         |               | 5         |
|              | Si           | 15       | 9         | 6             | N.I.**    |
| NEIVA        | No           | 5        | 3         | 11            | N.I.**    |
|              | Sin informac | 0        | 8         | 3             |           |
|              | Si           | N.I.**   | 2         | 2             | 5         |
| BOGOTA       | No           | N.I.**   | 43        | 23            | 32        |
|              | Sin informac |          | 0         | 20            | 8         |

FUENTE: Datos etnográficos

\* Defensa urbana

\*\* N.I.: No se incluyó por falta de sistematicidad en los datos

Como se observa no es una práctica extendida sin más, pocas pandillas entran en unas conexiones envueltas por un sinnúmero de secretos. Incrimina la identidad de quien toma la decisión de “contratar el servicio”, movido por argumentos inconfesables, tanto como la de quien funge de victimario, envilecido por la decisión de segar la vida de otro a cambio de dinero. El enganche al *<negocio>* lo cruza además un atado de características. Primero, en ningún caso se trata de un arreglo con la pandilla en su conjunto; es un vínculo directo con alguno de sus miembros, reconocido en la zona o la ciudad por un temperamento sin vacilaciones. Segundo, el sicario es por antonomasia un muchacho joven curtido en las pericias del *<ruedo>*, endurecido en el desafío con la muerte y embriagado con el ansia de

<sup>22</sup> Balín, Neiva, p. 21; Caballo, Neiva, p. 13; Pendenciero, Barranquilla, p. 6; Niche, Bogotá, p. 15.

dinero: sólo así se presta con destreza al cumplimiento de tan espinosa tarea. Un veterano opita lo comenta, *<el sicariato es firme siendo menor de edad, ya mayor se piensa en un balazo en la cabeza. En cambio siendo menor va arriesgado porque le coge amor a la plata>*<sup>23</sup>.

Los pandilleros intermedian multitud de breves en lo local. Como se cuenta de alguno, *<a ese man le avisaba un cucho del barrio del lado>*. En ocasiones hacen de investigadores, *<me dicen "tengo un pariente que lo engañan, hágame la vuelta". Son vecinos de confianza, a más de uno le he echo favores así>*. En tantos casos el *<favor>* no se acaba en la búsqueda de información, se traduce en el *<trabajito>* de amenazar, golpear y en el caso extremo de liquidar a los vigilados. En este último caso son variadas las razones. Al mejor estilo de una telenovela se da el caso de una pareja interesada en cobrar una herencia: *<Una muchacha quería matar al esposo porque estaba aburrida y había una herencia. Lo mató en un matrimonio>*. Anécdotas similares circulan a propósito de odios pasionales, antiguos enconos, deudas no saldadas. A falta de un crimen organizado tranzado en contratación de pandillos, como acontecía con las mafias de Medellín y Cali, no se escuchan historias de sicariato sobre personas de reconocida trayectoria. Se sabe nada más de unos pocos muchachos bogotanos de conocida capacidad violenta enrolados en las nóminas de los grandes varones, como el mentado Ojos Rojos, un alias que evoca el terror que causaba: los trabajos los cumplía dentro de la misma ciudad o zonas aledañas, más fáciles de realizar con personas ligadas a la vida local<sup>24</sup>.

Los vecinos y las mafias no son los únicos clientes, los agentes del orden también lo son. Como se anotó en el capítulo anterior en Barranquilla se testimonia la presencia de miembros de los cuerpos de seguridad haciendo *<encargos>* cada vez que algún *<parcero>* se desbocaba: *<Trabajaba con la misma policía que hizo un grupo de limpieza en otros barrios. Le decían "hay un pelado que tiene el barrio saboteado". Se llevaba dos del grupo y hacían el trabajo>*. Por supuesto la policía no era el único enlace, *<trabajaba con cualquiera que le pagara>*. Los precios, como en toda transacción comercial, varían en función de la prestancia del personaje. Hasta el

---

<sup>23</sup> Anónimo.

<sup>24</sup> Caballo, Neiva, p. 13; Pendenciero, Barranquilla, p. 7.

comercio de la vida no se zafa de la mano del mercado, el monto se atiene a la sentencia de <depende del marrano>. <El precio depende de la personalidad de la víctima. Si era de empresa o alguien con un puesto bueno valía mínimo un millón. Cuando era de bajos recursos quinientos, lo más barato eran trescientos>, se comenta en Barranquilla; <pagán según el man. Si es malo se reúne la comunidad y pagan el millón; si es sólo un ratero con cien mil pesos lo tumban a puñaladas>, se cuenta en Bogotá<sup>25</sup>.

El sicariato hace parte de la compleja superposición de conflictos que atraviesa la escena pública colombiana. Por su misma condición mercenaria está al servicio de cualquier postor dotado de la oscura decisión de solicitar sus favores, así como de la cantidad de dinero requerida para sufragarlos. En la práctica, ello significa que los pandillos son contratados para ejecutar los <trabajitos> en la misma proporción en que se convierten en víctimas de sicarios de variado pelambre, entre otros los que participan en las operaciones de limpieza. Se habla de sitios especiales de las ciudades donde se contactan matones a sueldo, especies de "oficinas" al estilo de Medellín<sup>26</sup>. En tanto la identidad ha de permanecer oculta el sicario cumple la tarea válido de procedimientos que le permitan no perder el anonimato, actúa preferentemente de noche <fumigando> a sus víctimas desde un vehículo, encubierto por el miedo y el desconcierto. El caso de policías enredados con reconocidos sicarios no es lo corriente, saben que deben emprender tales acciones sin la molestia que puede representar una alianza de esta naturaleza. En cambio los vecinos en general y los miembros de las juntas de acción comunal en particular aparecen señalados como gestores permanentes del sicariaje. Lo acabamos de escuchar, <se reúne la comunidad y pagan el millón>.

Junto al sicario traído de afuera también se usa el pago a miembros de otros <parches>. Alguno lo narra, se acude a pandillas rivales a fin de destorcer un entuerto: <Me dieron dos tirts, le dieron plata a uno de la banda enemiga para que me bajara. Le pagaban 200 mil. Con la vara que mides serás medido>. Las historias circulan, se las oye en Neiva: <Hay gente que cuando les sacan la rabia dan plata a otro pelado para que urya y mate>, también en Bogotá, <a un parce lo mataron

<sup>25</sup> Anónimo; Mechete, Barranquilla, p. 6; Richard, Bogotá, p. 34.

<sup>26</sup> En las tres ciudades se escucharon historias sobre estos sitios pero sólo en Bogotá se convirtió en un dato repetido y sistemático. La frase anterior es de Eleonora, Neiva, p. 11.

*porque un man del barrio le pagó a otro man del barrio. Los adultos son los de la plata y dicen "máteme a ese pelado y le doy el fierro" >. En numerosas oportunidades el propósito de aniquilar las pandillas o sus principales miembros se argumentan en la necesidad de recuperar la tranquilidad colectiva; más también se da el caso de ajustes de cuentas sembradas en razones personales: <A un adulto le jochieron su hija, paga a un muchacho de la misma zona para que mate al que se la hizo>. En todo caso la contratación de sicarios, sean de la zona o de fuera, se usa para pequeños asesinatos; la forma clásica de la limpieza, la acción rápida encaminada a producir una masacre, se hace con pistoleros armados actuando en grupos de no menos de tres personas<sup>27</sup>.*

Se completa el cuadro de los actores mixtos, parados a medio camino entre la gente de la comunidad y los agentes externos. El sicario lo confirma. Unas veces son traídos por los vecinos a cumplir el encargo en el barrio, como en el caso de la contratación particular y la operación de limpieza; en otras se contratan pandillos locales para que actúen en el barrio o en zonas vecinas. Faltan sólo los actores armados, el tema en el siguiente capítulo.

---

<sup>27</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 13; Sonrisa, Neiva, p. 7; Richard, Bogotá, p. 34.

## CAPITULO 17

### LLEVARSE LAS RATAS

#### Actores externos

El título de actores externos no deja de tener inconvenientes. En efecto, las guerrillas, los paramilitares y el crimen organizado se caracterizan por su condición de aparato ilegal cuyo proyecto pasa por el ejercicio sistemático de las armas. Naturalmente el crimen constituye un caso especial. Su problema no es la expansión, como si lo es en las guerrillas y los paramilitares obligados a reproducirse y crecer; sin embargo los tres comparten la peculiaridad de operar como máquina estructurada en busca de un fin donde se mezclan, con grados variables de intensidad, el lucro y el poder. En este sentido debieran llamarse actores organizados<sup>1</sup>. Sin embargo el título de “externo” remarca la condición de agentes que se instalan en el barrio o lo convierten en objeto de sus incursiones, en conexiones variadas con sus moradores, pero siguiendo la dinámica impuesta por el aparato. El contraste con los actores mixtos y por supuesto locales de los capítulos anteriores es notorio, los vecinos y <parce> tienen poco y nada que decir respecto a finalidades y procedimientos fijados de antemano por la organización. ¿Cómo son estos tres agentes externos?

#### 1. Las guerrillas

Las pandillas traban vínculos con los ejércitos ilegales. No puede ser de otro modo, la prolongación del proyecto armado en la ciudad por fuerza se entrecruza con el poder territorial del <parce>. No sucede desde un solo lugar, sus mutuas relaciones penden de la dimensión estratégica en juego. Unas veces se acercan, bien porque los grupos en armas

---

<sup>1</sup> Es el punto de Cubides, Olaya y Ortiz (1998).

necesiten alimentar sus filas alistando muchachos prestos al riesgo, bien porque necesiten valerse de la trasgresión pandillera. Otras, en cambio, son enemigos declarados; cada vez que el actor armado pretende imponer un orden el exceso pandillero se interpone en su camino. Estamos lejos de algún patrón fijo.

En primer término las guerrillas, aparecidas en Colombia como en otros países de la región durante la década del 60. Luego de unos años de crisis y declive durante los años 70 -a raíz de recios operativos del ejército-, experimentan desde la década siguiente un crecimiento sin precedentes<sup>2</sup>. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) la que más aumenta; de ser un pequeño ejército de 10 destacamentos se transforma, en el apretado lapso de una década, en la monumental fuerza de 62 frentes repartidos en más de la mitad del territorio nacional<sup>3</sup>. Entretanto el Ejército de Liberación Nacional (ELN) sigue una curva de ascenso similar, por los mismos años pasa de 3 a 41 frentes. La progresión en los efectivos es espectacular, traducida por supuesto en una acrecida capacidad militar: si en 1985 la guerrilla tuvo acciones armadas en 173 municipios en 1995 lo hizo en 622<sup>4</sup>. El crecimiento es contundente, su presencia opera sobre la redefinición estratégica del espacio avanzando desde municipios rurales de la periferia marginal hasta municipios de agricultura comercial con predominio de población urbana.

Tal cartografía revela la consolidación de un proyecto de largo aliento, incluyendo por supuesto la ocupación de la ciudad. Se sabe que desde los años 60 existen redes de apoyo urbano; lo reza el viejo principio, la toma del poder resulta impensable sin el asalto sobre la ciudad. Sin embargo la avanzada urbana se va perfilando con el paso del tiempo, los tropiezos son numerosos y muchos insuperables. La VII Conferencia de las FARC en 1982, considerando su crecimiento ante todo rural, plantea el imperativo del acercamiento de la

---

<sup>2</sup> Pizarro (1991 y 1996) señala las etapas históricas de la insurgencia. Centraremos nuestro relato en las FARC y el ELN, son las guerrillas activas en el momento del trabajo de campo.

<sup>3</sup> Echandía (1999; pág. 45-56). El dato de 62 frentes es de 1996. Otros datos de la evolución de la guerrilla en Gómez (2003).

<sup>4</sup> Echandía (1999; p. 60). La cantidad de 622 representa el 59% de los municipios colombianos. La evolución de las guerrillas también en Cubides, Olaya y Ortiz (1998) y en Pécaut (2003).

lucha al conglomerado urbano; una década después la estrategia, en alguna medida, se ha cumplido. Sus milicias operan en Bogotá, Cali, Medellín, Pereira, Barranquilla, Bucaramanga y Barrancabermeja. Desde finales de los 80 el ELN, por su parte, define las zonas de guerra incorporando en cada frente las respectivas ciudades; en los años siguientes sus núcleos urbanos importantes se dispersan en Bogotá, Barranquilla, Cartagena, Valledupar, Neiva y Cali. La evolución de la acción armada comprueba la creciente presencia en la ciudad. En 1985 menos del 10% de las capitales fue blanco de incursiones armadas, en 1995 más del 90%. Otro tanto pasa con las ciudades secundarias; a mediados de los 80 fue objeto de hostigamiento un ínfimo 5%, una década más tarde más del 80%<sup>5</sup>.

No obstante, el incremento de las acciones armadas evidencia la integración de la ciudad a la contienda pero poco dice sobre la inserción de la guerrilla en el tejido local. Según nuestra propia etnografía cuatro tipos de estrategia arman la presencia guerrillera en la ciudad. Primero la organizativa, consistente en el conjunto de acciones político militares encaminadas a ejercer control sobre un área urbana<sup>6</sup>; segundo la estrategia militar, dividida en acciones de entrenamiento, reclutamiento, hostigamiento y limpieza social<sup>7</sup>; tercero la logística, encargada de alimentar la base material sobre la que funciona la organización a través de acciones de suministro e inteligencia, de asalto y de configuración de actividades económicas<sup>8</sup>; y cuarto la estrategia del terror, acciones encaminadas a sembrar el pánico entre la población como la colocación de bombas en una calle cualquiera<sup>9</sup>.

La primera estrategia, la organizativa, es corazón de la avanzada guerrillera sobre la ciudad. En ella se juega la capacidad de habitar el mundo urbano, de participar en sus dinámicas y de construir ahí una alternativa política. Tal propósito supone sortear la dificultad que entraña el vivir entre la gente en medio de la clandestinidad y la guerra, un verdadero reto

---

<sup>5</sup> Echandía (1999; cuadro 3.2, pág. 61).

<sup>6</sup> La estrategia organizativa se divide en acciones de dominio y acciones de disputa.

<sup>7</sup> Son acciones de corte estrictamente militar encaminadas a fortalecer el aparato o imponer la fuerza.

<sup>8</sup> Las actividades económicas incluyen una amplia gama que pasa de lo legal (como la apropiación de empresas) a lo ilegal (como la extorsión y el secuestro).

<sup>9</sup> Nos limitamos a tratar las tres primeras estrategias (organizativas, militares y logísticas), en tanto tienen asiento en zonas populares en conexión con el conflicto pandillero.

en la ciudad. Dos acciones son posibles, el dominio y la disputa. En la acción de dominio la insurgencia impone su voluntad sobre un área decretando normas que hace valer mediante el poder armado. Experiencias de este corte se identificaron tan sólo entre las FARC en un barrio de la frontera sur de Barranquilla, sin que nada parecido se escuchara de parte del ELN. Las disidencias, los viciosos y los pandilleros son llamados al orden, mientras las armas vigilan hasta el último movimiento de la población. En realidad se trata del traslado del modelo de control prototípico del campo a una zona periférica de la ciudad, una combinación de administración de justicia y gendarmería armada<sup>10</sup>.

En la segunda acción de la estrategia organizativa, la disputa, los focos guerrilleros buscan consolidar un lugar dentro de la correlación de fuerzas existente en lo local. Lo hacen mediante una combinatoria de presencia militar y acción participativa, variable de una guerrilla a otra según la peculiaridad de su origen. En un comienzo las FARC, nacidas de la entraña rural, mantuvieron conexiones con el Partido Comunista (PC) dando pie a su caracterización como guerrilla partisana, desdoblada en un aparato partidario urbano y un brazo armado rural<sup>11</sup>. Luego de unos años dicho lazo desaparece, la autonomía de la insurgencia armada se deja ver en la constitución de la Unión Patriótica como un órgano político independiente; con todo, el brutal exterminio de su militancia debilita los nexos políticos con lo urbano. El origen se impone, las FARC crecen de manera considerable en el campo sin abandonar, hasta el día de hoy, su antiguo énfasis en el problema campesino y la reforma agraria<sup>12</sup>. La trayectoria del ELN es otra. Si bien arma un ejército foquista en el campo el grueso de sus cuadros proviene de la ciudad, reclutados entre viejos militantes de izquierda y sectores estudiantiles radicalizados, congregados a la sombra de vertientes cristianas proclives al desarrollo de la política en términos de organización comunitaria. Su

---

<sup>10</sup> Hasta donde se sabe la experiencia fue exterminada por la feroz toma paramilitar de Barranquilla a partir del año 2002.

<sup>11</sup> Pizarro (1991).

<sup>12</sup> Las FARC ve su desvinculación de lo urbano como un obstáculo a su proyecto insurgente. No en vano el 90% de sus filas provienen de sectores campesinos. Referencias de su comandancia al respecto en Ferro y Uribe (2002, capítulo 9).

crecimiento se hace como un ejército anclado en lo rural pero, al mismo tiempo, con una sostenida presencia urbana.

En las tres ciudades se valida el estilo político urbano de cada guerrilla. En Bogotá los encargados de la seguridad informan de la presencia de 117 comandos operativos de las FARC frente a nada más que 15 del ELN<sup>13</sup>. En particular en Barranquilla y Neiva los *<elenos>* traslapan el accionar político con el lugar de residencia. Su labor urbana se remonta tres décadas atrás, los cuadros llegan a los barrios casi al mismo tiempo que se constituye el brazo armado. La labor comunitaria se perfila como alternativa política, llegan *<estudiantes a ofrecer sus servicios como organizadores comunitarios. Vienen vinculados a militancias armadas y ahí se dan las relaciones de los barrios con la guerrilla>*<sup>14</sup>. Numerosos procesos se articulan, desde experiencias de educación y organización comunitaria hasta movilizaciones por la constitución de barrios y sus servicios públicos: *<En el Siete de Agosto, La Paz y Ciudad Modesto influyó mucho la presencia de los elenos. Cerca construyeron la parroquia San Pablo. Eso fue más o menos del 70 a 72>*, cuenta un líder político currambero. En Neiva se cuentan anécdotas similares<sup>15</sup>. Bajo la mampara de iniciativas lanzadas por diversas instituciones se formulan proyectos de participación local, *<se planteó hacer del trabajo político un enfoque educativo cultural>*<sup>16</sup>. Claro, la orientación organizativa no descarta la actividad armada en medio de fuertes tensiones internas, unos se plantean el principio de *<nada de operativos porque teníamos que formar cuadros para intervenir en otros espacios>*, mientras otros alimentan *<escuelas para operar urbanamente, teníamos que tumbar fierros y atracar bancos>*<sup>17</sup>. Mientras tanto una acción

---

<sup>13</sup> Llorente, Echandía, Escobedo y Rubio (2001).

<sup>14</sup> Antiguo militante, anónimo.

<sup>15</sup> La actividad tiene mayor envergadura en Barranquilla. En Neiva resultó sorprendente el escaso capital organizativo barrial, al contrario de las otras dos ciudades grandes. En todo caso el ELN tenía en la capital opita una larga historia, todavía ligada a organizaciones de mujeres. Entretanto en el suroriente bogotano no se cuentan historias parecidas del ELN, más allá de comentarios incidentales.

<sup>16</sup> En torno a las campañas de alfabetización de los años 80 se juntan los militantes del ELN con los del M-19. En medio de esa coyuntura el ELN tuvo una ONG a nivel nacional empujando este tipo de iniciativas.

<sup>17</sup> Antiguos militantes de Barranquilla y Neiva, anónimos. Incluso el ELN creó en los años 80 A Luchar, una organización legal de considerable ascendencia sobre el movimiento popular de ciudades grandes y pequeñas.

organizativa como la del ELN no ocurre en las FARC, ni tan siquiera en una ciudad tan próxima a su origen y desarrollo como Neiva<sup>18</sup>.

Viene entonces la segunda estrategia de la presencia guerrillera, la militar<sup>19</sup>. La primera acción, la de entrenamiento, tomó el cariz de preparación de un ejército en las goteras de Bogotá; corrió el rumor de un destacamento en formación en las montañas conectadas por la cima con la zona de Usme, localidad donde las FARC tenía una presencia decisiva<sup>20</sup>. En Neiva las cosas no llegan tan lejos pero se habla con frecuencia de entrenamientos de corta duración, *<se llevaban algunos sardinos a enseñarles a disparar>*. La segunda acción, los reclutamientos, estos sí de las dos guerrillas, adquieren particular fuerza desde los 90: *<La guerrilla recluta. Dicen que en vez de estar acá matando por nada allá es mejor y hay plata>*. Aunque poco usual –el rigor de la vida militar riñe con el goce sostenido del pandillero–, no faltan las anécdotas de *<parceros>* que agarraron para *<el monte>*. *<Mi amigo de las FARC le gusta porque cuando se meten a los pueblitos consigue plata>*, dicen en Neiva; *<un amigo se fue y regresó a los cinco años, estaba en el Meta con el ELN cuidando minas en el Guaviare>*, narran en Barranquilla<sup>21</sup>.

Los hostigamientos, tercera acción, refieren aquellos actos de avanzada militar encaminados a golpear las autoridades y sus aparatos de seguridad. Son poco frecuentes en la ciudad, se registraron en Bogotá en las dos oportunidades en que las FARC destruyó el CAI de Juan Rey, el barrio que corona la ciudad en la vieja salida a Villavicencio. Lo mismo en Neiva, en el área limítrofe de la zona se produjeron dos asaltos que resultaron en la toma temporal del territorio, luego retomado con rapidez por el ejército: *<Las Farc se metió allá arriba. Subieron los soldados, pasando por la Cristalina se dieron bala>*<sup>22</sup>. De su lado el ELN, con menos ataques urbanos, tuvo en Barranquilla la vieja historia de un enfrentamiento con los tenderos,

<sup>18</sup> Ni siquiera en Neiva, ciudad cercana a los orígenes y desarrollo de las FARC, hubo acción participativa de su parte.

<sup>19</sup> Recordamos que la estrategia militar tiene cuatro acciones: entrenamiento, reclutamiento, hostigamiento y limpieza.

<sup>20</sup> A partir del 2002 el ejército ha debilitado de manera considerable la presencia de las FARC alrededor de Bogotá, incluyendo su vasto dominio sobre el área del Sumapaz, punto esencial en el corredor que une a la capital con el oriente.

<sup>21</sup> Sonrisa, p. 6; Caballo, p. 13; Sonrisa, p. 6; Pendenciero, p. 12.

<sup>22</sup> CAI significa Centro de Atención Inmediata, centros de operación policial regados en los barrios. Faustino, Barranquilla, p. 5; Gomelo, Neiva, p. 13; Humberto, Bogotá, p. 38; Payaso, Neiva, p. 6.

quienes atosigados por los robos pandilleros decidieron contratar limpiezas para exterminarlos; la intervención guerrillera a favor de los <parceros> detuvo durante algún tiempo los asesinatos.

Por último está la cuarta acción de la estrategia militar, las operaciones de limpieza. En la calle del barrio popular no se estila el asesinato de prostitutas, homosexuales o indigentes, se dirige sin clemencia sobre agentes del crimen –expendedores de droga y ladrones- y por supuesto sobre pandilleros. Sin embargo la guerrilla no participa en las <limpias>. En ocasiones interviene en el conflicto local “administrando” justicia, al igual que lo hace en el campo: <Una vez se metió las FARC a ese lado, comenzaron a llevarse a las ratas y a los demás los amenazaron para que se fueran a sus casas. A uno lo mataron y también a su hermano>, cuenta Sonrisa. La experiencia no es usual en la ciudad, si lo es en lo rural, donde arrasan cualquier fuente de disidencia o tensión cada vez que imponen su dominio. Con todo, más allá de esporádicas intervenciones como la descrita la guerrilla no aparece ejecutando limpiezas; se < lleva a las ratas >, amedrenta al resto y ajusticia a los dos más peligrosos, pero no practica el asesinato sistemático de pandilleros. Frente a una débil penetración urbana la práctica supone costos políticos en extremo contrarios a la intención de ganar audiencia entre los moradores de los barrios. Se les vincula con ajusticiamientos en la mencionada experiencia de dominio territorial en Barranquilla, mas ni en Bogotá ni en Neiva se supo de nada parecido<sup>23</sup>.

Finalmente viene la estrategia logística, con escasa incidencia en las zonas en estudio. Durante el tiempo de la zona de despeje con las FARC algunos guerrilleros trababan negocios con los pandilleros de Neiva en el intento de resolver algunas urgencias. Les encomendaban cosas, las más sonadas las motos. <La guerrilla encarga motos. Pagan con armas. Un día llegó uno, me pidió la moto y me dijo que me pagaba con una treinta y ocho. Salen derecho pa'la zona de despeje>. Otro cuenta lo mismo, <tiene un cucho de San Vicente y dice “ cuantas motos me

---

<sup>23</sup> Algunos pandilleros de Neiva vincularon a las FARC pero la afirmación no logró ser validada. Las operaciones de limpieza producen terror entre los pandilleros. Las historias sobre ellas han de ser contrastadas: en Neiva ninguna otra persona vinculó la guerrilla con la limpieza.

tiene". Trae gente pa' que se las vaya llevando con papeles chivados, la demora es que pase el retén y todo bien porque eso es pa' la guerrilla >. No fue un caso aislado, un muchacho habla de 20 encargos del mismo corte<sup>24</sup>. Se habla de negocios con armas y droga. <Los revólveres se los trae de la zona de distensión. La perica también, camuflada con una cinta acá en el estómago>, cuenta uno. No faltan intercambios de otro orden, se cuentan historias de compra de granadas a los guerrilleros: <Uno compra una granada de 50 lucas. Las conseguimos con los guerrilleros o con los que pagan servicio><sup>25</sup>.

## 2. Los paramilitares

El papel paramilitar en el conflicto popular urbano, en comparación con la guerrilla, comienza pocos años atrás<sup>26</sup>. Su expansión se produce en la dirección opuesta de sus adversarios. El paramilitarismo nace en regiones integradas a los circuitos políticos y económicos, apoyado por viejas élites regionales, nuevos poderes del narcotráfico en trance de acomodo social y diversas instancias de las fuerzas armadas; su crecimiento se dirige entonces hacia regiones menos integradas, tras el propósito de fulminar el dominio guerrillero sobre zonas claves en los negocios de armas y droga<sup>27</sup>. En 1997 hacen presencia en 200 municipios, regados entre zonas de frontera marginal y zonas de agricultura comercial y campesinado medio<sup>28</sup>. Luego de la unificación en 1994 alrededor de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) –reconvertidas en 1997 en Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)-, la fuerza paramilitar inicia una espiral de

---

<sup>24</sup> Se sabe de negocios de las FARC con la delincuencia común urbana, como la compra de personas secuestradas, algunas por petición directa de la guerrilla.

<sup>25</sup> Caballo, p. 7-8; Parcerito, p. 17; Sonrisa, p. 5; Parcerito, p. 19.

<sup>26</sup> Mientras la guerrilla surge en los años 60 venida de expresiones producidas por la violencia de mediados de siglo, la primera aparición paramilitar se remonta a los años 80 con el movimiento Muerte a Secuestradores (MAS). Medina (1990).

<sup>27</sup> Lo opuesto de la guerrilla, lanzada desde el fondo de lo rural hacia la periferia urbana. En la actualidad los dos aparatos han ganado tal consistencia que la disputa territorial se libra en las zonas estratégicas, tanto de la economía legal como de la ilegal.

<sup>28</sup> Echandía (1999, p. 65).

ascenso sin precedentes. De ser una aglomeración de menos de 2 mil efectivos se transforma, apenas seis años después, en un ejército de más de 8 mil hombres<sup>29</sup>.

La singular mezcla entre legalidad e ilegalidad que precede su nacimiento y consolidación determinará el destino de sus vínculos con lo urbano. Los sectores sociales que le auspician -grupos pudientes en lo económico y establecidos en lo político, junto a fracciones de la seguridad del Estado-, le tienden un puente sólido con las realidades de la ciudad. Sin embargo su expansión a partir de 1994 se orienta hacia lo rural, así lo impone la guerra: en 1997 el accionar urbano suma nada más el 5% del total de municipios donde se rastrea la presencia paramilitar. Empero, expirando los años 90 el desaparecido Carlos Castaño empezó a anunciar la temible avanzada sobre la ciudad. No tuvo que aguardar mucho tiempo. A partir del 2002, remozando las antiguas conexiones y amparados en el contexto político propiciado por el gobierno de Uribe Vélez, arranca la avasalladora incursión urbana.

Los modos de abordaje de la ciudad son los mismos de la guerrilla, sus estrategias son de tipo organizativo, militar, logístico y de terror<sup>30</sup>. Las acciones, no obstante, responden a una intensidad y naturaleza por completo diferente siguiendo la impronta de dos orientaciones básicas. Primero el paramilitarismo tiene conciencia cabal de los sectores sociales con quienes tiene la alianza básica; a diferencia de la guerrilla los sectores populares no son su aliado estratégico. Segundo la implantación territorial -sea rural o urbana-, se hace mediante el efecto combinado de la administración meticulosa de la violencia y el posterior apoyo de las actividades económicas propias del lugar.

Desde allí los paramilitares no tienen interés en ejercer un control territorial al estilo del que emprendiera las FARC en la periferia de Barranquilla -la acción de dominio de la estrategia

---

<sup>29</sup> Romero (2002, p. 24). Los paramilitares se mantienen con un perfil regional hasta la primera mitad de los 90.

<sup>30</sup> La estrategia de terror entre los paramilitares amerita aclaraciones. De un lado se les vincula con atentados como el del Club el Nogal en Bogotá y las bombas en San Andrecito; del otro el sistemático empleo de la masacre, tantas veces argumentado y defendido por sus cabecillas, bien clasifica en la estrategia del terror.

organizativa-. Su mando sobre los sectores populares es ante todo violento, ejercido mediante operaciones de limpieza y sofisticados sistemas de vigilancia; nada parecido a la inserción guerrillera en la vida local de la periferia urbana, imponiendo un orden y administrando justicia. Por supuesto tienen intereses sobre las zonas pobres, sólo que los movilizan en función de las orientaciones mencionadas. Primero, en lo social convocan a los tenderos, el grupo dentro de la barriada con intereses económicos por proteger -una acción de disputa, la otra de la estrategia organizativa<sup>31</sup>. El contraste es marcado. Mientras la guerrilla impulsa la organización local, como lo hiciera el ELN, la AUC convoca al grupo social establecido y solvente. Segundo, en lo económico introducen almacenes monumentales que venden toda clase de mercancías a menor costo, un procedimiento que les permite tanto lavar dinero como imponer drásticos operativos de control sobre la zona<sup>32</sup>.

En la estrategia militar pasan por las mismas acciones, con excepción de las de hostigamiento; los paramilitares no atentan contra los agentes de seguridad y la infraestructura, menos en la ciudad. En cambio se conocen los entrenamientos de ejércitos en las inmediaciones de la ciudad<sup>33</sup>. Lo mismo, se sabe de sus acciones de reclutamiento entre la gente de los barrios populares. En Barranquilla y Neiva circulan anécdotas, *<decían que apenas uno se reclutara con los paracos entregaban dos millones a la familia>*. Del mismo modo que frente a la posibilidad de incorporación a la guerrilla pocos pandilleros se dejaron arrastrar por el ofrecimiento, se cuenta que lo hacían más bien quienes prestaban el servicio militar. Cosa bien distinta sucede con la limpieza social -cuarta y última acción de la estrategia militar-. En Barranquilla y Neiva los paramilitares se asocian de manera estrecha a

---

<sup>31</sup> La organización de los tenderos de barrio popular es un modelo implantado en la Costa Caribe, región donde el paramilitarismo ha desarrollado sus modelos de inserción local -ahora incluyendo Barranquilla-. La iniciativa nació en Santa Marta y se regó hasta sectores barranquilleros.

<sup>32</sup> Tales almacenes han comenzado a aparecer en los barrios de la zona en estudio de Barranquilla, aunque la práctica viene de tiempo atrás en sitios que se han comprado, "limpiado" y convertido en centros prósperos del comercio urbano.

<sup>33</sup> Se tiene noticia cierta del entrenamiento de un grupo armado cerca de Medellín, antes de la desmovilización. Salazar (2002). En la zona de Bogotá se hizo mención de algo parecido aunque no se pudo constatar su realidad definitiva. Nada similar se escuchó en Barranquilla y Neiva.

su ejecución<sup>34</sup>. Ya no se trata de *<llevarse a las ratas>*, como lo hace la guerrilla, sino de emprender el aniquilamiento sistemático. Pese a la bruma que rodea la identidad de los ejecutores, en Barranquilla dejaron huellas de su protagonismo pegando listas respaldadas con el nombre de la organización: *<Los paracos hacen limpiezas. Sacan listas pegadas a los postes diciendo "auto defensas unidas de Colombia, se busca a fulano y zutano", con nombres y apodos. Aparece gente con problemas, viciosos y atracadores. Mueren uno o dos aunque en la lista estén entre quince, caen los que la encabezan. Las listas aparecen una o dos veces por año>*<sup>35</sup>. En Neiva vienen apareciendo siguiendo el mismo mecanismo, *<de las operaciones de limpieza han dejado papeles diciendo que eran las autodefensas>*<sup>36</sup>.

Por último la estrategia logística hace parte nodal de la avanzada paramilitar con la diferencia sustancial que se aplica, ya no sobre objetos de menor cuantía pedidos a los pandilleros -como hiciera las FARC en Neiva-, sino a la instauración de prósperos negocios en el corazón de la vida económica de la ciudad. En la ciudad costeña es de todos conocida su incursión sobre los gremios más prestantes de la región<sup>37</sup>, mientras en Bogotá se tiene documentada su penetración en los San Andrecitos<sup>38</sup>. En la Costa montan empresas de vigilancia que ofrecen sus servicios a la clase media<sup>39</sup>, mientras en Barranquilla y Neiva han realizado asesinatos selectivos de profesores en las universidades públicas<sup>40</sup>. En los barrios populares de Barranquilla colocan los mentados almacenes y prestan dinero sin condiciones a los negocios callejeros de la población. Una invasión de tal magnitud, por supuesto, ha

---

<sup>34</sup> En Neiva no es concluyente. Se habla de seguido de ellas pero existen sus dudas al respecto.

<sup>35</sup> En Barranquilla las limpiezas de paramilitares han arreciado de manera frenética durante los dos últimos años, en especial en sectores como el municipio conurbado de Soledad.

<sup>36</sup> En la zona de Bogotá no se sabe de operaciones de limpieza de paramilitares, pero se tiene noticia de su cruenta intervención en las matanzas de Cazucá, sector de Soacha. Semana (2003). Lo mismo en Cali, las operaciones de limpieza se anunciaron con consignas pintadas en las paredes diciendo "muerte a pandilleros". Aníbal, p. 25; Faustino, p. 5; Caballo, p. 13.

<sup>37</sup> Se trata de la toma brutal de Coolechera, asesinando a su antiguo presidente y desplazando a la junta directiva en ejercicio. Entrevista con empresarios de Barranquilla.

<sup>38</sup> Las bombas de hace algún tiempo en los San Andrecitos se asociaron a ajustes de cuentas entre paramilitares.

<sup>39</sup> Igual, ejercen vigilancia sobre zonas pudientes y sus alledaños, como lo hacen en Puerto Colombia.

<sup>40</sup> Tanto en la Universidad del Atlántico como en la Universidad Sur Colombiana han caído profesores por la autoría reconocida de los paramilitares.

agrietado las relaciones entre la AUC y sus antiguos socios, en particular en la Costa. La gente en Barranquilla está aterrorizada, los empresarios rurales y urbanos arrinconados<sup>41</sup>.

### 3. El crimen organizado

Ninguna de las tres ciudades ha sido sede de operaciones de los carteles del narcotráfico, como lo fueron en su momento Medellín y Cali. Naturalmente los coletazos del negocio ilegal más poderoso del planeta llegan hasta el último rincón de la geografía nacional, incluyendo nuestras urbes. Bogotá muestra un notable ascenso de sus índices delictivos a partir de 1985, evidenciando el auge de una criminalidad conectada al comercio ilegal de estupefacientes<sup>42</sup>. Los dineros del narcotráfico irrigan desde los 80 hasta ciudades menores como Pasto, donde alcanza la suma de 15 a 20 millones de dólares entre los años 80 y la primera mitad de los 90<sup>43</sup>. Bogotá se mantiene en un nivel bajo, entre 1983 y 1996 sube de 5 a 8 millones, al tanto que Barranquilla presenta un cuadro atípico. Si las ciudades epicentro de los carteles (Medellín y Cali) tienen una marcada caída y las otras ciudades se mantienen estables, la capital costeña, por el contrario, manifiesta una marcada tendencia al alza: en 1983 recibe alrededor de 5 millones, en 1996 percibe casi el doble<sup>44</sup>.

La criminalidad de la barriada popular, claro, se cruza con las agencias del narcotráfico<sup>45</sup>. Dada la proximidad a la zona cocalera del sur las pandillas de Neiva se convierten en potenciales “mulas”, el calificativo de quien transporta droga de un sitio a otro. Los circuitos de la droga arrancan en la selva y adquieren varias direcciones haciendo de Neiva un centro de relevo comercial. Los pandillos conocen el negocio, *«me han dicho vaya a Pitalito*

---

<sup>41</sup> El arrebato de Coolechera dejó atónita a la ciudad, mientras los empresarios rurales han sido sometidos a implacables cobros de impuestos.

<sup>42</sup> En el país en general y en cada ciudad en particular los indicadores de homicidio sufren un ascenso durante la segunda mitad de la década de los 80 y los primeros años de los 90. Cubides, Olaya y Ortiz (1998).

<sup>43</sup> El caso de Pasto es llamativo puesto que su incorporación estratégica a la guerra se produce de mediados de los 90 hacia delante. Castañeda (2004).

<sup>44</sup> Manizales sorprende al alcanzar un monto variable entre los 30 y los 40 millones de dólares. Por supuesto nada iguala a Medellín quien supera los 50 millones durante los 80 –aunque en los 90 exhibe una caída pronunciada-. Sánchez y Núñez (2001).

<sup>45</sup> El caso de Medellín es paradigmático. Como se señaló los narcos se conectaron en directo con las pandillas.

*o Garzón y lleve esta vaina. Me gustaría porque pagan buena plata* >. La conexión no está a la mano, sólo unos cuantos se ligan al negocio así como sucedía hasta en Medellín; cuando lo hacen cargan tanto mancha como cocaína<sup>46</sup>. Al comienzo el trato se reduce a un acarreo desde Florencia hasta Neiva. Del éxito de la operación dependen otros encargos, sube tanto la cantidad a ser transportada como los sitios de destino. En medio de historias los pandilleros hablan de poblados cerca de la antigua zona de despeje, cuando el área se encontraba bajo control de la guerrilla: <Si lo ven fiel y lo distinguen le dan kilos para llevar cerca de la zona de despeje>. Los procedimientos varían, la <encaletada> en las suelas de los tenis es común: <Un cucho nos compraba zapatillas, empacaba en la suela un cuarto de coca y cuando volviéramos nos daba 250 a cada uno. En Florencia ponen un tablero donde uno camina pa' ver si carga coca>. El <partero> es ideal para la labor, además de la condición joven tiene el arrojo que estimula el buen dinero ganado en una aventura plagada de <adrenalina>. <Buscaban menores de edad porque si me encanan un abogado me saca con facilidad. Nos buscaban pa' pasar coca de Florencia hasta acá a surorientales><sup>47</sup>. En Bogotá y Barranquilla se escuchó de invitaciones al transporte de droga dentro del país, pero no constituyeron un acontecimiento estable y repetido. Más allá de estas actividades la relación con el narcotráfico se limita, como se argumentó antes, a servir de satélites en las ventas de las <ollas>: el pandillo es un consumidor nato, nada más; pero en ningún caso es una bisagra de articulación del negocio del narcotráfico<sup>48</sup>.

Por lo contrario las conexiones con otras bandas de la criminalidad organizada son un fenómeno más regular en las tres ciudades<sup>49</sup>. Se oye sobre la carrera delictiva de algunas pandillas, coronada con la incorporación de algunos de sus miembros a bandas de temido renombre. No falta el caso del <parce> integrado a la rutina de la pandilla y, a la vez, vinculado a una banda de reconocida trayectoria. No obstante en la Costa y la capital es inusual, se reduce a ocasiones en que el pandillo es llamado a cumplir una tarea específica.

---

<sup>46</sup> La <mancha> es la base para el procesamiento, primero de la morfina y luego de la heroína.

<sup>47</sup> Oso, Neiva, p. 37; Parcerito, Neiva, p. 18 y 19.

<sup>48</sup> La pandilla es contraria al orden que demanda la operación del negocio, se argumentó en el capítulo 6.

<sup>49</sup> Recordamos la diferencia entre pandilla y banda: esta última es una organización delictiva caracterizada, primero por su fin expreso de acumular dinero mediante el robo, y segundo por su carencia de la inserción barrial propia del <parce>.

*<Tiene relaciones con mafiosos, se meten en bancos y hacen vueltas de millones. El parece les cantaba>*, cuentan en Barranquilla<sup>50</sup>. En Neiva la conexión entre pandilla y banda es un poco más fluida, tienen vínculos cercanos y por tanto los pandillos se mueven con mayor facilidad de una a otra. Claro, en Neiva no hay muchas bandas y su criminalidad es de menor monto, al menos en la zona. Se menciona la del Gemelo, un personaje con ascendencia sobre los muchachos que al fin lo detuvieron acusado de un ciento de malaventuras: *<Era una banda, la única por acá, de resto pura delincuencia común>*. No es *<la única>*, se tiene noticia de otras entregadas a robos planeados y de mayor cuantía en distintas zonas del departamento: *<Se lo llevan a los pueblos a robar. Mantiene con plata pues se hacen trabajos de millones robando en Pitalito y otros lados>*. En tales casos los miembros de las bandas mantienen una vida local, enredados en los sucesos de los barrios y sus gentes. Seleccionan a los jóvenes que evidencian capacidad para el oficio, los que evidencian ser *<probones>*, encomendándoles operativos, facilitándoles armas y medios de transporte, y sirviéndoles de compradores de artículos de valor que suponen trámites legales como las motos<sup>51</sup>.

También corren numerosas historias de conexión con el crimen internacional, los llamados *<internacos>*, bandas que cometen sus fechorías en otros países. En Barranquilla aparecen, *<cuando estuve preso me propusieron que fuera de mula llevando droga pa' Holanda. Por veinte kilos me echaba unos buenos millones. Pero me aparté de ese man>*. Curiosamente las historias más frecuentes son en Neiva, las redes han arrastrado más de un pandillo por diversas latitudes. Se habla de un personaje que viene de fuera, se contacta con muchachos reconocidos en el mundo pandillero, los somete a un período de prueba y luego los envía a la correría por el exterior: *<Los prueba aquí en Colombia y si sirven los manda pa'l otro lado. Le sacan la visa y todo>*. No es el único promotor, los *<parceros>* destacados son llamados a filas por una banda referida como Los Piqueros: *<Como viven en esa cuadra donde hay bandidos los llevan a que prueben finura. Si lo aprueban se lo llevan>*. Una vez integrado todo depende de la capacidad de mantenerse con honor en el oficio, como el *<parcero>* vuelto famoso por las generosas

---

<sup>50</sup> Mechete, p. 12.

<sup>51</sup> Parcerito, Neiva, p. 2; Sonrisa, Neiva, p. 10.

remesas que hace a su familia desde el exterior. Se habla entonces de muchachos volteando por Ecuador, México, Costa Rica, España, Europa, Estados Unidos y se comenta de uno que llegó a China. El desplazamiento hace parte del oficio, *<viajan a España hartos chinos. Comienzan robando en Puerto Rico, van subiendo y dan la vuelta hasta que llegan a Madrid>*<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> Eleonora, Neiva, p. 13; Parcerito, Neiva, p. 3 y 10.

## CAPITULO 18

### LA VIOLENCIA SE CAUSA SOLA

#### Conflicto y singularidad nacional

El recorrido por los actores locales, mixtos y externos se ha completado<sup>1</sup>. Les hemos visto uno a uno, considerando sus modos de hacer presencia, las personas que les integran y el vínculo con las pandillas. Ahora es preciso mirar los nexos entre unos y otros de cara a dos interrogantes. Como primera medida, ¿cómo pensar el conflicto construido en torno a la pandilla? En segundo término, ¿cuál es la especificidad de cada país frente a su propio conflicto? En este capítulo respondemos cada uno de tales interrogantes.

#### 1. Conflicto violento en la ciudad

El conflicto disparado por la pandilla congrega multitud de actores empeñados en imponer su voluntad mediante el ejercicio abierto de la fuerza. Tanto la multiplicidad de actores que arman las guerras de pavimento como el papel que cada uno asume, sugiere una interpretación del conflicto diferente a la dominante en Colombia. Por razones del todo comprensibles la atención de la sociedad, el estado y la academia se ha volcado sobre los actores en armas<sup>2</sup>; finalmente ellos son los protagonistas de una guerra que no solo se prolonga en el tiempo, sino que produce poderosos ejércitos con capacidad de desafiar toda tentativa estatal de monopolizar la fuerza<sup>3</sup>. Una formulación reciente lo sintetiza, el

---

<sup>1</sup> Recordamos que los actores locales son las pandillas y los vecinos; los mixtos la seguridad pagada, la operación de limpieza y el sicario; los externos la guerrilla, el paramilitar y el crimen organizado.

<sup>2</sup> El actor en armas es nuestro actor externo: entidades que hacen uso de la violencia organizada, esto es guerrilla, paramilitares y crimen organizado. Los llamaremos también agentes, máquinas o ejércitos ilegales.

<sup>3</sup> La tesis que desvincula la violencia de la sociedad y la ve como mero resultado de las prácticas de agentes criminales se desarrolla con los trabajos de los economistas y adquiere su pleno desarrollo en la política de seguridad de la administración Uribe. Rubio (1999), Montenegro y Posada (2001), Echandía (1999). Las entidades del estado se pegan al mismo discurso. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses – GTZ (2000).

conflicto colombiano se lee como una “guerra contra la sociedad”<sup>4</sup>. Naturalmente las razones abundan, la dolorosa experiencia colombiana se conecta de uno y mil modos con los aparatos armados y sus ejecutorias, abiertas en un extenso abanico que va del homicidio fuera de combate al secuestro, pasando por combates con el adversario, toma de poblados y apropiación de las rentas de negocios varios, en particular las del narcotráfico<sup>5</sup>.

No obstante, es nuestro punto, el sobre dimensionamiento de los actores externos impone una visión deformada del conflicto y su manifestación violenta: la atención desmedida sobre las máquinas de guerra construye la imagen de un conflicto sin sociedad, quien se ve reducida al papel de ente pasivo amedrentado entre las balas provenientes de uno y otro bando. El acontecimiento pandillero lo evidencia, en la ciudad es preciso contemplar diversas mediaciones en la construcción social del homicidio: otros actores y remozadas violencias, distintos a los actores externos, cumplen un papel capital<sup>6</sup>. El punto no es, ni mucho menos, de menor valía. El homicidio cometido en la calle de la ciudad es abrumador. Entre 1995 y 2002 las ciudades capitales exhiben niveles elevados (cuadro No. 18): 10 tienen tasas por encima de 100 y sólo dos tasas por debajo de 30<sup>7</sup>. Es cierto que, como se repite sin cesar y nosotros mismos lo comprobamos, la violencia crítica sucede ante todo en escenarios agrarios; el 74% de los municipios de violencia elevada corresponde a localidades con menos de 30 mil habitantes, cuando sólo un 6% tiene más de 100 mil pobladores<sup>8</sup>. Con la notoria salvedad de Medellín la ciudad grande no es centro de la violencia extrema. Mas ello no disminuye la importancia y extensión del homicidio urbano. Entre los mismos años de 1995 y 2002 las capitales alcanzan una tasa promedio de 61, un

---

<sup>4</sup> La frase la lanzó Daniel Pécaut (2001) como título de uno de sus últimos libros, pero luego se la ha empleado en los más diversos escenarios.

<sup>5</sup> Indicadores de estas prácticas en Gómez (2003, capítulo 5).

<sup>6</sup> Desarrollamos el argumento con detalle en Perea (2005).

<sup>7</sup> Casi todas las ciudades capitales tienen tasas de homicidio por encima de 30, la excepción son Leticia y San Andrés —dos capitales retiradas, la una en el Amazonas y la otra en una isla—. La tasa de homicidio es otra vez por 100 mil habitantes.

<sup>8</sup> Cálculos propios sobre Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Mirar también Echandía (1999) y Rubio (1999).

valor cuyo exceso se revela una vez se contrasta con las capitales mexicanas, en los mismos años con una tasa media de 11<sup>9</sup>.

Cuadro No. 18

TASA PROMEDIO DE HOMICIDIO DE LAS CIUDADES CAPITALES  
COLOMBIA. 1995-2002

| CIUDAD CAPITAL        | TASA |
|-----------------------|------|
| Florencia             | 195  |
| San José del Guaviare | 189  |
| Medellín              | 181  |
| Yopal                 | 167  |
| Pereira               | 128  |
| Mocoa                 | 128  |
| Pasto                 | 128  |
| Cúcuta                | 125  |
| Arauca                | 105  |
| Cali                  | 102  |
| Manizales             | 93   |
| Riohacha              | 89   |
| Villavicencio         | 85   |
| Popayán               | 83   |
| Bucaramanga           | 83   |
| Valledupar            | 75   |
| Puerto Carreño        | 73   |
| Quibdo                | 71   |
| Armenia               | 70   |
| Santa Marta           | 68   |
| Total Nacional        | 61   |
| Barranquilla          | 54   |
| Ibagué                | 44   |
| Bogotá                | 44   |
| Montería              | 43   |
| Neiva                 | 38   |
| Tunja                 | 38   |
| Sincelejo             | 37   |
| Cartagena             | 31   |
| Leticia               | 23   |
| San Andrés            | 7    |

Fuente: Cálculos propios sobre Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses.

El efecto agregado de la ciudad es contundente, un hecho que relativiza la excesiva focalización de la violencia en las zonas rurales donde se libra la guerra<sup>10</sup>. En contravía, más

<sup>9</sup> México es un buen punto de comparación, como dijimos ocupa el 9° lugar entre los 74 países del Informe Mundial de Violencia. Krug (2003). El dato de la tasa de las ciudades mexicanas sale de cálculos propios sobre Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud de México. Perea (2005a).

de la mitad del homicidio nacional se concentra en la aglomeración urbana: las capitales contribuyen con el 55% de las muertes violentas cuando albergan el 45% de la población (Gráfico No. 12). El dato no tiene nada de evidente, ligado quizás a un hipotético predominio de la violencia urbana sobre el crimen contemporáneo. En México las capitales, entre los años de 1985 y 2002, hacen el 46% de los homicidios y congregan el 44% de la población<sup>11</sup>. La frase de “mucho más que las del monte, las violencias que nos están matando son las de la calle”, tantas veces traída a cuento para criticarla y afirmar lo opuesto, ha de ser reconsiderada. No para suscribirla tal cual, ni mucho menos, pero si para aseverar que tanto como las violencias del monte nos están matando las violencias de la calle<sup>12</sup>. Sin duda, las urbes de mayor violencia permanecen insertas en regiones donde tiene lugar una intensa disputa armada<sup>13</sup>: donde el actor en armas se inserta las prácticas cruentas se acrecientan. Con todo, la relación positiva entre máquinas de guerra y violencia no agota la multiplicidad de manifestaciones del conflicto colombiano. Es el caso de la ciudad, la que participa de conjunto en la producción del episodio violento, y donde, como mostraremos, el actor en armas no es la fuerza motriz de la muerte homicida.



Fuente: Cálculos propios sobre Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses

<sup>10</sup> En sobre énfasis en los actores armados y su guerra en lo rural ha llevado, de contramano, a una escasa atención de la violencia urbana.

<sup>11</sup> Perea (2005).

<sup>12</sup> La frase es de la Comisión de Estudios sobre la Violencia (1995, p. 18).

<sup>13</sup> Es el caso del eje Medellín con Bello, Copacabana, Itagui, Envigado, Caldas y Rionegro; del eje Cali con Pereira, Tulúa y Cartago.

Los actores en armas cumplen un papel en la disputa urbana generada alrededor de la pandilla, no cabe duda. Vimos como se cruzan en algunas de sus estrategias de ocupación de la ciudad<sup>14</sup>. No obstante dicho cruce demanda más de un matiz. La guerra no se ha tomado la ciudad. Pese al crecimiento de las acciones armadas entre sus calles, la ciudad continúa siendo un espacio menor en el escenario del conflicto -con la salvedad de la feroz batalla librada en Medellín durante el 2002-. Hasta 1995 las escaramuzas de las insurgencias se desarrollan en sus antiguos centros de inserción: el 57% de las localidades con intenso conflicto armado fueron municipios rurales atrasados y de colonización, mientras sólo un 15% tomó como asiento la zona urbana<sup>15</sup>. De ese año hasta el 2002 la confrontación se siguió dirimiendo, ante todo, en las regiones estratégicas para la financiación de la guerra<sup>16</sup>.

El conflicto pandillero lo corrobora. El choque sostenido entre actor armado y pandilla se produce sólo en el caso en que la guerrilla impone la acción de dominio, sólo comprobada en una aislada zona de Barranquilla. La guerrilla no penetra la ciudad hasta el punto de multiplicar esas experiencias, al tanto que la agenda paramilitar, hasta ahora, no invierte su energía en la congregación de lo urbano popular. A pesar de que en las tres zonas en estudio la guerrilla tiene sus cabezas de playa, en ninguna exhibió un papel determinante dentro del conflicto local<sup>17</sup>. Aparecen y desaparecen, se sabe que están ahí, pero los nudos de la vida local, incluido el homicidio, discurren sin noticia de una intervención suya que trastorne el estado de cosas reinante<sup>18</sup>. El esquema de dominación construido históricamente por las FARC, la guerrilla más poderosa, choca contra las formas de funcionamiento propias de la ciudad. Como buen modelo de corte militar, bien en la manera como se impone sobre la población bien en la subordinación que reclama de sus militantes, las milicias urbanas operan ante todo como retaguardia estratégica y destacamento militar. Como lo afirman los mismos cabecillas de las FARC el miliciano no es ni siquiera, en sentido estricto, un miembro de la organización; a diferencia del

---

<sup>14</sup> Actor en armas y pandilla se cruzan en las estrategias organizativa y militar, no en la logística -salvo en Neiva en pequeños intercambios- ni en la de terror.

<sup>15</sup> Echandía (1999, p. 93). El dato corresponde al periodo 1987-1995.

<sup>16</sup> Gómez (2003) y Pécaut (2003).

<sup>17</sup> Otra vez ni siquiera en Neiva, lugar donde un guerrillero entrevistado afirmaba que la ciudad les pertenecía.

<sup>18</sup> La excepción será en Barranquilla cuando en los años 80 el ELN se alió con los pandilleros en contra de los tenderos.

guerrillero, que lo entrega todo y se somete a la disciplina cerrada del ejército en el monte, el militante urbano permanece con su familia en medio de una vida laboral independiente<sup>19</sup>.

Lo mismo sucede con la estrategia militar. El entrenamiento de ejércitos en las cercanías de la ciudad no es un acontecimiento regular. Se habló de ellos en Bogotá, uno guerrillero y otro paramilitar, sin que en ningún caso se comprobara algún efecto de su accionar sobre la localidad<sup>20</sup>. En los casos en que el reclutamiento es exitoso –los pandilleros son poco afectos a ellos-, el muchacho es extraído del barrio, se lo enlista al servicio de la guerra y se le lleva lejos de la ciudad y el barrio. De resto las otras acciones del actor armado –hostigamientos, operativos, asaltos, secuestros e inteligencia-, no involucran a los pandilleros, son ejecutorias privativas del brazo armado.

La excepción es, claro, la operación de limpieza. A ella se suele asociar la presencia urbana del actor armado, en particular la paramilitar. La averiguación etnográfica no la asoció con los guerrilleros. No sucede lo mismo con sus adversarios, en Neiva y Barranquilla se habla de operaciones precedidas por carteles con la firma de las AUC. No obstante hasta el 2002 –año en que concluye el trabajo de campo-, las evidencias no son concluyentes en Neiva, donde más de un *<parcero>* afirmaba que *<los policías decían que eran paramilitares para asustarnos, pero eso eran ellos mismos disfrazados y con el brazalete en el brazo mientras actualaban>*. La imagen de terror que rodea el paramilitarismo, construida con esmero mediante la aplicación del asesinato y la masacre, se presta bien a la difusión del pánico que preside la limpieza. El sector de Altos de Cazucá en Bosa ejemplifica la complejidad del fenómeno. Luego del asesinato de cientos de personas, la mayoría jóvenes, la policía puso tras las rejas a una veintena de sus ejecutores. Sólo uno confesó su vínculo con las fuerzas paramilitares, los demás sostuvieron pertenecer a un grupo de limpieza contratado por comerciantes del lugar<sup>21</sup>. Sería ingenuo desconocer la tenaz conexión entre el crecimiento paramilitar y el ascenso de la violencia a partir de 1998, entre otras con la aplicación de despiadadas

<sup>19</sup> Hay milicias bolivarianas y milicias populares, distintas entre sí según su nivel de integración en la estructura guerrillera: las primeras son las orgánicas. Ferro (2002, p. 55-57).

<sup>20</sup> No nos fue posible establecer con certeza la existencia de tales ejércitos en entrenamiento. Hoy ya no hay rastro de ellos.

<sup>21</sup> Semana (2003).

operaciones de limpieza en las ciudades –bien lo muestra Barranquilla-. Empero, todo indica que entre el paramilitarismo y la iniciativa de la sociedad habrá que instalar un nuevo escenario: la propuesta mercenaria para limpiar zonas urbanas, consistente en el ofrecimiento de un dinero para realizar el “trabajo”; la gana el mejor postor, obvio quien posee la conexión con la red paramilitar.

Hacia hoy, el balance de poder en el conflicto de la barriada urbana tiene trazas de ser transformado por la operación de limpieza y el asesinato generalizado –con claridad sucede en Barranquilla-. No obstante dicho panorama arranca en el 2002<sup>22</sup>. De allí para atrás el cuadro viene a ser el de una presencia armada que, con todo, no hegemoniza el curso del conflicto local. Entonces, ¿habrá que voltear la mirada hacia el crimen organizado? Como lo señalamos las pandillas tienen nexos con la droga. En las tres ciudades integrantes suyos se enganchan como <mulas>, se enrolan con expendios barriales y, naturalmente, casi todos están entregados al consumo diario. Lo mismo, se conoce de <parceros> metidos con mafias de alto vuelo, tanto de las que hacen del país su centro de operaciones como de esas otras integradas a redes internacionales. Con todo –también lo remarcamos-, el crimen de la pandilla sigue siendo localizado y de naturaleza distinta al de la banda: se entregan al robo de menor cuantía y no son una pieza del narcotráfico.

De tal suerte los actores en armas no son el nudo del conflicto urbano hilado alrededor de la pandilla. Se conectan toda vez que el pandillo cruza los intereses estratégicos del aparato, más el desafío lanzado por estos muchachos no hace parte de sus desvelos. Los agentes en armas no son las piezas determinantes del drama barrial, lo son más bien los otros actores. Los locales cuando las pandillas desatan entre sí enemistades insuperables, tranzadas tantas veces en guerras de exterminio mutuo, o cuando los vecinos se organizan para hostigar los grupos sometiéndolos a palizas y en no pocos casos a ajusticiamientos. Y lo son también

---

<sup>22</sup> Nuestro trabajo de campo llega hasta el 2002, momento en que la correlación de fuerzas en lo urbano parece cambiar con el nuevo panorama abierto a la ocupación paramilitar. En todo caso nuestras afirmaciones no se modifican: la violencia urbana en Colombia, hasta el año 2002, no es dominada por los actores en armas.

los actores mixtos, la seguridad pagada vigilando de día entero las calles del barrio y las operaciones de limpieza sembrando el terror mediante la masacre y el asesinato selectivo.

## 2. Violencias emergentes

El panorama esbozado aconseja precisar la noción de actor armado, no se le puede ensanchar hasta incluir sin más cualquier expresión que ejerza el asesinato calculado<sup>23</sup>. Para el caso, ¿la pandilla debe considerarse como un actor armado? Hace uso de armamentos, algunas veces sofisticados, mientras la consistencia de su mando depende de una eficaz aplicación de la violencia. Sin embargo entre la pandilla, la operación de limpieza y un ejército ilegal existen diferencias cardinales, nacidas, tanto de la singular conexión que cada una establece con el aparato y sus integrantes, como de la naturaleza de su violencia.

Los vínculos con el aparato son en cada caso distintos. Si se traza un espectro en un extremo se paran los actores externos, sus integrantes se definen en función de su membresía. Quien ingresa es por definición guerrillero, paramilitar o miembro de la banda, al margen de su origen o condición social –aunque su origen social predisponga su inclusión en este y no en otro lado-. Se es pieza de la organización, marcado por la misión esencial del aparato, su fortalecimiento y extensión<sup>24</sup>. No sucede otro tanto al extremo opuesto del espectro. Quien hace parte de un actor local se define, no por su militancia en el aparato, sino por la pertenencia social a una localidad urbana y en el caso de la pandilla además por la condición de joven. Sus organismos colectivos aparecen y desaparecen, no los traza el imperativo de un poder orientado hacia la acumulación<sup>25</sup>. Por su parte el actor mixto, en el centro del continuo, participa de una condición compartida. El miembro de la seguridad no pertenece al barrio, pero el vecino es quien financia el servicio en el sector. La composición de la operación de limpieza igual se mueve entre los extremos -a no ser

---

<sup>23</sup> La noción de actor armado es la dominante en la literatura colombiana sobre el conflicto. Hemos preferido llamarlo actor en armas, para calificar su intención organizada de violencia.

<sup>24</sup> Sólo al crimen organizado no lo define el crecimiento del aparato.

<sup>25</sup> A la pandilla le preocupa tan sólo su continuidad y sobrevivencia.

cuando la practica en directo un agente armado-: los vecinos hacen de financiadores e informantes; los cuerpos de seguridad las ejecutan pero a condición de hacer desaparecer su identidad; y los sicarios, provenientes unos del sector y otros de fuera, por lo general los contratan los pobladores de la zona. Se trata pues de un espectro: en una orilla domina el aparato, en la otra la pertenencia social.

Asimismo los actores se diferencian en la naturaleza de la violencia, echando por tierra la pretensión de reflexionarla desde la polaridad entre violencia instrumental y violencia espontánea (o impulsiva)<sup>26</sup>. Sin duda la dicotomía describe los polos opuestos de un trayecto. Mas su antagonismo borra una multiplicidad de fenómenos que no cuadran en ninguna orilla, acontecimientos inestables estacionados a medio camino entre la conciencia y la inmediatez. La pandilla el ejemplo por excelencia. Ella es una organización “estable”, la amarra la permanencia que supone el cumplimiento estricto de un puñado de normas<sup>27</sup>. Sin embargo, como vimos, buena parte de los móviles sobre los que se monta su interminable cadena de agresiones se entierran en el orden de lo espontáneo, la vida cotidiana y la impulsividad<sup>28</sup>. Así es, con regular frecuencia sus narraciones se disuelven en gestos ocasionales y desprovistos de fundamento como aquel del *<man me miró>* y por eso *<desenfundé el fierro y lo bajé>*. Oponer lo instrumental y calculado a lo espontáneo e inconsciente, como dos órdenes de realidad opuestos y diferenciados, suprime una densa trama de acontecimientos enraizados en una gramática cultural donde la violencia es una alternativa más que factible: el padre *<ofendido>* por el embarazo de su hija pero impedido para hacer nada contra el pandillero acude a la paga de un sicario para vengar la afrenta. Como lo resume alguno hablando del barrio, *<aquí la violencia se causa sola>*.

La naturaleza del “aparato” en la defensa local, la seguridad pagada y la operación de limpieza le introduce otro matiz a la polaridad instrumental versus espontáneo. La defensa

---

<sup>26</sup> Llorente y colaboradores (2001).

<sup>27</sup> Estable entre comillas en cuanto la pandilla, por regla general, no duran más de dos o tres años. Son raros los casos en contrario.

<sup>28</sup> Claro hay razones estables de la violencia pandillera, como la defensa del territorio y las mujeres, la guerra contra las pandillas y la venganza.

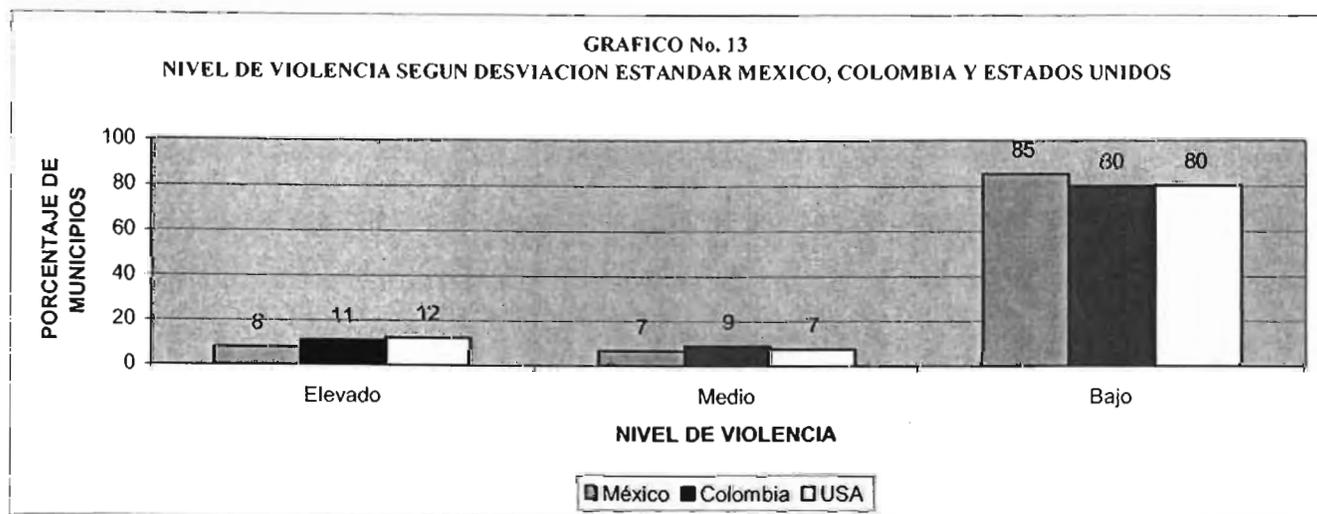
local surge, cumple sus cometidos y con prontitud desaparece; fue la constante en las tres ciudades. Por su lado la seguridad pagada no proviene de una empresa legal y estable; con el tiempo tienden a aparecer lugares de contratación del servicio, pero en la mayoría de los casos se trata de personas, venidas no se sabe de donde, agrupadas para ofrecer el trabajo. Igual la operación de limpieza hace su aparición fulminante para luego esfumarse sin rastro alguno; ni siquiera reivindica su ataque, como lo hacen el escuadrón de la muerte con el indicio dejado sobre el cuerpo de la víctima. En los tres casos existe una voluntad expresa de violencia montada sobre formas colectivas efímeras y discontinuas. La tensión polar entre instrumental e impulsivo se resquebraja, se desvanece tanto desde las motivaciones de la violencia como desde la naturaleza de los aparatos. De allí la pertinencia de introducir un tercer elemento mediador, las violencias emergentes, caracterizadas por su intermitencia entre el efecto calculado y el suceso cotidiano, entre el aparato asesino y la forma colectiva espontánea y volátil.

Las violencias y los actores se desdoblan en la multiplicidad y lo diverso, amén de que el actor en armas no es la fuerza motriz de la muerte homicida en la ciudad. Junto al principio de “guerra contra la sociedad” es preciso instalar el enunciado de conflicto violento en la sociedad, fundado en la proliferación tanto de los actores locales y mixtos como de las violencias emergentes. La sociedad participa en el acto homicida de la sociedad, todo lo cual nos lleva al último punto.

### **3. La violencia: Colombia y Latinoamérica**

Los actores mixtos y locales, de un lado, y las violencias emergentes del otro, hacen visible una sociedad dispuesta a aniquilar al adversario: en Colombia el ejercicio violento está más diseminado de lo que suele ser admitido. De nuevo, el énfasis en los actores en armas produce malentendidos. Ciertamente se trata de uno de los puntos más espinosos del

debate<sup>29</sup>. La criminalización de la violencia, esto es su reducción a ejercicio casi exclusivo de los aparatos ilegales, se sostiene sobre el argumento de su concentración espacial<sup>30</sup>: el homicidio no se expande sin más por el territorio nacional –se dice-, se aglutina en geografías determinadas donde habita algún actor en armas. Como consecuencia, según se argumenta, la concentración erosiona la pretensión de verle como una práctica a la que acude de continuo la población. Al respecto la comparación de Colombia con México y Estados Unidos arroja un panorama indicativo<sup>31</sup>. En contra de lo esperado en los tres países la proporción de los municipios según su nivel de violencia se atiene a un único patrón (Gráfico No. 13). Nada hace la marcada diferencia en las respectivas tasas de homicidio, en los tres casos el porcentaje es similar. No sucede, como podría suponerse, que Colombia aglutine una proporción más elevada de municipios violentos: al margen de la intensidad en México, Estados Unidos y Colombia más de las cuatro quintas partes de los municipios son, según la desviación estándar, localidades con reducidos niveles violentos. De manera que el homicidio se riega por el espacio siguiendo la curva de una distribución normal: aparece en unas regiones, en otras permanece ausente.



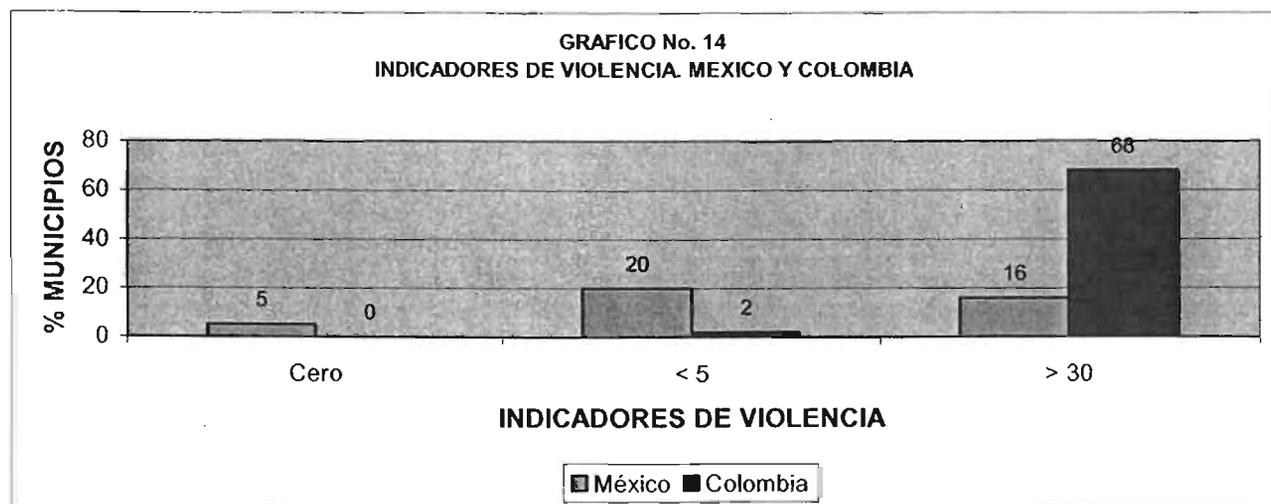
Fuente: México Oficina General de Información. Secretaría de Salud. 1985-2002  
Colombia Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). 1990-2000  
Estados Unidos

<sup>29</sup> Finalmente detrás está la idea del colombiano como un ser por naturaleza violento. No es nuestra visión, ni mucho menos, pero para un proceso de paz resulta de la mayor importancia el reconocimiento del grado de diseminación de la violencia

<sup>30</sup> Echandía (1999), Rubio (1999), Montenegro y Posada (2001), Llorente y colaboradores (2001). Otro argumento en la misma dirección es la primacía de la violencia instrumental sobre la violencia espontánea (se muestra cómo la violencia espontánea, la de la borrachera y la pelea en la cantina, casi no tiene peso). Pero como se mostró esta polarización no se sostiene.

<sup>31</sup> En cada país se estableció la desviación estándar de la violencia en todos sus municipios. La tasa de Colombia es de 64 (1990-1999), la de México 18 (1985-2002) y la de Estados Unidos 6 (2000).

La tesis de la concentración de la violencia, como argumento para rebatir su extensión en el tejido social, se deshace. Hay que explorar otros indicadores, quizás el más obvio pero siempre escamoteado de la magnitud. Poco estudio colombiano prescinde de la referencia comparativa, siempre en el intento de mostrar la diferencia abismal que separa al país de otras naciones; mas la mención resulta incidental, nunca se repara en ella. Pues bien, si se toma como referente la tasa para Latinoamérica del informe mundial de violencia, de 17 homicidios por 100 mil habitantes, aparece que todas las ciudades colombianas, incluida la más apaciguada Cartagena, tuvieron tasas por encima de 30<sup>32</sup>. La ciudad, nuestro centro de interés, desborda en Colombia los parámetros de la región. Por demás, el cotejo de las series temporales con México es de nuevo demostrativo (Gráfico No. 14). Colombia es nula e ínfima en la violencia reducida -no tiene ningún municipio sin homicidios y sólo el 2% con tasa menor a 5-, pero se desborda en la violencia elevada: el contraste es marcado, Colombia es prominente en los municipios de violencia elevada (68% de municipios con tasa mayor a 30), frente al 16% de México<sup>33</sup>.



Cero: Municipios donde no se registró ningún homicidio

< 5: Municipios con tasa de homicidio por debajo de 5

>30: Municipios con tasa de homicidio por encima de 30

Fuente: México Dirección General de Información en Salud. Secretaría de Salud. 1985-2002

Colombia: DANE. Causas de muerte por municipio. 1990-1999

<sup>32</sup> Exceptuando Leticia y San Andrés. Volver al Cuadro No. en este capítulo. La tasa de Latinoamérica es del año 2000. Organización Panamericana de la Salud (2002).

<sup>33</sup> México, por su parte, tiene un 5% de municipios sin ningún homicidio, un 20% con tasa menor a cinco y nada más que un 16% con tasas por encima de 30.

Como se ha afirmado, la violencia en Colombia no se riega sin discriminación por todas partes, sigue una geografía dibujada sobre una abigarrada escala de intensidad. No hay discusión. Con todo, la diseminación de la resolución violenta entre el tejido social es contundente, en el lapso de la década pasada tan sólo el 32% de los municipios pudieron exhibir una tasa por debajo de 30<sup>34</sup>. Es terminante, en Colombia el suceso cruento alcanza elevada intensidad en infinidad de localidades.

El fenómeno pandillero lo corrobora. El protagonismo violento de la sociedad en la tramitación del conflicto, hasta donde se tiene noticia, sólo por excepción aflora en otras naciones latinoamericanas, un continente que alarma por sus elevados niveles de violencia<sup>35</sup>. Con certeza no sucede en México, una nación enfrentada desde los años 60 a intensos conflictos pandilleros. En 1965 la policía del Distrito Federal aseguraba la existencia de 2.000 pandillas conformadas por 150 mil jóvenes, mientras en 1991 reportaba 5.000<sup>36</sup>. No sólo lo dicen las autoridades, un estudio de 1992 sostiene la presencia de 1.500 bandas con 45 mil chavos en el Distrito Federal y de 3.200 pandillas con 128 mil muchachos en los municipios colindantes<sup>37</sup>. El dato es revelador, México es el país de las expresiones juveniles, muchas de ellas perseguidas y estigmatizadas. Sin embargo en ningún caso, ni en la explosiva frontera norte ni en ningún otro estado se reporta la emergencia de nada parecido a los actores mixtos y locales del conflicto colombiano. Pese a la turbulencia de la que es capaz la pandilla mexicana –como la de cualquier rincón del planeta-, los vecinos no se organizan para contenerla por su propia cuenta y riesgo, y menos sufragan y legitiman la licencia de cualquier sujeto dispuesto a imponer orden bajo una cruenta ley de fuego<sup>38</sup>.

---

<sup>34</sup> Apenas un 14% de los municipios está por debajo de la media latinoamericana de 17.

<sup>35</sup> La salvedad es Brasil, país donde pulula la operación de limpieza y la masacre. Recordamos que según el Informe Mundial de Violencia (2001), de los 19 países de violencia elevada 11 pertenecen a Latinoamérica.

<sup>36</sup> Villafuerte (1985, p. 78), Feixa (1998, p. 77).

<sup>37</sup> Castillo (1999, p. 89).

<sup>38</sup> De manera ocasional aparece la referencia a vecinos respondiendo con armas a una situación específica, nada cercano a una organización persiguiendo las pandillas. García Robles (1987, p. 229). En Nicaragua lo mismo. Equipo (2001, p. 398).

El estado tampoco acude a tales proceder. Tanto en las compilaciones de entrevistas como en los estudios juveniles el gran adversario viene a ser la policía con sus redadas, cientos de veces atrabiliarias y violentas. Los testimonios abundan en implacables persecuciones policiales. Con no poca frecuencia se narran golpizas y torturas, cuando no faltan las historias de muchachos asesinados. Durante los 90 aparecieron los operativos Dispan, dispersión de pandillas, y Aguila, actos coordinados de distintas fuerzas policiales incluyendo granaderos, caballería y patrullas<sup>39</sup>. Se cuenta de vecinos y comerciantes reclamando redadas policiales a gran escala. Pero ni desde el estado ni desde el vecindario emerge la iniciativa de nada semejante a una defensa local, una seguridad pagada o una operación de limpieza<sup>40</sup>. Así sea en situaciones de franco atropello de los derechos humanos el estado y sus aparatos de seguridad son quienes sortean el conflicto local; y la sociedad, aún en medio del más profundo descreimiento en las instituciones, deposita en el estado la tarea de perseguir y castigar el exceso pandillero.

Lo mismo se puede decir respecto al remarcado abuso pandillero de las naciones centroamericanas. Si bien en varias de ellas existe un pasado cercano de guerra y confrontación tampoco originan iniciativas parecidas. En el Salvador, país donde se señala la existencia de 30 mil jóvenes mareros, nada más un testimonio refiere la “sombra negra matando a diestra y siniestra”<sup>41</sup>. De ahí en adelante la literatura enmudece, los estudios no hablan de operaciones de limpieza; cuando interrogan a los pandillero sobre sus agresores se mencionan tan sólo la policía y las otras pandillas<sup>42</sup>. En Honduras, otro país de pandillas desbordadas, se presume la responsabilidad de una operación en el descenso de una oleada pandillera, mientras circulan temores por una iniciativa gubernamental encaminada a armar la población mediante Comités de Seguridad Civil en los barrios. El primer caso es una presunción, en ninguna circunstancia un acontecimiento socialmente extendido y

---

<sup>39</sup> Hoy día pululan las noticias de intervenciones de la Agencia Federal de Investigaciones y otras dependencias policiales contra las bandas.

<sup>40</sup> El estado y sectores institucionales organizan los porros, grupos de choque político pero no de hostigamiento en las calles de los barrios. Lomnitz (2003) y Sánchez (2005). En Guatemala y Nicaragua hay experiencias similares. Equipo (2001, p. 148, 152-154, 359)

<sup>41</sup> El dato en Santacruz y Concha (2001, p. 13) y la frase en Santacruz y Cruz (2001, p. 89). Ciertamente en El Salvador comienzan a denunciarse operaciones de exterminio contra las maras. Está por verse el alcance de estas denuncias.

<sup>42</sup> Santacruz y Concha (2001, p. 64 y 83) y Homies Unidos (1998, p. 82 y 228).

reconocido; y el segundo, con el sinnúmero de peligros que entraña, es por lo pronto un programa estatal de carácter legal<sup>43</sup>. En Guatemala los escuadrones de la muerte hacen parte del relato histórico, junto a la abierta represión oficial sembraron el terror por sus masacres despiadadas; en años recientes desaparecen, no hacen su asalto mortal sobre las pandillas<sup>44</sup>.

En Centroamérica la amarga confrontación con las pandillas no deriva en movilizaciones violentas de la ciudadanía o en avanzadas facciosas del estado. A cambio, las recientes administraciones gubernamentales emprendieron severas políticas oficiales. El Salvador montó el Plan Mano Dura, una discutida ley que legitima la indiscriminada persecución de los pandillos y su condena a prolongados años de cárcel. La sociedad ha reaccionado con rechazo, un ínfimo 5% de los cientos de mareros capturados ha sido procesado y sentenciado, mientras el ejecutivo y la justicia se transan en enconada disputa. Entretanto los congresos de Honduras y Guatemala aprobaron la Ley Antimaras mientras en Nicaragua se discute la adopción de medidas similares.

El drama pandillero nos lo pone en evidencia. En Colombia, como no acontece ni en México ni en Centroamérica, la sociedad hace parte de la refriega violenta animada por una determinación sin precedentes. Volvemos al punto, no se trata de una guerra contra la sociedad sino de un conflicto violento en la sociedad. Ciertamente la guerra contra la sociedad es aplastante, los desmanes de los ejércitos ilegales y las mafias son inenarrables; no obstante, a un lado y otro del actor en armas fluye el testimonio de una sociedad que acude a los más variados procedimientos sangrientos. El ejercicio violento tiene estatuto propio, va más allá de los aparatos, circula con identidad en medio de la sociedad informando la trama de sus conflictos. La pandilla lo refresca, es un desafío contemporáneo, nace en la ciudad jalonada por los tensos conflictos disparados por la globalización; no es una vieja expresión que arrastra el lastre de un conflicto acumulado en el tiempo. Colombia, como tantas otras naciones, presencia el acontecimiento pandillero;

---

<sup>43</sup> Equipo (1991, p. 240 y 296). La diferencia entre programas estatales que arman la población aparece entre Colombia y las rondas campesinas del Perú. Olano (2001).

<sup>44</sup> Equipo (1991, p. 159 y 168).

pronto lo traduce en organismos de contención, dejando al descubierto el modo como los nuevos retos enfrentan un sedimento cultural donde se recicla y reconstruye la práctica de las violencias.

Queda abierto un lugar para interrogar de nueva cuenta la cultura. Los malentendidos brotan. Invocarla de ninguna manera significa, ni que todos los colombianos son por definición violentos, ni menos aún que exista una especie de esencia cultural cuyos maleficios predisponen la violencia. La evocación nos lleva por otro camino. Una vez se la entiende como tejido simbólico, la cultura nos instala ante una colectividad cuyos horizontes de sentido integran la gramática violenta como una respuesta plausible ante la emergencia del conflicto. El ciudadano corriente lo sabe, hace parte de su armadura imaginaria; el policía de la <limpia> también. Los vecinos energúmenos movilizando destacamentos de control, pagando vigilancias sanguinarias y apoyando las limpiezas, revelan la densidad histórica de estructuras de sentido donde la resolución violenta ha ganado su legitimidad.

La tesis de las lógicas estratégicas de los actores, esgrimida para dar cuenta de la violencia, convoca a un sujeto en el acto mismo de establecer su hegemonía<sup>45</sup>. Es una noción indispensable. Sin embargo la decisión racional del actor no termina de explicar, ni por qué los actores en armas incurren en el exceso que marca la debacle colombiana, ni por qué los demás actores hacen de la muerte un mecanismo privilegiado para la gestión del conflicto. En Ciudad de México abundan las pandillas y las bandas. En una zona de una delegación conflictiva de la capital, similar en sus características a las localidades seleccionadas en nuestras tres ciudades, se cuentan 20 bandas integradas por 1.762 personas de variadas edades. Pese al prominente monto su ejercicio de dominio territorial no se traduce en violencia desatada, para el año 2000 dicha delegación tuvo una tasa de homicidio con un valor de apenas 11. Los analistas mexicanos coinciden en el reconocimiento de un inquietante desorden social, el narcotráfico y la criminalidad ganan cada vez más terreno y

---

<sup>45</sup> Echandía (1999) y Pécaut (2001).

la corrupción y la pobreza se agigantan<sup>46</sup>. Todo ello no obsta para que la violencia alcance límites próximos al desangre colombiano. Como lo dijo el *<parcero>*, en Colombia, en la ciudad, *<la violencia se causa sola>*.

Detenerse en las lógicas estratégicas es tanto como reducirse a los actores en armas. Hay un exceso en la violencia colombiana que no muere en las primeras ni se circunscribe a los segundos. Y los equívocos acechan si el país no es capaz de imaginar una paz con la capacidad de confrontar la complejidad de su conflicto interno. El Frente Nacional del año 1958 fue un proceso destinado a extirpar la muerte e instaurar la paz. El discurso público de aquellos años tenía como epicentro la violencia, sus estragos y los modos de sobreponerse a la catástrofe<sup>47</sup>. Su instauración fue en un sentido exitosa, puso término a una contienda partidista que produjo una vasta movilización campesina en medio de un amargo baño de sangre. Mas la violencia renació. El pacto frentenacionalista contempló los partidos y sus demandas pero soslayó la sociedad y los conflictos que ardían bajo la superficie visible del partidismo dominante.

Aleccionadora experiencia. Si el Frente Nacional miró los partidos y olvidó la sociedad, medio siglo después Colombia no puede volver a detenerse en los ejércitos haciendo a un lado la sociedad. La paz hoy no puede estrecharse en el lenguaje de la guerra haciendo caso omiso de la gente y sus dolencias. Por la violencia hablan muchas voces, no sólo los desafueros de los aparatos y su confrontación sangrienta. Algunas naciones centroamericanas dirimieron su enfrentamiento desembocando en la culminación de sus guerras. Unos pocos años después las pandillas protagonizan una tragedia reconocida como asunto de seguridad nacional. Colombia, un país donde ni siquiera se rinde algún tributo a los cientos de muertos caídos en una confrontación delirante y absurda, haría bien en voltear los ojos hacia su pasado y hacia la experiencia de otras naciones cercanas.

---

<sup>46</sup> Zermeño (2005).

<sup>47</sup> Un seguimiento de los discursos de la prensa de aquellos años en Perea (1998).

## CAPITULO 19

### PARADO EN LA RAYA

Poder y pánico

La pandilla fuerza a mirar con renovada perspectiva el conflicto urbano. El poder del <partero> es eficiente, tanto que una multiplicidad de actores buscan minarlo -en Colombia como en ningún otro lado-. Una vez expuestos los actores y su significado falta entonces sólo un paso más. ¿Desde qué lugar resulta factible que el tiempo paralelo provoque un poder de tal catadura?

#### 1. Una protesta muda

La pandilla revela, con la intensidad que nadie más lo hace, los nudos que cruzan la pobreza y la exclusión. Qué ironía! El más sentido problema de la sociedad actual, la inequidad y el marginamiento, hace su erupción desbordada en el exabrupto pandillero. No es un tema de menor preocupación. A lo largo de nuestro trabajo venimos registrando el hueco que abren en la convivencia y acabamos de capturar las animadversiones que desatan. No en balde el habitante del barrio popular señala “la violencia y la drogadicción” como el problema local más acuciante<sup>1</sup>.

Dicho señalamiento evidencia que en la calle del suburbio urbano, en la malla de la vida de todos los días, el conflicto se ha transformado. Sus actores motrices son otros, no son ni las organizaciones políticas ni los movimientos sociales, son las pandillas con sus aliados y contendores. La estrategia también ha cambiado, dejó de ser la movilización

---

<sup>1</sup> Lo comprobamos en Colombia y México en nuestro trabajo de campo. La pregunta por el principal problema de la localidad se traduce, casi sin excepción, en la violencia y la droga.

colectiva orientada hacia la sumatoria de fuerzas sociales para convertirse en el grupúsculo de muchachos infundiendo miedo. Los resortes disparadores igual se desplazaron, ya no es la pobreza y la penuria económica sino la inseguridad y el pánico a la pérdida de la vida y el patrimonio. Y de remate los motivos justificatorios mutaron, la esperanza de una vida digna para todos es sustituida por la compulsión en la satisfacción del deseo.

Hacia dentro la pandilla aplasta sus simbólicas en los textos del <respeto> y la <muerte>, se expuso. Pero una vez se mira hacia fuera, ¿en nombre de qué despliega un poder rotundo sobre lo local? ¿Contra quién se dirige su ira desbocada? Nada ni nadie aparece en el horizonte, sus adversarios directos terminan siendo los vecinos y los muchachos de los vecindarios, personas de la misma condición social. El lenguaje <parcero> es circular y repetitivo, basta mirar nuestros testimonios de cabecera. Tanto en Aníbal como en Salomé y Sonrisa la cuchillada se prolonga en el tiroteo, el asalto termina en consumo, la fuga se convierte en enfrentamiento. Se repiten uno tras otro, sin cesar, impidiendo la presencia de un relato alternativo. Los intentos de romper el círculo resultan infructuosos. Sucedió hasta con la vivencia religiosa, tan vital para los jóvenes populares. Sus liturgias aparecen de cuando en vez, <rezamos en el Veinte> dice Salomé; no obstante la evocación se recicla de inmediato en un asalto más: <Salimos de la iglesia y a robar, nos echamos la bendición y que Dios nos perdone porque con todos esos puestos no se puede perder la oportunidad. Uno ya es como deptómamo, le hace falta robar><sup>2</sup>. No hay excepción, el intento de transportarlos a otro lugar de sentido los devuelve sin falta a la lógica de la trasgresión<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> El <Veinte> es el barrio Veinte de Julio, centro de una de las peregrinaciones religiosas más importantes de Bogotá. En numerosas ocasiones lo religioso sirve de tabla de salida de la pandilla, como resulta notable en Aníbal. En esos momentos ese discurso y los otros que auxilian el abandono del <parche> (como un enamoramiento, la familia, el estudio o el trabajo), adquieren una relevancia distinta en el lenguaje pandillero.

<sup>3</sup> Aníbal pasa por sus creencias religiosas: <Gracias a Dios ahora es distinto, he conocido al señor y mis resentimientos se han ido>. El discurso suele aparecer en quienes están tratando de salir de la pandilla o en ex pandilleros, en especial cuando el motivo de salida es la afiliación a una iglesia evangelista. De resto, lo religioso no forma parte de las preocupaciones.

Ni siquiera les convoca alguna identidad con la música. A diferencia de tantos otros jóvenes la pandilla carece de un ritmo que encauce sus intereses. Escuchan esto y lo otro, algunos se declaran salsómanos, unos rockeros y varios más raperos; en la Costa Caribe suelen ser francos seguidores de la champeta. Sin falta los funerales de un <vale> vienen presididos por la resonante trompeta de unos mariachis, símbolo de prestigio popular. El baile les alucina, la <rumba> en la discoteca se convierte en rutina semanal. La música ronda la pandilla; no es para menos, habitan la época donde ella es emblema de la generación joven. Con todo, sus aficiones musicales en nada se semejan a quienes hacen de la exploración sonora un estilo de vida, como los raperos<sup>4</sup>.

La pandilla es una protesta muda. Por un lado encarna la exclusión, frente a ella es la protesta más radical por hoy presente en la urbe contemporánea. La intensidad de sus renunciadas y la crudeza de sus actuaciones desnudan la fragilidad del proyecto cultural que amarra la ciudad. Pero, por el otro lado, en sus prácticas no fluye el más leve atisbo de alguna palabra sobre la inequidad que le produce. No los conmueve nada, ni siquiera la desventura de los allegados. Los <perros>, la adrenalina a chorros y la exaltación sensualista no dejan espacio al Otro y los compromisos universales que entraña. Su gesto cruel carece de narrativa. Siguiendo las voces del pesimismo, al que es tan afecto el sentido común, de cuando en vez lanzan improperios contra los políticos y las instituciones; tal sentimiento de insatisfacción, empero, no guarda ninguna relación con sus actuaciones. Con la pandilla la anarquía pasó de proyecto político a <estilo de vida>, sólo que sus desafueros y mudeces la convierten en una caricatura, una parodia mortal. Su trasgresión, sembrada en el corazón de la indigencia, es un rumor mudo pero eficaz, habla sin palabras, desafía sin texto.

De tal modo la protesta urbana más decidida carece de conexión con lo social, el pandillo rompe movido por la tropelía de impulsos desenfrenados de espalda a la más elemental demanda política o cultural. La abstracción de lo social ha dado la vuelta completa. Se

---

<sup>4</sup> Durante los años 80 los pandilleros se entusiasmaron con el *break dance*. Fue un momento, llegó el rap como un muro de contención: la pandilla es lo opuesto de la palabra y la conciencia de realidad que entraña el rapeo.

desmorona en los símbolos toda vez que delatan su precariedad para conectar un régimen de sentido a la experiencia sentida de la gente; se desvanece del vínculo ante la dificultad de agregar un orden colectivo más allá del individuo y sus aspiraciones. Y ahora, en el plano del poder, se ahonda el agrietamiento: lo social pierde espesor ante la imposibilidad de traducir el conflicto en alguna expresión política.

"Sociedad: en eso yo no tomo parte", dice un marero guatemalteco. La sociedad, la entidad que hasta hace un tiempo se auto contuviera, ahora aparece minusvalorada y puesta en entredicho. Poco importa que el marero subraye la exclusión de la que es objeto o, por el contrario, su voluntad expresa de marginarse. En lo real lo uno se confunde con lo otro bajo la sombra del enunciado, "yo no tomo parte". Lo social está allá y yo estoy aquí, no sólo es incapaz de mitigar la pobreza sino que está impedida para integrar a cientos de sus miembros en un sentimiento de pertenencia. *<Lo único que importa es estar parado en la raya, poder robar y consumir vicio. Se han cruzado totalmente los fundamentos>*, dicen *<pareros>* colombianos<sup>5</sup>. Se abre el hoyo negro, devorado en su misma energía. Es verdad, *<se han cruzado totalmente los fundamentos>*.

## 2. Degradación de lo público

Por la pandilla habla a gritos la era del mercado. Su palabra nos conectó con la deriva de las disposiciones simbólicas y su vínculo nos remitió a la desocialización. En el poder lo mismo, la pandilla nos envía de nueva cuenta a la degradación de lo público que aqueja la contemporaneidad. En el plano político las manifestaciones son protuberantes, las mediaciones de agregación colectiva sufren el estropeo. El estado se escinde de la nación y ambas pierden su condición de centro de la cohesión colectiva; los partidos políticos se reducen a su función de máquinas electorales confinándose en el servicio burocrático y administrativo; los sindicatos se deshacen y los movimientos sociales entran en reflujos. El

---

<sup>5</sup> Hernando, p. 5.

horizonte de la ciudadanía ve erosionado su fundamento, dejó de evocar la imaginería del compromiso con el destino de la sociedad para recluirse el marco limitado de la exigencia del cumplimiento de los derechos.

La sociedad de mercado hace su apuesta, la matriz de las realidades que impone hay que buscarla en los modos de operación de la economía. Al igual que el símbolo y el vínculo la mercancía se despoja de socialidad. Su producción ya no remite a una sociedad en singular; remite a empleados anónimos ubicados en cualquier punto del planeta. La materialidad social se somete, ya al cálculo rentable del país con menores costos en la mano de obra, ya a la estrategia de mero eslabón en una cadena de producción e intercambio<sup>6</sup>. El proceso productivo pierde relación con algún conjunto de prácticas colectivas, sobre dicha abstracción es plausible el cometido de una economía regida por los principios de rentabilidad y acumulación. En el lance la sociedad se reduce a mera conjetura de la ganancia.

El hiato entre economía y sociedad no hizo parte del liberalismo clásico<sup>7</sup>. De manera distinta, el individuo universal en lo político se correspondía con el individuo autónomo en lo económico. Sobre los dominios de cada uno se instauró la división entre lo público y lo privado, el primero asociado al bien general, el estado y la gestión política; el segundo conectado al interés particular, la sociedad civil y la actividad económica. Sobre sus relaciones mutuas descansó el edificio social. Para el caso, la visión keynesiana y la política pública que originó tenían como premisa la búsqueda del pleno empleo y por tanto la ampliación de la demanda<sup>8</sup>. El estado de bienestar, como consecuencia, significó una fórmula de compromiso entre economía y ciudadanía. La sociedad y su destino

---

<sup>6</sup> Las piezas componentes de una mercancía se pueden producir todas en naciones distintas.

<sup>7</sup> El liberalismo clásico, con sus muchas variantes, está atravesado por la concepción republicana que asocia la realización personal con la cosa pública. Desde mediados del siglo XIX se impuso la versión economicista, la misma que domina la visión neoliberal contemporánea, en la que Polanyi (2004) identifica el origen de las dos guerras mundiales del siglo XX. No en vano varios autores encuentran más de una similitud entre el final del siglo XIX (*la belle époque*) y los tiempos actuales. Gilly (2002).

<sup>8</sup> Flórez y Mariña (1999).

significaron el esfuerzo de resolver el equilibrio siempre inestable entre las dos fuerzas, de tal modo que la actividad económica se presumió como componente integrado del todo social.

El proyecto del mercado, en contravía, rompe el nervio vital que ata la economía a la sociedad. La producción se desentiende del bienestar y el futuro de la colectividad, es el corolario resultante de la hegemonía del principio generatriz de la movilidad: la mercancía ha de desplazarse sin cortapisa ninguna. La maquila lo muestra, hoy está aquí, mañana se trasladó a cualquier otro lado persiguiendo los dictados de la maximización de la ganancia<sup>9</sup>. La suerte de los trabajadores y la sociedad donde se inserta no es de su incumbencia, menos lo es el proyecto de socializar su tecnología entre la producción doméstica<sup>10</sup>. Su poder se torna asocial y difuso, no se conoce en que rincón del planeta se elabora el resto del producto, al tiempo que los centros de decisión se difuminan en la niebla de la interconexión mundializada.

La especulación se impone sobre la producción, es uno de los rasgos capitales del orden emergente. El sector financiero realiza operaciones diarias por valor de 1.3 billones de dólares, casi los 1.5 billones que suman las reservas de los bancos nacionales del globo entero<sup>11</sup>. El poder pierde nitidez, diseminado en la gestión productiva descentralizada, la vinculación laboral flexible, la fractura territorial, el empequeñecimiento de la legislación. Dotado de prerrogativas discrecionales el capital rompe amarras con la sociedad, mientras en su interior se agigantan la miseria y la inequidad. Luego de casi tres décadas de ajustes neoliberales la pobreza se profundiza: en el año 2005 más de la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares diarios<sup>12</sup>. Sin embargo, ninguna

---

<sup>9</sup> Entre mediados de 2001 y el siguiente año salieron de México 545 maquilas rumbo a los deprimidos salarios chinos, generando la pérdida de 478.489 empleos en un solo año. Quintero (2003, p. 80).

<sup>10</sup> Después de más de 20 años de maquila en México sólo el 3.2% de sus insumos hacen uso de la industria y el producido mexicano.

<sup>11</sup> Bauman (1999, p. 90).

<sup>12</sup> Reforma (24 de agosto de 2005, p. 22A).

evidencia termina de convencer a los ricos de la responsabilidad que les cabe en el aterrador crecimiento de la miseria.

Es la abstracción de lo social. La vida parece no deberle nada a la sociedad, ya ni siquiera la economía. Entonces, mientras la gran empresa se embriaga en la rentabilidad, el pandillo guatemalteco afirma, imbuido de idéntica racionalidad, “sociedad: en eso yo no tomo parte”. El tiempo paralelo hace de metáfora impecable. Sobre el telón de fondo del desentendimiento de lo social el pandillo genera su dominio sobre el espacio público local. La construcción de identidad y la obtención de reconocimiento, emblemas de los tiempos, exponen su renovado rostro: ejercen su dominio sobre la vida cotidiana; son un idioma de los excluidos mas la lucha la libra cada quien en sus grupos de pertenencia inmediata; continúan socavando el orden y alimentando la rebelión, aunque sus efectos se consumen en el instante del goce. Su efecto se produce entonces en el bulto y la agregación, en la facilidad con que multitud de jóvenes de los rincones urbanos se abandonan al *<parche>*.

Tanto la pandilla abajo como los dispositivos del mercado arriba beben de un mismo procedimiento, capitalizar la disolución de lo social desquiciándola hasta el extremo. El símbolo es arrancado de las prácticas que le dieron origen convirtiéndolo en mercancía disponible para la información globalizada, el vínculo es cercenado de la fuerza incluyente de las mediaciones a favor del individuo desvinculado. Asimismo con el poder, el “olvido” de lo social significa en realidad el intento de neutralizar su poderío. Del mismo modo que la disposición económica prescinde del estado y sus políticas intervencionistas, el actual balance de poder hace caso omiso de la participación ciudadana, sus movilizaciones y presiones. La esfera pública se degrada, su andamiaje ya no depende de la densificación de lo social mediante la constitución de actores colectivos<sup>13</sup>; en su lugar se entronizan los medios de comunicación y las instituciones

---

<sup>13</sup> La noción de densificación de lo social es de Zermeño (2005).

formales de la democracia representativa. Lo social, ese que dependiera de la conexión con un orden objetivo más allá del individuo, se comprime ante la gramática generatriz imperante. Por eso *<lo único que importa es estar parado en la raya, poder robar y consumir vicio>*. El individuo sólo con precariedad vuelve a descifrarse como ciudadano, o como trabajador o como estudiante; le quedan a la mano el consumo y el deseo. Desanclados los símbolos y deshechos los vínculos, se perfila el poder fundado en el acto de *<estar parado en la raya>*.

### 3. El pánico

Ante la deriva simbólica la era del mercado introduce el deseo, frente a la desocialización gesta el individuo auto centrado. Y entretanto, compelida por el desasimiento de lo público instituye el pánico como nuevo conector social. La fractura de la ligazón con un orden objetivo, derruido por la movilidad, se verifica en últimas sobre el aniquilamiento de la voluntad colectiva. El poder deja de evocar la agregación de fuerzas conectadas por un destino común; la democracia representativa y sus ceremonias no colman el abismo abierto ante la pérdida de conciencia sobre un futuro alternativo, uno donde la existencia reciba su plena dignidad. La sociedad deja de ser aquella colectividad segura de sí misma, plena de la certeza en su capacidad de conducir la historia y modelar el mundo al tamaño de su voluntad; le invaden más bien la sombra de la incertidumbre y el mutismo frente a su propia incapacidad.

El orden y la certeza pierden su fuerza, arrastrados por conexiones planetarias donde se disuelven los contornos de los hechos y se funda el sentimiento de arrebató de lo propio. Los mecanismos de control e integración se quiebran mientras gana terreno la conciencia del agotamiento y el arrasamiento del planeta, poniendo de presente el límite en la capacidad de auto reproducción de la humanidad. La indeterminación de lo social echa raíces entre los escombros de unos mediadores despojados de su capacidad de hacer frente a la creciente conflictividad que ellos mismos provocan, al tiempo que la

incertidumbre personal gana terreno frente a una vida arrinconada entre riesgos imprecisos e impredecibles<sup>14</sup>.

Frente a tal estado de cosas el pánico se erige en nuevo conector social. No de modo gratuito se declara el terrorismo como el reciente enemigo de la humanidad y a la criminalidad como el “cáncer” de la sociedad. El primero expresa el pánico a nivel global, el segundo a nivel de las sociedades domésticas. Una verdadera oleada de miedo recorre la sociedad. Los medios de comunicación no hacen sino agigantarla con sus reiteradas invitaciones a deshabitar la calle, mientras los gobiernos se apresuran a convertirla en blasón político de sus gestiones administrativas.

El crimen aparece de nuevo en nuestra reflexión. No sólo es un catalizador, el miedo a la inseguridad –a la criminalidad– se apodera de la conciencia ciudadana: el terror a convertirse en víctima de alguno de sus desmanes se trepa al primer lugar de las preocupaciones que desvelan al continente. En Colombia parece natural, la presencia de dos ejércitos ilegales llenos de nexos con el narcotráfico, junto a desbordados indicadores de violencia y muerte, convierten la paz y la seguridad en asunto político esencial. Empero lo mismo se dice en Chile y Costa Rica, países con reducidas tasas de violencia gracias a la ausencia de un crimen de proporciones desestabilizadoras: la inseguridad es también allí centro de la angustia ciudadana<sup>15</sup>. En México lo mismo, sus pobladores sienten la amenaza de un crimen que parece coparlo todo, las encuestas de victimización lo confirman<sup>16</sup>. Ante el hecho la ciudadanía toma la iniciativa, constituye entidades encaminadas a denunciar el crimen y a presionar una acción eficaz por parte del estado, la vida privada se atiborra de sistemas de seguridad, mientras el ciudadano común se vale de

---

<sup>14</sup> En conexión con estos hechos Beck (1998) formula la noción de sociedad de riesgo..

<sup>15</sup> En el año 2000 la tasa de homicidio de Chile es de 3 y de Costa Rica de 5.4; y no obstante la inseguridad es el problema de preocupación colectiva más importante. Krug (2003, p. 332).

<sup>16</sup> La última encuesta del ICESI (2002) revela que al 50% de la población mexicana la arrincona el sentimiento de inseguridad. El panorama se agrava en el Distrito Federal, el porcentaje asciende al 90%. Este País (1999). El fenómeno es generalizado, se le encuentra igual en el mundo entero. La percepción ciudadana de un crimen en ascenso en los Estados Unidos llegó en 1998 al 52%, pero en 1989 fue del 84%. Chabat y Bailey (2001).

estrategias a la mano como mantenerse recluido en el recinto seguro de su casa<sup>17</sup>. Se reafirma el papel estelar del ámbito de lo privado

La inseguridad se transforma así en nudo político de la mayor relevancia, por no decir el más prioritario. Se le señala como la principal fuente de intranquilidad colectiva, incluso por encima de los siempre acuciantes problemas económicos con su carga de desempleo y miseria. Antes que los empeños por la mejora en las condiciones materiales de existencia, en un contexto en donde a todas luces la pobreza se agiganta, la gente se siente instada por la amenaza sobre su vida y su patrimonio<sup>18</sup>. Conceptos estratégicos del orden político como gobernabilidad y legitimidad pasan ahora por ahí, por la capacidad de contener el crimen y aminorar su presencia. Por demás no importa la condición social, el miedo se extiende con vehemencia entre los sectores populares; como se señaló cualquier invitación a la identificación de los problemas concluye con el señalamiento de la drogadicción y la violencia como las realidades que apremian<sup>19</sup>. El reinado de la inseguridad no es sólo en Colombia, es un rasgo de la esfera pública del continente<sup>20</sup>.

El pánico asciende a operador de la cultura y la política. La sociedad cambia sus registros, deja de ser la colectividad orgullosa de su voluntad de dominio, transida de progreso y desarrollo, para convertirse en el mundo saturado de inseguridad y miedo. El pánico se trastoca en conector social que hace el relevo ante el descuartizamiento del vínculo, el empobrecimiento del símbolo y la degradación del poder. Y allí mismo se produce la otra

---

<sup>17</sup> En México han crecido las entidades privadas en contra de la criminalidad. Muestra de ello, el Instituto Mexicano de Estudios de la Criminalidad Organizada (IMECO), México Unido contra la Delincuencia, el Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Inseguridad (ICESI). La marcha del 27 junio del 2004, donde se llenaron las calles del centro del Distrito Federal, bien muestra la preocupación al respecto. De otro lado, en 1997 México fue el tercer comprador de dispositivos de seguridad en el mundo. Chabat y Bailey (2001). Para los comportamientos de la gente en el Distrito Federal González-Placencia (1999).

<sup>18</sup> En México Zepeda (2004).

<sup>19</sup> En Colombia lo mostraremos. En México el fenómeno del temor al crimen toma cuerpo, de preferencia, en las ciudades y los sectores desfavorecidos. Ugalde (2004). Además el trabajo de campo en el Distrito Federal lo confirma. *Mobilización colectiva, crimen y poder*. Universidad de la Ciudad de México.

<sup>20</sup> Lo mismo se puede decir de Argentina (Dammert, 2002), por no citar los casos de Brasil y Venezuela con sus elevadas tasas de homicidio. Un panorama de varios países, además de los latinoamericanos, en Llorente y Rubio (2003).

juntura entre sociedad y experiencia pandillera: el <parcero> hecha los cimientos duros de su vivencia sobre la propalación del pánico.

El miedo es un sentimiento de lo humano, una condición antropológica de su historia. No obstante su experiencia hoy, en comparación con la auto conciencia que gobernó la modernidad, lo transforma en rasgo característico de la contemporaneidad. El pánico se trastoca en manifestación cultural, hija legítima de la era del adelgazamiento de las mediaciones instituidas y el estallido de las fuentes de certeza. Lo uno y lo otro se refuerzan, en medio de la mutación de los anclajes vinculantes cada vez es menos cierto en qué se cree y por qué se cree. La oleada de pánico se enclava en el corazón de la perplejidad y el abatimiento de lo público, como si resultara ser el único remedio contra la impotencia.

Las pandillas se nutren del estado de cosas reinante, viven del pánico que se encargan de alimentar y regar: lo hacen porque nacen en una época donde es “legítimo” estar afuera, descreídos y desanclados<sup>21</sup>. El <parche> entonces, en el plano de lo local, se vuelve la bisagra del sentimiento contemporáneo del miedo: lo suprime adentro para provocarlo afuera, el <parcero> lo administra, ahí reside su poder.

El mercado hace sus operaciones culturales. El crimen, en realidad, es una forma de hacer el nuevo desciframiento de lo social. Ante la fragmentación de los mediadores el miedo se convierte en lazo social, mediante él se convoca la pertenencia y la inclusión en una sociedad atiborrada de discriminaciones y exclusiones. Se produce la representación de una nueva división de la sociedad, de este lado están los excluidos y los marginados, solzados en la criminalidad, de aquel otro se hallan los integrados y por tanto los invitados al disfrute del producido colectivo.

---

<sup>21</sup> No de modo gratuito se extienden también prácticas como la trata de blancas y la prostitución infantil. Azaola y Estes (2003).

La dominación contemporánea se ejerce pues mediante tales procesos. Primero se generaliza el embote del poder mediante el cercenamiento de la voluntad histórica: la colectividad perdió la conexión con la utopía de una sociedad alternativa, dando al traste con el sentido de una posible acción colectiva frente a un mundo donde no existe un orden más allá del individuo. Después se entroniza la imaginería del individuo del deseo, a quien se pone entre manos la libertad de decidir de manera autónoma el estilo de vida que mejor le convenga: el deseo individual sustituye la construcción de un futuro para todos y cada uno de los ciudadanos. Luego se generaliza el pánico como nuevo operador de desciframiento de la fractura social: el contenido social de la experiencia colectiva se disuelve en un asunto de represión y capacidad policiva. El prodigioso avance tecnológico libra su partida, la idea de la vida buena se asfixia en la disponibilidad de bienes y objetos que simplemente se producen por cientos para ser consumidos. Sólo es necesario integrarse y demandar su mayor disponibilidad. Lo social se abstrae devorado por la lógica de la mercancía, los pandillos muy bien lo han entendido.

## PARA CONCLUIR

La pandilla no es otro, es un extremo de nosotros. ¿Qué es entonces lo que hemos de ver allí? Desde la pobreza, sin el menor atisbo de urbanidad, el <parcero> enrostra el proyecto cultural de la sociedad contemporánea. Lo muestra en su plena potencia cumpliendo el oficio de imponerse hasta en el último reducto del barrio popular. Pero al mismo tiempo desnuda su fragilidad, pone al descubierto la precariedad de sus desciframientos.

De un lado revela el lado perverso que acompaña la mitología de lo joven, con frecuencia revestida de resistencia y exaltación libertaria; del otro toma visible el rampante ingreso de la criminalidad a las estructuras de lo cotidiano, convertida en nudo ordenador del intercambio colectivo. Uno y otro se mezclan, y en el trance de muchachos desvergonzados que hallan en el delito un orificio de fuga se endurece una vieja práctica urbana –el gesto pandillero–, develando la grieta de la mediación social sobre la que se erige la era del consumo.

Ciertamente la pandilla se nutre del talante de los nuevos tiempos, tanto de aquello que ha sido arrasado como de eso que viene a sustituirlo. Su palabra menesterosa recuerda el adelgazamiento de los símbolos, tanto como el intento de conjurarlo mediante el sensualismo: el <parce> evidencia los nudos ciegos del sujeto del deseo en su tarea de contener la deriva simbólica y afianzar algún horizonte de sentido. Asimismo el autismo del grupo desnuda la disolución del vínculo; los conectores sociales se desvanecen, se relativizan hasta la inutilidad, poniendo en su reemplazo al individuo embebido en su soledad. La pandilla dice que la persona auto contenida no conjura la desocialización y menos instaure un lugar para la pertenencia. Lo mismo, el poder localizado visibiliza la

degradación de lo público catapultada por el desvanecimiento de la voluntad colectiva y el intento de exorcizarlo a través del pánico. El delgado pero potente hilo que ata la construcción de la dominación al miedo revela la dislocación de la cohesión social. En la calle de la barriada urbana el tiempo paralelo es su encarnación.

La pandilla desconcierta y atemoriza. Lo hace porque el espectáculo de muchachos entregados de día entero a la esquina dramatiza la tragedia de nuestro tiempo. Por eso provoca repudio, perturbación y miedo: la pobreza de su palabra es la precariedad de nuestros símbolos, la ausencia de sus conexiones es la muerte del vínculo, el oprobio de su poderío es la disolución de la esfera pública. Es un espejo cruel pero diáfano de las sin salidas del mercado, su exceso hasta la impudicia lo refleja.

La pandilla no es otro, es un extremo de nosotros. Por ello carece de sentido la pretensión de eliminarlos por la vía de la represión y la fuerza. A lo sumo la persecución los repliega o, en tantos casos, endurece aún más su trasgresión. Aparece el interrogante. Si la fuerza es de todo a todo inútil, ¿a dónde convocarlos? El pandillo *<mantiene ofendido, mantiene con el diablo adentro>*. De allí que el viaje de retorno sea en extremo espinoso, el alma se ha envenenado con ira, *<vicio>* y abandono. Entre quienes logran sobrevivir a la experiencia –unos verdaderos sobrevivientes–, algunos abandonan la pandilla animados por la presencia de una mujer ajena al grupo, el enamoramiento y luego la familia terminan la correría; en otros casos el encuentro con Dios proporciona una moral que riñe con desafueros y desmanes, y en unos más el estudio y el trabajo trasladan el espíritu a otra parte. Con cierta frecuencia la llegada de la edad adulta, y con ella la necesidad de ubicarse y *<progresar>*, hacen fricción con la pertenencia raizal al *<parche>*. Para quien comienza a regresar del tiempo paralelo los imperativos de la vida corriente se imponen, *<yo soy papá, a mí me matan y quien responde por mi hijo y mi señora>*. Desde luego no en todos los casos la renuncia se verifica por el camino de las obligaciones, en múltiples ocasiones se cumple por el terror a la ley violenta de la que tanto se abusara: *<Para salir también influye el miedo que lo maten, estar en una esquina y llegue otro y lo mate sin saber por qué>*.

Los motivos de renuncia son variados. En todos los casos, sin embargo, se trata de retomar el hilo de la vida abandonada. El <parcero> vuelve como el hijo pródigo, triste y arrepentido. Pese a sus brutales distanciamientos no poseen nada distinto a ese mundo temporalmente suspendido, el del cura y la familia, el de la escuela y el trabajo. El pandillo abomina de un mundo del que retiene sus mitologías, no importa la hondura de su afuera. La pregunta cambia pues de dirección, el pandillo nos interroga. Ante la deriva simbólica, ¿cómo nos comunicamos? Frente a la desocialización, ¿qué nos une? Y de cara a la degradación de lo público, ¿cómo podremos resistir?

La pandilla no propone ningún norte, su protesta muda no deja espacio para cosa distinta a la gratificación y el desafuero. No obstante, en medio de la infamia y el desorden siembra una pista para la resistencia. Arrinconado por una sociedad empeñada en domeñar el tiempo el <parcero> subvierte el curso de la vida mediante su entrega a la ausencia de límite y frontera. La era de mercado tritura el tiempo, es la muestra fehaciente de su dominio; se pretende atemporal –resultado de la mezcla de las temporalidades en la instantaneidad-, ufanada de fin de la historia y abstracción de lo social. Frente a ella el pandillo resiste desde la trinchera del tiempo paralelo, es su apuesta. Emplazados por la miseria, entre muchachos apenas transitando la adolescencia, el tiempo es el único bien de que se dispone. Su rebelión llega hasta ahí, a la manipulación a su arbitrio de un bien preciado y escaso. De resto el signo de la resistencia se consume en el gesto grotesco y descarnado.

Sumidos en la lógica de la vida corriente, ajenos a las usanzas pandilleras, ¿habrá algún bien disponible donde sea posible resistir? Una densa maraña parece impedir alguna respuesta: el ser humano conquistó las alturas y trituró las distancias, explora planetas remotos y se comunica a la distancia con la prontitud del trueno. Con todo, frente al cuadro del hambre apoderado de cientos de lugares del planeta, la ciencia y sus

hipnotizados descubrimientos no pasan de ser instrumentos de inequidad y palancas de dominación.

Entonces es preciso hacer un rodeo al mito que envuelve la dominación actual, esa que muestra la sociedad contemporánea como el mundo de la comodidad ofrecida por el consumo. Un rodeo que allane un camino para la restitución del vínculo, la redensificación del símbolo y la recomposición de la esfera pública. Si algún proyecto aguarda detrás él es preciso el intento de reconfigurar lo sagrado. No lo sagrado al viejo estilo de lo religioso institucionalizado, ese ya mostró su carga de dominación y sojuzgamiento. Se trata más bien de rehacer lo sagrado que reconoce un orden más allá de cada sujeto y hace un valor de la dependencia, lo sagrado que reconoce el límite y reclama un sentido, un sentido de cara a una vida digna que merece ser construida. La pandilla no lo hace, está lejos de hacerlo; pero justo porque se para en el otro extremo está ahí para recordármolo.

## BIBLIOGRAFIA

- \* Adler Lomnitz, Larissa (2003). "Los usos del miedo. Pandillas de porros en México". En: Ferrandiz y Feixa (editores). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Ariel: Barcelona.
- \* ---- (2001). *Redes sociales, cultura y poder. Ensayos de antropología latinoamericana*. Porrúa: México.
- \* ---- (1998). *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI: México.
- \* Aguilera, Mario (2001). "Justicia guerrillera y población civil. 1964-1999". En: *Violencia colectiva en los países Andinos*. Bulletin de L'Institute Francais d'Etudes Andines. Instituto de Estudios Andinos (Ifea): Lima, Tome 29, No. 3.
- \* Alvarez, Jaime (2000). "La cultura política de la élite barranquillera a principios de siglo: elementos para su construcción histórica". En: Jaime Alvarez y colaboradores (editores). *Desarrollo urbano y política en Barranquilla*. Universidad del Atlántico: Barranquilla.
- \* Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Andrade, Xavier (1994). "Violencia y vida cotidiana". En: Julio Echeverría y Amparo Menéndez. *Violencia en la región andina. El caso de Ecuador*. Flacso: Quito.
- \* Appadurai, Arjun (1999). "Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional". En: *Nueva Sociedad*: Caracas, No. 163.
- \* Ardila, Amparo; Pombo, Javier y Puerto, Rubén (1995). *Pandillas juveniles: una historia de amor y desamor*. Secretaría de Educación - FES: Bogotá.
- \* Aries, Philippe (1992). *El hombre ante la muerte*. Taurus: Madrid.
- \* Arrieta, Juan; Tokatlian, Juan; *Narcotráfico en Colombia: dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*. Tercer Mundo - Universidad de los Andes: Bogotá.
- \* Asociación Comunal de Juntas (2001). Intervención en la sesión del Concejo Municipal de Neiva. 14 de noviembre de 2001. Mimeo.
- \* Azaola, Elena (2004). "Juventud: exclusión y violencia". En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.
- \* ---- y Estes, Richard (2003). *La infancia como mercancía sexual. México, Canadá y Estados Unidos*. Siglo XXI: México.
- \* ---- (2002). Crimen y castigo en México. En: David Levinson (editor) *Encyclopedia of Crime and Punishment*. Sage Publications: Thousand Oaks CA, vol. 3.
- \* ---- (1996). *El delito de ser mujer*. Plaza y Valdes - Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México.
- \* Bajtin, Mijail (1995). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Alianza Universidad: Madrid.

- \* Bauman, Zygmunt (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- \* Beck, Ulrich (1999). *Hijos de la libertad*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* ---- (1993). *La inención de lo político*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Bedoya, Diego y Jaramillo, Julio (1991). *De la barra a la banda*. El propio bolsillo: Medellín.
- \* Bergquist, Charles (1988). *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Siglo XXI: Bogotá.
- \* Berman, Marshall (1999). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI: México.
- \* Betancur, Darío y García, Marta (1990). *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*. Tercer Mundo – Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- \* Birkbeck, Christopher (2003). En: *Elementos para una criminología local*. Universidad de los Andes – Alcaldía Mayor de Bogotá: Bogotá.
- \* Blair, Elsa (2004). *Muertes violentas. La teatralización del exeso*. Instituto de Estudios Regionales (INER). Universidad de Antioquia: Medellín.
- \* Bourgois, Philippe (1995). *In search of respect. Selling crack in el barrio*. Cambridge University Press: Londres.
- \* Britto, Luis (1991). *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*. Nueva Sociedad: Caracas.
- \* Cajas, Juan (2004). *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistoleros en Nueva York*. CONACULTA – INAH: México.
- \* Camacho, Alvaro y Guzmán, Alvaro (1990). *Colombia. Ciudad y violencia*. Foro por Colombia: Bogotá.
- \* Castañeda, Mónica (2004). *El contexto local del narcotráfico. El caso de Samaniego (Nariño)*. Tesis de grado Maestría en Estudios Políticos. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia.
- \* Castells, Manuel (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Volumen 1: La sociedad red. Alianza editorial: Madrid.
- \* ---- (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Volumen 2: El poder de la identidad. Alianza editorial: Madrid.
- \* Castillo, Héctor (2004). “Pandillas, jóvenes y violencia”. En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.
- \* ---- (1999). *Juventud, cultura y política social*. Instituto Mexicano de la Juventud – Secretaría de Educación Pública: México.
- \* Castillo, Héctor, Zermeno, Sergio y Ziccardi, Alicia (1988). *Juventud popular y bandas en la Ciudad de México*. México, mimeo.
- \* Castro, Jaime (1997). *Descentralización. Pieza maestra de una nueva forma de gobierno y de administración de la ciudad*. Ethos: Bogotá.

- \* Castro, Misael y Carranza, Marlon (2001). "Las maras en Honduras". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. UCA: Managua.
- \* Centro de Estudios de Investigación Social (1986). Sin título. Subdelegación de Desarrollo social. Delegación Alvaro Obregón: México, mimeo.
- \* Cervino, Mauro (2004). *Pandillas juveniles. Cultura y conflicto de la calle*. El Conejo: Ecuador.
- \* Chabat, Jorge y John Bailey (2001), *Seguridad pública y gobernabilidad democrática: desafíos para México y Estados Unidos. Reporte al Grupo de Tarea*, 2001.
- \* Chabedi, Mark (2002). Destin-LSE. Crisis States Programme's. Second International Workshop, Bogotá, abril 23-24, mimeo.
- \* Chicago's Bilingual Newspaper (2004). Pandillas 101: Chicago.
- \* Clarín (junio 17 de 2002). Tiroteos, robos y homicidio en aumento. Nueva York.
- \* Consejo Nacional de Población (1994). *Evolución de las ciudades de México 1900-1990*. México.
- \* Cruz, José Miguel (2004). "Pandillas y capital social en Centroamérica". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica. Volumen II*. UCA: El Salvador.
- \* Cruz, Mike (2004). Unidades contrapandillas disminuyen crimen en desierto. Daily Press: Victor Valley.
- \* Cubides, Fernando; Olaya, Ana y Ortiz, Carlos Miguel (1998). *La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*. Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- \* DANE (1995). *Encuesta Nacional de Calidad de Vida*. Bogotá.
- \* ---- (1993). *Encuesta Nacional de Calidad de Vida*. Bogotá.
- \* Delegación Iztapalapa (sf). *Todos juntos por una nueva cultura de la seguridad*. Programas de seguridad pública: México.
- \* Departamento de Policía (2004). *Cómo detectar las pandillas*. Arlington.
- \* De Sousa Santos, Boaventura (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la posmodernidad*. Siglo del Hombre – Universidad de los Andes: Bogotá.
- \* Deutsche Bank (1993). *La juventud argentina. Una comparación de generaciones*. Planeta: Buenos Aires.
- \* Dumont, Louis (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Alianza Universidad: Madrid.
- \* Echandía, Camilo (1999). *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*. Presidencia de la República. Observatorio de Violencia: Bogotá.
- \* Egley, Arlen y Major, Aline (2003). Highlights of the 2002 National Youth Gang Survey.
- \* Egley, Arlen (2001). *National Youth Gang Survey Trends From 1996 to 2000*.
- \* El Diario de Hoy (abril 7 de 2004). "El "sueño americano" terminó".
- \* El Espectador (2000). "Alta deserción escolar por crisis y guerra". 26 de agosto, Bogotá.
- \* Encinas, José (1994). *Bandas juveniles. Perspectivas teóricas*. Trillas: México.

- \* Escuela de Antropología Social (1999). *Pandillas juveniles en la región metropolitana*. Instituto Nacional de la Juventud – Universidad Bolivariana: Chile.
- \* Esmas (julio 24 de 2003). *Anuncia El Salvador guerra contra pandillas*.
- \* Feixa, Carles y Muñoz, Germán (2005). *¿Reyes latinos? Pistas para superar los estereotipos*. En: *El País*: Madrid.
- \* ---- (1998). *El reloj de arena*. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud – Secretaría de Educación Pública: México.
- \* ---- (1993). *La ciudad en la antropología mexicana*. Cuadernos de Geografía e Historia. Universidad de Lleyda: Lleyda (España).
- \* Ferro, Juan y Uribe, Graciela (2002). *El orden de la guerra. Las FARC-EP: Entre la organización y la política*. Centro Editorial Javeriano (CEJA): Bogotá.
- \* Ferro, Juan; Uribe Graciela; Osorio, Edilma y Castillo, Olga (1999). *Jóvenes, coca y amapola. Un estudio sobre las transformaciones socioculturales en zonas de cultivos ilícitos*. Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Estudios Ambientales y Rurales: Bogotá.
- \* Flores, Víctor y Mariña, Abelardo (1999). *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Formar ciudad (1995). *Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas para Santa Fe de Bogotá. 1995-1998*. Decreto No. 295, junio 1 de 1995.
- \* Fundación Social Barranquilla (1998). *Barranquilla: En busca de una segunda oportunidad sobre la tierra*. Fundación Social: Barranquilla.
- \* Funke, Hajo (2000). “Desintegración social, extremismo de derecha y violencia xenófoba en Alemania”. En: *Globalización de la violencia*. Colibrí: México.
- \* García, Carlos Iván (1998). *En algún lugar pardaremos. Normas y valores de los pardes de la localidad 11*. Observatorio de Cultura Urbana – Tercer Mundo: Bogotá.
- \* García Canclini, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa: Barcelona.
- \* ---- (1999) *La globalización imaginada*. Paidós: Barcelona.
- \* ---- (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo: México.
- \* García-Robles, Jorge (1987). *¿Qué transa con las bandas?* Posada: México.
- \* Gaviria, Alejandro (2000). “Decisiones: sexo y embarazo entre las jóvenes colombianas”. En: *Coyuntura Social*. Fedesarrollo: Bogotá, Número 23.
- \* Giddens, Anthony (1998). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Península: Barcelona.
- \* ---- (1991). *Consecuencias de la modernidad*. Alianza: Madrid.
- \* Gilly, Adolfo (2002). *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*. Itaca – La Jornada: México.
- \* ---- (1998). *Chiapas. La razón ardiente*. Era: México.
- \* Gómez, Hernando (2003). *Conflictos callejón con salida*. Informe de Desarrollo Humano. Organización de las Naciones Unidas: Bogotá.

- \* González-Placencia, Luis (1999). *La inseguridad subjetiva en la ciudad de México. Estudio exploratorio acerca de la actitud de los capitalinos frente a la seguridad pública en el Distrito Federal*. Fundación Rafael Preciado Hernández – Estudios en Seguridad, Justicia y Derechos Humanos: México, Documento de trabajo No. 21.
- \* Gouëset, Vincent (1998). *Bogotá: Nacimiento de una metrópoli. La originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*. Tercer Mundo – Observatorio de Cultura Urbana – Cenac – Ifea – Fedevivienda: Bogotá.
- \* Gomezjara, Francisco y otros (1987). *Las bandas en tiempos de crisis*. Nueva Sociología: México.
- \* Gomezjara, Francisco (1983). “Una aproximación sociológica a los movimientos juveniles y al pandillerismo en México”. En: In Telpochtli, In Ichpuchtli. Revista de Estudios sobre Juventud. CREA: México, julio, año 3, No. 8.
- \* Gruzinski, Serge (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Guillén, Luz María (1985). “Idea, concepto y significado de juventud”. En: In telpochtli, in ichpuchtli. Revista de Estudios sobre Juventud. CREA – Centro de Estudios sobre la Juventud Mexicana: México, Nueva Epoca, No. 5.
- \* Gutiérrez, Virginia (1975). *Familia y cultura en Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura: Bogotá.
- \* Guzmán, Alvaro y Domínguez, Marta (1998). *Diagnóstico de los homicidios en Cali*. Mesa de concertación en Juventud: Cali
- \* Habermas, Jurgen (1981). *Conocimiento e interés*. Taurus: Barcelona.
- \* Helleiner, Eric (2000). “Reflexiones braudelianas sobre globalización económica”. En: *Análisis Político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá, No.
- \* Henao, José y Castañeda, Luz Stella (2002). “Parlaches. El lenguaje de los jóvenes marginales de Medellín”. En: Feixa, Carles; Molina, Fidel y Alsinet, Carles. *Pachucos, malandros y punketas*. Ariel: Barcelona.
- \* Hernández, Luis (2004). “Pandillas de la globalización”. En: *Jornada*. Noviembre 30, p. 21.
- \* Hill, Karl; Lui, Christina y Hawkins, David (2000). Early Precursors of Gang Membership: A Study of Seattle Youth. En: *Juvenile Justice Bulletin*, diciembre.
- \* Hobsbawm, Eric (2003). *Bandidos*. Crítica: Barcelona.
- \* Homies Unidos-Instituto Universitario de Opinión Pública-Radda Barnen de Suecia-Save the Children (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador*. Uca: San Salvador.
- \* Horkheimer, Max (2000). *Teoría crítica*. Amorrortu: Buenos Aires.
- \* ---- (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Sur: Buenos Aires.
- \* Howell, James y Decker, Scott (1999). *The Youth Gangs, Drugs, and Violence Connection*. U.S. Department of Justice. Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention. *Juvenile Justice Bulletin*, January.

- \* Ianni, Octavio (1999). *Teorías de la globalización*. Siglo XXI – Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. UNAM: México.
- \* Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses - GTZ (2000). *Forensis 1999. Datos para la vida*. Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses – GTZ: Bogotá.
- \* Jaramillo, Ana María; Ceballos, Ramiro y Villa, Marta Inés (1998). *En la encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Alcaldía de Medellín-Programa para la Reinserción-Región: Medellín.
- \* Jiménez, Carlos (1998). “¿Qué dicen las encuestas sobre jóvenes y familia?”. En: *La familia*. Kellogg’s Institute: Bogotá, mimeo.
- \* Kennedy, David; Braga, Anthony y Piehl, Anne (2003). Reducing gun violence. The Boston Gun Project’s Operation Cease Fire”. En: Llorente, María Victoria y Rubio, Mauricio. *Elementos para una criminología local*. Alcaldía Mayor de Bogotá: Bogotá.
- \* Krug, Etienne; Dahlberg, Linda; Mercy, James; Zwi, Anthony y Lozano, Rafael (editores) (2003). Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud. Organización Panamericana de la Salud – Organización Mundial de la Salud: Washington.
- \* La Opinión Digital (noviembre 23 de 2004). “‘Mano dura’ contra las pandillas”.
- \* La Opinión (marzo 18 de 2004). “Solución a las pandillas será uno de los retos del nuevo gobierno”.
- \* La prensa (diciembre 1 de 2004). “Continuará violencia en Centroamérica mientras se reprima a pandillas”.
- \* La Prensa (noviembre 23 de 2003). “Guerra a pandillas”.
- \* La Prensa (abril 6 de 2003). “Pandillas en Oruro”.
- \* La Nación (noviembre 28 de 2004). Panamá.
- \* Lazo, Enrique (2002). Pandillas en Perú. Monografías.com
- \* Leal, Francisco (1984). “La participación política de la juventud como expresión de clase”. En: *Juventud y política en Colombia*. Fescol: Bogotá.
- \* Lechner, Norbert (1996). “Por qué la política ya no es lo que fue? En: *Foro*. Foro Nacional por Colombia: Bogotá, No. 29.
- \* ---- (1995). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* León, Fabricio (1984). *La banda, el conejo y otros panderos*. Grijalbo: México.
- \* Levi, Giovanni y Schmitt, Jean-Calude (1995). *Historia de los jóvenes. I. La antigüedad*. Taurus: Madrid.
- \* Liebel, Manfred (2004). “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta”. En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.
- \* ---- (2002). Pandillas y maras: señas de identidad. En: *Envío Digital*, No. 244, julio.

- \* Lypovetsky, Gilles (2005). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Compactos Anagrama: Barcelona.
- \* ---- (1994b). *El imperio de lo efímero. La moda y sus destinos en las sociedades modernas*. Anagrama: Barcelona.
- \* ---- (1994<sup>a</sup>). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama: Barcelona.
- \* Llorente, María Victoria y Rubio, Mauricio (compiladores) (2003). *Elementos para una criminología local*. Alcaldía Mayor de Bogotá: Bogotá.
- \* ---- y Echandía Camilo; Escobedo, Rodolfo y Rubio, Mauricio (2001). "Violencia homicida y estructurales criminales en Bogotá". En: *Análisis Político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá, No. 44, septiembre-diciembre.
- \* Marcial, Rogelio (1997). *Jóvenes y presencia colectiva. Introducción al estudio de las culturas juveniles del siglo XX*. El Colegio de Jalisco: Guadalajara.
- \* Mariña, Abelardo (2003). "La recesión mundial capitalista. Naturaleza y alcances". En: *Globalización. Reforma neoliberal del Estado y movimientos sociales*. Itaca: México.
- \* Martín Barbero, Jesús (1998). "Jóvenes: desorden cultural y palimpsestos de identidad". En: Cubides, Humberto; Laverde, Cristina y Valderrama, Eduardo. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre – Departamento de Investigaciones. Universidad Central: Bogotá.
- \* ---- (1997). "El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación". En: *La nueva representación política en Colombia*. Fescol – Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- \* ---- (1996). "Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación". En: *Nómadas*. DIUC, Universidad Central: Bogotá, No. 5.
- \* ---- (1995). *De los medios a las mediaciones*. Tercer Mundo: Bogotá.
- \* Medina, Carlos (1990). *Autodefensas, paramilitares y narcotráfico en Colombia*. Documentos periodísticos: Bogotá.
- \* Meisel, Adolfo (1999). "¿Por qué perdió la Costa Caribe el siglo XX?". En: Calvo, Haroldo y Meisel, Adolfo (editores). *El rezago de la Costa Caribe Colombiana*. Banco de la República – Fundesarrollo – Universidad del Norte – Universidad Jorge Tadeo Lozano (seccional Caribe): Bogotá.
- \* Merino, Juan (2001). "Las maras en Guatemala". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. Uca: Managua.
- \* Mininter (12 de marzo de 2004). Perú.
- \* Montenegro, Armando y Posada, Esteban (2001). *La violencia en Colombia*. Cambio: Bogotá.
- \* Monod, Jean (2002). *Los banjos. Etnología de bandas juveniles*. Ariel Social: Barcelona.
- \* Morin, Edgar (1974). *El hombre y la muerte*. Kairós: Barcelona.

- \* Naciones Unidas (1996). *Un mundo en proceso de urbanización. Informe mundial sobre asentamientos humanos*. Tercer Mundo: Bogotá, 2 volúmenes.
- \* Murillo, Samuel (2004). *Alrededor de 283 pandillas en Phoenix*. Prensa Hispana. Phoenix.
- \* Navarro, Manuel y Mateo, María (1993). *Informe juventud en España*. Instituto de la Juventud: Madrid.
- \* Noticias.com (agosto 16 de 2004). “Miden efectividad de plan regional contra maras y pandillas”.
- \* Noticias USA (noviembre 23 de 2004). “Centroamérica se sobrepone”.
- \* Observatorio de Cultura Urbana (1997). *Seguridad y violencia en Santafé de Bogotá*. Instituto Distrital de Cultura y Turismo: Bogotá.
- \* Organismos no gubernamentales de Derechos Humanos (s.f.). *A lo bien, parece Violencia juvenil y patrones de agresión contra los jóvenes de sectores populares en Cali*. Bogotá.
- \* Organización Panamericana de la Salud - Organización Mundial de la Salud (2003). *Informe Mundial sobre la violencia y la salud*. Washington.
- \* Ortiz, Carlos Miguel (1985). *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*. Cerec - Cider: Bogotá.
- \* Ortiz, Renato (1999). “Diversidad cultural y cosmopolitismo”. En: Martín Barbero, Jesús; López, Fabio y Jaramillo, Eduardo. *Cultura y globalización*. Centro de Estudios Sociales (CES). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- \* Paz, Octavio (2000). *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Pécaut, Daniel (2003). *Midiendo fuerzas. Balance del primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez*. Planeta: Bogotá.
- \* Perea, Carlos Mario (2005). “Comunidad y resistencia. Poder en lo local urbano”. En: Gabriel Medina (editor). Universidad Autónoma de la Ciudad de México: México.
- \* ---- (2005a). “El homicidio en México”. En: *Primer informe nacional de salud y violencia*. Secretaría de Salud: en proceso.
- \* ---- (2004). “Joven, crimen y estigma”. En: *Jóvenes*. Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud. Instituto Mexicano de la Juventud - SEP: México, No. 20, enero-julio.
- \* ---- (2000). “De la identidad al conflicto. Los estudios de juventud en Bogotá”. En: Martín Barbero, Jesús; López, Fabio y Robledo Angela (editores). *Cultura y región*. Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Ministerio de Cultura: Bogotá.
- \* ---- (2000a). “La sola vida te enseña. Subjetividad y autonomía dependiente”. En: *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*. Región: Medellín.
- \* ---- (1999) “Predicando mi mensaje. Testimonio rapero”. En: *Análisis Político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá, No. 38, mayo-agosto.
- \* ---- (coordinador) (1998). *Juventud en cifras*. Viceministerio de la Juventud: Bogotá, disco interactivo.

- \* ---- (1997). "Amapola, campesinos y glifosato". En: *Cuadernos de Nueva Sociedad*. Caracas.
- \* ---- (1996). *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en Colombia. 1942-1949*. Aguilar-Iepri: Bogotá.
- \* Pérez, Diego y Mejía, Marco Raúl Mejía (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP): Bogotá.
- \* Costa, Pérez y Tropea (1996). *Tribus urbanas*. Paidós: Madrid.
- \* Pizano, Lariza (2003). *Bogotá y el cambio. Percepciones sobre la ciudad y la ciudadanía*. Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (CESO). Universidad de los Andes - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- \* Pizarro, Eduardo (1996). *Insurgencia sin revolución. La guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Tercer Mundo - Iepri: Bogotá.
- \* ---- (1991). "Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia". En: *Análisis político*. Iepri: Bogotá, No. 12, enero-abril.
- \* Policía Técnica Judicial (2004). *Pandillas en Panamá*: Panamá, mimeo.
- \* Polanyi, Karl (2004). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Policía Nacional (1974-2000). *Revista Criminalidad*. Bogotá.
- \* Por la Bogotá que queremos (1998). Plan de desarrollo económico, social y de obras públicas. 1998-2001. Acuerdo No. 06, junio 8 de 1998.
- \* Posada, Eduardo (1994). "Progreso y estancamiento. 1850-1950". En: Adolfo Meisel (editor). *Historia económica y social del Caribe Colombiano*. Uninorte - Ecoe: Bogotá.
- \* Primer Cabildo Abierto (1999). Primer tema: Desempleo e informalidad. Comuna Suroriental No. 8. Neiva, noviembre 16 de 1999. Mimeo.
- \* Quintero, Cirila (2003). "Recesión e industria maquiladora". En: Solís y colaboradores (coordinadores). *Globalización. Reforma neoliberal del Estado y movimientos sociales*. Itaca: México.
- \* Radio Cooperativa (noviembre 29 de 2004). "Al Qaeda entró en contacto con pandillas salvadoreñas, según diario de EEUU".
- \* Radio Nderland (agosto 22 de 2003). "Pandillas centroamericanas".
- \* Ramírez, Rafael (2004). *La Mara*. Alfaguara: México.
- \* Reforma (agosto 24 de 2005). "Subsiste con 20 pesos más del 50% del mundo", p. 22A.
- \* Reforma (abril 10 de 2005). "Toma crimen frontera", p. 16a.
- \* Reguillo, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma: Bogotá.
- \* ---- (1991). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. Iteso: Guadalajara.
- \* Rico, Ana; Alonso, Juan; Castillo, Olga; Rodríguez, Angélica y Castillo, Sonia (s.f.). *La familia colombiana en el fin de siglo*. Dane: Estudios Censales, Bogotá.
- \* Ricoeur, Paul (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI: México.

- \* ---- (1995). *Tiempo y narración*. Tomo I. Siglo XXI: México.
- \* Rodgers, Dennis (2002). *Dying for it: youth gangsterism in urban Nicaragua, 1997-2002*. Destin-LSE. Crisis States Programme's. Second International Workshop, Bogotá, abril 23-24, mimeo.
- \* ---- (2000). *Living in the shadow or death: violence, pandillas and social disintegration in contemporary urban Nicaragua*. Disertación doctoral. Cambridge: Londres, mimeo.
- \* Rodríguez, Jairo (1998). *Jóvenes, cultura y ciudad*. Observatorio de Cultura Urbana. Cuadernos de Investigación: Bogotá.
- \* Rojas, Carlos (1996). *La violencia llamada limpieza social*. Cinep: Bogotá.
- \* Roché, Sebastián (2003). "La estabilidad del crimen en Francia: Violencia juvenil, respuestas públicas". En: Llorente, María Victoria y Rubio, Mauricio. *Elementos para una criminología local*. Alcaldía Mayor de Bogotá: Bogotá.
- \* Romero, Mauricio (2003). *Paramilitares y autodefensas. 1982-2003*. Planeta -Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá.
- \* Rubio, Mauricio (1999). *Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia*. Tercer Mundo-Centro de Estudios para el Desarrollo (CEDE) de la Universidad de los Andes: Bogotá.
- \* Ruiz, Rafael (2000). "Violencia contra el estado de derecho". En: *Globalización de la violencia*. Colibrí: México.
- \* Salazar, Alonso (2002). "Viaje al interior de los paras". En: *Semana*. Bogotá: No. 1038, marzo 25 - abril 1.
- \* ---- (coordinador) (1998). *Imaginario, presencias y conflictos entre los jóvenes de Bogotá*. Observatorio de Cultura Urbana. Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Informe de investigación. Mimeo: Bogotá.
- \* ---- (1990). *No nacimos pa' semilla*. Región-Cinep: Bogotá.
- \* ---- y Ana María Jaramillo (1992). *Medellín. Las subculturas del narcotráfico*. Cinep: Bogotá.
- \* Sánchez, Fabio y Núñez, Jairo (2001). *Determinantes del crimen violento en un país altamente violento: el caso de Colombia*. Cede: Bogotá, documento 2001-02.
- \* Santacruz, María y Cruz, José Miguel (2001). "Las maras en El Salvador". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. UCA: Managua.
- \* ---- y Concha Alberto (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. Instituto Universitario de Opinión Pública: San Salvador.
- \* ---- y Portillo Nelson (1999). *Agresores y agredidos. Factores de riesgo de la violencia juvenil en las escuelas*. Instituto Universitario de Opinión Pública: El Salvador.
- \* Saraví, Gonzalo (2004). "Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana". En: *Desacatos*. Revista de Antropología Social. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS): México, No. 14.

- \* Saxe-Fernández, John (1999). "Globalización e imperialismo". En: Saxe-Fernández, John (coordinador). *Globalización: crítica a un paradigma*. Instituto de Investigaciones Económicas. UNAM – DGAPA – Plaza y Janés: México.
- \* ---- y Omar Núñez (2001). "Globalización e imperialismo: la transferencia de excedentes de América Latina". En: Saxe-Fernández, John; James Petras; Henry Veltmeyer y Omar Núñez. *Globalización, imperialismo y clase social*. Lumen: Buenos Aires.
- \* Secretaría de Seguridad Pública de Chiapas (2005). Pandillas Juveniles.
- \* Segovia, Guillermo (1994). *La violencia en Santafé de Bogotá*. Ecoe: Bogotá.
- \* Semana (2003). "Masacre gota a gota". No. 1115, septiembre 15.
- \* Solís, Antonio (1981). "Reflexiones teóricas sobre el concepto de juventud". En: In telpochtli, in ichpuchtli. Revista de Estudios sobre Juventud. CREA: México, Año 1, No. 1.
- \* Sosa, Juan y Rocha, José Luis (2001). "Las maras en Nicaragua". En: ERIC de Honduras, IDESO de Nicaragua, IDIES de Guatemala e IUDOP de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. Uca: Managua.
- \* Subdelegación de Desarrollo Social (1987). Informe de investigación. Delegación Alvaro Obregón: México, mimeo.
- \* Swedish, Margaret (2004). "La juventud sin esperanza se torna a la violencia: Pandillas exportadas de los Estados Unidos hasta Centroamérica". En: Trabajador Católico de Houston. Noviembre-diciembre, Vol. XXIV, No. 6.
- \* Taylor, Charles (1997). *Ética de la autenticidad*. Paidós: Barcelona.
- \* ---- (1997a). *Argumentos filosóficos*. Paidós: Barcelona.
- \* ---- (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Paidós: Barcelona.
- \* Thompson, Edward (2000). *Costumbres en corián*. Crítica: Barcelona.
- \* ---- (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica: Barcelona.
- \* Thoumi, Francisco (1994). *Economía política y narcotráfico*. Tercer Mundo: Bogotá.
- \* Torres, William (2002). *La ebriedad de los apóstoles y otras prosas profanas*. Universidad Surcolombiana: Neiva.
- \* Touraine, Alain (1999). *¿Cómo salir del liberalismo?* Paidós: Barcelona.
- \* ---- (2000). *¿Podremos vivir juntos?* Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Tovar, Bernardo (1996). "Región, tradición e identidad: la cultura ecuestre y pastoril de la comarca opita". En: *Historia general del Huila*. Academia Huilense de Historia: sin ciudad.
- \* Trabajador Católico (2004). Vol. XXIV, No. 6, noviembre-diciembre. Houston
- \* Ugalde, Fernando (2004). Violencia, inseguridad y salud. Texto presentado al Primer informe de Violencia y Salud en México. Secretaría de Salud, mimeo.
- \* Uribe, Diana (1990). *La nación de Woodstock y la construcción de una utopía. Una reflexión filosófica sobre la contracultura en Estados Unidos en los años sesenta*. Mimeo.
- \* Uribe, María Victoria (1990). *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la violencia en el Tolima. 1948-1964*. Cinep: Bogotá, Controversia No. 159-160.

- \* ---- y Rojas, Teófilo (1996). *Enterrar y callar*. Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos: Bogotá.
- \* Urteaga, Maritza (2004). "Imágenes juveniles del México moderno". En: José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga (coordinadores). *Historias de los jóvenes en México Su presencia en el siglo XX*. Instituto Mexicano de la Juventud – SEP – Archivo General de la Nación: México.
- \* ---- (2000). "Formas de agregación juvenil". En: José Antonio Pérez Islas (coordinador). *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. La investigación sobre Juventud en México 1986 – 1999*. Instituto Mexicano de la Juventud - SEP: México, Volumen II.
- \* ---- (1998). *Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) – Centro de investigación y Estudios sobre Juventud – SEP: México.
- \* Valenzuela, José (1988). *¡A la brava ese! Cholos, punks, charros banda*. El Colegio de la Frontera Norte: México.
- \* Vargas, Ricardo (compilador) (1995). *Drogas poder y región en Colombia*. Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP): Bogotá, 2 volúmenes.
- \* Varios autores (1995). *Proyecto Atlántida. Adolescencia y escuela*. Fes –Colciencias - Tercer Mundo: Bogotá, Tomos II al IV.
- \* Varios autores (1984). *Juventud y política en Colombia*. FESCOL – Instituto Ser de Investigaciones: Bogotá.
- \* Villafuerte, Fernando; López, Israel y Nava, Jesús (1984). *Donde empieza el silencio Genealogía de las bandas juveniles*. Centro de Estudios sobre la Juventud Mexicana – Consejo Popular Juvenil (CPJ): México, mimeo.
- \* Villamil, Raúl (1999). *El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura*. Universidad Autónoma Metropolitana: México.
- \* Wallerstein, Immanuel (1999). *Después del liberalismo. Siglo XXI* – Centro de Investigaciones Interdisciplinarias. UNAM: México.
- \* Weber, Max (1985). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Orbis: Barcelona.
- \* Whyte, William (1971). *La sociedad de las esquinas*. Diana: México.
- \* Zepeda, Guillermo (2004). *Crimen sin castigo. Procuración de justicia penal y ministerio público en México*. Centro de Investigación para el Desarrollo (CIDAC) – Fondo de Cultura Económica: México.
- \* Zermeño, Sergio (2005). *La desmodernidad mexicana y las alternativas a la violencia y la exclusión en nuestros días*. Océano: México.